



S-79 arriba 6



# Nuevo Topo

## Revista de Historia y Pensamiento Crítico

MFN 1967

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS  
INSTITUTO DE HISTORIA ARGENTINA  
Y AMERICANA  
"Dr. EMILIO RAVIGNANI"  
B1B' IOTECA

Nº 1 - Septiembre/octubre 2005



# Nuevo Topo

REVISTA DE HISTORIA Y PENSAMIENTO CRÍTICO

## Consejo Editorial

Omar Acha

Hernán Camarero

Gabriel Marco Di Meglio

Juan Luis Hernández

Carlos Miguel Herrera

Karina Inés Ramacciotti

Agustín Santella

Adriana María Valobra

Arte de tapa: Eduardo Molinari

*Nuevo Topo* es una publicación periódica independiente, dedicada al estímulo y difusión de la producción intelectual en el campo de la historia, las ciencias sociales y el pensamiento crítico en general. Son bienvenidas todas las contribuciones tendientes a construir un puente entre el conocimiento de la sociedad y sus transformaciones.

La responsabilidad de los artículos publicados con firma es exclusiva de sus autores/as.

Para suscripciones, correspondencia y toda otra información, dirigirse a:

Revista *Nuevo Topo*

Montgolfier 3215. Código Postal 1757.

La Matanza, Argentina.

E-mail: [revistanuevotopo@yahoo.com.ar](mailto:revistanuevotopo@yahoo.com.ar)

FACULTAD DE LETRAS Y CIENCIAS  
INSTITUTO DE HISTORIA ARGENTINA  
Y AMÉRICANA  
"DR. EMILIO RAUICOMANI"  
1913-10124

isbn: 987-22337-1-3

manuel suárez editor - pavón 1625 - Avellaneda- Buenos Aires - Argentina.

# Índice

Editorial .....	5
<b>Omar Acha</b>	
Las narrativas contemporáneas de la historia nacional y sus vicisitudes .....	9
<b>Juan Luis Hernández</b>	
La historiografía socio-económica colonial y los debates teóricos-metodológicos. Algunas reflexiones .....	33
<b>Gabriel Marco Di Meglio</b>	
La historia popular de la Argentina del siglo XIX. ....	55
<b>Hernán Camarero</b>	
La izquierda como objeto historiográfico. Un balance de los estudios sobre el socialismo y el comunismo en la Argentina ...	77
<b>Adriana María Valobra</b>	
Algunas consideraciones acerca de la relación entre historia de las mujeres y género en Argentina .....	101
<b>Karina Inés Ramacciotti</b>	
Una mirada sobre el estudio de la política social en la Argentina .....	123
<b>Marina Franco</b>	
Reflexiones sobre la historiografía argentina y la historia reciente de los años '70 .....	141
Perfiles .....	165
Jean-Paul Sartre (1905-1980), por omar acha y Hernán Camarero .....	165
Crítica de libros .....	173
Juan Carlos Torre, El gigante invertebrado. Los sindicatos en el gobierno, Argentina 1973-1976, Siglo XXI Argentina editores, Buenos Aires, 2004. ....	173
Daniel Kersfeld, Georges Sorel: apóstol de la violencia, Buenos Aires, Del Signo, 2004. ....	177
Lila Caimari, Apenas un delincuente. Crimen, castigo y cultura en la Argentina, 1880-1955, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, Argentina, 2004. ....	181

## Editorial

"La historia tiene que ser reescrita en cada generación porque, aunque el pasado no cambia, el presente sí lo hace".

**Christopher Hill,**

*El mundo trastornado. El ideario popular extremista en la Revolución Inglesa del siglo XVII.*

**L**a aparición de una *revista de historia y pensamiento crítico* demanda una justificación doble. En primer lugar: ¿por qué otra revista dedicada a estudios históricos cuando existe una quincena de órganos en la Argentina que editan con cierta regularidad, y en los que, por lo demás, nosotras/os también hemos contribuido? En segundo lugar: ¿qué significa *hoy* una publicación periódica que se quiere *de izquierda*? Ensayemos respuestas.

Quienes hacemos *Nuevo Topo* compartimos los criterios epistemológicos básicos constitutivos del campo historiográfico y de las ciencias sociales, pero deseamos ensamblarlos de otra manera a la prevaleciente. ¿Para qué? Para que quienes investiguen desde una sensibilidad crítica de la sociedad consideren a esta revista como un espacio suyo. Propio para el ejercicio de destrezas especializadas y por la inclinación a componer la indagación en matrices que subrayen la comprensión del cambio social, las contradicciones de lo real, las incertidumbres inherentes a la existencia así como la perdurabilidad de las estructuras, en fin, las porfías por cuestionar el embaucador corsé de lo posible. Las reglas del oficio historiador no pertenecen a nadie, ni son exclusivas de las instituciones académicas. Son el producto de un desarrollo cultural de la humanidad, y como tales, son procedimientos históricos, mudables, reformables.

Nos tensamos entre dos actitudes: salvaguardamos el seguimiento de unas normas exigibles (contraste empírico de las hipótesis, conocimiento de la bibliografía existente, debate con las posiciones divergentes) y las consideramos precipitados modificables, siempre que lo sean con buenos motivos. Confesamos que nos seduce más el gesto vanguardista de explorar nuevos modos de saber, pero no cedemos en el rigor porque no hay caminos holgados para la ciencia. Pensamos que ambos talantes son compatibles y aún más estimulantes que cualquier conservadurismo intelectual, pues todo sa-

ber que aspire a elaborar conocimientos debe someterse a la misma sospecha con que se abordan los "objetos de investigación".

Existe, no obstante, una *asimetría* entre conocimiento y perspectiva ideológico-política. No es necesario considerar a la política una ciencia para entender que es indeseable una política que se sirva mal del conocimiento o elija lo erróneo por necesidades tácticas. Es fatal para cualquier forma de saber el subordinarla a la razón política. Entre conocimiento y política no hay una síntesis apacible, pero tampoco la escisión a la que aspira ingenuamente el objetivismo. Con escasas excepciones, las revistas de las ciencias sociales se inhiben de intentar conciliar, adrede, las dos actitudes. Aquí no, y lo hacemos con una sensibilidad de izquierda.

Las prescindencias ideológicas nos parecen ingenuas, pero son sin duda útiles para publicaciones que deben acoger una variedad de perspectivas como prueba de ecuanimidad. Sería inaceptable que una publicación académica rechazara un artículo por estar sesgado por un derechismo evidente, si el texto es un aporte al conocimiento aunque lo provea desde un punto de vista determinado. *Nuevo Topo* se las ingeniará para desplegar la producción de una pléyade de investigadores que deseen contribuir al cambio social a través de un ejercicio situado y mediado de sus habilidades científicas. Se dirá, con razón, que ese paradero político-cultural es poroso, ambiguo, e incluso vacío. Asumimos la condición problemática del campo de la izquierda, mas pretendemos contribuir a la polémica sobre su posibilidad y futuro. Ya que es inverosímil la desconexión entre lo ideológico y lo científico, doblamos la apuesta y decimos: "declaremos nuestras posiciones y elaboremos desde allí".

Así como no aceptamos la naturalización de una escisión entre conocimiento y compromiso social, tampoco consentimos la prescindencia de un diálogo entre las disciplinas del arco de las ciencias sociales e incluso de las ciencias naturales. En este sentido, *Nuevo Topo* auspiciará el intercambio, desde nuestra disciplina formativa, la historia, con la antropología, el derecho, la sociología, el psicoanálisis, la filosofía, la pedagogía, los estudios de género, la demografía, la economía, los estudios culturales, y todo saber apto para ingresar a un diálogo interdisciplinario productivo.

¿Qué novedad aspiramos a aportar al mundo de las revistas de la cultura de izquierda? No nos presentamos como la superación de otras publicaciones; no pretendemos portar la flama purísima del

pensamiento radical; tampoco convocamos a quienes aportan sus esfuerzos en otras publicaciones a que se pasen con armas y bagajes a la nave de *Nuevo Topo*. Esta revista es conciliable con otras. Quienes deseen publicar en ella pueden mantener sus adscripciones ideológicas. Nuestro propósito es la construcción de un espacio de debate y confluencia común. Deseamos, por lo tanto, que estas páginas sean consideradas como una *zona franca* para el disenso leal y exigente. Nuestra revista pertenecerá a una red de otras publicaciones. Es preciso neutralizar la tentación de fundar una nueva tribu de lealtades pétreas en torno a una idea o un liderazgo carismático. Nuestro Consejo Editorial es plural y está apoyado en los pilares del esfuerzo colectivo y el trabajo conjunto, reconociendo la singularidad de los aportes individuales.

Es probable que con el naufragio del horizonte de una *Argentina próspera, Potencia o del Primer Mundo*, un imaginario imperante hasta la crisis de diciembre de 2001, también se haya desmoronado el sentido "progresivo" de una visión de la historia, imperante en la historiografía argentina de las últimas dos décadas. Una historiografía cuya vigencia pareciera confirmada por su indiscutible capacidad de producir artículos y libros. Sin embargo, no está claro que sus actuales preguntas estén a la altura de los tiempos. Es sabido que cada época reescribe su pasado. Una nueva etapa histórica, incierta y crujiente, tropieza con una vacancia historiográfica que no debe ser confundida con la masa de textos que se eleva sin cesar. *Nuevo Topo* se propondrá, con entendible modestia, auspiciar nuevas propuestas para un ciclo historiográfico cuyos contornos se adivinan, sutiles y evasivos, como los primeros fulgores del amanecer.

\* \* \*

La estructura interna de *Nuevo Topo* incluye las siguientes secciones fijas: "Artículos", en donde se presentan resultados de investigación; "Perfiles", destinada a rescatar figuras intelectuales y políticas olvidadas, relegadas o, como en este número, poco transitadas en nuestro medio, de cuya evocación crítica pretendemos obtener algún provecho; y "Crítica de libros", dedicada a las reseñas bibliográficas que se propongan establecer una visión novedosa de obras aparecidas recientemente. Eventualmente, existirán otras dos secciones: "Ensayos", reservada a los escritos de problematización

y polémica, de apertura de nuevas reflexiones y examen crítico; y "Entrevistas". Al mismo tiempo, se intentará constituir dossiers temáticos, a partir de investigaciones conjuntas y plurales.

*Nuevo Topo* evoca, es cierto, al infatigable viejo topo de la revolución proletaria y popular que vislumbra Marx en el *XVIII Brumario*. Nuestra batería teórica es más amplia y contradictoria que la sugerida por esta breve alusión, pero la adoptamos porque desde alguna esquina se comienza a caminar. Si elegimos decir *Nuevo* es porque deseamos que la razón y la pasión se subleven, muten en remozadas formas, cuyos sentidos estén siempre en construcción. En un mundo, una Latinoamérica y una Argentina que han cambiado, los saberes creados en (y para) otras situaciones concretas merecen ser revisados.

Este primer número de nuestra revista está compuesto, básicamente, por monografías dedicadas a la revisión de algunos temas fundamentales de la historiografía argentina del último cuarto de siglo, una suerte de estado de situación crítico de nuestro momento. También ofrecemos algunas reseñas y una apertura de la sección "Perfiles" con la figura de Jean-Paul Sartre. Si bien en el segundo número se continuará con algunos otros balances historiográficos, se habilitarán también las otras secciones propuestas. Pero aquí los senderos se poblarán, lo esperamos, de otros pasos para acompañar los nuestros.

## LAS NARRATIVAS CONTEMPORÁNEAS DE LA HISTORIA NACIONAL Y SUS VICISITUDES

OMAR ACHA\*

### Introducción: el país normal

**E**n este artículo analizo las peripecias de la *historia nacional* como producto del quehacer historiográfico argentino posterior al fin de la dictadura militar 1976-1983. Entiendo por historia nacional un relato que evoque una trayectoria comunitaria que pueda ser enunciada como representación del devenir de una nación, un pueblo o una sociedad. El vínculo con el estado-nación es uno de sus múltiples anclajes, pero en modo alguno el único o exclusivo. Su peculiaridad consiste en establecer una trama que excede las parcialidades de período, tema, o grupo social; por el contrario, ofrece una intriga donde identidades y diferencias se conjugan en pos de un sentido colectivo. No está constreñida a cubrir todo el arco de un itinerario temporal, sino que al menos debe proveer *nudos significativos* que iluminen al relato total posible.<sup>1</sup> La verdad o

---

\* Universidad de Buenos Aires. Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani" y Departamento de Filosofía. E-mail: omaracha@gmail.com

<sup>1</sup> La determinación de qué ingresa al rango de historia nacional es imprecisa, pues no existe un criterio incontestable. ¿Acaso *Pensar la revolución francesa* de François Furet no jalaba toda la historia nacional francesa pues impactaba en el plexo de su organización identitaria? "La Revolución Francesa –aseveraba Albert Soboul, desde su comprensión comunista– ha sido un fenómeno total, el resultado de un proceso que engloba a todos los aspectos de la evolución histórica". Por otra parte, un nuevo evento (por ejemplo, Vichy), modifica el sentido de la intriga. La condición del formato "nacional" de un relato reside en que posea un *nudo* –el "punto de basta" identificatorio propuesto por Jacques Lacan–, que permita ordenar la diversidad de hechos y acordarles un sentido. Toda historia que se pretenda nacional exige uno o varios puntos de basta, pues ese relato se enhebra en el rosario de sus anudamientos. F. Furet, *Penser la Révolution Française*, París, Gallimard, 1978; A. Soboul, *Los sans-culottes. Movimiento popular y gobierno revolucionario*, Madrid, Alianza, 1987 (ed. fr. 1964), p. 10; J. Lacan, "Subversion du sujet et dialectique du désir dans l'inconscient freudien", en *Écrits*, París, Éditions du Seuil, 1966, pp. 793-827. Como veremos, la cobertura cronológica de todos los siglos de la historia de un país no produce automáticamente una historia nacional.

falsedad empírica de las narraciones consideradas será puesta entre paréntesis. Se estudiarán como artefactos culturales.

El único supuesto del que partiré sostiene que en el fuelle de la historia nacional se modula todavía la aspiración a proponer esquemas de una aventura colectiva, y sobre todo el cruce de una actividad especializada como es la práctica historiadora con *el uso público de la historia*. Este uso estimula las referencias cívicas que pueden habitar a la circulación de textos o imágenes históricos.<sup>2</sup>

Para identificar algunas competencias del uso público de la historiografía en los últimos veinte años necesariamente se debe ejercer una selección que quizás compense su arbitrariedad con la "representatividad" de los pocos títulos destacados. Confío en que ese panorama severamente mutilado –la ausencia mayor es la que concierne a los libros de texto educativos– exceda la inevitable injusticia y presente un perfil bibliográfico nítido.

A principios de la década de 1980 era ampliamente reconocido el hecho de que el fin de la dictadura militar había significado una fractura fundamental en la historia argentina contemporánea. Desde múltiples perspectivas el retiro de los elencos militares de las funciones gubernamentales significó un quiebre radical. Una creencia que prosperó entre la *intelligentsia* que recuperaba su voz una vez retornada de los exilios externos e internos (aquí me referiré sobre todo a la interesada en las ciencias sociales y las humanidades), fue que el ejercicio de la razón crítica debía contribuir a la construcción de una sociedad liberal-democrática.<sup>3</sup> Contra el *país deforme* que se tendía a hallar previamente (un país colonial, semifeudal, dependiente, etc.) se deseó imaginar uno que desarrollara un modesto capitalismo, que soportara el pluralismo de partidos, defendiera una dis-

---

<sup>2</sup> Véase una discusión sobre el *uso público de la historia* en Jürgen Habermas, "Vom öffentlichen Gebrauch der Historie", en *Eine Art Schadensabwicklung*, Frankfurt/Main, Suhrkamp, 1987.

<sup>3</sup> Véase Roxana Patiño, "Culturas en transición: reforma ideológica, democratización y periodismo cultural en la Argentina de los ochenta", *Revista Interamericana de Bibliografía*, vol. 48, n° 2, Washington, 1998; Cecilia Lesgart, *Usos de la transición a la democracia. Ensayo, ciencia y política en la década del 80*, Rosario, HomoSapiens, 2003. Salvo mención explícita, la ciudad de edición será siempre Buenos Aires.

creta redistribución de los ingresos y respetara los derechos humanos. En suma, se aspiró a un *país normal*.

Desde 1984 ese ideal y la institucionalización de la tarea intelectual conformaron un bloque. El deseo de una sociedad normalizada se incubó en numerosas reflexiones y estudios que se desarrollaron subterráneamente en la Argentina, bajo la respiración letal de los dinosaurios castrenses, o en acalorados debates en el exilio, en particular en el mexicano.

La inscripción de las destrezas intelectuales en las universidades estableció, lenta y accidentadamente, una standarización que también afectó a la historiografía. Recién entonces comenzó a constituirse un campo historiográfico, que abrazó como condición de la *ciencia normal* un desgajamiento en la faena intelectual de las demandas políticas inmediatas (tan habitual en las décadas precedentes) que a partir de entonces pasaron a ser "ideología". Pero el sentido de la práctica intelectual no estuvo por eso menos condicionado por la historia que se venía de vivir. Conciso, Juan Carlos Torre expresó el tránsito experimentado: "después de haber abogado por la revolución nos hemos desplazado a pedir un país normal, donde simplemente estemos al abrigo de las disrupciones, de los quiebres, del espectáculo sobrecogedor del abismo".<sup>4</sup>

Este viraje intelectual tuvo repercusiones institucionales: las universidades y el CONICET fueron actualizadas. La coherencia del campo historiográfico, sin embargo, no podía sostenerse sin apelar a una refiguración narrativa que brindara un marco de inteligibilidad de la historia que se pretendía renovar. Allí fue donde se refractó la aspiración a pensar un país normal.

El país normal y la institucionalización intelectual no podían abreviar sin más en las imágenes previamente establecidas. ¿Qué relatos nacionales ofrecer luego de 1983? ¿Cuál es el sentido del cambio histórico? ¿Qué temas articulan las sociabilidades? ¿Cuáles fueron los progresos y cuáles los caminos imposibles del desarrollo? ¿Qué narrativas ensayar tras la caída del alfonsinismo? ¿Cómo se desembocó en una crisis tan profunda? ¿Existieron alternativas? ¿Qué podemos esperar tras una experiencia trágica? Las respuestas a esas

---

<sup>4</sup> J. C. Torre, "Los intelectuales y la experiencia democrática", en Marcos Novaro y Vicente Palermo, eds., *La historia reciente. Argentina en democracia*, Edhasa, 2004, p. 196.

preguntas estaban planteadas como una tarea para la inteligencia historiadora. El resultado demarcaría las formas del entendimiento historiográfico de las nuevas camadas de estudiantes y, por ende, de la disciplina historiadora en el futuro.<sup>5</sup>

### Las nuevas *historias argentinas*

La revisión de las historias nacionales encuentra un umbral inevitable en los escritos de Félix Luna (n. 1925). Su continuidad en la producción de obras históricas de mayor o menor éxito comercial, la destreza historiadora demostrada en libros como *El 45*, la visibilidad pública y el predecible éxito de sus escritos podrían inclinar a hurgar entre sus páginas la veta narrativa que concita miles de lecturas cada vez que un nuevo texto suyo desembarca en las librerías.

Sin embargo, la lectura de su *Breve historia de los argentinos* desmiente aquella conjetura. En un relato que transcurre de la colonia hasta el fin de la Revolución Libertadora, este volumen extraído de conferencias para un público no especializado mantiene, apenas con alguna indicación de índole costumbrista sobre la vida cotidiana, una representación de la historia según la tradicional cadencia política. Descubrimiento, colonización, colonia, invasiones inglesas, mayo de 1810, declaración de la independencia, guerras civiles, Rivadavia, Rosas, delinean un paisaje que no sorprende al lector. Los capítulos posteriores no modifican las fracturas más convencionales que luego de 1853 son fijadas en las presidencias constitucionales y los golpes de Estado.

Sólo en el capítulo final Luna destila algunas enseñanzas de lo que terminó de relatar. En una dialéctica de "conflictos y armonías", la aventura argentina demostraría para el autor que siempre existió

<sup>5</sup> La evaluación de la historiografía argentina reciente no mereció aún una pesquisa sistemática. Entre las primeras aproximaciones: Fernando J. Devoto, "Notas sobre la situación de los estudios históricos en los años noventa", *Cuadernos del CLAEH*, Montevideo, n° 71, 1994; Luis A. Romero, "La historiografía argentina en la democracia: problemas de la construcción de un campo profesional", *Entrepassados*, n° 10, 1996; O. Acha y Paula Halperin, "Retorno a la democracia liberal y legitimación del saber: el imaginario dominante de la historiografía argentina (1983-1999)", *Prohistoria*, Rosario, n° 3, 1999; Roy Hora, "Dos décadas de historiografía argentina", *Punto de Vista*, n° 69, 2001.

la posibilidad de compromisos. No es que Luna considere que históricamente la transacción fue la fibra íntima de los hechos, sino que en una injustificada supremacía de los deseos subjetivos sobre la realidad histórica él define que las rivalidades *deberían ser* "civilizadas". "No hay que temer los enfrentamientos; hay que tratar, eso sí, de que no se descontrolen".<sup>6</sup>

El director de *Todo es Historia* identifica tres grandes tópicos que complementan las "lecciones" de su relato. Uno es el federalismo, que aun le parece el intrínquilis característico de la trayectoria histórica argentina. El segundo es la democracia "con la que estamos históricamente consustanciados", que estaría acompañada por la propensión al igualitarismo. La tercera lección concierne a la relación entre América y Europa.

La dificultad de esta narración y las enseñanzas que su autor pretende derivar es su extemporaneidad. Luna no empleaba instrumentos teóricos ni esclarecimientos empíricos que pudieran ser fechados en los últimos treinta años. Su relato hubiera sido perfectamente comprensible en 1965 ó 1973.

Los muy recientes vientos de un renacer "nacional y popular" no podrían insuflar de mayor contemporaneidad a los trabajos de Norberto Galasso, que elaborados con un ingente esfuerzo y a valeroso contrapelo de los humores ideológicos de las últimas décadas, conserva un entendimiento que no es seguro que pueda parir una producción historiográfica vigorosa sin el esfuerzo de operar una revolución metodológica y temática. Para este autor pueblo e imperialismo constituyen la cuerda única de la narración. Una historia, como la exhortada por Galasso, no puede obviar los avances historiográficos de las últimas décadas. Dichos esfuerzos son difícilmente explicables como una conspiración antinacional y antipopular que niega las virtudes de la rancia historiografía revisionista centrada en una selección de eventos políticos.<sup>7</sup> No obstante, nadie podría descartar que tras una grave reforma teórica la comprensión nacional-popular pueda ofrecer una narrativa contemporánea.<sup>8</sup>

<sup>6</sup> F. Luna, *Breve historia de los argentinos*, Planeta, 1993, p. 282. Actualmente el volumen contabiliza cerca de veinte reimpressiones.

<sup>7</sup> N. Galasso, *La larga lucha de los argentinos. Y cómo la cuentan las diversas corrientes historiográficas*, Ediciones del Pensamiento Nacional, 1995.

<sup>8</sup> Un esbozo parcial en Horacio González, *Restos pampeanos. Ciencia, ensayo y política en la cultura argentina del siglo XX*, Colihue, 1999.

La síntesis del periplo del siglo XX propuesta por Luis Alberto Romero (n. 1944) en su *Breve historia contemporánea de la Argentina* ha merecido el reconocimiento como uno de los más distintivos de la historiografía académica. Si bien el texto abarca un sector cronológicamente delimitado de la historia argentina, introduce en su tema una ilación que propone una serie particular de decisiones argumentativas que la tornan nacional. Dos cuestiones preocupaban al autor. Una era el agotamiento de la industrialización por sustitución de importaciones y su alternativa desarrollista. Frente a ello se preguntaba por las posibilidades de una Argentina que aspirara a una "organización económica factible para asegurar a nuestra sociedad algunas metas mínimas como un cierto bienestar general, un progreso razonable, una cierta racionalidad". Otra cuestión concernía al Estado. Como buena parte de las ciencias sociales en la Argentina de los años '90, la revalorización del rol del Estado como factor de una controlada capacidad reguladora y providente de justicia y equidad fue un norte de la narración. También como partícipe de ese consenso, Romero no aspiraba a retornar al Estado desbordante que se impuso desde el mediodía del siglo XX. El volumen de Romero proponía explicar –de una manera que se quería crítica, rigurosa y comprometida– cómo se constituyó la realidad para iluminar sus alternativas.

Romero aplicaba a la historia contemporánea un rasero de deseos que condensaban las aspiraciones de una temperatura ideológica académica. "¿Qué posibilidades hay de salvar o reconstruir una sociedad abierta y móvil, no segmentada en mundos aislados, relativamente igualitaria y con oportunidades para todos, fundada en la competitividad pero también en la solidaridad y la justicia?"<sup>9</sup> Además de una prosa ordenada y transparente, Romero pretendía ofrecer el maderamen narrativo de una convivencia social. Al menos esa sería la implícita lección de la historia.

Ante la objeción de que la Argentina nunca había sido un país normal, desde la *Breve historia* se podría replicar que la riqueza, las tradiciones democráticas y la flexibilidad del ascenso social habían permitido atisbar el país deseable. El punto más sensible del imaginario historiográfico así diseñado era la inestabilidad del sistema

---

<sup>9</sup> L. A. Romero, *Breve historia contemporánea de la Argentina*, Fondo de Cultura Económica, 1994, p. 20.

institucional "nunca del todo maduro" y la consiguiente languidez de la democracia.

El ombligo narrativo propuesto por Romero era el que había matizado sus investigaciones junto a Leandro Gutiérrez, en la línea de una idea propuesta por José Luis Romero en sus textos sobre historia urbana latinoamericana. La Argentina de entreguerras, proponía esta hipótesis, conformó una sociedad compleja y móvil. En el proceso de integración de la masa inmigrante y en la bonanza económica recuperada desde 1920 abrevó una sociedad de aspiraciones si no radicalmente igualitarias, al menos abierta a la mejora social, cultural y económica debida al esfuerzo sostenido. Ese proceso democratizador habría sido relativamente inmune a las tendencias políticamente fraudulentas que dominaron la década de 1930, pues la ciudadanía de entonces sabía cómo demandar a las instituciones estatales por sus necesidades inmediatas y proteger sus espacios de sociabilidad.<sup>10</sup>

Es perceptible que la recopilación de artículos en colaboración con Gutiérrez publicada por Romero en 1995 delataba un humor propio de las búsquedas tardodictatoriales y de las esperanzas de la recuperada democracia, mientras que la *Breve historia* era comprensible en los años '90, donde la aflicción que sentían los intelectuales progresistas frente al Estado se había modificado bruscamente. Ante la retirada estatal en diversos campos que lo habían ligado a la justicia social y sobre todo a la educación como promesa de movilidad, en los años noventa ya no se trataba preferentemente de confiar en la sociedad civil para demandar al Estado, sino que se imponía más bien el reconstruirlo en moldes nuevos. El obstáculo fundamental para el progreso se fue perfilando como la colonización del Estado por los intereses corporativos.

Es instructivo otear el periplo de las representaciones de la historia nacional en la trayectoria de L. A. Romero. En los años '80 la historia recortaba una praxis ciudadana que no era sólo "formal" sino que comprendía aspiraciones más vastas, de índole cultural y económica además de la política y social. Los años noventa angostaron esa esperanza al comprobar que las potencias de la civilidad requerían la colaboración de un Estado controlado pero respon-

---

<sup>10</sup> L. Gutiérrez y L. A. Romero, *Sectores populares, cultura y política. Buenos Aires en la entreguerra*, Sudamericana, 1995.

sable de garantizar derechos de otro modo en riesgo. La crisis de 2001 castigó duramente este anhelo de reformismo moderado, y lo que en los dos momentos anteriores hacían de la democracia una forma de vida se transfiguró en una más modesta demanda de estabilidad institucional. En el opúsculo *La crisis argentina* el realismo aconsejado por la historia coagulaba en un democratismo de miras todavía más austeras que las de 1994, pues se resignaba a esperar una caballerosa coexistencia entre las redes políticas de N. Kirchner y E. Duhalde.<sup>11</sup> En un escrito aún más reciente la democracia era definida en lo esencial como “un sistema de selección y control de gobernantes legítimos”.<sup>12</sup>

En el entresiglos que acabamos de atravesar se publicaron dos *summas* historiográficas que muestran un sector decisivo de la disciplina, de sus temas y perspectivas más recientes. En la *Nueva historia de la Nación Argentina* y la *Nueva historia argentina* se devela una aparente diferencia entre la Academia Nacional de la Historia (ANH) y la historiografía universitaria refundada en 1984.

Sería aventurado intentar extraer una trama unitaria de sentido de la *Nueva historia argentina* dirigida por Juan Suriano.<sup>13</sup> La organización de cada uno de sus diez volúmenes fue encargada a un/a especialista en el período. Esta estructura contribuyó a otorgarle relativa coherencia y destacable calidad a cada tomo.

En la solapa de los volúmenes se enunció la meta de la empresa: “Su objetivo fundamental es dar cuenta del avance de la investiga-

<sup>11</sup> L. A. Romero, *La crisis argentina. Una mirada al siglo XX*, Siglo Veintiuno, 2003.

<sup>12</sup> L. A. Romero, “Veinte años después: un balance”, en M. Novaro y V. Palermo, ob. cit., p. 276.

<sup>13</sup> La asesoría general de la obra estuvo a cargo de Enrique Tándeter. Dirigieron los sucesivos tomos que comenzaron a aparecer durante el año 2000: Miriam Tarragó (*Los pueblos originarios y la Conquista*), E. Tándeter (*La sociedad colonial*), Noemí Goldman (*Revolución, república, confederación, 1806-1852*), Marta Bonaudo (*Liberalismo, Estado y orden burgués, 1852-1880*), Mirta Z. Lobato (*El progreso, la modernización y sus límites, 1880-1916*), Ricardo Falcón (*Democracia, conflicto social y renovación de ideas, 1916-1930*), Alejandro Cattaruzza (*Crisis económica, avance del Estado e incertidumbre económica, 1930-1943*), Juan C. Torre (*Los años peronistas, 1943-1955*), Daniel James (*Violencia, proscripción y autoritarismo, 1955-1976*); J. Suriano (*Dictadura y democracia, 1976-2001*). La obra se completa con una historia del arte y un atlas.

ción historiográfica producido en las dos últimas décadas en los ámbitos académicos y ponerlo al alcance del público general, de tal manera que las ideas e hipótesis profundas –propias del conocimiento científico– se presenten en un lenguaje claro, comprensible para el público no especialista”. A pesar de que la organización cronológica de los tomos es la clásica, los temas estudiados exceden a la historia política, integrando en cada volumen capítulos dedicados a la economía, la vida cotidiana, la cultura. Se trata de una obra realmente colectiva, que fue acuñada por las inclinaciones “progresistas” que caracterizan a sus directoras/es de tomo y autoras/es de artículos.

Los enfoques empleados dan el tono de la historiografía argentina actual, con sus luces y sus sombras. Pero justamente esta heterogeneidad, que no es reprobable en sí misma (incluso se podría decir lo contrario), desdibuja el horizonte de la historia *nacional*. Desde luego, podría decirse que una vez que se imponen criterios de especialización disciplinar –¿quién se atrevería hoy a emprender una historia argentina en varios volúmenes como lo hicieron los revisionistas de diversa orientación?– la alternativa es doble: o bien se sutura la diversidad de una trama concisa como la ensayada parcialmente por Romero, o bien se resigna a una estructura que con buena voluntad se podría considerar “herderiana”, en la que diversas voces se integran, sin llegar a la unidad, a una directriz enunciada por la dirección del conjunto.<sup>14</sup> Como sea que se juzgue la pérdida de unidad narrativa, el punto esencial es

<sup>14</sup> La segunda posibilidad es la que caracteriza a los volúmenes publicados bajo la dirección de José Carlos Chiaramonte por la editorial Grijalbo-Mondadori y luego por Sudamericana con la cobertura general de “Historia argentina”, donde diversas plumas se atearon en preparar obras sintéticas sobre un tema que atraviesa buena parte de la historia nacional: Jorge Gelman y Osvaldo Barsky sobre el agro, Fernando Devoto sobre la inmigración, José L. Moreno sobre la familia rioplatense, Susana Bianchi sobre los cultos alternativos al catolicismo, Roberto Di Stéfano y Loris Zanatta sobre la Iglesia Católica, Susana Bandieri sobre la Patagonia. La lectura de estos volúmenes plantea dilemas difíciles. La primera es la relación entre ellos. La segunda es su vínculo con la historia nacional. En la presentación de la colección que se reitera en cada tomo, Chiaramonte declara que los estudios de distintos “segmentos” analizados pretenden configurar un conjunto que cubra “la Historia toda del país”. Son similares los interrogantes que suscita la historia del “pensamiento argentino” planeada por Tulio Halperin Donghi para la editorial Ariel. En ella se publicaron compilaciones de documentos precedidos de extensos estudios preliminares de J. C. Chiaramonte (*Ciudades, provincias, Estados: Orígenes de la Nación Argentina, 1800-1846*), T. Halperin (*Proyecto y construcción de una nación*,

que así se desdibuja la noción de país normal que, no obstante, prima desigualmente en el conjunto.

Antes de avanzar en este argumento, consideremos brevemente la otra obra de conjunto aparecida contemporáneamente.

La *Nueva Historia de la Nación Argentina* producida por la ANH debería señalar un hito en la historiografía, pues desde la serie publicada entre 1936 y 1950 la institución no había presentado una obra general.<sup>15</sup> El director de la empresa, a su vez presidente de la Mesa Directiva de la ANH, la definió como una "obra orgánica colectiva" dirigida a "presentar una visión integral del pasado argentino, desde la época prehispánica hasta el siglo XX a través del aporte proveniente del actual movimiento historiográfico en sus distintas especialidades y orientaciones".<sup>16</sup> La nueva *Historia* proclama la continuidad con la organizada por R. Levene en cuanto a su objetivo: "contribuir a la preservación y actualización de la memoria histórica de los argentinos". Las distancias con su antecesora son situadas en la novedad de enfoques desarrollados desde entonces, aunque el acento es puesto en rectificaciones, "nuevas interpretaciones sobre hechos y acciones ya conocidos", y la procura de una adecuación al interés actual del público lector. En otras palabras, se trataría de cambios no sustantivos. El tono de la presentación de V. Tau se diferencia del énfasis crítico que permea a la obra dirigida por Suriano. Por eso mismo su narrativa conservadora y legitimadora tiene un deber de afirmación nacionalista que el enfoque constructivista de la *Nueva historia argentina* puede despejar.

---

1846-1880), Natalio Botana y Ezequiel Gallo (*De la república posible a la república verdadera, 1880-1910*), T. Halperin (*Vida y muerte de la república verdadera, 1916-1930*), T. Halperin (*La república imposible, 1930-1945*), Carlos Altamirano (*Bajo el signo de las masas, 1945-1976*), Beatriz Sarlo (*La batalla de las ideas, 1945-1976*).

<sup>15</sup> Ricardo Levene, dir., *Historia de la Nación Argentina*, El Ateneo, 1936-1950, 10 tomos en 14 volúmenes; entre 1963 y 1967 se publicaron por la misma casa editorial los siete volúmenes de la *Historia argentina contemporánea* que bajo la dirección de Ricardo Zorraquín Becú continuaba hasta 1930 el relato que su antecesora había concluido en 1862.

<sup>16</sup> V. Tau Anzoátegui, "Prólogo", *Nueva historia de la Nación Argentina*, El Ateneo, 1999, tomo 1, p. XIX. La coordinación editorial de la obra estuvo a cargo de Miguel Ángel de Marco, e incluyó a V. Tau (director), Daisy Rípodas Ardanaz, Ernesto J. A. Maeder, Roberto Cortés Conde, César A. García Belsunce, Dardo Pérez Guillhou y Ezequiel Gallo.

No obstante hay reparos formales. La ANH contemporánea reconoce la insuficiencia de la *Historia* de Levene en cuanto a su meta primaria: los artículos de aquella obra no se ensamblaban, eran monografías eruditas sin articulaciones entre sí, dejaban importantes claros, además de carencias temáticas. En rigor, la historia nacional del intento lanzado en los años '30 había sido muy poco eficaz para proponer una versión consistente. En los artículos más breves y más heterogéneos que se definieron para la nueva *Historia*, la contrariedad quiso ser neutralizada.

La obra fue dividida en cuatro partes distribuidas en diez volúmenes: 1) La Argentina aborigen, descubrimiento y colonización (siglo XVI); 2) La Argentina en el "período español" (siglos XVII-XVIII); 3) La configuración de la República independiente (1810-c. 1914); 4) La Argentina en el siglo XX. He aquí cómo se propuso –siempre desde la presentación de Tau– entenderlo como gran relato: cada parte sería encabezada por una introducción "en la que se señalan los puntos de inflexión dentro de la etapa y los cambios y continuidades respecto de los otros períodos". El propósito de lograr una historia integral debía exceder el sentido temático abarcador, para obtener "un conjunto coherente, que supere la mera colección de monografías sobre distintos campos de estudio". Así las cosas, las historias de provincias y las problemáticas especiales surgidas en el último medio siglo "dan su aporte en esta tarea de integración, sin constituir necesariamente partes autónomas de esta historia general".<sup>17</sup>

El esfuerzo por dotar a cada tomo de una introducción que prestara cohesión a los ensayos contenidos es significativamente más extensa que en la *Nueva historia argentina*. Cada introducción es un texto independiente, con conexión muchas veces aparente respecto a los estudios que prologa. Es también dudoso el vigor del lazo argumentativo que reúne al conjunto de los volúmenes. Por otra parte, los tratamientos de cada asunto son desiguales. El esfuerzo de las/os autoras/es por respetar la extensión y la adición de una bibliografía comentada al final de cada texto no otorga unidad al todo cuyas partes han sido abordadas como monografías independientes. ¿Existe, pues, una historia nacional en la más nacionalista de las empresas historiográficas? La respuesta debe ser negativa. La vetustez ideológica y metodológica de los estudios dedicados a

---

<sup>17</sup> V. Tau, "Prólogo", cit., p. XXI.

la época "española", nudo de su imaginación histórica, no atina a coagular la pretensión nacional del conjunto. En contraste con su alternativa contemporánea, la obra de la ANH es más diversa e inarticulada.<sup>18</sup> Esto no impide que integren la obra —aquí y allá— estudios de buena factura historiográfica, pues es imposible emitir un juicio que concierna a todos los textos como una unidad maciza. La fragilidad señalada concierne al estricto sesgo aquí relevado.

Naturalmente, una explicación de este fracaso no debería limitarse a contrastarlo con las metas establecidas por la dirigencia de la ANH. Existe un embarazo propio de la *narrativa tradicional* para el proyecto de la ANH, que no es tal para el rupturismo que habita a la *narrativa crítica* de la *Nueva historia argentina*.<sup>19</sup>

En suma, las dos obras colectivas iluminan algunas aporías de la escritura de la historia nacional. La dirigida por Suriano prescinde de la búsqueda de una identificación del devenir nacional o patriótico que justifica y presiona a las funciones legitimadoras que debería proveer la ANH. Como sea que la obra que aspiraba a renovar los créditos narrativos de la Academia sólo delate su historicidad (las instituciones también se extinguen), hay dificultades en la *Nueva Historia de la Nación Argentina* que exceden a la ANH.

El carácter declamativo de la coherencia de obras colectivas que renuncian a un sentido único, a una celosa causalidad, a la permanencia de un "carácter nacional", y al mismo tiempo anhelan proporcionar un relato que conserve la atención de un público lector más extenso que el universitario parece cada vez menos realizable.

Sin embargo, los últimos años han mostrado la consolidación de relatos históricos con amplia repercusión en las librerías, conferencias y programas televisivo-radiofónicos, que si poseen una virtud es su deseo de modelar una historia nacional de sentido inequívoco.

La heterogeneidad de las visiones historiográficas de la *Nueva historia de la Nación Argentina* es significativamente más pronunciada que la prevalente en la *Nueva historia argentina*. La ANH ha debido ceder algunos sitios para acoger a especialistas que no comparten la tradición hispanista, católica y conservadora que la caracterizó durante las últimas décadas. Baste señalar que en la reciente *Historia* de la ANH participan Tulio Halperin y Lila Caimari.

<sup>19</sup> Para una discusión de estas narrativas, véase Jörn Rüsen, "Die vier Typen des historischen Erzählens", en *Zeit und Sinn. Strategien historischen Denkens*, Colonia, Böhlau, 1990, pp. 153-230.

### Aguafuertes históricas de la industria cultural

El fenómeno más interesante fuera del mundo académico en los últimos años fue sin duda la consolidación de un mercado consumidor de divulgación histórica. Antes que nada es preciso despejar del concepto de divulgación de cualquier tentación de vilipendio. Al menos para una historiografía con vocación social, el escarnio de empresas de escritura que logran una notable repercusión en las librerías significaría renunciar a comprender las modalidades exitosas de la difusión del conocimiento. Incluso si la actitud es muy otra que la mimesis, hay allí algo que desnudar. Es indispensable analizar serenamente al ensayismo historiográfico, ese fenómeno tan irritante para la historiografía profesional.

La definición del ensayismo historiográfico refiere a la utilización de estudios históricos para su reformateo bajo la carnadura de obras de divulgación, sin pretensión de ser juzgadas mediante criterios académicos. En este ensayismo la cita de fuentes originales (éditas o inéditas) adquiere el mismo *status* que la referencia de textos historiográficos. El extracto de un legajo judicial de principios del siglo XIX posee allí la misma fuerza probatoria que una afirmación de José Ingenieros en *La evolución de las ideas argentinas*.

Felipe Pigna y Jorge Lanata muestran vías distintas para la explicación de cómo una historia nacional puede hacerse un éxito comercial y alcanzar a un segmento importante del público no especializado. Mario E. "Pacho" O'Donnell (n. 1941), el decano de los más recientes historiadores de masas, puede ser discutido sumariamente pues no ha ofrecido una narrativa nacional. El caso de O'Donnell pertenece a una ensayística que recupera los gestos denunciacionistas del revisionismo histórico. Gusta despachar en pocas palabras lo que denomina una *historia oficial* que parece remitir a la historia escolar. Así afirma que "Nuestra historia oficial enseña que Belgrano creó nuestra bandera y nada más".<sup>20</sup> Sus libros se componen de viñetas biográficas que develan las falsedades intencionales de la historia oficial. La biblioteca que nutre a O'Donnell es un revisionismo de corte populista. Sin embargo, no sigue una línea nacionalista

<sup>20</sup> En P. O'Donnell, J. I. García Hamilton y F. Pigna, *Historia confidencial. Búsquedas y desencuentros argentinos*, Planeta, 2003, p. 5. Este libro es el producto de desgrabaciones de la serie de título homónimo emitida por Canal 7, de Buenos Aires.

definida ni se interesa en la divisoria propuesta por J. E. Spilimbergo y J. J. Hernández Arregui: O'Donnell es un nacionalista sin espinas que no se interesa por la dicotomía entre el nacionalismo popular y el nacionalismo oligárquico. Tampoco posee un panteón fijo, porque sus juicios históricos se ajustan a si tal o cuál prócer fue honesto con sus deberes patrióticos definidos por el enfrentamiento con lo extranjero, con lo que se pierde su significación en una continuidad más extensa. Así las cosas, Mariano Moreno y Juan Manuel de Rosas coexisten sin mayores desavenencias.<sup>21</sup>

Felipe Pigna (n. 1959) constituye un caso cuyas afinidades con O'Donnell no eliminan sus diferencias. Una de ellas es crucial para mi objeto: Pigna acomete la narración de la historia nacional y la suya será probablemente una pluma que detendrá durante varios lustros un sitio de preeminencia en la conformación de los humores historiográficos en el consumo de la clase media.

*Los mitos de la historia argentina* estampa desde el título un humor revisionista.<sup>22</sup> Su escritura se regula por una secuencia temporal, pero no existe una matriz sólida que distinga períodos. El libro se compone de episodios. La forma es la misma que vertía la *Historia confidencial*: capítulos breves. La diferencia de Pigna, y he allí uno de sus armas de convencimiento más eficaces, es que hace extensas citas de documentos. Pigna despliega gestos enunciativos de historiador profesionalizado. No interesa que desatienda el cúmulo de la más reciente bibliografía de investigación pues es posible acordar que otras versiones de la historia son accesibles a quien disponga de una matriz coherente donde integre los sucesos sin traicionar sus contextos, sin extraviar sus sentidos.

El relato de Pigna prescinde de la noción de cambio social. Su clave articuladora es binaria. Su narrativa adquiere fuerza siempre que logra establecer una dicotomía sin matices entre los buenos y los malos.<sup>23</sup> Así los pueblos originarios de América son presentados

---

<sup>21</sup> Como índice de la despolitizante caterva de tradiciones que propone O'Donnell, ver su *Juan Manuel de Rosas. El maldito de nuestra historia oficial*, Planeta, 2001, cuyos epígrafes incluyen citas conjuntas de San Juan (18:38) y F. Nietzsche, además de una dedicatoria a Bartolomé Mitre y Vicente F. López ("a quienes sólo puede reprochárseles –aclara el autor– las inevitables imperfecciones de una tarea ciclópea y humana"), junto a Adolfo Saldías, Ernesto Quesada, José María Rosa y Fermín Chávez.

<sup>22</sup> F. Pigna, *Los mitos de la historia argentina*, Norma, 2003.

en paraísos exentos de dominación y maldad, las que habrían sido introducidas por conquistadores sólo movidos por el lucro y la ambición de poder. Este esquema se reproducirá hasta 1910, y aparentemente llegará hasta nuevos días en sucesivos volúmenes de *Los mitos de la historia argentina*.

La clave que califica el relato, su eje, es la presencia de la desaparición de personas cuya referencia es desde luego la última dictadura militar: los pueblos originarios diezmados por la conquista fueron los primeros desaparecidos, así como Mariano Moreno fue arrojado al mar para hacer desaparecer su cuerpo temido por el saavedrismo reaccionario.

Desde una historia de la cultura, las alusiones a la desaparición son explicables por la repercusión subjetiva (conciente e inconsciente) que las últimas atrocidades castrenses produjeron en la memoria social hasta el presente. Ese tema en el que fracasan las torsiones ideológicas atenuadas a las minucias cotidianas y las formas de la política, que atraviesa las crisis económicas, del que se ha dicho que constituye un "trauma", es el secreto de la narración de Pigna.

Antes de continuar será útil calibrar el tamaño historiográfico de la novela de aprendizaje elaborada por el versátil Jorge Lanata (n. 1960). Su libro *Argentinos* fue reconocido por él mismo como un ejercicio formativo. Allá por 1996 advirtió que no poseía conocimientos de historia argentina y para repararlo decidió comenzar a leer sobre el tema y escribir un libro, que luego se materializó en dos volúmenes que sumados bordean las mil trescientas páginas.

El libro de Lanata es una sucesión inarticulada de aguafuertes que no están abarajadas en grandes períodos históricos. "Si la Historia es algo, asegura Lanata, es una desordenada colección de sueños, deseos ajenos apilados en un viejo álbum de fotografías".<sup>24</sup> La arbitrariedad temporal que organiza su relato es evidente si pensamos que el primer tomo trata el período 1536-1910 y el segundo 1910-2001. No existe un método que exija ordenar procesos económicos, culturales y

---

<sup>23</sup> Es sorprendente que en la continuación de su libro, *Los mitos de la historia argentina, 2. De San Martín a "El granero del mundo"*, Planeta, 2005, p. 185, en el momento de discutir a J. M. de Rosas, Pigna propone que para la "historia en serio" es preciso evadir el ánimo binario del rosismo o el antirrosismo.

<sup>24</sup> J. Lanata, *Argentinos. Desde Pedro de Mendoza a la Argentina del Centenario*, Ediciones B, 2002, p. 16.

políticos. Ellos se precipitan de acuerdo a la información brindada por los libros que el autor tomó aparentemente al azar.

Pero su displicencia a la hora de destacar una médula que aporte coherencia a los breves capítulos de su libro no es tal. Pues si el autor se desplaza en ese suelo tan lubricado es porque supone una trama culturalista garantizada por una *personalidad nacional*. Ampliamente nutrido por José Ortega y Gasset, Julio Mafud, Arturo Jauretche y Witold Gombrowicz, el perfil del "argentino" se estabilizaría en caracteres de índole psicologista.

En la alusión de Lanata a la población negra, que pasó de un 30 por ciento del total en la época del virrey Sobremonte a su virtual invisibilidad un siglo más tarde, como *los primeros desaparecidos* aparece un tema incansablemente martillado por Felipe Pigna, y que aparenta ser el nuevo cifrado de una historia nacional en clave masiva.

En las narraciones históricas progresistas de diverso cuño la significación de la desaparición de personas tuvo una importante función en el momento de representar el período dictatorial. Sin embargo, el inocultable interés en subrayar la obra refundadora de la democracia de 1983 simplificó su significado. En ese carril la historiografía perdería buena parte de su contemporaneidad, es decir, la capacidad de consonar subjetiva y cognitivamente con una sensibilidad que había dejado una huella indeleble en la nueva época.

El éxito de las incursiones históricas del ensayismo de divulgación es descifrable. Sus razones son las siguientes:

1. Simplificación del relato, con privilegio de los eventos políticos, sazonados con acotaciones costumbristas.

2. Una narrativa que establece una constante de la historia nacional, una "personalidad argentina", diluyendo la diferencia temporal y facilitando con anacronismos la comprensión actual.

3. Maniqueísmo moral, político e ideológico por el cual la historia se escinde entre dos agentes en lucha. Allí se enfrentan el patriotismo contra la antipatria, la honestidad contra la corrupción, la libertad contra la tiranía, el interior virtuoso contra la Buenos Aires fenicia, etc.

4. La forma anecdótica de la narración que presenta aguafuertes preferentemente biográficas.

5. Empleo de un sentido común revisionista hondamente impregnado en el público lector de clase media tan denostado por aquella perspectiva de la historia nacional.

6. La omnipresencia de la última dictadura militar como hito crucial de todo el pasado.<sup>25</sup>

7. Decisiva eficacia de las operaciones editoriales y massmediáticas para construir artefactos significadores de la historia nacional.<sup>26</sup>

Ahora bien, si se aspira a ir más lejos de estas indicaciones segregadas, en su mayoría, desde los esquemas usuales del temperamento historiográfico dominante, es preciso establecer subsiguientes inquisiciones. ¿Qué implica su repercusión en las librerías? ¿Se trata de un producto más de la industria cultural, como los libros de Jorge Bucay? ¿El éxito comercial se explica porque el público es indolente o botarate al preferir esos textos a las ofertas producidas por los esfuerzos universitarios? ¿O revela además una búsqueda de sentidos en un período de desconcierto? ¿Por qué coinciden en el vano intento de descubrir el "carácter argentino"?<sup>27</sup> ¿Sostienen los *best-sellers* esquemas simplistas o también encastran con un horizonte de expectativas lectoras que no es aconsejable desconocer?

Sugiero que la eficacia en ventas de Lanata y Pigna revela, con todas las distorsiones y banalizaciones que sea justo señalar en sus obras, que la historia argentina ordenada por la hipótesis del país ideal prevaleciente en la imaginación historiográfica universitaria perdió verosimilitud. Que la intelectualidad académica persista en la trama consolidada en los años '80 y '90 no significa que sus relatos continúen siendo convincentes fuera de los ámbitos estrictamente universitarios. ¿Por qué no extraer de allí algo más que el fastidio por el desamor del público? ¿No hay allí una "verdad" que cuestiona las premisas de los prejuicios hasta ahora imperantes en la universidad y que deberían ser pensados? Pienso que las enseñanzas paradjóicas a obtener no son pocas.

---

<sup>25</sup> En J. Lanata, *Argentinos. Tomo 2. Siglo XX: desde Yrigoyen hasta la caída de De la Rúa*, Ediciones B, 2003, de las 671 páginas del volumen, las dedicadas a la dictadura militar y a sus estribaciones en el *Nunca Más* y las leyes de impunidad ocupan 176 (26 %); en contraste, el primer peronismo es presentado en 33 páginas (5 %).

<sup>26</sup> Esta importante cuestión no podría ser tratada aquí. En cualquier caso, no me parece que las estrategias publicitarias en los multimedios expliquen cabalmente el fenómeno del ensayismo de aguafuertes históricas.

<sup>27</sup> Esta deficiencia perjudica aún a libros escritos con una mayor versación histórica. Vg., María Seoane, *Argentina: el siglo del progreso y la oscuridad*, Crítica, 2004, pp. 204-205.

El ensayismo dedicado a la historia nacional nos advierte, por ejemplo, la emergencia de un nudo temático que se impone como divisoria de una caracterización concisa de lo nacional: la dictadura militar 1976-1983. Esto permite notar que el período transcurrido entre el Córdobazo (1969) y el fin de la dictadura militar parece estar coagulando como el nuevo *nudo* de la historia argentina. Esto puede ser rastreado también en las universidades.

Esquemáticamente, los nudos de la historia nacional fueron los siguientes: para la era fundacional de la historiografía argentina de fines del siglo XIX, *Mayo de 1810 y la era de los caudillos*; para la primera mitad del siglo XX, *la época de Rosas*; para la segunda mitad del siglo, *el primer peronismo*; el pos-Cordobazo se instituye hogaño como eje de la imaginación y de la política de la historia. Conjeturo que la suerte de esta colonización temática decidirá su ventura en el modo de tramitar la reflexión en tramas no aprisionadas en el cartabón del país normal.

En suma, la historia de divulgación ensayística, compuesta por breves capítulos, o más exactamente cuadros fácticos ordenados en torno a un suceso donde se distingue a buenos y malos, está configurada a través del modo de referir los hechos cuando no se dispone de un discurso sostenido en el tiempo. Los eventos hacen las veces de hechos históricos en la medida en que son, me permito el barbarismo, anecdotizados. En este sentido *Historia confidencial*, *Los mitos de la historia argentina* y *Argentinos* son modelos de la inscripción mediática de esa manera de decir la historia nacional que prometen, pero no logran, la inauguración de un revisionismo cuyo uso público de la historia inyecte savia de memoria social a una proyección política.<sup>28</sup>

---

<sup>28</sup> T. Halperin Donghi ha sospechado esta significación. En un reportaje reciente señaló que el neorrevisionismo de Lanata y Pigna podría tener una función política de manera negativa, pues, "sólo podría alcanzar eficacia política si terminara despejando el terreno para alguna ideología contestataria capaz de ofrecer con éxito una alternativa a todo lo que el neorrevisionismo denuncia indiscriminadamente, cosa que no parece estar ocurriendo". "La serena lucidez que devuelve la distancia", en *Ñ. Revista de Cultura*, 28 de mayo de 2005.

## Recapitulación y conclusiones

El rostro de la historiografía argentina de matriz universitaria es el de la *Nueva historia argentina*. Obviamente aquí se ha aludido a su esqueleto y no a su contenido que merecería un estudio extenso. He subrayado la flaccidez que acosa a la indicación "argentina" que sobrevive en su título. Su coherencia es sin embargo mayor que la malograda actualización de la historia nacionalista tanteada por la Academia Nacional de la Historia. Esta consecuencia podría sorprender dado el construccionismo de la nación que presupone la obra colectiva dirigida por Suriano, la que debería ser menos eficiente para proponer un mito unificador que la diversidad de escrituras acogidas en la empresa de la ANH.

Apartando la cuestión de que el nacionalismo sustantivo que la ANH en la voz de su presidente dice preservar no es unánime en las plumas historiadoras de la *Nueva historia de la Nación Argentina*, persiste la paradoja –sin duda aparente– de que el escepticismo ante una sustancia nacional en la otra *Nueva historia argentina* es superada por la narrativa crítica que con algunos matices es compartida por sus colaboradoras/es.

¿Es esta obra construccionista más exitosa desde la escuadra de una historia nacional? El perfil de una nacionalidad que adquiere su fisonomía no alcanza a ser definido. Ello no es negativo y, sin duda, no decepciona las esperanzas iniciales que eran situadas en la presentación de las más recientes interpretaciones académicas. ¿Contribuye a una performance amplia del uso público de la historia? Eso es más dudoso en la exacta medida en que la penetración masiva en el horizonte lector es una exigencia de la "publicidad" deseada. Obra de calidad, se resiente en este punto por su aspiración monumental.

Es posible que una obra sumaria, como la preparada por L. A. Romero, disfrute de mejores probabilidades para incidir. En su caso las decisiones ideológicas son más evidentes y trasuntan el claro sentido del relato. Pero incluso su habilidad para constreñir un proceso a una serie compleja pero limitada de ideas concita menos interés del público que las viñetas dicotómicas ofrecidas por Pigna y Lanata, cada uno a su modo.<sup>29</sup>

---

<sup>29</sup> En realidad, los públicos de Lanata y Pigna no son los mismos que los de Romero. Éste último se hace fuerte en la lectura estudiantil de niveles secundario, terciario y universitario.

Lo que hermana a los tres autores mencionados es la preeminencia de la historia política. ¿Es la historia política la que mejor autoriza una historia nacional consistente? Hasta el momento, desde el libro que publicó David Rock a mediados de la década de 1980, no disponemos de una historia argentina integral que organice narrativamente los avances historiográficos.<sup>30</sup> Quizás sea útil otear en experiencias cercanas. El intento realizado por Boris Fausto en Brasil llevaría a pensar que, efectivamente, la ilación política se hace aconsejable para esquematizar un desarrollo de otro modo inabarcable y, sobre todo, imposible de reducir a líneas maestras de comprensión.<sup>31</sup> Menos promisorio para aspirar a una historia nacional parece la opción teórica (que se pretende segregada de un sobrio respeto a lo empírico) que considera sólo agencias, contingencias, racionalidades limitadas, estrategias. Esta variante debe resignarse a, y quizás celebrar, que la historia colectiva le esté vedada.

El panorama examinado muestra un subdesarrollo de las variantes de la historia nacional, que está en consonancia con los matices de la producción historiográfica. Por razones que deben ser investigadas, algunas vías de renovación no lograron prosperar hasta proponer una visión nueva del pasado nacional. Me refiero a la historia de las migraciones trasatlánticas que quisieron proponer una alternativa al relato (progresista) de la integración a través del "crisol de razas" y a la historia de género.

Lo interesante es que la dificultad para proponer una imagen nacional de la historia argentina también afectó a las izquierdas, que podrían haber impugnado el horizonte del país normal. Los estudios históricos marxistas de algún relieve fueron escasos y respecto a lo que aquí se analiza, su producción fue nula.<sup>32</sup> Luego de la derrota política

<sup>30</sup> D. Rock, *Argentina 1516-1987*, Madrid, Alianza, 1988.

<sup>31</sup> B. Fausto, *Historia concisa de Brasil*, Fondo de Cultura Económica, 2003. El texto se inicia en el año 1500. El autor reconoce que el texto privilegia el abordaje "sociopolítico" en la página 7. Hace una década, para el caso oriental, Gerardo Caetano y José Rilla habían ofrecido un relato estético y conceptualmente más complejo en su *Historia contemporánea del Uruguay*, Montevideo, Ediciones Fin de Siglo, 1994.

<sup>32</sup> Es significativo, en este sentido, que deban ser reeditadas las obras de Jorge A. Ramos, Rodolfo Puiggrós o Milcíades Peña, para nutrir la demanda de una historia radical. Cualesquiera fueran los méritos propios de las lecturas elaboradas hace medio siglo, si pueden atraer la lectura actual es porque la izquierda intelectual contemporánea no ha sabido narrar una historia al tranco

y la necesidad de una profunda revisión, esa tarea parece inevitable. La aspiración a constituir una historiografía de izquierda encuentra en estos temas una faena crucial para definir sus horizontes.

¿Es necesario proponer una historia nacional desde una perspectiva socialista? ¿Qué significaría ello? El examen de lo producido en los años '90 abre una serie de temas que no podrían ser saldados con antiguas certidumbres, con las narrativas heredadas, con las presunciones tradicionales. ¿Es posible verter una historia socialista (o una historia popular) como historia nacional? ¿O es preferible trabajar sobre las historias parciales? Mejor aún: ¿por qué no abandonar de una vez por todas el artefacto "nacional" en beneficio de una labor deconstructiva, intransigentemente desmitificadora? ¿No descansa acaso la aspiración a proponer una historia nacional en un arcaico credo de la historia como maestra de la vida? Si se mantiene la interpelación gramsciana de lo nacional tal como se ha aplicado aquí: ¿por qué no postular una *nación futura* antes que la recuperación selectiva del pasado?

Es un hecho que los esfuerzos historiadores mayoritarios entre la sensibilidad de izquierda se han inclinado a investigar las tradiciones contestatarias. La historiografía de izquierda radical se especializa crecientemente en la historia de la izquierda: aceptada la seña de lo útil en la recuperación de una experiencia silenciada y la oportunidad para reflexionar sobre los fracasos del siglo, ¿no hay allí una tarea que revela la reducción al fragmento y, por lo tanto, la imposibilidad de una historia colectiva?

En nuestro caso, la crisis de diciembre de 2001 cuestionó un sector importante de las convicciones que sostuvieron a la imaginación historiadora construida con el retorno a la democracia. La utopía del país normal se agrietó. Entonces se observaron los intentos de emparche que fracasaban en salvar una historia que había delata-

---

de la época. Me parece que la indiferencia historiográfica de la mayoría de la izquierda se debe a su carácter eminentemente pre-gramsciano y culturalmente conservador. En el otro extremo, tampoco la derecha historiográfica que puede leerse en los textos de Floria y García Belsuncé ha sido hábil para proponer otra perspectiva que la esbozada en su libro de 1975. Una reciente reimpresión no aporta ninguna novedad metodológica ni conceptual. Véase Carlos A. Floria y César A. García Belsuncé, *Historia de los argentinos*, Larousse, 2004.

do que no estaba vertebrada por un progreso que se imponía, como la razón hegeliana, merced a los percances. Se calificó como hueras "exageraciones", "puerilidades", o "delirios" la compleja dinámica de una rebelión popular en la que se abrazaban innovaciones, quimeras y demandas, sólo porque no cabían sumisas en los esquemas elaborados para una Argentina normal que –no obstante– venía de tropezar con la realidad. Natalio Botana expresó esta postura con nitidez desde *La Nación*, resumiendo actitudes muy extendidas en los ámbitos académicos liberales e incluso socialdemócratas.<sup>33</sup>

¿Cómo repensar luego de ese vacilar de tantas certidumbres una narrativa crítica con apuestas más ambiciosas y reflexivas que las abrigadas por un país normal o, alternativamente, por una fragmentación posmoderna? ¿Será posible que las noveles generaciones intelectuales fecunden una nueva historia nacional después de la aparente extenuación del discurso progresista? ¿Cómo diseñarla cuando no son satisfactorias las meras invocaciones al marxismo o al "punto de vista del proletariado"? ¿Qué diálogo entablar con una historiografía predominante cuyos aportes son indispensables y valiosos en diversos sentidos? ¿Cómo concretar una diferente narrativa del pasado nacional sin aplicar forzamientos que malogren la imprescindible ecuanimidad historiadora?

Quisiera proponer una hipótesis que deberá ser discutida en otro lugar: que el derrumbe estrepitoso del gobierno de Fernando de la Rúa acabó con el siglo XX argentino, y que se ha replanteado el faro desde el cual ensayar una historia nacional. Con esa caída se desmoronó mucho más que un gobierno. Se fisuró una idea del progreso nacional, y se fracturó la fuerza de convencimiento de la historia acuñada para examinar al país normal. Es un desafío intelectual superar el idealismo senil de esa normalidad imposible sin retornar a las antiguas aporías del país deforme.

Nos hallamos en una situación de *vacancia de historias*. Se produce una vacancia de este tipo luego de crisis o rupturas sociales intensas, que entre otros efectos suelen producir una pérdida de credibilidad de las narrativas preexistentes. Surgen entonces búsquedas, demandas de historia. El parentesco entre crisis y renova-

---

<sup>33</sup> Desde luego, hubo excepciones; vg. Mirta Z. Lobato y Juan Suriano, *La protesta social en la Argentina*, Fondo de Cultura Económica, 2003; Raúl Fradkin, *Cosecharás tu siembra. Notas sobre la rebelión popular argentina de diciembre de 2001*, Prometeo, 2002.

ción historiográfica es demostrable. La debacle de 1930 produjo una vacancia que supieron ver los hermanos Irazusta y Raúl Scalabrini Ortiz. La caída del peronismo en 1955 conmovió los sentidos sociales; en materia de historia, el evento promovió distintas respuestas a la vacancia: el nuevo revisionismo de izquierdas y la "renovación" liderada por J. L. Romero. En 1983 no hubo vacío narrativo sino metamorfosis (y aún no hemos reflexionado sobre ello): se reinició la vigencia del ciclo romeriano, vertido en la fórmula del país normal. Hoy nos hallamos, luego de una profunda crisis, en una nueva instancia de vacancia de historias. Es ella la que explica el éxito del revisionismo *light* de Pigna y Lanata. Está por verse si una mejor historiografía podrá responder a la demanda insatisfecha que la vacancia revela.

## LA HISTORIOGRAFÍA SOCIO-ECONÓMICA COLONIAL Y LOS DEBATES TEÓRICOS-METODOLÓGICOS. ALGUNAS REFLEXIONES

JUAN LUIS HERNÁNDEZ\*

**E**l propósito de este trabajo es pasar revista a los debates teóricos metodológicos que incidieron en la producción historiográfica socio-económica dedicada a la época colonial en los últimos veinte años. No es nuestra intención presentar a los lectores un estado de la cuestión de la historiografía socio-económica de la época colonial -tarea que por otra parte, dado la extensión y consolidación de este campo historiográfico excedería los límites de un artículo de esta naturaleza- sino el mucho más modesto de reflexionar sobre estos debates, sus orígenes, características e influencia posterior en la disciplina.

En los '70, la naturaleza de las formaciones económico-sociales coloniales latinoamericanas constituyó el eje central del debate teórico-metodológico. Estas polémicas remitían en forma directa a la discusión sobre la estrategia revolucionaria que debía adoptar la izquierda latinoamericana. En los '80, en el contexto de un campo académico remodelado, la definición del paisaje social de la campaña rioplatense y los sujetos que en ella actuaron en el período colonial tardío atrajeron la atención de los investigadores.

Nuestra hipótesis general es que estos debates teóricos-metodológicos, si bien conjugaron intercambios que lograron articular distintas problemáticas o constituyeron puntos de torsión en el desarrollo de la producción historiográfica, no lograron, por los motivos que intentaremos explicar, sortear las dificultades que acompañaron en distintos momentos las polémicas en torno a la historia colonial, las cuales casi siempre se caracterizaron por no tener en cuenta síntesis de las discusiones anteriores y por dejar tras de sí balances críticos y programáticos de escasa o ninguna significación posterior.

---

\* Universidad de Buenos Aires. E-mail: jlhernandez50@yahoo.com.ar

## El debate sobre los modos de producción

El debate sobre los modos de producción en América Latina colonial<sup>1</sup> tuvo como antecedente inmediato la polémica Puiggrós-Frank.<sup>2</sup> En un libro aparecido en 1965, André Gunder Frank, un economista alemán que en aquella época colaboraba en *Monthly Review*, publicación impulsada por Paul Baran y Paul Sweezy, expuso sus tesis, que pueden resumirse en tres puntos centrales: a) América Latina ha sido capitalista desde sus orígenes, b) el carácter dependiente de su inserción en el mercado mundial es la causa de su subdesarrollo y c) no está planteada, por lo tanto, una revolución democrática-burguesa para liquidar los resabios feudales, sino una revolución socialista. Frank incorpora en su obra dos conceptos centrales: la polarización metrópoli-satélite, en la que la primera expropia parte del excedente producido en el segundo; y la continuidad en el cambio, la permanencia en lo esencial de la estructura capitalista durante cuatro siglos generando el subdesarrollo en las áreas periféricas que iba integrando al sistema.<sup>3</sup>

Rodolfo Puiggrós, en su respuesta a Frank, afirmaba que los modos de producción en América Latina colonial eran feudales. Argumentaba que era un error identificar economía mercantil con economía capitalista, sosteniendo su conocida tesis según la cual una

---

<sup>1</sup> AA. VV., *Modos de Producción en América Latina*, Cuadernos de Pasado y Presente N° 40, México, Siglo XXI, 1984 (1973). Introducción de Juan Carlos Garavaglia y artículos de: Ernesto Laclau, "Feudalismo y capitalismo en América Latina"; Carlos Sempat Assadourian, "Modos de producción, capitalismo y subdesarrollo en América Latina"; Horacio Ciafardini, "Capital, comercio y capitalismo"; Juan Carlos Garavaglia, "Un modo de producción subsidiario"; y Ciro Flamarión Santana Cardoso, "Severo Martínez Peláez y el carácter del régimen colonial"; "Sobre los modos de producción coloniales de América" y "El modo de producción esclavista colonial en América".

<sup>2</sup> Originariamente, la polémica se desarrolló en las páginas de "El Gallo ilustrado", suplemento dominical del diario *El Día*, de la ciudad de México, en 1965.

<sup>3</sup> André Gunder Frank, *Capitalismo y subdesarrollo en América Latina*, Buenos Aires, Signos, 1970 (1965). Un antecedente importante fue la obra de Sergio Bagú, quien rechazó el carácter feudal de la América colonial, afirmando que las colonias se vincularon desde sus orígenes a un mercado mundial en expansión, predominando el capital comercial. Sergio Bagú, *Economía de la sociedad colonial*, Buenos Aires, El Ateneo, 1949, y *Estructura social de la colonia*, Buenos Aires, El Ateneo, 1952.

metrópoli feudal (España) no podía generar colonias capitalistas. La posición de Puiggrós será el punto de partida de las numerosas críticas que recibirá la denominada "perspectiva circulacionista".

Sus críticos sostenían que prescindía del análisis de las relaciones de producción, enfatizando la importancia del mercado mundial y de la circulación en lugar de la producción. Aunque muy pronto estas críticas se apartarían de los antiguos y cuestionados argumentos de Puiggrós, el intercambio entre éste y Frank será el detonante de la polémica sobre los modos de producción, cuyos principales temas habían sido ya adelantados en cruces anteriores entre diversos autores (Sergio Bagú, Milcíades Peña, Jorge Abelardo Ramos, el propio Puiggrós, entre otros).

Un primer eje de la polémica es la crítica a la "perspectiva circulacionista", en la que coinciden todos los participantes del debate, pero que adquiere mayor relevancia en algunos de ellos, particularmente Ernesto Laclau. Su trabajo está casi íntegramente dedicado a enumerar los errores teóricos atribuidos a Frank. Laclau afirma que la obra de éste se caracterizaba por la imprecisión conceptual, con definiciones vagas y generales de conceptos claves. Así, el capitalismo era definido como un sistema de producción para el mercado en el cual la ganancia era el incentivo, realizada por alguien distinto del productor directo; y el feudalismo como una economía cerrada o de subsistencia. Definiciones tan amplias permitían abarcar situaciones diferentes, existentes en lugares y épocas distantes entre sí. Sempat Assadourian agrega que la obra de Frank está basada en una suerte de pensamiento circular y en la utilización abusiva de términos-clave que lo explicarían todo, como el binomio metrópoli-satélite, que terminan vaciando de historicidad una realidad mucho más compleja que la expuesta en el libro. También cuestiona que Frank, siguiendo a Paul Baran<sup>4</sup>, reemplaza el concepto de plusvalía por el de excedente, lo que le permitiría centrar su atención en el análisis de los fenómenos de la circulación, abonando la "elección metodológica fundamental" de Frank: no tomar en cuenta la categoría modo de producción.

La diferencia entre el capital comercial de la época colonial y el capital comercial de la época capitalista, constituye el otro aspecto

---

<sup>4</sup> Paul Baran, *Excedente económico e irracionalidad capitalista*, México, FCE, 1959.

central de la discusión con Frank, en el que coinciden los distintos autores, destacándose el artículo de Ciafardini. Consideraban que el dominio del primero está íntimamente relacionado con el *hecho colonial*, o sea la imposición de relaciones coloniales que garantizan el sometimiento político-económico de un espacio sobre otro. La diferencia central con la perspectiva "circulacionista" radica en que la compulsión por la producción de valores de cambio, impuesta a los productores directos bajo la égida del capital comercial, no significó la generación de relaciones de producción capitalistas. La apropiación de excedente estuvo acompañada por la imposición de relaciones laborales cuyo aspecto distintivo será, casi siempre, la coacción extra-económica. En los espacios coloniales la ganancia comercial se obtenía a partir de la existencia de siderales diferencias en los costos de producción; en la ubicación de un producto fácil de obtener y transportar, y con mucha demanda en la metrópoli; y fundamentalmente, en todo tipo de engaños, estafas, despojos abiertos, etc. producidos al amparo del hecho colonial. Por el contrario, bajo el modo de producción capitalista la ganancia del capital comercial no es más que una parte de la ganancia general.

En síntesis, las teorías circulacionistas sobrevalorarían los procesos de circulación sobre los de producción. Sus críticos sostienen que durante los siglos XVI a XVIII coexistió en Europa Occidental el feudalismo -aún dominante- con el modo de producción capitalista en ascenso. Las sociedades europeas lanzadas a la conquista de mercados ultramarinos eran sociedades en transición, con formas incipientes de evolución de las fuerzas productivas y de las relaciones de producción características del capitalismo.

Un segundo eje del debate remite a las diferencias conceptuales entre Laclau, Garavaglia-Sempat Assadourian y Santana Cardoso, que se aprecian fundamentalmente en los parámetros teóricos utilizados para definir el objeto de estudio. Laclau, siguiendo a Oskar Lange,<sup>5</sup> define modo de producción "como el complejo integrado por las fuerzas sociales productivas y las relaciones ligadas a un determinado tipo de propiedad de los medios de producción", insiste en que las relaciones sociales de producción constituyen la carac-

---

<sup>5</sup> Oskar Lange, *Economía Política*, México, FCE, 1966. Se trata de un manual de economía política inscripto en la tradición soviética inaugurada por Bujarin y Stalin en los años '30.

terística fundamental y distintiva de los modos de producción, y no utiliza el concepto de formación económico-social.

En la Introducción, Garavaglia rescata un concepto de modo de producción distinto del utilizado por Laclau, vinculado al de formación económico-social e inspirado en las discusiones promovidas por los teóricos italianos Luporini y Sereni:<sup>6</sup>

"El concepto de modo de producción designa un modelo explicativo, es decir un conjunto vinculado de hipótesis en las cuales se han tomado los elementos comunes a una serie de sociedades que se considera de tipo similar. En cambio, el concepto de formación económico-social se referiría siempre a una realidad concreta y pasible de ubicación histórica-temporal".<sup>7</sup>

Por último, Santana Cardoso critica la teoría de la evolución unilineal de las sociedades definida por Stalin en 1938. Esta teoría convierte la sucesión de formas progresivas de la historia humana esbozadas por Marx en el Prefacio al Prólogo de la *Contribución a la Crítica de la Economía Política* en una lista taxativa de cinco estadios considerados "tipos fundamentales de relaciones de producción" que debían ser atravesados por todas las sociedades en todas las latitudes en forma sucesiva y obligatoria. En este esquema, la noción de modo de producción, vaciada de su contenido dialéctico, deriva su definición esencialmente de las relaciones de producción, reducidas a simples relaciones de explotación: si había servidumbre, entonces había feudalismo. La aparición de un modo de producción era entendida a partir de la maduración de las contradicciones internas del anterior, soslayándose la incidencia de la lucha de clases en la transformación social.<sup>8</sup>

Santana Cardoso alerta sobre las distintas acepciones presentes en Marx de la expresión "modo de producción", utilizada en forma coloquial, para describir la manera de producir, o como concepto teórico, referido a los modos de producción que llegaron a ser dominantes en determinadas regiones o períodos históricos y aquellos otros que nunca lo fueron. De todo ello derivará la inadecuación de categorías como "feudalismo" o "capitalismo" para explicar las es-

---

<sup>6</sup> Cesare Luporini y Emilio Sereni, *El concepto de formación económico-social*, Cuadernos de Pasado y Presente n° 39, Córdoba, Siglo XXI, 1973.

<sup>7</sup> Juan Carlos Garavaglia, en AA. VV., ob. cit., p. 7.

<sup>8</sup> José Stalin, *Materialismo Dialéctico y Materialismo Histórico*, Moscú, 1938.

estructuras internas coloniales, considerando necesaria la elaboración de una teoría de los modos de producción coloniales, a partir de su carácter específico y dependiente, irreductibles a los esquemas eurocéntricos.

¿Cuales son entonces los aportes de este debate visibles en la historiografía colonial post '84? Intentemos hacer una breve síntesis.

Garavaglia remarca que en las formaciones económico-sociales coloniales no se advierte un tipo de producción que establezca las reglas del juego para el conjunto de las relaciones de producción. Apartándose de los esquemas stalinistas, consistentes en definir un modo de producción "dominante" cuyos personeros, constituidos en clase o elite dominante, controlaban los resortes del estado asegurando la reproducción del sistema, sostendrá -conjuntamente con Sempat Assadourian- que uno de los caracteres específicos de Latinoamérica colonial será la existencia de producciones principales a las cuales estaban subordinadas otras subsidiarias. Pero su articulación no estaba en manos del grupo o elite que controlaba la producción principal, sino que era garantizada por un estado que no representaba a ningún sector en particular, y que era expresión y consecuencia directa del hecho colonial.

Así, en la región altoperuana-rioplatense, la producción de metales preciosos de Potosí constituía la actividad económica más importante, a la cual estaban subordinadas las demás producciones. Pero la élite que controlaba esa producción no era el grupo dominante en el Virreinato, usufructuante de los resortes del estado colonial en su provecho exclusivo. La función de dominio económico del sistema era ejercida por quienes dominaban los medios de circulación, es decir los comerciantes, unidos a la burocracia metropolitana y local. Este dominio del capital comercial se articulaba a través de tres formas típicas de apropiación del excedente: por la vía fiscal, por la vía del monopolio comercial y a través del aparato eclesiástico y de las órdenes religiosas; cumpliendo el rol de ligar distintas formas productivas hasta entonces aisladas, apareciendo modos de producción principales y subsidiarios, combinados entre sí en forma jerárquica, siendo la relación colonial la que daba sentido a todo el sistema. El dominio político era ejercido a través de un aparato burocrático que congregará a funcionarios coloniales representantes de la corona y diversas fracciones de las clases propietarias de los medios de circulación y de producción.

El otro aporte fundamental de Sempat Assadourian consistió en realzar la importancia del mercado interno colonial, hasta entonces subestimado en referencia a los intercambios de la colonia con el mundo extra-americano. Sostendrá que los espacios coloniales estaban económicamente integrados, con una importante división regional del trabajo, que permitía una gran intensidad de los intercambios al interior del espacio colonial.

A partir de estos parámetros generales, la contribución más relevante de Garavaglia es el análisis de un modo de producción subsidiario, que fue el resultado de la forma particular que asumió el hecho colonial en un área habitada por grupos indígenas guaraníes. Poseían un grado complejo de organización socio-económica, basada en la agricultura de roza, y estaban nucleados en aldeas sin una centralización política estatal. En las últimas décadas del siglo XVI en estas áreas se impulsará el agrupamiento de la población indígena en pueblos o comunidades, a efectos de una más racional explotación de la mano de obra. En esta labor, desempeñaron un papel destacado los jesuitas y los franciscanos. Era un modo de producción subsidiario respecto a otro principal, que en la región rioplatense-altoperuana será el imperante en las minas del Alto Perú. Garavaglia describe sus características centrales:

1. La unidad de producción fundamental era la comunidad, pueblo o reducción, en el cual regía el régimen de comunidad o comunidad de bienes. Las estancias, yerbales y otros cultivos eran de propiedad común (*tupambaé* o tierra de Dios) mientras pequeños lotes o chacras eran asignados a las familias indígenas para cultivos de subsistencia (*abambaé*, o tierra del hombre). El indígena trabajaba algunas jornadas en el *abambaé* cuyo producto estaba destinado a su sustento y de su familia; las demás jornadas laboraba en el *tupambaé*, cuyo producto estaba destinado al usufructo comunitario.
2. La no coincidencia en tiempo y espacio de ambos procesos de trabajo hacía necesaria la coacción extraeconómica (castigos corporales, organización compulsiva de las faenas colectivas y dominio cultural de los sacerdotes sobre los indígenas).
3. El excedente económico proveniente del *tupambaé* era derivado al consumo indígena (repartos de carne, sal y yerba), y mayoritariamente apropiado por la Compañía de Jesús, que lo comercializaba a través de Procuradurías y Oficios.

4. La autoridad en las reducciones estaba concentrada en los jesuitas, quienes resolvían asuntos espirituales y temporales. Existía una pequeña "elite" indígena, integrada por los miembros del Cabildo indígena, los corregidores y los "empleos", un grupo ocupacional formado por los jesuitas, que ocupaban importantes funciones: capataces, mayordomos, maestros de oficios.
5. En los demás pueblos o reducciones la estructura económica era similar. La administración estaba a cargo de un sacerdote (generalmente franciscano) y/o de un administrador laico. La diferencia esencial con las reducciones jesuíticas era que los indígenas estaban sometidos a la encomienda, debiendo prestar servicio durante un lapso anual para el encomendero y trabajar el resto del año en sus pueblos.

Santana Cardoso por su parte intentará esbozar una teoría de los modos de producción coloniales, señalando que en las formaciones económico-sociales americanas coloniales surgieron tres modos de producción principales:

1. En Mesoamérica y la región andina, áreas con grandes concentraciones de población con una agricultura sedentaria avanzada, surgió un modo de producción basado en la explotación de la fuerza de trabajo indígena. Una parte importante de la población indígena fue integrada como fuerza de trabajo a través de la economía monetaria y del tributo, las mejores tierras fueron apropiadas para formar haciendas y las comunidades indígenas subsistieron como reservorios de mano de obra.
2. El modo de producción esclavista colonial fue instaurado en regiones con escasa densidad de población autóctona y condiciones naturales propicias para las actividades exportadoras (economía de plantación de productos tropicales). Esto sucedió en Brasil, Guyanas, Antillas, sur de Estados Unidos.<sup>9</sup>
3. En América del Norte se constituyó una economía diversificada de pequeños productores que con el tiempo evolucionó hacia un capitalismo no dependiente. En otros casos existieron modos de producción subsidiarios -como las sociedades guaraníticas-misio-

---

<sup>9</sup> Aún hoy el trabajo de Santana Cardoso sobre la esclavitud colonial en América es muy valioso, por el exhaustivo rastreo teórico y el detallado análisis crítico de las distintas tendencias de la historiografía.

neras- o predominaron relaciones salariales bastardeadas, como en el Río de la Plata o en los llanos del Orinoco.

### El cierre del debate

El debate sobre los modos de producción en América Latina Colonial careció de un balance equilibrado que aportara una síntesis superadora. Las únicas menciones posteriores las encontramos en un breve artículo de Enrique Tándeter, y luego, años después, apareció un libro de José Carlos Chiaramonte dedicado casi exclusivamente a ese propósito.

El artículo de Tándeter (1976)<sup>10</sup> critica el abuso de las categorías circulacionistas y el dogmatismo evolucionista. A Frank le reconoce el mérito de incluir la categoría metrópoli-satélite en las relaciones americana-europea y al interior del espacio colonial americano, y remarcará un dato sumamente interesante: la recepción tardía del debate Dobb-Sweezy en lengua española. La primera edición en inglés de esta polémica fue en 1946, pero la primera traducción española es de 1971, es decir, su recepción se verifica en los '70 bajo la influencia del prisma althusseriano.<sup>11</sup> Para Tándeter entonces, la polémica sobre los modos de producción quedó atrapada en las rígidas concepciones estructuralistas de Althusser y Balibar, la consecuencia es que en ella la taxonomía clasificatoria predominó sobre la investigación histórica.

Siguieron años de silencio, que evidencian la incidencia de los cambios políticos operados en el Cono Sur sobre las preocupaciones de los intelectuales de la época. En 1983 apareció *Formas de Sociedad y Economía en Hispanoamérica*, de José Carlos Chiaramonte.<sup>12</sup> En la primera parte -la más interesante- el autor traza el itinerario del "diagnóstico feudal" de las colonias americanas en los siglos XIX y XX, haciendo un análisis crítico de su periplo en Ingenieros, Mariátegui, Chávez Orozco y Puiggrós. En la segunda parte, titulada

---

<sup>10</sup> Enrique Tándeter, "Sobre el análisis de la dominación colonial", en *Desarrollo Económico*, Vol. 16, nº 61, Buenos Aires, abril-junio 1976, pp. 151-160.

<sup>11</sup> Paul Sweezy y otros, *La transición del feudalismo al capitalismo*, Buenos Aires, La Cruz del Sur, 1974.

<sup>12</sup> José Carlos Chiaramonte, *Formas de sociedad y economía en Hispanoamérica*, México, Grijalbo, 1983.

“Modo de Producción y otros supuestos conceptuales para la periodización histórica”, intenta demostrar que el concepto Modo de Producción no constituyó en Marx el concepto central para la interpretación de la historia. Su entronización como categoría fundamental del materialismo histórico habría sido obra de Stalin en un folleto de 1938, quien además habría redefinido el concepto, integrando a las fuerzas productivas y a las relaciones de producción como partes constitutivas del mismo.<sup>13</sup> Por el contrario, en Marx la expresión Modo de Producción reconocería diferentes acepciones. En cuanto a Relaciones de Producción y Modo de producción, son dos conceptos correlacionados pero no inclusivos uno del otro, el modo de producción no englobaría las relaciones de producción, pero éstas deben corresponderse con aquel. El otro rasgo que critica Chiaramonte es el carácter absolutamente determinante atribuido a las fuerzas productivas en la concepción de Stalin.<sup>14</sup>

Con respecto a la primer observación, aún aceptando que sea etimológicamente correcta, no parece tener grandes implicancias prácticas, ya que aquí lo esencial es la noción de determinación subyacente en Marx. Es decir, la correspondencia entre fuerzas productivas-modo de producción-relaciones de producción, esencial para construir una teoría materialista de la sociedad, no siendo lo fundamental como esté expresada. Es más importante la segunda observación, referida a la insistencia de Stalin en el primado de las fuerzas productivas y en el carácter determinante de las mismas sobre las relaciones de producción. Stalin sostuvo siempre que la clave del desarrollo histórico está en la dimensión de las fuerzas productivas, no reconoce en la constitución de las relaciones de producción los antagonismos de clases, las concibe exclusivamente determinadas por las fuerzas productivas. Con lo cual la constatación de la existencia de determinadas relaciones de producción permite ubicar a una formación económico-social en un cierto estadio de evolución, desprendiéndose de ello las posibilidades de transformación revolucionaria de esa sociedad, con prescindencia de otros factores políticos, culturales, históricos, inherentes a la misma.

---

<sup>13</sup> José Stalin, ob. cit.

<sup>14</sup> En opinión de Stalin, “...según sean las fuerzas productivas, así tienen que ser también las relaciones de producción”. José Stalin, ob. cit., pp. 104-105.

Ahora bien, los problemas del libro de Chiaramonte empiezan cuando el autor pretende hacer un balance de la polémica sobre los modos de producción, ya que la conclusión fundamental que extrae es que el debate de los '70 tuvo un mal origen, ya que no se apoyó en los conceptos teóricos marxianos sino en la versión que de ellos diera Stalin en 1938.<sup>15</sup> Y esto no es así, porque, como ya lo hemos visto, en el debate aparecen tres definiciones distintas de modo de producción: la de Laclau, de clara filiación stalinista; la de Garavaglia-Sempat Assadourian, que reconoce la influencia de Luporini-Sereni; y la de Santana Cardoso, que retoma los distintos acepciones de la expresión en Marx. Chiaramonte elimina en su balance la heterogeneidad de las posiciones subyacentes en los partícipes del debate, presentando una visión homogénea del mismo, dando como comunes a todos las posiciones teóricas de solo uno de ellos (Ernesto Laclau) y omitiendo las diferencias y matices. En síntesis, Chiaramonte no reconoce ningún mérito a los debates de los '70, teñidos, en su interpretación, por un pensamiento dogmático y anquilosado.<sup>16</sup>

### La producción historiográfica en los ochenta

A partir de la intervención de Chiaramonte –y del silencio de sus colegas– la polémica sobre los modos de producción quedó envuelta en connotaciones profundamente negativas, una “discusión marxeológica” que había que dejar en el olvido. Sin embargo, las obras más importantes que se escribirían en los años siguientes guardan una filiación muy nítida con aquellas discusiones. Nos referimos a los libros de Juan Carlos Garavaglia –*Mercado Interno y Economía Colonial y Economía, sociedad y regiones*– y de Enrique Tándeter –*Coacción y Mercado*–.

---

<sup>15</sup> Las ideas de Stalin estaban cuestionadas dentro del propio movimiento comunista desde 1950. Ver Josep Fontana, *Historia. Análisis del pasado y proyecto social*, Barcelona, Crítica, 1982, capítulo 13.

<sup>16</sup> Así, por ejemplo, en un libro dedicado a demostrar que la opción feudalismo-capitalismo, no en todos lados y en todas las épocas resulta útil como clave interpretativa, el lector debe llegar a la página 216 para encontrar una mención superficial de la hipótesis de Santana Cardoso relativa a la originalidad y especificidad de los modos de producción coloniales.

Como es sabido, *Coacción y Mercado*,<sup>17</sup> un libro que según su autor resume más de veinte años de investigación en el tema, es una indagación sobre la minería potosina desde fines del siglo XVII hasta 1826. Partiendo de la polémica entre el fiscal de la Audiencia de Charcas, Victorián de Villava, que impugnaba la legitimidad y los beneficios de la mita potosina postulando su abolición, y el intendente de Potosí, Francisco de Paula Sanz y su asesor Pedro Vicente Cañete, que defendían la racionalidad del trabajo forzado en las minas; Tándeter reconstruye los distintos aspectos de la minería de la plata en el Potosí colonial. Se puede decir sin exagerar que el capítulo 3 del libro, "*Minga y Kajcha*" puede por sí solo asegurar a su autor un lugar importante en la historiografía colonial, por la recuperación de distintos actores sociales provenientes de las clases subalternas que actuaban en el Cerro Rico. Tándeter demuestra que la mitad de la fuerza de trabajo utilizada en las minas provenía del mercado libre, y rastrea la genealogía de estos trabajadores, desde los primeros *yanaconas*, "trabajadores independientes que controlaban el proceso completo, desde la extracción del mineral hasta su beneficio por fundición", hasta la aparición de los *kajchas*, hombres que se aprovechaban de la interrupción del trabajo minero regular (generalmente los fines de semana) para penetrar en las minas y extraer para sí los minerales que pudiesen encontrar. La descripción del *kajcheo* —una forma de apropiación directa del mineral— sus características, magnitud e importancia, componen las páginas más interesantes del libro. Constituye un verdadero estudio de la subjetividad de las clases subalternas, apoyado en los parámetros económico-sociales delineados años antes por Sempat Assadourian sobre el espacio colonial altoperuano-rioplatense.

La producción historiográfica de Garavaglia sobre el espacio paraguayo-misionero marca un antes y un después en lo concerniente a la bibliografía sobre esta región. Ésta se componía de dos vertientes, según los autores tuviesen una mirada apologética o detractora de las misiones jesuíticas. Estas visiones eran adoptadas a partir de concepciones ideológicas previas y no como resultantes de estudios científicos sobre tan rica experiencia.<sup>18</sup>

---

<sup>17</sup> Enrique Tándeter, *Coacción y mercado. La minería de la plata en el Potosí colonial, 1692-1826*, Buenos Aires, Sudamericana, 1992.

*Mercado Interno y Economía Colonial*,<sup>19</sup> presentado por su autor como "un libro de historia económica", se propone analizar el entramado de las relaciones económicas subyacentes detrás de la producción y comercialización de la yerba mate en el ámbito del mercado interno colonial. En la segunda parte del libro, Garavaglia se aboca a la reconstrucción de la historia económica del Paraguay. Analiza su evolución histórica, caracterizada por el lento pasaje desde la encomienda a una sociedad mestiza y campesina, que subsistirá hasta la época de la Guerra de la Triple Alianza, inscribiéndose en este recorrido la larga historia de los pueblos y las reducciones indígenas. Aún hoy, este libro constituye el punto de partida de los estudios sociales sobre la región paraguaya-misionera.<sup>20</sup>

En *Economía, sociedad y regiones*<sup>21</sup> Garavaglia incluye dos estudios que continúan con esta temática: "Las misiones jesuíticas: utopía y realidad" y "Campesinos y soldados: dos siglos en la historia rural del Paraguay". En el primero de ellos, el autor retoma las ideas sobre el modo de producción "subsidiario", con una variante importante: incorpora en su análisis elementos culturales previos de las comunidades guaraníes que habrían servido de base para la conformación de las reducciones y pueblos. Es decir, el modelo jesuítico no surgió *ex nihilo* sino que llevaba en su seno elementos provenientes de la antigua aldea guaraní, en particular el principio de reciprocidad. Este mecanismo regulador de las relaciones sociales fue adaptado a las necesidades del sistema colonial y mediado por los jesuitas de acuerdo a sus propios objetivos. Esto es fundamental, porque desacraliza el estudio de la experiencia jesuítica, y permite a la vez reintegrarla dentro de la economía y la sociedad colonial de la época. Garavaglia analiza el funcionamiento interno de las reducciones y/o pueblos, describiendo su estructura económica

---

<sup>19</sup> Con la excepción del libro de Magnus Mörner, *Actividades políticas y económicas de los jesuitas en el Río de la Plata*, Buenos Aires, Hyspamérica, 1985 (1953).

<sup>19</sup> Juan Carlos Garavaglia, *Mercado interno y economía colonial*, México, Grijalbo, 1983.

<sup>20</sup> Ver el dossier coordinado por Ana María Lorandi y Mercedes Avellaneda en *Memoria Americana*, n° 8, 1999, en particular los trabajos de Nidia Areces, Juan Luis Hernández, Lía Quarleri, Guillermo Wilde y Mercedes Avellaneda.

<sup>21</sup> Juan Carlos Garavaglia, *Economía, sociedad y regiones*, Buenos Aires, De la Flor, 1987.

(*abambaé* y *tupambaé*), la captación del excedente, el gobierno de las reducciones, la religión, el rol militar y la lengua. Resulta realmente sintomático que ni Tándeter ni Garavaglia reconozcan en sus obras la decisiva influencia del debate sobre los modos de producción de los años '70, manifestando en forma directa la existencia de una tensión sobre esta cuestión. El volumen de *Pasado y Presente* no es mencionado en la extensa y prolija bibliografía reseñada al final de ambas obras, sí en cambio el libro de Chiaramonte dedicado justamente a cerrar la polémica. Sin embargo, ambos dejan algunas pistas: Tándeter recordará los trabajos de André Gunder Frank en sus inicios como historiador, cuando eligió el área de historia colonial entre otras razones, por "el lugar central que en las discusiones de la izquierda ocupaba en las décadas de 1960 y 1970". Garavaglia por su parte hará una referencia más indirecta al comentar una obra de Wallerstein. La realidad es que ninguna de las obras que comentamos en este acápite, que se encuentran entre las más importantes de la historiografía colonial contemporáneas, hubiera sido posible sin el debate sobre los modos de producción en América Latina colonial.

### La polémica sobre el gaucho rioplatense en los años '80

En 1987 tuvo lugar otro debate, centrado en la existencia o no del gaucho en la campaña rioplatense en el período colonial. Esta discusión se realizó en el marco de un espacio académico reorganizado después de 1984, y tuvo como protagonistas fundamentales a Carlos A. Mayo, Samuel Amaral y Jorge Gelman,<sup>22</sup> quienes habían dado a conocer los resultados de sus respectivas investigaciones sobre tres estancias rioplatenses: la de José de Antequera, en Magdalena; la de Carlos López Osornio, también en Magdalena; y la de las Vacas en la Banda Oriental, respectivamente. Estos trabajos esta-

---

<sup>22</sup> La polémica está publicada en el *Anuario IEHS*, n° 2, 1987, pp. 23-70, donde se reproducen los siguientes artículos: Carlos A. Mayo, "Sobre peones, vagos y malentretenidos. El dilema de la economía rural rioplatense durante la época colonial"; Samuel Amaral, "Trabajo y trabajadores rurales en Buenos Aires a fines del siglo XVII"; Juan Carlos Garavaglia, "¿Existieron los gauchos?"; Jorge Gelman, "¿Gauchos o campesinos?" y Carlos A. Mayo, "¿Una campaña sin gauchos?".

ban basados en la documentación y los libros de contabilidad de los establecimientos, aunque Mayo utiliza un repertorio de fuentes más amplio (actas capitulares, censos, relatos de viajeros, etc.).

La estancia estudiada por Amaral era una explotación cuya principal fuente de ingresos provenía de la venta de ganado vacuno en el mercado interno; contando también con ingresos provenientes de la molienda de granos y de la venta intermitente de cueros, caballos y otros productos. Amaral concluye que la administración de la estancia estaba regida por la demanda del mercado y la obtención de utilidades: producía carne apta para el consumo, mantenía una tasa constante de crecimiento acumulativo del stock ganadero y una tasa de extracción (venta sobre stock) compatible con la anterior, y una tasa de utilidad (beneficio total/capital invertido) normal, superior a la tasa de interés vigente en la época. La estancia utilizaba mano de obra esclava y mano de obra asalariada, integrada esta última por el capataz, el personal transitorio remunerado por tareas realizadas, y los peones conchabados por períodos de tiempo, que realizaban los trabajos habituales. Amaral sostiene que la inestabilidad de la mano de obra no se debía a la escasa laboriosidad de los trabajadores manuales sino a la estacionalidad de la demanda marcada por el ritmo de las tareas rurales propias de la ganadería. En otras palabras, no había inestabilidad de oferta de mano de obra sino inestabilidad de la demanda en función del ciclo ganadero. En las épocas de poco trabajo se permitía la permanencia de los trabajadores como agregados o, dentro de ciertos límites, tolerando el robo de ganado, sin que esto implicase un sector de subsistencia, ya que no se producían valores de uso sino bienes comercializables.

El establecimiento estudiado por Gelman en la Banda Oriental realizaba diversas actividades económicas, siendo las más importantes la ganadería vacuna -extracción de cuero, sebo y grasa, en menor medida abasto de carne- y el cultivo del trigo. El autor analiza el ciclo productivo del ganado y del trigo, definiendo las tareas permanentes y las "faenas extraordinarias" con sus momentos de trabajo intenso y sus tiempos muertos; y asocia ambos ciclos a los movimientos de la mano de obra. Esta última se componía de un plantel de esclavos que se ocupaban de las tareas de mayor responsabilidad y de mano de obra asalariada que cubría el resto de las necesidades de la finca -peones conchabados voluntariamente por un salario- no constando la existencia de agregados o arrendatarios. Para Gelman

la estancia no tiene mayores problemas para reclutar trabajadores para las tareas permanentes o para las estacionales, excepto durante la cosecha de trigo (enero/febrero), en la que se pagaban salarios altos que atraían a los peones. El eje de su funcionamiento son los esclavos-capataces, la mayoría de los peones son asalariados fácilmente reemplazables, cuestionando la escasez de brazos sostenida por otros autores. Gelman sostiene que la oferta de mano de obra libre es suficiente para cubrir la demanda de la estancia, y no está condicionada por la persistencia de una economía de subsistencia. La producción de trigo era realizada en la campaña por explotaciones de distinto tamaño, incluidos pequeños y medianos productores que utilizaban mano de obra familiar. En esta interpretación el gaucho no sería un personaje surgido de la economía de subsistencia y el vagabundaje, sino la resultante de la progresiva expulsión de los campesinos y jornaleros de las tierras que ocupaban producida durante la expansión estanciera del siglo XIX.

A diferencia de ambos autores, Mayo considera que en la segunda mitad del siglo XVIII sobrevivía un sector de subsistencia en la campaña bonaerense, que oscilaba entre la producción agropecuaria para el autoconsumo, la caza o el robo de vacunos, consecuencia de que las estancias no habían logrado, a esa fecha, el control completo de los medios de producción, en el contexto de una campaña sin cercos, ganado alzado y fronteras abiertas. Es entonces la oferta de trabajo y no la demanda la que está condicionada por este acceso directo a los medios de subsistencia. La existencia del vagabundaje se explica entonces porque cualquiera tenía acceso a un rancho, a la carne, a la tierra; cuando alguien quería tener metálico (para vicios, ropas o espuelas) o se hacía gaucho (traficando cueros y ganados ajenos o alzados) o se conchababa por un tiempo, o hacía ambas cosas alternativamente. Por este motivo la mano de obra era cara y había muchas dificultades para reclutarla y estabilizarla. Sus análisis de los libros de cuentas de establecimientos agropecuarios del pago de Magdalena le permiten establecer el monto total de los salarios de los peones y su incidencia en el total de los egresos (era el gasto más alto después del arrendamiento). También constató la extrema inestabilidad de la mano de obra reflejada en la contabilidad por las oscilaciones en la cantidad y los reemplazos de los peones.

Contemporáneo a este debate, apareció un artículo de Ricardo Salvatore y Jonathan C. Brown sobre la estancia de las Vacas, don-

de los autores arribaban a conclusiones divergentes a las de Gelman. La posterior respuesta de éste y la subsiguiente réplica de Salvatore y Brown contribuyeron a profundizar la polémica.<sup>23</sup>

Salvatore y Brown sostienen el carácter autónomo e itinerante de la población rural oriental. En un contexto de limitado control territorial por parte de las autoridades coloniales, y por las fuertes fluctuaciones de la demanda externa del cuero que afectaban a los establecimientos ganaderos, la masa de mulatos, indios y mestizos "iban y venían de acuerdo a sus propias necesidades". Tenían formas de subsistencia propias: se establecían en tierras ajenas, carneaban animales, se adueñaban de caballos y/o cueros, y se conchababan por un salario cuando querían adquirir yerba, tabaco, ropas, aguardiente. Para defender este estilo de vida, resistían los intentos de los empleadores para someterlos al ritmo de trabajo de las estancias.

La respuesta de Gelman reitera, en lo sustancial, los argumentos de su artículo del *Anuario IEHS* nº 2. Insiste en que la inestabilidad del empleo se debía a las demandas estacionales de la producción de trigo, lo que estaría avalado por la regularidad con que se producía, a lo largo de los años, el movimiento de ingreso y egreso de los peones, siempre en los mismos meses. La estancia era la que manejaba la contratación de la mano de obra, no los gauchos con sus hábitos laborales quienes entraban y salían cuando les convenía. Termina acusando a sus críticos de "continuar" y "reafirmar" lo dicho por la literatura clásica sobre los gauchos.

En la réplica, Salvatore y Brown sostienen, como hipótesis central, la incompleta proletarianización de los trabajadores rurales, considerando su exitosa resistencia a la misma un correlato de sus hábitos y estilo de vida, luchando dentro y fuera de los establecimientos

---

<sup>23</sup> Ricardo Salvatore y Jonathan C. Brown, "Trade and Proletarianization in Late Colonial Banda Oriental. Evidencias from the Estancia de las Vacas", en *Hispanic American Historical Review*, nº 3, 1987; Jorge Gelman, "New Perspectives on an Old Problem and the Same Source: the Gaucho and the Rural History of the Colonial Río de la Plata", y Ricardo Salvatore y Jonathan C. Brown, "Comment the Old Problem the Gauchos and Rural Society", ambos en *Hispanic American Historical Review*, nº 4, 1989. Estos dos últimos, en español, en Raúl O. Fradkin, comp., *La historia agraria del Río de la Plata colonial*, Buenos Aires, CEAL, 1993. Vale señalar que el excelente Estudio Preliminar escrito por Fradkin para esta recopilación es un texto insoslayable para el conocimiento de la historiografía colonial del período.

productivos por la preservación de sus tradiciones y valores culturales: apropiación directa, rechazo al trabajo, movilidad geográfica, independencia personal. Con indudable influencia thompsoniana, fundamentarán sus afirmaciones en tres elementos:

1. Con relación a los movimientos de personal, estudiando los recibos de pago, demuestran que pocos peones volvieron a trabajar luego de su egreso. El administrador tuvo que contratar peones en Buenos Aires y transportarlos a la otra orilla en varias oportunidades.
2. El paradójico status de los esclavos-capataces, que los convertía en los trabajadores permanentes más importantes de la estancia.
3. La insuficiencia de trabajadores en la estancia conspiraba con el logro de una mayor productividad, exigida constantemente a los administradores por sus propietarios.

A estos debates debe añadirse, ya sobre el final de los '80, el intercambio entre Garavaglia y Amaral-Ghío sobre la composición de la producción rioplatense. Los continuos análisis de Garavaglia sobre la masa decimal en el período colonial tardío culminan en un trabajo conjunto con Gelman, donde enfatizan que, por lo menos hasta 1815, la producción agrícola era más importante que la ganadera en la región del Río de la Plata, revalorizando el papel de la agricultura cerealera en la vida económica de la campaña. Amaral y Ghío, estudiando la misma fuente, sostienen la conclusión opuesta: la preeminencia de la ganadería sobre la agricultura en la campaña bonaerense. Alegan que la cuatrotea -el diezmo sobre el ganado- era muy difícil de cobrar, y que la extendida evasión del mismo distorsiona los cálculos proyectados sobre la producción agropecuaria total.<sup>24</sup>

Digamos por último, que en 1997, en el *Anuario IEHS* n° 12, se incluye el Dossier "Continuidades y rupturas en la primera mitad del siglo XIX en el Río de la Plata (mundo rural, estado, cultura)", coordinado por Juan C. Garavaglia, Jorge Gelman y Raúl Fradkin. Los quince artículos del dossier intentan responder a la pregunta ¿Qué cambia en Buenos Aires en la primera mitad del siglo XIX?. El análisis de la acción estatal, los actores sociales, la estructura económica, el ritmo del

<sup>24</sup> En Juan Carlos Garavaglia y Jorge Gelman, *El mundo rural rioplatense a fines de la época colonial: estudios sobre producción y mano de obra*, Cuadernos Simón Rodríguez, n° 17, Buenos Aires, 1989; y Samuel Amaral y J. M. Ghío, "Diezmos y producción agraria. Buenos Aires, 1750-1800", en *Revista de Historia Económica*, VIII, n° 3, Madrid, 1990.

cambio económico, los sectores subalternos, permite establecer una nueva agenda de debate y controversia de lo que se denomina historia económica y social rural. Esta torsión otorga nuevos impulsos a la producción historiográfica que dejaremos para futuros estudios.<sup>25</sup>

### La historiografía de la región bonaerense

Sobre las líneas generales esbozadas por Gelman y Garavaglia en la polémica sobre el gaucho y en los estudios sobre la producción en la región pampeana a partir del análisis de la masa decimal, se va a operar en los años siguientes la constitución de un vasto campo historiográfico sobre la campaña bonaerense en la época colonial, que tendrá a ambos como referentes principales junto a Raúl O. Fradkin.<sup>26</sup> Antes que una superficial descripción de una muy extensa bibliografía, preferimos centrarnos en dos obras que consideramos paradigmáticas.

En *Pastores y labradores de Buenos Aires*,<sup>27</sup> Garavaglia compone una erudita reconstrucción de la historia agraria de la campaña bonaerense en el período 1700-1830. Cuestionando el tradicional contrapunto estanciero-gran propietario/gaucho-hombre libre; el autor incluye a los pequeños y medianos pastores de ganado junto a labradores, agricultores y hacendados. Comienza haciendo una aproximación ecosistémica a la llanura pampeana, continuando con un exhaustivo análisis de la ocupación del espacio, las corrientes de población, las características generales de la agricultura y la ganadería, las unidades

---

<sup>25</sup> Se destacan las obras de Osvaldo Barsky y Jorge Gelman, *Historia del agro argentino. Desde la conquista hasta fines del siglo XX*, Buenos Aires, Grijalbo-Mondadori, 2001; y Raúl O. Fradkin y Juan Carlos Garavaglia, editores, *En busca de un tiempo perdido*, Buenos Aires, Prometeo, 2004.

<sup>26</sup> Existe también una importante producción historiográfica por parte de Carlos Mayo y Eduardo R. Saguier; y una línea de trabajo que preconiza la existencia de un "feudalismo colonial tardío" en ambas orillas rioplatenses, cuyo análisis no podemos abordar por falta de espacio. Ver: Carlos Mayo, *Estancia y sociedad en La Pampa, 1740-1820*, Buenos Aires, Biblos, 1995; Eduardo R. Saguier, *Mercado inmobiliario y estructura social*, Buenos Aires, CEAL, 1993; y Eduardo Azcué Ameghino, *Historia de Artigas y la Independencia Argentina*, Montevideo, de la Banda Oriental, 1993; y *Trincheras de la historia*, Buenos Aires, Imago Mundi, 2004.

<sup>27</sup> Juan Carlos Garavaglia, *Pastores y labradores de Buenos Aires*, Buenos Aires, de la Flor, 1999.

productivas -estancias, chacras y quintas- la tecnología, los mercados y los precios. En el capítulo VII hacen su aparición "Las cuatro figuras que ocupan el centro de la escena social y productiva en la campaña": pastores, labradores, agricultores y hacendados. Pastores y labradores serían los integrantes de los grupos domésticos que utilizando fundamentalmente -pero no exclusivamente- su propia fuerza de trabajo, se dedican a la cría de ganado y -en forma subsidiaria- a la producción agrícola, los primeros, y fundamentalmente a la actividad agraria, los segundos. Agricultores y hacendados son los "empresarios" de la actividad agropecuaria, dedicados unos a la actividad agrícola, y los otros a la producción de ganado y al cultivo de cereales. El carácter empresarial está dado por utilizar fundamentalmente mano de obra ajena al grupo familiar.

Como se desprende de esta breve descripción, la diferencia entre ambos remite al origen de la fuerza de trabajo empleada en la producción, ya sea proveniente del grupo doméstico o del mercado, cuestión ésta que no siempre aparece articulada con las formas de propiedad de la tierra (propietarios, arrendatarios o simples ocupantes) y con las características de las unidades de producción (estancias, chacras y quintas). Con lo cual a veces, los tipos sociales que aparecen en las fuentes que el autor cita no se corresponden con los actores cuyo perfil se empeña en delimitar.<sup>28</sup> A superar esta falta de articulación tampoco contribuye la utilización de fuentes distintas para estudiar la producción (diezmos y cuatropea) y los actores sociales (inventarios).

El otro aspecto impactante en el relato de Garavaglia es la ausencia de conflictividad social en la campaña bonaerense. El libro se abre con un extenso párrafo de William H. Hudson, quien bucólicamente evoca sus años felices y placenteros en contacto con la naturaleza en la gran llanura pampeana. Y este es el tono del libro, en el cual el conflicto queda relegado al último capítulo, "La aceleración 1810/1830", donde muy rápidamente se reseñan los factores políticos y económicos que permitieron la expansión de las estancias sobre el resto de las explotaciones, la extensión de la frontera más allá del Salado y el consiguiente choque con la pobla-

---

<sup>28</sup> Notable en este sentido la cita que el autor transcribe de los hermanos Robertson sobre los chacareros de San Isidro, que no coincide con las características que le atribuye a los labradores en el libro. Juan C. Garavaglia, ob. cit., p. 325.

ción indígena, la presión de la militarización sobre los hombres y otros factores que alteraron la vida en la campaña tras la revolución. Con anterioridad al estallido revolucionario habría reinado la paz y la armonía: los enfrentamientos entre estancieros y demás productores agrarios, los intentos de controlar la mano de obra, los choques con los indios, no ocupan lugar alguno en el relato de Garavaglia.

En *Campesinos y estancieros*,<sup>29</sup> Gelman traza el paisaje de una región de la Banda Oriental (Colonia) en la segunda mitad del siglo XVIII, a partir de la cual proyecta hipótesis generales aplicables al conjunto de la región rioplatense. Considera que la producción era muy diversificada, no estaba orientada solamente a la explotación del ganado vacuno, también criaban caballos, mulas y ovejas, y había actividad agrícola -cereales (trigo), forrajeras, hortalizas y frutas. Existía gran variedad de explotaciones, desde la estancia clásica hasta las pequeñas parcelas familiares; la población no estaba compuesta por hombres solos, exclusivamente, sino por familias estables. Todo esto era posible por la combinación de ciertos factores: una limitada expansión estancieril, abundancia de tierra fértil, actitud no totalmente favorable a los estancieros por parte de los estamentos estatales. Había posibilidades de articulación del trabajo entre las grandes y las pequeñas explotaciones, y las estancias tenían dificultades con la mano de obra solamente en los momentos de mucha demanda por parte de las pequeñas explotaciones agrícolas. La estancia era una unidad de explotación orientada al mercado con tamaños diversos, cuyo objetivo era obtener ganancias, utilizando mano de obra externa a la familia del titular (esclavos o peones contratados). La explotación campesina era de múltiples tipos, utilizaba preferentemente mano de obra familiar, ocupando menos tierras que las estancias. Estas familias eran propietarias, arrendaban o simplemente ocupaban los terrenos que cultivaban, produciendo valores de uso para autoconsumo o venta para comprar otros valores de uso.

En síntesis, en oposición a la visión tradicional, que postulaba una continuidad en el agro rioplatense en los siglos XVIII y XIX, caracterizada por la existencia del gran ganadero-estanciero, dueño y señor de tierras y ganado, enfrentado a una población rural de

---

<sup>29</sup> Jorge Gelman, *Campesinos y estancieros. Una región del Río de la Plata a fines de la época colonial*, Buenos Aires, Los libros del riel, 1998.

gauchos, que no trabajaban y vivían faenando vacas, o que trabajaban por poco tiempo para ganar unos pesos, Gelman y Garavaglia nos brindan una imagen de la campaña colonial en la que la producción agraria tiene tanta o mayor importancia que la ganadera; que se encuentra poblada por un campesinado integrado por familias nucleares; y en la que se sugiere el escaso desarrollo (todavía) de la gran propiedad estancieril inmersa en una gran heterogeneidad de explotaciones agropecuarias. A despecho de la gran cantidad de libros, artículos, *papers* que circulan en torno de esta "nueva imagen histórica del campo colonial pampeano", como dijera Fradkin, quedan muchos problemas abiertos: la real incidencia de la producción agrícola en la producción agropecuaria total, habida cuenta de las dificultades inherentes a las fuentes utilizadas (diezmos y cuatropeas); las características sociales y culturales de los sectores subalternos rurales, que no se derivan automáticamente del tipo de producción predominante en la región; los problemas derivados de los diferentes procesos de poblamiento en las dos orillas del Plata (negros, mulatos e indígenas en amplias zonas de la Banda Oriental, migrantes del Noroeste en la región bonaerense); entre otros.

## Conclusiones

Los debates de los '70 carecieron de un balance de las discusiones anteriores, y fueron a su vez clausurados sin una apropiación crítica de sus logros y limitaciones, que fueron apareciendo en forma empírica y fragmentaria en los años siguientes. No se puede negar los efectos del golpe del '76, pero tampoco disimular los esfuerzos realizados, por acción o por omisión, para sumir en el olvido una polémica cuyas resonancias llegan hasta el presente. Si las discusiones en cuya trama se apoya el crecimiento de la disciplina carecen de balances críticos y programáticos significativos, el resultado no es otro que privar a las nuevas generaciones de un piso común a partir del cual construir nuevas agendas de investigación, quedando los logros de los debates colectivos en manos de unos pocos iniciados. Y los debates colectivos constituyen, justamente, el elemento central para el avance de la actividad historiográfica.

## LA HISTORIA POPULAR DE LA ARGENTINA DEL SIGLO XIX.

GABRIEL MARCO DI MEGLIO\*

“La función de la plebe argentina es tan importante como vaga y oscura todavía” sostuvo en 1899 José María Ramos Mejía en el prefacio a *Las multitudes argentinas*, que procuraba precisamente contribuir a su estudio.<sup>1</sup> Esta sentencia centenaria no deja de tener cierta validez actual en lo referente al conocimiento histórico de los sectores subalternos del espacio rioplatense en el siglo XIX. Es indudable que en los últimos años han habido aportes importantes a la cuestión; sin embargo, el intenso desarrollo de la historiografía argentina a partir del fin de la Dictadura Militar –marcado por una fuerte expansión numeraria de investigaciones en el seno de instituciones signadas por una endémica crisis de recursos– se inclinó muy poco hacia esta problemática. Se cuenta con varios trabajos valiosos, aunque no se formó aún un verdadero campo de *historia popular* para el período previo a la afirmación de la Argentina “moderna”.

El propósito de este artículo es revisar los aportes en *historia popular* sobre la Argentina del siglo XIX realizados de las últimas dos décadas. Por *historia popular* se entiende aquella producción historiográfica que se centra en diversos aspectos –sociales, económicos, políticos, culturales– de los sectores subalternos (el término es uno de los varios que comúnmente se emplean), y que tiene a éstos como principal objeto de su atención. La selección de textos va desde fines del período virreinal hasta 1880, año en el que un consenso general de la historiografía coloca un corte decisivo en la historia argentina, marcada por la consolidación del Estado nacional y una economía y sociedad capitalistas, con la consiguiente aparición de una clase obrera y el surgimiento de un movimiento que la representaba.

---

\* Universidad de Buenos Aires - Conicet. E-mail: gdimeglio@eternauta.com

<sup>1</sup> J.M. Ramos Mejía, *Las multitudes argentinas*, Buenos Aires, Secretaría de Cultura de la Nación – Ed. Marymar, 1999, p. 13.

## El marco de la *historia popular*

Cualquier historiador/a que se dedique a la *historia popular* en Argentina, como a otras áreas de la disciplina, tiene dos vertientes cruciales a las que acudir para cimentar su investigación: la no tan abundante producción local y el amplio desarrollo de ese campo a nivel internacional.

En cuanto a la primera, es probable que su mirada se dirija más a los aportes cercanos en el tiempo que a la historiografía anterior a la Dictadura, cuya atención sobre esta cuestión fue bastante escasa. En este campo, entonces, se refuerza una tendencia creciente que no siempre está justificada en otros: los trabajos más recientes, particularmente de investigadores jóvenes, utilizan casi de única referencia a la producción de las últimas dos décadas. Esta es una de las consecuencias del no explícito paradigma de "foja cero" que en buena medida fue desarrollado por la historiografía pos 1983 en relación a las corrientes que la precedieron. Enmarcada en un proceso de reprofesionalización y nivelación de la disciplina con los estándares de las academias europeas y norteamericanas, ese nuevo comienzo era bastante lógico. De todas maneras, los trabajos de la década del '80 solían discutir conclusiones del pasado para ofrecer visiones alternativas amparadas en nuevas formas de interpretación y la utilización de fondos documentales diferentes a los clásicamente usados en Argentina.<sup>2</sup> Progresivamente, la disciplina se ha ido tornando más autoreferencial. La historiografía más antigua es hoy en parte "olvidada" –incluso para discutirla– y en parte tomada como una fuente para entender la época en que fue escrita, más que como una contribución historiográfica todavía relevante.

Sin embargo, en este tema particular –insisto– ese aporte es verdaderamente escaso. No fue así en los comienzos de la disciplina, dado que en las obras fundacionales de Bartolomé Mitre y Vicente Fidel López hay significativas observaciones sobre el rol político de la plebe urbana de Buenos Aires y de las montoneras del Litoral y el Interior, tanto en el período revolucionario como en las guerras civiles.<sup>3</sup> La percepción de los sectores subalternos como un elemento a

---

<sup>2</sup> Las discusiones se daban sobre todo con las producciones de la primera mitad del siglo XX, las ligadas a la *Nueva Escuela Histórica*, cuyos figuras centrales son Ricardo Levene y Emilio Ravignani. La historiografía posterior fue menos discutida que dejada de lado.

tener en cuenta en el desenvolvimiento histórico de la sociedad que más tarde se convirtió en Argentina se perdió –salvo en el caso del no historiador Ramos Mejía– con la profesionalización de la disciplina. La *Nueva Escuela Histórica*, preocupada principalmente por la evolución jurídico-institucional, prácticamente borró las referencias a cualquier aspecto popular de la historiografía.<sup>4</sup>

El *Revisiónismo*, que enfrentó la visión de la *NEH*, no innovó tampoco en esta cuestión, limitándose algunos autores de esa línea a celebrar la aparición del “pueblo” en algún acontecimiento político o destacar su gran apoyo a Rosas. No generó estudios sobre los sectores subalternos. La única excepción fue un libro de segunda fila en la corriente, el cual pretendió explicar el rol de los *orilleros* porteños en la asonada de abril de 1811, aunque no realizó su intención.<sup>5</sup>

A su vez, los historiadores vagamente agrupables en la izquierda no revisionista consideraron muy lateralmente las características y el accionar de los sectores subalternos. Eduardo Astesano realizó una pequeña aproximación a las “clases trabajadoras” dentro de un estudio de la sociedad porteña en el momento de la Revolución de Mayo. Pese a que los “indios y negros”, las “clases más oprimidas”, las “masas” y el “gauchaje” son mencionadas en obras de otros intelectuales de extracción marxista como Sergio Bagú, Rodolfo Puiggrós, Milcíades Peña y Jorge Abelardo Ramos, ninguno de ellos realizó un análisis de esos grupos. Su clave interpretativa continuó la de las otras escuelas: una historia política protagonizada por bien definidos –y decisivos– miembros de las elites, y por un “pueblo” que es más un principio que un actor real. Por su parte, Ricardo Rodríguez Molas realizó una aproximación más definida a la figura

---

<sup>3</sup> B. Mitre, *Historia de Belgrano y de la Independencia argentina*, Buenos Aires, Anaconda, 1950 (1878); V.F. López, *Historia de la República Argentina*, Buenos Aires, G. Kraft, 1913 (1883-1893).

<sup>4</sup> El principal ejemplo es Academia Nacional de la Historia, *Historia de la Nación Argentina desde sus orígenes hasta la organización definitiva en 1862*, Buenos Aires, publicada desde 1938.

<sup>5</sup> E. Palacio, *Historia argentina. 1515-1938*, Buenos Aires, Alpe, 1954; V. Sierra, *Historia de la Argentina*, Buenos Aires, Editorial Científica Argentina, 1964; J.M. Rosa, *Historia Argentina*, Buenos Aires, Editorial Oriente, 1974; M. Serrano, *Cómo fue la revolución de los orilleros porteños*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1972.

del gaucho, poniendo el eje en la presión coercitiva que esa figura sufrió de parte del Estado desde el período colonial.<sup>6</sup>

Las nuevas tendencias que ganaron fuerza en los años sesenta y fueron llamadas retrospectivamente la *Renovación* –limitadas a los ámbitos académicos– tampoco generaron avances significativos en la cuestión (con algunas excepciones, como los trabajos de Goldberg y Jany sobre africanos).<sup>7</sup> Sin embargo, dentro de esa corriente se desarrolló la obra de Tulio Halperin Donghi, que se convirtió en el principal referente de la historiografía después de 1983. La visión del siglo XIX propuesta por Halperin fue el punto de partida de diferentes investigaciones sobre esa etapa, y en cuatro libros fundamentales sentó también una base ineludible para la *historia popular*, a través de observaciones agudas sobre las características sociales y las actitudes políticas de los sectores subalternos urbanos y rurales, lanzadas a lo largo de una obra cuyo eje son las elites rioplatenses.<sup>8</sup>

Ahora bien, la clave para la aparición de estudios sobre los sectores subalternos no estuvo en el panorama local sino en la mirada que se puso en las problemáticas y metodologías imperantes en otros países. No voy a revisar aquí, por cuestiones de espacio, la vasta *historia popular* desarrollada a nivel internacional. Consigno tan sólo que existen cinco corrientes principales en ella: la pionera historiografía marxista británica (con prolongaciones en EEUU), la historiografía francesa (en su vertiente marxista y de la "escuela de *Annales*"), los Estudios Subalternos de la India (con su extensión a EEUU), la Microhistoria

<sup>6</sup> E. Astesano, *Contenido social de la Revolución de Mayo*, Buenos Aires, Ed. Problema, 1941; S. Bagú, *Estructura Social de la Colonia*, Buenos Aires, El Ateneo, 1952; R. Puiggrós, *Los caudillos de la Revolución de Mayo*, Buenos Aires, 1942; M. Peña, *Antes de Mayo*, Buenos Aires, Fichas, 1972; J.A. Ramos, *Las masas y las lanzas. 1810-1862*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1974; R. Rodríguez Molas, *Historia social del gaucho*, Buenos Aires, Maru, 1968.

<sup>7</sup> M. Goldberg, M. y L. Jany, "Algunos problemas referentes a la situación del esclavo en el Río de la Plata", en *IV Congreso Internacional de Historia de América*, Buenos Aires, 1966.

<sup>8</sup> T. Halperin Donghi, *Revolución y Guerra. Formación de una élite dirigente en la Argentina criolla*, México, Siglo XXI, 1994 (1972); *De la Revolución de Independencia a la Confederación Rosista*, Buenos Aires, Paidós, 1985 (1972); *Guerra y Finanzas en los orígenes del Estado Argentino*, Buenos Aires, UB, 1982; *Una nación para el desierto argentino*, Buenos Aires, CEAL, 1982.

italiana, y el grupo que estudia la "acción colectiva" integrando historia y ciencias sociales (cuyo referente principal es Charles Tilly). Una preocupación clave de estas corrientes, al pensar la acción popular, es entender su racionalidad, mostrar el orden dentro del aparente desorden. Todas han contribuido a ubicar a la documentación no creada para ser leída *a posteriori* sino con una utilidad momentánea, particularmente las fuentes judiciales y policiales, en el sitio de honor para abordar a los sectores subalternos.

Las primeras de esas tres corrientes han tenido eco en Argentina, mientras que las otras –más allá de una admiración general por la microhistoria– no han logrado una influencia concreta. La interrelación con producciones historiográficas latinoamericanas se está incrementando, pero es significativamente menor que la fuerte atención prestada a las de EEUU y Europa.

Junto a esta doble herencia local y extranjera, un tercer aspecto con el que lidia la *historia popular* es la especialización de la disciplina. En la última década, ella fue muy clara en lo referente a la periodización. La historia de la Argentina previa al siglo XX se ha dividido entre colonialistas, expertos en la primera mitad del siglo XIX y expertos en la segunda. La barrera de las batallas de Caseros y Pavón es bastante difícil de franquear, y si quienes se ocupan del período colonial mantienen un diálogo bastante fluido con los que se encargan de los años que siguen a la Revolución de Mayo –en ocasiones son los mismos– la relación entre ambas partes del siglo XIX es menos activa. Esto tiene que ver con la organización de la enseñanza de las carreras de Historia de las universidades nacionales. Generalmente, la primera materia de Historia Argentina abarca desde la etapa colonial hasta mediados del siglo XIX.<sup>9</sup>

Un último elemento a considerar es el peso de la interpretación que sitúa a 1880 como momento clave. Buena parte de la historiografía del siglo XIX ha trabajado, desde la obra del mismo Halperin Donghi, sobre un supuesto de "prehistoria" de la Argentina "moderna" pos 1880. Así, las huellas de los pasos que llevaron a la formación del Estado Nacional y a una sociedad y economía capitalistas han sido la guía de diversas investigaciones. En la cuestión popular, sin embargo, el inicio de la etapa del "granero del mundo"

---

<sup>9</sup> Por ejemplo, en las carreras de Historia de la UBA, UNR y Universidad de La Pampa su límite es 1862, en Santa Fe es 1852.

crea una ruptura muy fuerte: la aparición de los estudios sobre obreros e inmigrantes tiene una mínima conexión con la historia de sus "antecedentes" populares. Los gauchos y campesinos, los artesanos y plebeyos urbanos, desaparecen de la escena en la que se va formando una nueva clase. Las historias del movimiento obrero ubican sus orígenes en la consolidación de un capitalismo argentino, que sería el determinante absoluto de su aparición. La experiencia previa de los habitantes urbanos y rurales no es tenida en cuenta. Sólo la completa indagación de Ricardo Falcón sobre el surgimiento del movimiento, rastreando sus raíces hasta mediados de la década de 1850, hace una mínima observación sobre los artesanos, que se diluye inmediatamente ante la supuesta importancia de la conexión de obreros locales con la Comuna de París y la Segunda Internacional.<sup>10</sup> Esta génesis sobre un terreno aparentemente vacío no es en mi opinión consecuencia de un descuido de los investigadores sino de la fuerte impronta en el campo historiográfico de la noción de "Argentina aluvial" que elevó José Luis Romero en los '60 —y también de los trabajos de Gino Germani. El peso de esa idea, del cambio radical que la inmigración, el capitalismo y la modernización implicaron para ese país nuevo, ha permitido un pensamiento que extreme la percepción de discontinuidad. En lo referente a los sectores subalternos, eso es quizás más claro que en ningún otro aspecto que se considere.

### El (proto) campo de la *historia popular*

Los avances en el conocimiento de los sectores subalternos rioplatenses entre 1800 y 1880 provienen de dos vertientes: los trabajos abocados específicamente a la cuestión y las observaciones vertidas en investigaciones cuyo objetivo central es otro. Unas y otras se relacionan en general con las dos tendencias principales en el campo de los estudios decimonónicos argentinos de los últimos veinte años: la historia socioeconómica rural y la historia políti-

---

<sup>10</sup> R. Falcón, *Los orígenes del movimiento obrero (1857-1899)*, Buenos Aires, CEAL, 1984. Véase también J. Godio, *Historia del Movimiento Obrero Argentino*, tomo I, Buenos Aires, Corregidor, 2000, y J.C. Torre: "Acerca de los estudios sobre la historia de los trabajadores en Argentina", en *Anuario del IEHS*, n° 5, Tandil, 1990.

ca. Su despliegue ha sido paralelo y con pocos cruces, tendencia que está cambiando recientemente. A continuación revisaré los aportes generados en ambas, aproximándome a ellos a través de una observación de la obra de cada autor, puesto que en el estado actual del conocimiento la sistematización de la información es aún difícil. Abordaré luego una tercera corriente de más bajo perfil: la que se ocupa de la población de origen africano.

La historia política ha tenido un desarrollo muy importante desde mediados de los '80 a esta parte, en cuanto a la cantidad y calidad de producción y a su desarrollo institucional. No es un bloque único si no que hay diferentes grupos que trabajan en ella –con figuras como José Carlos Chiaramonte, Hilda Sabato, Noemí Goldman, Pilar González Bernaldo, Marcela Ternavasio, Jorge Myers, Carlos Cansanello y Roberto Di Stefano–, quienes han participado de la renovación experimentada en la última década por la historiografía sobre la política en la etapa tardocolonial, independentista y poscolonial en Iberoamérica. Aunque la historia popular no fue una preocupación central de dicha vertiente, han habido algunos aportes importantes a partir de una primera aproximación que Mirta Lobato hizo en 1983 a la participación popular en “la Revolución de los Restauradores” de 1833.<sup>11</sup>

Un estudio pionero fue el de Pilar González Bernaldo, quien –partiendo de algunas observaciones de Halperín– investigó en 1987 el levantamiento de los sectores subalternos rurales en 1829, utilizando elementos de la obra de Eric Hobsbawm y George Rudé (los pioneros de la historia popular marxista inglesa). El trabajo propone el carácter espontáneo del movimiento que luego Juan Manuel de Rosas aprovechó para llegar al poder, inaugurando así en la historiografía argentina la posibilidad de considerar a los sectores subalternos como actores *reales* de la política. Su posterior investigación sobre la sociabilidad política en la ciudad de Buenos Aires entre principios del siglo XIX y 1862 puso el foco en toda la sociedad, pero prestó mucha atención a los sectores subalterno: su vinculación con los grupos revolucionarios después de 1810, su relación con el espacio urbano, sus lugares de sociabilidad, sus lazos con las autoridades a lo largo de los años rivadavianos y rosistas,

---

<sup>11</sup> M. Lobato, *La revolución de los Restauradores*, Buenos Aires, CEAL, 1983.

son todos temas que González Bernaldo delineó con claridad.<sup>12</sup> Más tarde, también Sandra Gayol se centró en la cuestión de la sociabilidad y a través de ella exploró el mundo popular de los cafés y bares porteños en la segunda mitad del siglo XIX, investigando la configuración del "honor" masculino y su peso en la conformación de las identidades de los hombres porteños a fin de siglo.<sup>13</sup>

Una de las renovaciones más valiosas de esta historiografía fue afirmar la centralidad de las prácticas para comprender la política. Algunos trabajos que se ocuparon de ellas hicieron aportes de peso sobre la participación política de los sectores subalternos, aunque no los tenían como su principal objeto de estudio. El libro de Hilda Sabato *La Política en las calles* es un buen ejemplo de ello. Al señalar la importancia de la movilización y el asociacionismo en la política porteña entre 1862 y 1880, así como la inclusión fundamental de miembros de los sectores subalternos en las maquinarias electorales de los partidos alsinista y mitrista, Sabato destacó el lugar fundamental que los grupos ajenos a la elite jugaron en la política de Buenos Aires, marcada entonces por una participación amplia. Posteriormente contempló a los sectores bajos de la sociedad en sus consideraciones sobre la violencia política en la segunda mitad del siglo XIX. Desde una óptica semejante, la investigación de Marcela Ternavasio sobre el sistema electoral en la misma ciudad en las décadas de 1820 y 1830 permitió dilucidar quiénes eran los votantes, en buena medida hombres de la plebe. Asimismo, el estudio de Carlos Cansanello acerca de la conformación del estado provincial porteño permitió reconocer diferencias entre los sectores subalternos de los pueblos rurales, particularmente en lo referente al acceso

---

<sup>12</sup> P. González Bernaldo, "El levantamiento de 1829: el imaginario social y sus implicaciones políticas en un conflicto rural", en: *Anuario IEHS*, n°2, Tandil, 1987; "Producción de una nueva legitimidad: ejército y sociedades patrióticas en Buenos Aires entre 1810 y 1813", en AAVV, *Imagen y recepción de la Revolución Francesa en la Argentina*, Buenos Aires, GEL, 1990; "Vida privada y vínculos comunitarios: formas de sociabilidad popular en Buenos Aires, primera mitad del siglo XIX", F. Devoto y M. Madero, ed., *Historia de la vida privada en Argentina*, tomo I, Buenos Aires, Taurus, 1999; *Civilidad y política en los orígenes de la Nación Argentina. Las sociabilidades en Buenos Aires, 1829-1852*, Buenos Aires, FCE, 2001.

<sup>13</sup> S. Gayol, *Sociabilidad en Buenos Aires: hombres, honor y cafés, 1862-1910*, Buenos Aires, Ediciones del Signo, 2000.

a los derechos políticos. Mi propia investigación sobre la participación política de la plebe urbana de Buenos Aires entre la Revolución y el Rosismo se ha centrado también en las prácticas y en las motivaciones de la acción popular, con el eje puesto directamente en los sectores subalternos.<sup>14</sup>

Por otra parte, las indagaciones sobre la cuestión rural, tanto de la región pampeana como de otras áreas de la actual Argentina, tomaron un fuerte impulso en el segundo lustro de los años '80. Heredaba así, al tiempo que discutía, a la tradición de estudios sobre los orígenes de la Argentina agropecuaria, así como al debate marxista sobre los modos de producción en América Latina. El desarrollo del campo dio lugar a una gran renovación en los estudios sobre el tema y a la aparición de diversas corrientes que lo convirtieron en el mayor generador de debates de la historiografía que cubre el siglo XIX. Una tiene como figuras centrales a Juan Carlos Garavaglia, Jorge Gelman y Raúl Fradkin; otra que comparte varios supuestos con ésta –con centro en La Plata y Mar del Plata en vez de en Buenos Aires– es liderada por Carlos Mayo; una tercera, construida desde una clara oposición interpretativa con las otras al postular un modelo de corte feudal para el Río de la Plata colonial, tiene

---

<sup>14</sup> H. Sabato, *La política en las calles. Entre el voto y la movilización, Buenos Aires, 1862-1880*, Buenos Aires, Sudamericana, 1998, y "El ciudadano en armas: violencia política en Buenos Aires, 1852-1890", en M. Riekenberg, S. Rinke y P. Schmidt, Hsg., *Kultur-Diskurst: Kontinuitat und Wandel der Diskussion um Identitäten in Lateinamerika um 19 und 20. Jahrhundert*, Histoamericana 12, Stuttgart, Verlag Hanz Dieter Heinz, 2001; M. Ternavasio, "Nuevo régimen representativo y expansión de la frontera política. Las elecciones en el Estado de Buenos Aires: 1820-1840", en A. Annino, coord., *Historia de las elecciones en Iberoamérica, siglo XIX*, México, FCE, 1995, y *La revolución del voto. Política y elecciones en Buenos Aires, 1810-1852*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2002; C. Cansanello, *De súbditos a ciudadanos. Ensayo sobre las libertades en los orígenes republicanos. Buenos Aires, 1810-1852*, Buenos Aires, Imago Mundi, 2003; G. Di Meglio, "Un nuevo actor para un nuevo escenario. La participación política de la plebe urbana de Buenos Aires en la década de la Revolución (1810-1820)", en *Boletín del Ravignani*, 3° serie, n° 24, Buenos Aires, 2003, "La consolidación de un actor político: los miembros de la Plebe porteña y los conflictos de 1820", en H. Sabato y A. Lettieri, comp., *La vida política en la Argentina del siglo XIX. Armas, votos y voces*, Buenos Aires, FCE, 2003, y "Soldados de la Revolución. Las tropas porteñas en la guerra de Independencia (1810-1820)", en *Anuario IEHS*, n° 18, Tandil, 2003.

como referente principal a Eduardo Azcuy Ameghino (otros historiadores que ocuparon un lugar muy importante en los orígenes de este campo se dedicaron después a otras temáticas, como Samuel Amaral e Hilda Sabato). Además, en el Interior han habido también avances importantes en la cuestión, muchas veces ligados a las corrientes antedichas.

Un debate publicado en 1987, que dio entidad a este campo, ya tocaba aspectos de los sectores subalternos: Mayo, Amaral, Gelman y Garavaglia discutieron las características de la mano de obra en el Río de la Plata colonial. Aunque el eje estuvo puesto en las formas de la producción más que en los sectores subalternos, se problematizó la figura omnisciente del gaucho y se comenzó a destacar la importancia de los campesinos en el desarrollo de la campaña rioplatense. A partir de entonces, la articulación entre un mundo campesino agrícola-ganadero de pequeñas explotaciones –integrado por labradores y pastores– y las estancias ganaderas, las características de esos campesinos y sus familias, su procedencia, las formas de ganarse la vida y de relacionarse entre ellos, con las elites y con el Estado, se convirtieron en una de las preocupaciones más importantes de esta historiografía en expansión, primero en el período colonial y luego en el temprano siglo XIX. Los libros que han sintetizado sus avances dedican varias páginas a los campesinos y a los famosos gauchos.<sup>15</sup> Garavaglia también se ocupó de la mano de obra ligada a la producción de pan y a la comercialización de carne para Buenos Aires, lo que lo hizo atender al espacio urbano y no sólo al rural. Aunque la corriente encabezada por Azcuy puso el foco fundamentalmente en los terratenientes, dentro de ella se destaca en relación a esta problemática el trabajo de Gabriela Martínez Dougnac quien se ocupa de los campesinos al abordar la represión colonial a *vagos* y *cuatros*, entendiéndola como la instrumentación del control social por parte de las clases dominantes en la campaña.<sup>16</sup>

---

<sup>15</sup> AAVV, "Estudios sobre el mundo rural. Polémica: Gauchos, campesinos y fuerza de trabajo en la campaña rioplatense durante la época colonial", en *Anuario IEHS*, n° 2, Tandil, 1987; C. Mayo, *Estancia y sociedad en la pampa, 1740-1820*, Buenos Aires, Biblos, 1995; J.C. Garavaglia, *Pastores y labradores de Buenos Aires. Una historia agraria de la campaña bonaerense, 1700-1830*, Buenos Aires, Ediciones de la Flor-IEHS-Universidad Pablo de Olavide, 1999; J. Gelman y O. Barsky, *Historia del agro argentino. Desde la Conquista hasta fines del siglo XX*, Buenos Aires, Grijalbo-Mondadori, 2001.

Junto a la cuestión de la mano de obra, la historiografía rural fue generando otras aproximaciones a los sectores subalternos. El grupo "Estado y Sociedad" de la Universidad de Mar del Plata, dirigido por Carlos Mayo, se aproximó a un elemento nodal de la cultura popular porteña: el juego —naipes, toros, gallos, lotería— en la ciudad y la campaña entre el período virreinal y el Rosismo. El mismo Mayo hizo una incursión directa en la *historia popular* al reseñar la vida de un capataz negro en una estancia de la Banda Oriental colonial. Además, junto a Silvia Mallo y Osvaldo Barreneche, realizó una de las pocas reflexiones locales acerca de las dificultades que implica el estudio de la "plebe", debido a los recaudos que se deben tener con las fuentes judiciales, el principal reservorio documental para abordarla.<sup>17</sup> Por su parte, Mallo se encargó de indagar la peticiones de quienes en el período virreinal querían ser considerados pobres para no pagar las costas de un juicio, y las respuestas que recibían de la justicia, material con el cual estableció las divisiones que el Estado hacía de la pobreza entre los denominados "pobres dignos" —que buscaban trabajar—, los que vivían de sus familiares o de la caridad ajena, y los mendigos.<sup>18</sup> Todos estos textos tienen una impronta más descriptiva que analítica, pero con ella han contribuido

---

<sup>16</sup> J.C. Garavaglia, "El pan de cada día: el mercado del trigo en Buenos Aires, 1700-1820", en *Boletín del Ravignani*, 3º serie, n° 4, 1991, y "De la carne al cuero. Los mercados de productos pecuarios (Buenos Aires y su campaña, 1700-1825)", en *Anuario IEHS*, n° 9, Tandil, 1994; G. Martínez Dougnac, "Justicia colonial, orden social y peonaje obligatorio", en *AAVV, Poder Terrateniente, relaciones de producción y orden colonial*, Buenos Aires, F. García Colombo, 1996.

<sup>17</sup> C. Mayo, dir., *Juego, Sociedad y Estado en Buenos Aires, 1730-1830*, La Plata, Ed. de la UNLP, 1998; C. Mayo, "Patricio de Belén: nada menos que un capataz", en *HAHR*, 77, 4, 1997; C. Mayo, S. Mallo y O. Barreneche, "Plebe urbana y justicia colonial: las fuentes judiciales. Notas para su manejo metodológico", en *Estudios e Investigaciones*, n°1, UNLP, La Plata, 1989.

<sup>18</sup> S. Mallo, "Pobreza y formas de subsistencia en el virreinato del Río de la Plata a fines del siglo XVIII", en *Estudios e Investigaciones*, n° 1, UNLP, 1989. La cuestión de los pobres ha sido asimismo explorada por M.A. Barral en "Limosneros de la Virgen, cuestores y cuestaciones: la recolección de la limosna en la campaña rioplatense, siglo XVIII y principios del XIX", en *Boletín del Ravignani*, 3º serie, n° 18, 1998 y por V. Paura en "El problema de la pobreza en Buenos Aires, 1778-1820", en *Estudios Sociales*, año IX, n° 17, Santa Fe, 1999.

fuertemente a la comprensión de una población de la cual se desconocían aspectos elementales.

En el mismo sentido, desde la demografía histórica y la historia de la familia se hicieron algunos aportes sobre las características del mundo popular. Así, Marisa Díaz se ocupó de los lugares de procedencia y las características de los migrantes internos a la ciudad de Buenos Aires, que se convirtieron en parte de la plebe urbana colonial; Judith Farberman estudió en Santiago del Estero los rasgos de una sociedad expulsora de población hacia la región pampeana; José Luis Moreno dedicó atención a los niños de los sectores subalternos bonaerenses; Ricardo Cicerchia analizó las características de las familias populares porteñas entre la creación del Virreinato y la caída de Rosas.<sup>19</sup>

También desde la otra vertiente de la historia rural se realizaron recientemente aportes para la *historia popular*, sobre todo por el nuevo foco de algunos de sus referentes en cuestiones ligadas con la política. Por ejemplo, Gelman se ha ocupado en los últimos años de la relación de Rosas con los trabajadores y los ocupantes ilegales de sus estancias. En esos trabajos destacó la capacidad de negociación de los subalternos, puesto que el personaje más poderoso de Buenos Aires debía aceptar varias de sus condiciones. Así, Gelman –aunque no centrado exclusivamente en la *historia popular*– estudia la *resistencia* de los subalternos en la línea de James Scott.<sup>20</sup> Para

---

<sup>19</sup> M. Díaz, "Las migraciones internas a la ciudad de Buenos Aires, 1744-1810", en *Boletín del Ravignani*, 3<sup>o</sup> serie, n<sup>o</sup> 16 y 17, 1997/98; J. Farberman, "Familia, ciclo de vida y economía doméstica. El caso de Salavina, Santiago del Estero en 1819", en *Boletín del Ravignani*, 3<sup>o</sup> serie, n<sup>o</sup> 12, 1995; J.L. Moreno, "La infancia en el Río de la Plata: ciudad y campaña de Buenos Aires 1780-1860", en *Cuadernos de Historia Regional*, n<sup>o</sup> 20 21, Luján, 2001; R. Cicerchia: "Familia: la historia de una idea. Los desórdenes domésticos de la plebe urbana porteña, Buenos Aires, 1776-1850", en C. Wainerman, comp., *Vivir en familia*, Buenos Aires, UNICEF/Losada, 1994, y "Vida familiar y prácticas conyugales. Clases populares en una ciudad colonial, Buenos Aires, 1800-1810", en *Boletín del Ravignani*, Buenos Aires, 3<sup>o</sup> serie, n<sup>o</sup> 2, 1990.

<sup>20</sup> J. Gelman, "Un gigante con pies de barro. Rosas y los pobladores de la campaña", en N. Goldman y R. Salvatore, comp., *Caudillismos rioplatenses. Nuevas miradas a un viejo problema*, Buenos Aires, Eudeba, 1998; "El fracaso de los sistemas coactivos de trabajo rural en Buenos Aires bajo el rosismo. Algunas explicaciones preliminares", en *Revista de Indias*, n<sup>o</sup> 215, Madrid, 1999.

éste, *resistencia* es cualquier acto realizado por miembros de esos grupos que busque atenuar o negar exigencias –como impuestos o deferencia– de las clases superiores, incluyendo al Estado. Asimismo, son *resistencia* las acciones que los grupos dominados realizan para alcanzar sus propias pretensiones (trabajo, tierras, caridad, respeto); esos actos pueden ser robar arroz, sabotear una máquina, echar a correr un rumor u otras acciones por el estilo.<sup>21</sup>

Por su parte, Fradkin se ha dedicado de lleno a la *historia popular* en los últimos años. Desde sus trabajos previos sobre los problemas de la propiedad y los arriendos en la campaña bonaerense se aproximó a la sensación de “ultraje” a las costumbres, causada entre los sectores subalternos por los cambios en pos de la consolidación de la propiedad encarados por el Estado en los años signados por la figura de Rivadavia. Analizó luego la conflictividad social en los años '20: realizó un atractivo análisis de una “cencerrada” –una de las formas tradicionales de repulsa popular que Edward P. Thompson delineó en la Inglaterra dieciochesca– en un pueblo bonaerense, e indagó las causas de la aparición de “montoneras” no vinculadas a ningún gran caudillo sino a figuras menores, como pequeños propietarios rurales. La impronta de los historiadores marxistas ingleses está muy presente en la reflexión de Fradkin, cuyo derrotero sigue la línea de una tensión social que da nacimiento a una acción política. Por ejemplo, una montonera que en 1826 atacó Luján y Navarro habría articulado la conflictividad social producida por las levas para la guerra del Brasil, la creciente sensación de enfrentamiento de los paisanos con el Estado y la particular situación de tensión, por razones estructurales, de la región oeste de la campaña de Buenos Aires. El autor procura mirar “desde abajo”, es decir tratar de comprender las acciones populares desde su misma óptica –atendiendo especialmente a la palabra popular en los juicios. Asimismo, ha introducido la problemática del bandolerismo rural investigando cuáles son las tensiones sociales y políticas que lo hacen posible, en una historiografía que la había desarrollado poco.<sup>22</sup> A la vez, Fradkin

---

<sup>21</sup> J. Scott, *Weapons of the Weak. Everyday Forms of Peasant Resistance*, New Haven & London, Yale University Press, 1985, y *Domination and the Arts of Resistance. Hidden Transcripts*, New Haven & London, Yale University Press, 1990.

<sup>22</sup> R. Fradkin, “La experiencia de la justicia: estado, propietarios y arrendatarios en la campaña bonaerense”, en AAVV, *La fuente judicial en la*

se ha dedicado junto a María Elena Barral y Gladys Perri a establecer quiénes eran considerados "perjudiciales" y "vagos" en la campaña bonaerense, por parte de una justicia en transformación.<sup>23</sup>

Sara Mata es otra de las investigadoras que desde la historia rural se han aproximado a la *historia popular*, en una línea similar a la de Fradkin aunque con menor énfasis en la mirada desde abajo. Tras analizar los rasgos económicos y sociales de Salta en la etapa tardocolonial se ocupó de rastrear en esas características las razones de la adhesión popular a la figura de Güemes en el período independentista. Su principal hipótesis es que el líder salteño habría construido su ascendencia favoreciendo la compleja situación de los pequeños productores arrendatarios del valle de Lerma, a cambio de sus servicios militares. También en el Norte y en la misma época, las condiciones de vida y las *resistencias* populares han sido examinadas en Tucumán por María Paula Parolo. Más al Sur, la historiadora uruguaya Ana Frega ha reinstalado la cuestión del apoyo popular a Artigas poniendo el foco en los motivos de sus seguidores subalternos.<sup>24</sup>

---

*Construcción de la Memoria*, Buenos Aires, 1999; "¿'Fascinerosos' contra 'cajetillas'? La conflictividad social rural en Buenos Aires durante la década de 1820 y las montoneras federales", en *Illes e Imperis*, n° 5, Barcelona, 2001; "Tumultos en la Pampa. Una exploración de las formas de acción colectiva de la población rural de Buenos Aires durante la década de 1820", en *IX jornadas interesuelas/departamentos de Historia*, UNC, Córdoba, 2003 (en CD); "Asaltar los pueblos. La montonera de Cipriano Benítez contra Navarro y Luján en diciembre de 1826 y la conflictividad social en la campaña bonaerense", en *Anuario IEHS*, n° 18, Tandil, 2004; "Bandolerismo rural y politización de la población rural de Buenos Aires tras la crisis de la independencia (1815-1830)", en *Nuevos mundos, Debates*, <http://nuevomundo.revues.org/document309.html>.

<sup>23</sup> R. Fradkin, M.E. Barral y G. Perri, "¿Quiénes son los 'perjudiciales'? Concepciones jurídicas, producción normativa y práctica judicial en la campaña bonaerense (1780-1830)", en *Claroscuro*, n° 2, Rosario, 2002; los mismos autores y F. Alonso, "Los vagos de la campaña bonaerense. La construcción histórica de una figura delictiva (1730-1830)", en *Prohistoria*, n° 5, 2001.

<sup>24</sup> S. Mata de López, "'Tierra en armas'. Salta en la Revolución", en S. Mata, comp., *Persistencias y cambios: Salta y el noroeste argentino. 1770-1840*, Rosario, Prohistoria, 1999, y "La guerra de independencia en Salta y la emergencia de nuevas relaciones de poder", en *Andes* n° 13, Salta, 2002; M. Parolo, "Conflictividad, rebeldía y trasgresión. Las manifestaciones de resisten-

Es también en la historiografía rural bonaerense, aunque sin conexión estrecha con ninguno de los grupos antes delineados, en donde se puede filiar la obra de Ricardo Salvatore. Desde principios de los '90, este autor publicó una serie de artículos que exploran la relación entre las autoridades y los sectores subalternos rurales durante el Rosismo. Su atención se ha centrado en entender una gama amplia de aspectos sociales, políticos y culturales de los subalternos: cómo los "paisanos" experimentaron las guerras civiles, asimilaron los avances del Estado –dándole un propio sentido a las leyes– y consolidaron en varios casos una identidad federal. Su obra tuvo una suerte de condensación en un voluminoso libro llamado *Wandering Paysanos*.<sup>25</sup> No se trata solamente de una sistematización del trabajo anterior, sino de una revisión de sus premisas de acercamiento a la historia popular por la adhesión a una nueva corriente. En sus inicios, Salvatore ubicaba su trabajo en la línea de los historiadores marxistas británicos –en particular Thompson–, la idea de disciplinamiento de Michel Foucault y la noción de resistencia de Scott. Progresivamente fue incorporando los aportes del Grupo de Estudios Subalternos, cuya propuesta terminó de adoptar plenamente en el libro, buscando las voces subalternas que se pueden captar dentro de los *official transcripts* a través de una pesquisa en la documentación judicial y policial. Para mostrar las capacidades subalternas de actuar ante la voluntad hegemonzadora del Estado, Salvatore apela a la noción de *agency*, proveniente de la corriente mencionada, que le permite delinear las resistencias y adaptaciones a la dominación. La idea de acciones autónomas de los subalternos lo llevan a proponer que existió un *popular liberalism*, creado por los

---

cia de los sectores populares de Tucumán en la primera mitad del siglo XIX", en IX jornadas interesuelas/departamentos de Historia, UNC, Córdoba, 2003 (en CD); A. Frega, "Caudillos y montoneras en la revolución radical artiguista", en *Andes*, n° 13, Salta, 2002.

<sup>25</sup> R. Salvatore, "Reclutamiento militar, disciplinamiento y proletarianización en la era de Rosas", en *Boletín del Ravignani*, 3° serie, n°5, 1992; "'El Imperio de La Ley'. Delito, Estado y Sociedad en la era Rosista", en *Delito y Sociedad*, n° 4/5, Buenos Aires, 1994; "Fiestas Federales: representaciones de la república en el Buenos Aires rosista", en *Entre pasados*, n° 11, Buenos Aires, 1996; 'Expresiones federales': formas políticas del federalismo rosista", en Goldman y Salvatore, *Caudillismos rioplatenses*, cit.; *Wandering Paysanos. State Order and Subaltern Experience in Buenos Aires during the Rosas Era*, Durham & London, Duke University Press, 2003.

trabajadores en su diaria experimentación de las relaciones de mercado. Esta afirmación, atractiva por su novedad, es la más débil de la argumentación dado que no se prueba convenientemente en el desarrollo empírico. Más allá de esto, y del hecho de que la adscripción a los Estudios Subalternos no parece haber incrementando la capacidad interpretativa de su producción previa, la vasta obra constituye una referencia fundamental y en buena medida fundacional de la *historia popular* decimonónica.

Otro referente de la *historia popular*, no proveniente en este caso del área de los estudios de historia rural sino más ligado a las preocupaciones políticas, es el libro *Children of Facundo*, de Ariel de la Fuente.<sup>26</sup> El autor no explicita una férrea adscripción a una de las corrientes de *historia popular*, pero en el devenir del texto se nota la gran influencia de la escuela marxista británica y de historiadores norteamericanos que se ocupan de esas cuestiones en la Latinoamérica precapitalista. El libro se centra en las relaciones entre los caudillos riojanos del período 1853-1870 y sus seguidores, poniendo un especial énfasis en estos, su procedencia, sus características sociales, sus motivaciones, las razones de su identidad federal-opuesta a la unitaria, que problemáticamente de la Fuente considera aún viva luego de la batalla de Pavón. *Children of Facundo* es un muy buen ejemplo de las posibilidades de la *historia popular*, puesto que a través de una perspectiva "desde abajo" –con un uso muy atractivo de fuentes judiciales y del cancionero popular riojano– contribuye a explicar no solamente la historia de aquellos que están generalmente ausentes en los estudios regionales sino también la ligazón de esa presencia popular con el proceso de formación de un Estado nacional, es decir con un proceso más amplio y no entendible desde el análisis de una sola variable.

Un tercer trabajo destacado del proto campo, que también se ocupa del Interior, es el de Gustavo Paz, quien ha investigado a Jujuy a lo largo del siglo XIX. Paz ha puesto especial énfasis en los levantamientos campesinos de la década de 1870, protagonizados por indígenas, y en las relaciones entre líderes y seguidores populares. El trabajo de Paz utiliza también la noción de *resistencia* de Scott como una forma de comprender los pequeños sabotajes de los indígenas jujeños ante

<sup>26</sup> A. de la Fuente, *Children of Facundo: Caudillo and Gaucho Insurgency in the Argentine State-Formation Process, La Rioja, 1853-1870*, Durham University Press, 2000.

su sensación de creciente desprotección luego de la independencia. La acción de los años '70 es tratada como algo más complejo y decisivo que esa resistencia.<sup>27</sup> Su aporte es además uno de los pocos que contempla a los indígenas sometidos después de la Independencia. El grueso de la vasta producción historiográfica que los considera en el centro y norte de la actual Argentina se concentra en los siglos XVI al XVIII (y por eso no se la reseña aquí).

Con cierta independencia de la historia política y rural se desarrolló una amplia tendencia, más ecléctica y "silenciosa", que incluso en instituciones y congresos tiene menos visibilidad: las investigaciones sobre la población negra de Buenos Aires, africana y criolla, libre y esclava. Un trabajo precursor fue el de José Luis Lanuza en 1947, cuando trazó una descripción general y pintoresquista de los morenos porteños. Las investigaciones posteriores son numerosas, con lo cual es posible hacer una sistematización y delinear algunas características generales del objeto de estudio sin necesidad de avanzar autor por autor. Los distintos trabajos se ocuparon de analizar la procedencia de los negros –mitad africana y mitad brasileña–, de su cantidad –eran casi un tercio del total de los habitantes urbanos en 1810– y sus ocupaciones, de las condiciones de vida de los esclavos, de las formas en que llegaban a ser libres en la ciudad colonial –mediante la compra de su manumisión, que era perseguida tenazmente– y del sincretismo que realizaron entre prácticas religiosas ancestrales y cristianas (este último estudiado por Miguel Ángel Rosal, uno de los historiadores más destacados de esta vertiente). Todos estos temas fueron retomados en el libro del estadounidense George Andrews, quien estableció una mirada general sobre la población "afroargentina" de Buenos Aires y sobre su "desaparición", que según el autor ocurrió más en las estadísticas que en la realidad.<sup>28</sup>

---

<sup>27</sup> G. Paz, "Resistencia y rebelión campesina en la puna de Jujuy, 1870-1875", en *Boletín del Ravignani*, 3º serie, nº 4, 1991, "Liderazgos étnicos, caudillismo y resistencia campesina en el Norte argentino a mediados del siglo XIX", en Goldman y Salvatore, *Caudillismos rioplatenses*, cit., y "Guerra social en el norte argentino. Caudillo y gauchos durante la independencia", presentado en RER-PROER, Buenos Aires, 2002.

<sup>28</sup> En orden de exposición: J.L. Lanuza, *Morenada. Una historia de la raza africana en el Río de la Plata*, Buenos Aires, Editorial Schapire, 1967 (1947); R. Rodríguez Molas, "Negros libres rioplatenses", en *Buenos Aires*, Revista de Humanidades, año I, nº 1, 1961; M. Goldberg, "La población negra y mulata de

Estos textos y otros producidos más tarde indican que la población negra de Buenos Aires comenzó siendo esclava, de tipo doméstico, y fue ganando la libertad a través de juntar dinero mediante el ejercicio de actividades artesanales o ventas callejeras a beneficio de sus amos, pero que dejaban un pequeño rédito para ellos. El otro elemento clave en la liberación fue la guerra de independencia, en la cual los negros jugaron un rol numérico importante; todo soldado se convertía en libre al terminar el período bélico. La emancipación por la guerra permitió construir una idea de libertad entre los esclavos basada en el mérito y les habilitó la posibilidad de integrarse a una entidad territorial y afectiva, la *patria*. Se ha señalado también, con menos optimismo, que el conflicto no fue sólo un medio de liberación sino asimismo una forma de exterminio de los africanos y sus descendientes.<sup>29</sup> Además del servicio militar y la manumisión, las fugas de los esclavos y sus intentos de cambiar de amo fueron otra vía indirecta para acceder a la libertad, a la vez que su participación litigante en el sistema judicial les permitió lograr mejoras parciales a su situación. La casi irrestricta circulación por las calles porteñas hacía que los esclavos adquirieran modos de vida bastante libres y además su "alteridad" no era total dado que compartían con el resto

---

la ciudad de Buenos Aires, 1810-1840", en *Desarrollo Económico*, n° 16, Buenos Aires, 1976; M.A. Rosal, "Artesanos de color en Buenos Aires", en *Boletín del Ravignani*, 2° serie, n° 27, 1982; C.A. García Belsunce, dir., *Buenos Aires. Su gente. 1800-1830*, T. I, Buenos Aires, Emecé, 1976; L. Johnson: "La manumisión de esclavos en Buenos Aires durante el Virreinato", en *Desarrollo Económico*, n° 16, 1976; M.A. Rosal, "Algunas consideraciones sobre las creencias religiosas de los africanos porteños (1750-1820)", en *Investigaciones y Ensayos*, n° 31, Buenos Aires, 1981; G.R. Andrews, *Los afroargentinos de Buenos Aires*, Buenos Aires, De La Flor, 1989.

<sup>29</sup> En orden de exposición: J. Mariluz Urquijo, "La mano de obra en la industria porteña. 1810-1830", en: *Boletín de la ANH*, n° 33, Buenos Aires, 1962; S. Mallo, "La libertad en el discurso del Estado, de amos y esclavos, 1780-1830", en *Revista de Historia de América*, n° 112, México, 1991; C. Bernand, "Entre pueblo y plebe: patriotas, pardos, africanos en Argentina (1790-1852)", en N. Naro, ed., *Blacks, Coloureds and National Identity in Nineteenth-Century Latin America*, Londres, Inst. of Latin American Studies—University of London, 2003. La visión del exterminio bélico en F. Morrone, *Los negros en el ejército: declinación demográfica y disolución*, Buenos Aires, CEAL, 1996.

de la plebe su dependencia.<sup>30</sup> Pese a que su cantidad se redujo, los esclavos continuaron siendo muy numerosos en la ciudad –donde eran mayoría las mujeres– en los años '20, y los que fueron apresados a los brasileños durante las actividades de corso en la guerra de 1825-1828, que en teoría debían ser liberados una vez introducidos en territorio rioplatense, siguieron siendo esclavos sin ese nombre, dado que se vendía su servicio en lugar de su cuerpo y que los hacían revistar en el ejército. Los negros libres fueron instalándose paulatinamente en Monserrat y Concepción, que se convirtieron en barrios étnicos en Buenos Aires.<sup>31</sup> Pero el dato más importante de la década del '20 fue la aparición de las Sociedades Africanas, que fueron investigadas por el mismo Andrews pero también por Pilar González Bernaldo y Oscar Chamosa.<sup>32</sup> Este último ha indagado a fondo el funcionamiento de esas asociaciones étnicas, buscando esclarecer los pareceres y las disputas de sus integrantes, convirtiendo así su trabajo en otra contribución destacada para la *historia popular*. La evolución del Carnaval en Buenos Aires, de fuerte vínculo con los africanos pero fundamental para toda la sociedad porteña, ha comenzado asimismo a ser revisada.<sup>33</sup>

---

<sup>30</sup> E. Saguier, "La fuga esclava como resistencia rutinaria y cotidiana en el Buenos Aires del siglo XVIII", en *Revista de Humanidades y Ciencias Sociales del Inst. de Investigaciones Económicas y Sociales*, vol. 1, n°2, Santa Cruz de la Sierra, 1995; G. Perri, "Hábitos, comportamientos y estrategias de peones y esclavos en Buenos Aires, fines del siglo XVIII-principios del XIX. Una aproximación a través de los expedientes judiciales", presentado en RER-PROER, Buenos Aires, 1999; C. Bernand, "La población negra de Buenos Aires (1777-1862)", en M. Quijada, C. Bernand y A. Schneider, *Homogeneidad y Nación. Con un estudio de caso: Argentina, siglos XIX y XX*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2000.

<sup>31</sup> M. Goldberg y S. Mallo, "La población africana en Buenos Aires y su campaña. Formas de vida y subsistencia", en *Temas de África y Asia*, n° 2, Buenos Aires, 1994; L. Crespi, "Negros apresados durante las operaciones de corso con Brasil (1825-1828)", en *ídem*; M.A. Rosal, "Negros y pardos en Buenos Aires, 1811-1860", en *Anuario de Estudios Americanos*, T. L, 1, Sevilla, 1994.

<sup>32</sup> Andrews, op. cit.; P. González Bernaldo, *Civilidad y política en los orígenes de la Nación Argentina*, cit.; O. Chamosa, "To honor the ashes of their forebears. The Rise and Crisis of African Nations in the Post-Independence State of Buenos Aires, 1820-1860", en *The Americas*, 59:3, 2003.

<sup>33</sup> D. De Lucía, "El carnaval porteño. Su proceso de constitución como campo simbólico (1868-1880)", en *Desmemoria*, 1999; O. Chamosa, "Lubolos,

Por último, es preciso consignar que aunque Argentina ha recibido siempre una atención marginal por parte de los historiadores norteamericanos y europeos –particularmente en lo que respecta al temprano siglo XIX y sobre todo si se la compara con México o la región andina central– algunos autores extranjeros, además de los mencionados Andrews y Bernard o John Lynch antes de los años '80, hicieron contribuciones a esta temática. Lyman Johnson contribuyó desde la década del '70 a comprender a la plebe porteña tardocolonial, a partir de su tesis doctoral inédita sobre los artesanos en la Buenos Aires virreinal –y una serie de artículos derivada de ella– y de otros trabajos sobre los salarios populares, los negros porteños y el problema del honor entre los pobres. Por su parte, Mark Szchuman investigó los hogares, las familias –en buena medida las populares– y las dificultades para crear un orden social en Buenos Aires a lo largo de la primera mitad del siglo XIX. El breve panorama se completa con los estudios de Richard Slatta y Karen Robinson acerca de los tipos de delito y las formas de castigo en la provincia de Buenos Aires entre 1820 y 1850.<sup>34</sup>

---

tenorios y moreiras. Reforma liberal y cultura popular en el carnaval de Buenos Aires de la segunda mitad del siglo XIX”, en Sabato y Lettieri, *La vida política...*, cit.

<sup>34</sup> L. Johnson, *The Artisans of Buenos Aires during the Viceroyalty, 1776-1810*, University of Connecticut, 1974, “La historia de precios de Buenos Aires durante el período virreinal”, en L. Johnson y E. Tandeter, *Economías coloniales. Precios y salarios en América Latina, siglo XVIII*, Buenos Aires, FCE, 1992, y “Dangerous Words, Provocative Gestures, and Violent Acts: The Disputed Hierarchies of Plebeian Life in Colonial Buenos Aires”, en Johnson y S. Lipsett-Rivera, ed., *The Faces of Honor: Sex, Shame and Violence in Colonial Latin America*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 1998; M. Szuchman: *Order, Family and Community in Buenos Aires, 1810-1860*, Stanford, Stanford University Press, 1988; R. Slatta, R. y K. Robinson: “Continuities in crime and punishment. Buenos Aires, 1820-50”, en L. Johnson, ed., *The problem of order in changing societies. Essays on Crime and Policing in Argentina and Uruguay, 1750-1940*, University of New Mexico Press, Albuquerque, 1990. Como ejemplo de la obra de J. Lynch véase “Rosas y las clases populares en Buenos Aires”, en AAVV, *De Historia e Historiadores. Homenaje a José Luis Romero*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1982.

## Mirando hacia adelante

Si bien no puede hablarse de un auténtico campo de *historia popular* para la Argentina anterior a 1880, distintos avances han ido conformando un *corpus* de producción relevante.<sup>35</sup> Pero el horizonte de problemas sin dilucidar en cuanto a los sectores subalternos –sus características, su acción, sus ideas y motivos, la relación con sus líderes– es realmente muy amplio. Para terminar, propondré algunos elementos a tener en cuenta para una agenda de la *historia popular* de la Argentina decimonónica.

En primer lugar, es necesaria una mayor articulación entre las distintas investigaciones y la aparición de debates sobre la cuestión, que probablemente se vería favorecida por la creación de espacios al efecto. Esto contribuiría al surgimiento de algunas síntesis, que serían sumamente provechosas para organizar el campo, constatar las deficiencias y producir nuevos avances. La divulgación de los hallazgos historiográficos por fuera del ámbito académico es también una asignatura pendiente.

Asimismo, es imprescindible un mayor diálogo con la producción de historia popular realizada en otros países, y muy especialmente en Latinoamérica. La producción reciente de historia política ha mostrado la existencia de matrices culturales, prácticas e identidades similares en el espacio iberoamericano. Profundizar esa senda permitirá además romper con el encorsetamiento que genera el marco nacional de los estudios, que generalmente oscurece más de lo que aporta.

A la vez, es muy importante la articulación entre los trabajos del período anterior a 1880 y los escritos sobre trabajadores y otros integrantes del mundo popular posterior a esa fecha. Ella abriría la discusión sobre la idea de que la formación de la clase obrera argentina fue únicamente producto de la inmigración –lo cual puede hacernos pensar como la elite de principios del siglo XX– y de la acción de la integración al mercado mundial, a favor de entenderla como resultado de la más plausible interacción de esos aspectos con la experiencia popular de las décadas previas.

---

<sup>35</sup> No he incluido aquí a la profusa historiografía sobre indígenas no sometidos, porque no son parte del espectro popular de la sociedad rioplatense – pese a su gran ligazón con ésta – sino otras sociedades.

Un cuarto aspecto es la necesidad de contar con más investigaciones. Pero esto conlleva un riesgo, el de la hiperespecialización, tan presente en la disciplina en la actualidad. El conocimiento de los sectores subalternos no es importante para llenar huecos historiográficos o para incorporar a una historia "principal" a aquellos que en general han quedado de lado, sino que la comprensión del mundo popular permite muchas veces tener una diferente percepción de la historia global. Allí radica su relevancia. Esa conexión es imprescindible para que el crecimiento del campo, que hoy parece estar en vías de expansión, no de lugar a una mera acumulación de información.

Una exploración acerca de las formas de definir al objeto de estudio de la *historia popular* –y a ella misma– es también deseable. ¿Cómo categorizar a los heterogéneos hombres y mujeres que ocupaban el lugar más bajo en la estratificación de las sociedades que formaron la Argentina?; ¿Es más adecuado referirse a ellos como *sectores subalternos*, *sectores populares*, *clases subalternas*, *clases populares*, *masas*, *pueblo* o *plebe*? Es posible argumentar que distintos términos son útiles para distintos espacios y tiempos, pero el debate no ha sido planteado –con pocas excepciones– en el ámbito local.<sup>36</sup> Al mismo tiempo, una discusión sobre los límites de las diferentes posibilidades metodológicas de aproximación a lo popular también sería provechosa.

Finalmente, la *historia popular* en Argentina se debe aún un debate sobre su relevancia, en la disciplina y fuera de ella, y sobre sus implicancias. ¿En qué favorece a la historiografía? ¿Puede ser útil fuera del ámbito académico en el que se desenvuelve habitualmente, lo cual precisa de una discusión política?

Esta no es la única agenda posible, claro está. Pero considero que quienes intentamos hacer *historia popular* tenemos que procurar dar cuenta de todos estos problemas para que su desarrollo valga la pena.

---

<sup>36</sup> Véanse L.A. Romero, "Los sectores populares como sujetos históricos", en L. Gutiérrez y L.A. Romero, *Sectores populares, cultura y política, Buenos Aires en la entreguerra*, Buenos Aires, Sudamericana, 1995; A. Pla, "Clases sociales o sectores populares. Pertinencia de las categorías analíticas de 'clase social' y 'clase obrera'", en *Anuario*, 2º época, nº 14, Rosario, 1989-90; también mi artículo "Un nuevo actor...", cit.

## LA IZQUIERDA COMO OBJETO HISTORIOGRÁFICO. UN BALANCE DE LOS ESTUDIOS SOBRE EL SOCIALISMO Y EL COMUNISMO EN LA ARGENTINA

HERNÁN CAMARERO\*

**L**a elaboración histórica sobre la izquierda argentina ofrece hoy un primer balance evidente: el de su vastedad como espacio de producción. El pasado de la izquierda fue evocado por sus propios integrantes y por sus adversarios, fue abordado desde el ensayo, el relato periodístico y la divulgación, y viene mereciendo, sobre todo en las últimas tres o cuatro décadas, un creciente interés académico. Esta evidencia puede conducir a preguntar, con cierta perplejidad, ¿por qué se ha dedicado atención a un objeto histórico que, entre otras cosas, por su limitada participación en los niveles decisorios de la vida pública del país, fue frecuentemente reputado como irrelevante y fue desatendido desde los grandes relatos de nuestra historia nacional?.

Sin embargo, son muchas las razones que han justificado y justifican una indagación de la izquierda. He aquí la esencial: porque ésta se configuró como una corriente que, a partir de sus diversos afluentes, acabó influenciando difusa pero extendidamente el campo político, el tejido social, el mundo de las ideas y el entramado cultural del país desde su consolidación como nación capitalista moderna hacia fines del siglo XIX. Resulta muy inconveniente, pues, prescindir del estudio de ella para la construcción tanto de una mirada global como de una visión específica sobre cualquiera de los largos procesos o coyunturas que atravesaron a la Argentina de los últimos cien o ciento veinte años. Expresado de otro modo: hacer la historia de la izquierda contribuye decisivamente a hacer la historia de Argentina en el siglo que pasó.

En este trabajo queremos examinar cómo ha sido escrutada y narrada esta historia de la izquierda, cuánto se ha avanzado en la exploración de sus diferentes tópicos. Pero decidimos concentrarnos sólo en las dos expresiones más orgánicas y duraderas de este

---

\* Universidad de Buenos Aires - Universidad Torcuato Di Tella. E-mail: hernancamarero@ciudad.com.ar

espacio (por lo menos hasta la década de 1960), y las que tuvieron mayor propensión a ser estudiadas: el socialismo y el comunismo. Las ventajas de seleccionar estos dos artefactos políticos, el Partido Socialista (PS) y el Partido Comunista (PC), son claras: constituyen fenómenos históricos unitarios durante poco más o poco menos de un siglo de recorrido (algo infrecuente en el universo de los partidos argentinos), lo cual permite trabajar en una larga duración. En una serie de obras ya habíamos avanzado en un balance historiográfico sobre el PS y el PC, pero de manera separada para cada partido.<sup>1</sup> Aquí retomamos y profundizamos este análisis, entrelazando la reflexión historiográfica sobre ambas experiencias políticas.

La observación se concentra en la bibliografía del último cuarto de siglo. Pero para que pueda comprenderse la especificidad de ésta, y se alcancen a distinguir sus puntos de ruptura y de continuidad con la literatura anterior, también se analiza a esta última, aunque de manera más somera. Los caminos posibles para reconocer esta topografía temática pueden ser múltiples. Elegimos clasificar dos grandes, e internamente variados, espacios de elaboración: el de las historias militantes y el del examen más "distanciado" de los estudios académicos.

### Entre la apología y la impugnación: aportes y límites de las historias militantes

Como sucedió con otros actores históricos en la Argentina, el socialismo y el comunismo empezaron siendo estudiados (y fue así durante mucho tiempo) por sí mismos. Por eso, es natural empezar el examen historiográfico por esta producción. Pese a su diversidad, presentó algunos rasgos comunes: aportó un cúmulo de información y de elementos descriptivos fundamentales, y contuvo una base

<sup>1</sup> H. Camarero y C. M. Herrera, eds., *El Partido Socialista en Argentina. Sociedad, política e ideas a través de un siglo*, Buenos Aires, Prometeo Libros, 2005. H. Camarero, "A la conquista del proletariado. La experiencia comunista en el mundo de los trabajadores de Buenos Aires, 1925-1935", Tesis UTDT, 2003. Id., "El Partido Comunista argentino en el mundo del trabajo, 1925-1943. Reflexiones historiográficas e hipótesis exploratorias", en *Ciclos*, año XI, N° 22, 2001. Otros aportes sobre el tema: J. Cernadas, R. Pittaluga y H. Tarcus, "Para una historia de la izquierda en la Argentina", en *El Rodaballo*, año III, N° 6/7, 1997. D. Campione, "Los comunistas argentinos. Bases para la re-construcción de su historia", en *Periferias*, año I, N° 1, 1996.

documental importante, pero presentó una objetividad limitada y un escaso sentido crítico en sus análisis y balances histórico-políticos.

La historia partidaria por excelencia es la que privilegia el derrotero organizativo y la vida interna de la corriente, especialmente, de su dirección. En el caso del PS, el texto paradigmático fue *Historia del socialismo argentino*, escrito hacia 1934 por Jacinto Oddone, obra continuada por otras que profundizaron en ese enfoque institucionalista y lo extendieron en el tiempo de análisis.<sup>2</sup> Por otra parte, la "historia oficial" en clave propagandística fue un género muy frecuente en las filas del comunismo (no sólo local, sino también mundial, como señala Perry Anderson).<sup>3</sup> Un documento partidario inauguró este espacio en 1919, pero su expresión más importante fue *Esbozo de historia del Partido Comunista de la Argentina*, redactado en 1947 por una comisión del Comité Central de esa organización, al que le siguieron varios textos más, durante los años ochenta, que trabajaron sobre la misma línea de análisis.<sup>4</sup>

Varias obras se centraron en las figuras fundadoras o egregias de los partidos. Ese fue el caso, especialmente, de Juan B. Justo. Poco después de su muerte, en 1928, comenzó una saga de ensayos sobre su vida, obra e ideas, elaborados por dirigentes del PS, que se extendió por muchos años.<sup>5</sup> En buena medida, estos textos también

<sup>2</sup> J. Oddone, *Historia del socialismo argentino*, Buenos Aires, La Vanguardia, 1934. M. Palacin, *Breve historia del Partido Socialista*, Buenos Aires, La Vanguardia, 1946. L. Pan, *Visión socialista de medio siglo argentino. La obra parlamentaria del Partido Socialista*, Buenos Aires, La Vanguardia, 1947. A. Moreau de Justo, *Qué es el socialismo en la Argentina*, Buenos Aires, Sudamericana, 1983.

<sup>3</sup> P. Anderson, "La historia de los partidos comunistas", en R. Samuel, ed., *Historia popular y teoría socialista*, Barcelona, Crítica, 1984.

<sup>4</sup> PSI, *Historia del socialismo marxista en la República Argentina. Origen del Partido Socialista Internacional*, Buenos Aires, La Internacional, 1919. PC, *Esbozo de Historia del Partido Comunista de la Argentina*, Buenos Aires, Anteo, 1947. O. Arévalo, *El Partido Comunista*, Buenos Aires, CEAL, 1983. A. Fava, *Qué es el Partido Comunista*, Buenos Aires, Sudamericana, 1983. R. Bertaccini, P. González Alberdi, E. Moreno y otros, *El nacimiento del PC. Ensayo sobre la fundación y los primeros pasos del Partido Comunista de la Argentina*, Buenos Aires, Anteo, 1988.

<sup>5</sup> Uno de los que inauguró esa serie fue A. Ghioldi con *Juan B. Justo. Sus ideas históricas, sus ideas socialistas, sus ideas filosóficas*, Buenos Aires, La Vanguardia, 1933. En los 30 años posteriores se sucedieron los de J. Rodríguez Tarditi, N. Repetto, D. Tieffenberg, L. Pan, J. A. Solari y, especialmente, D.

operaron como historias del Partido durante sus primeros treinta años, pues en ellos se detalló el modo concreto en que Justo intervino en los avatares de la organización. El "maestro" apareció valorizado en sus múltiples facetas, de genial fundador del primer auténtico partido político del país y de brillante pensador, traductor, periodista, orador, conferencista, polemista y parlamentario. Nada como esta producción existió en el caso comunista. La vida de Rodolfo Ghioldi apenas tuvo un breve abordaje en una obra centrada en la experiencia revolucionaria de Prestes en Brasil durante los años treinta (en la que el argentino tuvo una importante actuación); en cuanto a Codovilla, todavía es mucho lo que falta indagarse acerca de su perfil, sus estrechas vinculaciones con la Internacional Comunista (IC), Moscú y los servicios secretos soviéticos, y su presencia en España, pues sólo existe una biografía completamente apologética y fabulada escrita por un soviético.<sup>6</sup>

Otra área importante de producción fue el de las historias del movimiento obrero redactadas por militantes socialistas y comunistas. Ellas apuntaron a reconstruir con rasgos de epopeya la trayectoria de un sujeto, el constituido fundamentalmente por los trabajadores urbanos organizados, pero privilegiando la presencia que tuvieron entre ellos los respectivos partidos a que adherían los autores. Aportaron una valiosa base empírica, de la cual se abastecieron estudios posteriores, pero no consiguieron abandonar, en buena medida, el plano descriptivo, y, con frecuencia, cometieron sintomáticas omisiones o tergiversaciones acerca del accionar o las posturas del PS y PC.<sup>7</sup> Muy valiosas fueron las biografías, autobiografías y memorias escritas sobre o por los militantes proletarios del PC. La de José Peter es la más conocida pero no es la única. A pesar de man-

---

Cúneo, con su *Juan B. Justo y las luchas sociales en la Argentina*, Buenos Aires, Alpe, 1956. Como un estertor, mucho después: L. Pan, *Juan B. Justo y su tiempo. Apuntes para una biografía intelectual*, Buenos Aires, Planeta, 1991.

<sup>6</sup> J. Marín, *Misión secreta en Brasil. El argentino Rodolfo Ghioldi en la insurrección nacional-liberadora de 1935 liderada por Luis Carlos Prestes*, Buenos Aires, Dialéctica, 1988. V. Goncharov, *El camarada Victorio. Semblanza de V. Codovilla*, Buenos Aires, Fundamentos, 1981.

<sup>7</sup> M. Casaretto, *Historia del movimiento obrero*, Buenos Aires, Lorenzo, 2 vols., 1946-1947. J. Oddone, *Gremialismo proletario argentino*, Buenos Aires, La Vanguardia, 1949. R. Iscaro, *Historia del movimiento sindical*, Buenos Aires, Fundamentos, 1973.

tenerse en una tónica autoproclamatoria, éstas ofrecen sugerentes descripciones sobre la manera en que se procesó la experiencia comunista entre los trabajadores y permiten descubrir cuál era la mirada introspectiva que aquellos actores tenían sobre los procesos protagonizados. Son historias de vida contadas como gestas de sufrimiento, abnegación y entrega a la causa, que aportan a la reconstrucción de varios conflictos y organizaciones gremiales.<sup>8</sup> El socialismo no supo cultivar con tanto éxito este género, a excepción de un par de obras, como la del dirigente municipal Pérez Leirós.<sup>9</sup> En todo caso, los textos autobiográficos que más se destacaron en la familia socialista no fueron los de sus militantes obreros, sino los de sus máximos dirigentes partidarios.<sup>10</sup>

El fuerte impulso que había mostrado la producción histórica del socialismo y el comunismo se detuvo en momentos muy precisos: los años sesenta, en el primer caso; los ochenta, en el segundo. Estos cortes tuvieron que ver con el propio otoño de cada corriente. En el caso del socialismo, la crisis, extrema fragmentación y, en buena medida, irrelevancia en la que quedó por mucho tiempo el espacio político que se reconocía como heredero del viejo PS, condujo a un declive de su propia historia sobre sí mismo. Ni siquiera el actual relativo reanimamiento y reunificación de esta corriente, perceptible en los últimos años, modificó este cuadro. Un caso especial constituye la obra de Emilio J. Corbière y Víctor García Costa. Ambos pertenecieron a los desgajamientos del viejo PSA creado en 1958, pero tuvieron como ámbito de publicación el de la divulgación histórica. Sus escritos fueron muy numerosos, sobre todo, dedicados a describir las primeras décadas del PS y a destacar las figuras de Justo y Palacios. Más equilibrados en sus juicios y aportando alguna documentación interesante, no dejaron de compartir la ca-

---

<sup>8</sup> J. Peter, *Crónicas proletarias*, Buenos Aires, Esfera, 1968. Los militantes obreros comunistas que tuvieron un abordaje con textos específicos durante los años setenta-ochenta fueron J. Manzanelli, R. Gómez, C. Ons, P. Chiarante, M. Contreras, J. Liberman, L. de Salvo, M. Burgas, F. Moretti y D. Varone.

<sup>9</sup> F. Pérez Leirós, *Grandezas y miserias de la lucha obrera*, Buenos Aires, Libera, 1974.

<sup>10</sup> E. Dickmann, *Recuerdos de un militante socialista*, Buenos Aires, Claridad, 1949. N. Repetto, *Mi paso por la política*, Buenos Aires, Santiago Rueda, 2 vols 1956-1957.

racterística de la bibliografía militante: su escasa vena crítica y densidad analítica. Uno de los aportes más valiosos fue el de Corbière sobre los orígenes del comunismo argentino, que abrió una temática poco explorada y sigue siendo un punto de referencia en torno a ella.<sup>11</sup> En el caso del PC, como también hemos visto, hubo una serie de historias oficiales escritas por altos dirigentes partidarios durante los años ochenta que no hicieron más que prolongar, en alguna de ellos con cierta atenuación, los argumentos planteados en el célebre *Esbozo*. El viraje de la línea hecha en el XVIº Congreso partidario en 1986 promovió una severa autocrítica del propio pasado, pero eso no se expresó aún en una producción importante, a excepción de algunos trabajos, en donde se fustigan las posiciones del PC en torno al proceso de surgimiento del peronismo y de la aplicación de la política de la convergencia cívico-militar.<sup>12</sup>

Todos estos relatos escritos por socialistas y comunistas, se sostuvieron sobre una idea capital: hasta 1945 ambas corrientes constituían fuerzas políticas de raigambre popular, alcanzando una influencia de masas en la clase trabajadora. Sin embargo, la tosquedad de la mayor parte de esta literatura y las vicisitudes de esos partidos a partir de la irrupción del peronismo, impidieron que aquella certeza arraigue en el imaginario historiográfico y colectivo durante buena parte de la segunda mitad del siglo XX. En buena medida, eso también se debió a que estas visiones fueron demolidas por otra literatura de carácter "partisano", pero en este caso adversaria a estas corrientes. Como los ubicados en la historia oficial, estos textos fueron concebidos como voceros de una posición política. Como en un espejo invertido, si en los primeros escritos la comprensión quedaba lesionada por una visión apologética, aquí lo fue por una visión impugnadora.

---

<sup>11</sup> E. J. Corbière, *Juan B. Justo. Socialismo e imperialismo*, Buenos Aires, Todo es Historia, 1973. Id., *Orígenes del comunismo argentino (El Partido Socialista Internacional)*, Buenos Aires, CEAL, 1984. V. García Costa, *Alfredo Palacios. Entre el clavel y la espada. Una biografía*, Buenos Aires, Planeta, 1997.

<sup>12</sup> J. E. Schulman, "Algunos de los debates comunistas ante el surgimiento del peronismo y las elecciones de 1946", en *Periferias*, año 6, n° 9, 2001; D. Campione, "Hacia la convergencia cívico-militar. El Partido Comunista 1955-1976", en *Herramienta*, n° 29, junio 2005.

El momento en que este espacio alcanzó desarrollo y difusión fue a partir de los años cincuenta y sesenta, cuando parecía evidente la dificultad de las "historias oficiales" para poder explicar las razones que venían llevando a la irrelevancia a la izquierda tradicional. Esta literatura provino desde las usinas del nacional-populismo de izquierda y de la izquierda nacional. Se trató de un campo amplio de obras que abordaron la historia del PS y el PC de manera específica o, que ocupándose de cuestiones más globales, le dedicaron un importante lugar al análisis de aquel tema. Sus referentes son numerosos, entre otros: Rodolfo Puiggrós, Jorge Abelardo Ramos, Juan José Hernández Arreggi y Jorge Enea Spilimbergo. En las últimas tres décadas, las elaboraciones de este espacio sobre el tema decayeron, a excepción de la obra de Norberto Galasso, quien siguió entregando escritos en continuidad con esta senda interpretativa.<sup>13</sup> Todos ellos buscaron saldar cuentas con estos partidos, poniéndolos bajo estado de sospecha y vaciándolos de legitimidad, con el fin de justificar nuevas opciones políticas.

Estas diversas obras convergían en un denominador común: tendían a caracterizar al socialismo y su heredero, el comunismo, como productos foráneos y artificiales, extraños a las verdaderas expresiones del pueblo argentino. Se habría tratado de partidos basados en obreros inmigrantes pero sobre todo en la pequeña burguesía porteña, que nunca pudieron comprender a la joven camada de trabajadores nativos provenientes de las migraciones internas que iban del campo a la ciudad. Desde sus inicios, habrían sido proimperialistas, librecambistas y operantes como mera ala izquierda de la oligarquía nativa. Justo y el universo ideológico del PS eran mostrados como ajenos al marxismo, y próximos al liberal-positivismo, al pensamiento spenceriano y al darwinismo social. En relación al PC, estas obras ponían hincapié, además del "vicio de origen" anteriormente señalado, en los errores en la

---

<sup>13</sup> R. Puiggrós, *Historia crítica de los partidos políticos argentinos*, Buenos Aires, Argumentos, 1956. J. A. Ramos, *El partido comunista en la política argentina*, Buenos Aires, Coyoacán, 1962. J. J. Hernández Arreggi, *La formación de la conciencia nacional (1930-1960)*, Buenos Aires, Hachea, 1960. J. J. E. Spilimbergo, *El socialismo en la Argentina. Del socialismo cipayo a la izquierda nacional*, Buenos Aires, Mar Dulce, 1969. N. Galasso, *Manuel Ugarte. Del vasallaje a la Liberación Nacional. De la Liberación Nacional al Socialismo*, Buenos Aires, Eudeba, 2 vols., 1973. Id., *Liberación nacional, socialismo y clase trabajadora*, Buenos Aires, Ayacucho, 1991.

aplicación de sus orientaciones estratégicas: primero, la línea ultraizquierdista de *clase contra clase* (1928-1935), que habría colocado a la organización en el total aislamiento y en posiciones que servían a los verdaderos enemigos de los trabajadores; luego, la política del *frente popular*, cuando el PC habría impuesto al movimiento obrero una táctica de tregua laboral, en función del acuerdo con la "burguesía progresista" y proaliada. En estas visiones, tanto el PC como el PS habrían traicionado a los trabajadores, lo que habría provocado el repudio de éstos a dichos partidos. El vacío de representación, luego, con toda legitimidad, sería llenado por el peronismo. Tras la irrupción de este movimiento, la izquierda ya habría carecido de rumbo, sentido y futuro algunos. El límite insalvable que presentaron todas estas obras fue su pobre infraestructura documental y de consulta de fuentes, y su tendencia a privilegiar una prejuiciosa caricaturización de sus objetos de estudio, sometiéndolos a argumentaciones que ahogaban la posibilidad de una auténtica comprensión histórica. Buena parte de la posterior historia militante trabajó a partir de esas mismas imágenes. Un ejemplo de eso puede verse en una obra de José G. Vazeilles, que aportaba una visión global de la historia del socialismo, extendiendo esa reconstrucción al hasta ese momento inexplorado período posperonista.<sup>14</sup>

La obra de José Ratzer, en tanto, realizó una nueva aproximación a la prehistoria del socialismo argentino.<sup>15</sup> Señaló la presencia de las primeras internacionales obreras, la labor del grupo de emigrados alemanes que conformaron la Asociación Vorwärts, el papel de figuras como Augusto Kühn y G. Avé-Lallemant, y el lugar que ocuparía el periódico *El Obrero* en la conformación de una incipiente tendencia proletaria y marxista ortodoxa, antecesora del PS. Algunos militantes socialistas (entre ellos, el propio Kühn), habían abordado este período.<sup>16</sup> Ratzer quiso demostrar que aquella corriente originaria quedó subsumida al extremo reformismo revisionista impuesto poco

---

<sup>14</sup> J. Vazeilles, *Los socialistas*, Buenos Aires, Jorge Alvarez, 1968.

<sup>15</sup> J. Ratzer, *Los marxistas argentinos del 90*, Córdoba, Pasado y Presente, 1969.

<sup>16</sup> A. Kühn, "Apuntes para la historia del movimiento obrero socialista en la República Argentina", en *Nuevos Tiempos*, Buenos Aires, n° 1/7, 1916. Á. M. Giménez, *Los precursores del socialismo en la República Argentina*, Buenos Aires, La Vanguardia, 1917. D. Cúneo, "Las dos corrientes del movimiento obrero en el 90", *Revista de Historia*, Buenos Aires, n° 1, 1957.

después de la fundación del partido, y librando una soterrada lucha interna hasta volver a cobrar fuerza con la constitución de la tendencia originaria del PC. Otto Vargas, el líder del maoísta PCR (al que pertenecía Ratzler), retomó estos planteos, examinando la evolución del PS y, sobre todo, del PC, hasta los años treinta. Sus observaciones no carecieron de documentación, pero se organizaron en un relato exclusivamente interesado en sacar determinado tipo de balance histórico-político, en la que ambos partidos son enjuiciados por su incomprensión de las características del país y de las tareas revolucionarias en clave democrático-nacionales que se deberían haber fijado.<sup>17</sup>

### **Un interés tardío y creciente: el campo plural de los estudios académicos**

Si hasta mediados del siglo XX, desde el campo de la producción académica del país vinculada a las disciplinas histórica, sociológica y política, se prestó muy escasa atención al examen de las diferentes expresiones de las clases subalternas, no es extraño que la izquierda haya merecido, hasta entonces, un interés casi nulo. Sólo resultó relevante la explicación clásica de Germani acerca de las razones por las cuales la izquierda perdió peso en el movimiento obrero y fue superada por el peronismo.<sup>18</sup> El sociólogo italiano presentó a la Argentina industrial emergente en los años veinte y treinta como escenario de un corte abrupto entre una "vieja" y una "nueva" clase obrera, en donde la primera, en su mayoría descendiente de inmigración europea, aparecía naturalmente inclinada a ideologías de clase, portaba un carácter autónomo y poseía una extensa experiencia industrial, urbana, política y sindical, mientras la segunda, proveniente de una migración interna desde las provincias rurales, se mostraba heterónoma y privada de aquella experiencia. Por estas razones, Germani encontraba que estos nuevos contingentes laborales habrían sido totalmente esquivos a los partidos de clase, como el PC y el PS, y se habrían convertido en entes manipulables para el ejercicio de

<sup>17</sup> O. Vargas, *El marxismo y la revolución argentina*, Buenos Aires, Ágora, tomo I: 1987, tomo II: 1999.

<sup>18</sup> G. Germani, *Política y sociedad en una época de transición. De la sociedad tradicional a la sociedad de masas*, Buenos Aires, Paidós, 1962.

proyectos autoritarios como el de Perón. Desde una perspectiva opuesta a la visión nacional-populista se llegaba a una conclusión similar: sea porque Perón opera sobre un vacío de representación o porque actúa sobre una masa en disponibilidad, queda silenciado el lugar que ocupan el socialismo y el comunismo en los nuevos y viejos integrantes del movimiento obrero desde los años veinte y treinta.

Desde fines de la década del sesenta, varios estudios insertos en una rica discusión de sociología histórica de influencia marxista, referida al período de entreguerras, como los de Miguel Murmis-Juan Carlos Portantiero (primero), Juan Carlos Torre y Hugo del Campo (más tarde), fueron contestando aquellas visiones convergentes, erosionando los contornos de la supuesta antinomia entre vieja y nueva clase obrera, señalando la existencia de fuertes interrelaciones entre esos dos sectores que Germani antagonizaba con tanto énfasis.<sup>19</sup> Lo importante a destacar aquí es que esto los condujo a admitir la importante inserción que el comunismo había alcanzado en el movimiento obrero preperonista. En este redescubrimiento había existido un antecedente valioso: la investigación inconclusa de Celia Durruty sobre el decisivo papel que los militantes del PC jugaron en la creación de la Federación Obrera Nacional de la Construcción.<sup>20</sup> Podemos decir que, analizados de conjunto, todos estos autores permitieron alertar que, desde una década y media antes de la emergencia del peronismo, importantes sectores del nuevo proletariado fabril pudieron ser interpelados por un partido como el PC, tradicionalmente asociado a la antigua clase obrera.

La imposición de la dictadura militar en 1976 abortó cualquier posibilidad de estudiar y publicar acerca de la izquierda en el país. Por ello, desde el campo de la producción académica, lo más prolífico sobre la historia del PS y del PC se situaría por entonces en el exterior. Durante las décadas de los setenta y ochenta, cinco investigadores anglosajones se dedicaron a la historia del PS, especialmente hasta 1930.<sup>21</sup> En general, fueron obras —sólo una de ellas fue tradu-

---

<sup>19</sup> M. Murmis y J. C. Portantiero, *Estudios sobre los orígenes del peronismo*, tomo I, Buenos Aires, Siglo XXI, 1971. J. C. Torre, *La vieja guardia sindical y Perón. Sobre los orígenes del peronismo*, Buenos Aires, Sudamericana, 1990. H. del Campo, *Sindicalismo y peronismo. Los comienzos de un vínculo perdurable*, Buenos Aires, CLACSO, 1983.

<sup>20</sup> C. Durruty, *Clase obrera y peronismo*, Buenos Aires, Pasado y Presente, 1969.

cida al castellano- que contaron con un relevamiento empírico consistente y entregaron sólidas descripciones panorámicas, privilegiando el análisis de algunos elementos estructurantes del partido (sistema de liderazgo, participación electoral, conflictos internos, actuación parlamentaria), pero brindaron miradas en ocasiones algo simplistas o demasiado esencialistas acerca del partido. Tiempo después apareció otra obra sobre el socialismo en las primeras décadas del siglo XX, de la que sí pudo haber un mayor conocimiento local.<sup>22</sup> El PC, en cambio, casi no fue visitado por investigadores extranjeros, a excepción de un viejo trabajo redactado en la época, con la lógica de la "guerra fría", que tuvo escaso relevamiento documental.<sup>23</sup>

Como expresión de una producción que no renunciaba al compromiso político, y con la particularidad de que se realizaba en el contexto de una experiencia de exilio, se situó hacia fines de los años setenta y principios de los ochenta la obra de José Aricó. La primera elaboración del intelectual marxista cordobés, orientador de la revista *Pasado y Presente*, que nos interesa analizar está referida al comunismo. Se trata de un breve ensayo de carácter proyectivo, en donde enunció algunas hipótesis que permitiesen entender tanto la creciente inserción del PC en el movimiento obrero desde principios de los años treinta como la posterior erosión de ésta.<sup>24</sup> Aricó, para explicar la expansión comunista en la clase obrera, notificó sobre la importancia de la adopción de la línea de *clase contra clase*, una concepción sectaria que tuvo la paradójica utilidad de fomentar la proletarización del PC, pues el

<sup>21</sup> E. Wellhofer, *Party Development in New States: Socialism in Argentina*, Thesis, Columbia University, 1971. R. G. Woodbury, *The Argentine Socialist Party in Congress. The Politics of Class and Ideology, 1912-1930*, Ph.D. Dissertation, Columbia University, 1971. D. F. Weinstein, *Juan B. Justo y su época*, Buenos Aires, Fundación Juan B. Justo, 1978. R. J. Walter, *The Socialist Party of Argentina, 1890-1930*, Texas, The University of Texas at Austin, 1977. M. Mullaney, *The Argentine Socialist Party, 1890-1930: Early Development and Internal Schism*, Ph.D. Tesis, University of Essex, 1982.

<sup>22</sup> J. Adelman, "Los socialistas y el problema agrario argentino", en *Anuario del IEHS*, Tandil, n° 4, 1989. Id., "El Partido Socialista Argentino", en M. Z. Lobato, ed., *El progreso, la modernización y sus límites (1880-1916)*, Nueva Historia Argentina, t. V, Buenos Aires, Sudamericana, 2000.

<sup>23</sup> R. J. Alexander, *Communism in Latin America*, New Brunswick, Rutgers University Press, 1957.

<sup>24</sup> J. Aricó, "Los comunistas en los años treinta", en *Controversia*, n° 2-3, México, 1979.

partido se dirigió hacia una conquista acelerada de las masas. Gracias a esto, según Aricó, el PC alcanzó una influencia sindical de masas en esa etapa, pero sin lograr traducirla a un nivel político-ideológico, es decir, sin poder ganar una auténtica posición *hegemónica* entre los trabajadores. Esto habría sido así, pues la siguiente gran orientación general del PC, la del *frente popular*, lo habría ido alejando de su interés por las reivindicaciones obreras mínimas y la autonomía sindical en aras de un acuerdo con sectores de la burguesía potencialmente integrantes del bloque aliado antifascista. Como vemos, la interpretación del autor, si bien se distanció en varios aspectos de la construida por la visión nacional-populista, terminó abrevando en las mismas aguas que ésta, pues adjudicó el eclipse comunista a causas esencialmente endógenas, vinculadas a las estrategias políticas seguidas por el partido.

La segunda elaboración de Aricó a rescatar fue acerca del fundador del socialismo argentino: *La hipótesis de Justo*, obra escrita en México hacia 1980.<sup>25</sup> Aricó intentó demostrar que en el líder del PS existió una precisa explicación de la Argentina moderna, en la que advirtió la disonancia existente entre su economía capitalista liberal y su organización política oligárquica y atrasada. Aricó identificó la apuesta estratégica de Justo en el sentido de un PS que debía ofrecerse como el partido de clase dispuesto a superar tal discordancia, pues al luchar por la conquista de una democracia económica realizaba, también, la democracia política, incorporando plenamente a los trabajadores a la vida nacional a través de una rica red asociativa cimentada en el Partido, las cooperativas y las instituciones culturales. Al mismo tiempo, Aricó supo detectar el modo en que la tradición liberal impactó parcialmente la teoría justista, y que cierta concepción iluminista de los sujetos sociales marcó sus límites al privilegiar una dimensión formal-institucional en la percepción del movimiento de las clases subalternas, que así apareció indiferente por las vicisitudes del universo sindical, sobreestimó el papel pedagógico del Partido y, en definitiva, se mostró incapaz por articular una concepción certera de la potencial funcionalidad hegemónica de la clase obrera. Las aporías y problemas de la obra de Aricó se ubicaron en una visión relativamente homogénea de la identidad del PS, olvidando los planteos alternativos al

---

<sup>25</sup> J. Aricó, *La hipótesis de Justo. Escritos sobre el socialismo en América Latina*. Buenos Aires, Sudamericana, 1999.

justismo y luego las resistencias a éste, que jalonaron buena parte de las primeras décadas de vida del partido. Las urgencias teórico-políticas de Aricó eran bien evidentes: buscaba sutilmente tender puentes y reconciliar al proyecto reformista con los "movimientos nacional-populares".

También en el exilio se desarrolló la investigación de Ricardo Falcón. En sus estudios sobre los orígenes del movimiento obrero argentino durante la segunda mitad del siglo XIX, y apoyándose en nueva documentación existente en archivos europeos, reconstruyó la primera historia del socialismo nativo.<sup>26</sup> Además de rastrear una rica experiencia bastante previa a 1896, Falcón indagó en las polémicas que se desarrollaron en los congresos partidarios iniciales, analizando específicamente las posiciones contrarias al creciente reformismo justista, tanto por parte de los "socialistas revolucionarios" que editaron en 1897 el periódico *La Montaña* (Lugones e Ingenieros) como por parte de los que poco después conformaron la corriente de los "socialistas colectivistas".

Con la vuelta de la democracia en 1983, en el ámbito académico comenzó a cobrar un creciente interés el estudio del pasado de la izquierda. Inicialmente, la atención se centró en las cuestiones referidas al movimiento obrero. En las dos últimas décadas aparecieron varias obras importantes dirigidas a explorar ese campo. En muchas de ellas, especialmente las que llegaron hasta el surgimiento del peronismo, se hicieron análisis documentados y reflexiones acerca de los vínculos entre el universo sindical y la izquierda. Entre otras, citamos aquí las investigaciones que fueron publicando una serie de historiadores y sociólogos, tanto argentinos como extranjeros.<sup>27</sup> Sin

---

<sup>26</sup> R. Falcón, "Lucha de tendencias en los primeros congresos del Partido Socialista Obrero Argentino, 1896-1900", en *Apuntes*, Ámsterdam, 1979. Id., *Los orígenes del movimiento obrero (1857-1899)*, Buenos Aires, CEAL, 1984.

<sup>27</sup> E. J. Bilsky, *Esbozo de historia del movimiento obrero argentino: desde sus orígenes hasta el advenimiento del peronismo*, Buenos Aires, Biblos, 1987; J. Godio, *El movimiento obrero argentino* (5 tomos), Buenos Aires, Legasa, 1987-1991; T. S. Di Tella, *Perón y los sindicatos. El inicio de una relación conflictiva*, Buenos Aires, Ariel, 2003; H. Matsushita, *Movimiento obrero argentino, 1930-1945. Sus proyecciones en los orígenes del peronismo*, Buenos Aires, Siglo Veinte, 1983; D. Tamarin, *The Argentine Labor Movement, 1930-1945. A Study in the Origins of Peronism*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 1985; J. Horowitz, *Argentine Unions, the State & the Rise of Perón, 1930-1945*, Berkeley, University of California, 1990.

duda, el período más recorrido fue 1930-1943/45, es decir, el de la coyuntura que concluyó con el triunfo del coronel Perón, la emergencia de una nueva identidad política mayoritaria entre los trabajadores y la consiguiente derrota de los partidos de izquierda en sus expectativas por mantener sus apoyos proletarios. No faltaron análisis interesantes sobre períodos posteriores, por ejemplo, sobre el papel del socialismo y el comunismo en el proceso de la resistencia obrera peronista posterior a 1955.<sup>28</sup> Los vínculos específicos entre el PS y el PC con el mundo del trabajo (siempre hasta 1945), han sido examinados en diversos estudios que exploraron las características generales de dicha relación o la forma concreta que adquirió en algunos conflictos sociales (como las huelgas de la construcción y general de 1935-1936, y las luchas de los trabajadores de la carne de Berisso entre 1920-1940). Los tópicos centrales allí recorridos fueron el tipo de lazo que se estableció entre aquellos partidos y los sindicatos, las concepciones que animaron a esa ligazón, los recursos organizacionales puestos en juego, etc.<sup>29</sup>

Lamentablemente todavía se ha explorado poco acerca de la relación de estos partidos con otros movimientos sociales con los que tuvieron fuerte incidencia: movimientos estudiantiles, barriales, agrarios, cooperativos, de derechos humanos, etc. Hay aportes respecto al feminismo: los estudios de Dora Barrancos, muestran la complejidad de la relación entre el socialismo y la causa femenina (en particular con respecto al sufragio), que se suman al examen del aporte de las viejas militantes socialistas a dicha causa (como la pionera Alicia Moreau).<sup>30</sup>

---

<sup>28</sup> D. James, *Resistencia e integración. El peronismo y la clase trabajadora argentina, 1946-1976*, Buenos Aires, Sudamericana, 1990.

<sup>29</sup> M. C. Tortti, *Clase obrera, partido y sindicatos: estrategia socialista en los años '30*, Buenos Aires, Biblos, 1989; H. Camarero y A. Schneider, *La polémica Penelón-Marotta (marxismo y sindicalismo soreliano, 1912-1918)*, Buenos Aires, CEAL, 1991. También remitimos a nuestros trabajos citados en la Nota 1. N. Iñigo Carrera, *La estrategia de la clase obrera, 1936*, Buenos Aires, La Rosa Blindada-PIMSA, 2000; M. Z. Lobato, *La vida en las fábricas. Trabajo, protesta y política en una comunidad obrera, Berisso (1904-1970)*, Buenos Aires, Prometeo libros/Entrepasados, 2001.

<sup>30</sup> D. Barrancos, "Socialismo y sufragio femenino. Notas para su historia (1890-1947)", en H. Camarero y C. M. Herrera, eds., *El Partido Socialista...*, op. cit.; M. Henault, *Alicia Moreau de Justo. Biografía*, Buenos Aires, CEAL, 1983; J. A. Cosentino, *Carolina Muzilli*, Buenos Aires, CEAL, 1984.

El PS y el PC como tipologías, como identidades coaguladas en maquinarias con leyes y reglas propias. No se ha avanzado mucho más en esta dirección. Una excepción fue un trabajo que exploró la estructura organizativa del PS entre 1896-1916, sus modalidades de participación, las características de sus afiliados y los rasgos de su identidad.<sup>31</sup> En esta visión, el PS habría sido un partido diseñado en función de una estrategia de adaptación y avance sobre la sociedad, que se sostuvo a partir de una política cultural similar a la de la socialdemocracia europea, pero carente de una vocación hegemónica, es decir, de una aptitud para pensar el Estado y luchar por (y con) el poder. El PS apareció conceptualizado ya desde un comienzo como un partido policlasista, ausente de la lucha de clases, extraño al universo marxista y muy próximo a un reformismo liberal. El autor no encontró ninguna contradicción entre estas supuestas características y todas las evidencias que apuntan en un sentido opuesto o distinto a ellas. No obstante, él mismo reconoció que el PS identificaba al Estado con la burguesía (que cuestionaría el exclusivo horizonte liberal adjudicado al Partido), mientras señaló que ese apego a los "principios" le impidió hacerse de un lugar en el poder.

Es reducido aún el campo de estudios documentados acerca de las posiciones de la izquierda ante acotadas coyunturas socio-políticas. Allí se requiere entender no sólo las iniciativas partidarias sino también el modo con que se insertó en el sistema político. Ese es el caso, por ejemplo, del trabajo que analizó la victoria del PS en las elecciones porteñas de 1913, en donde se desmitificó que ese éxito se hubiera debido al traspaso de votos conservadores, deseosos de frenar el avance radical, bajo la presunción de que el PS no era un partido de temer; entre otras cosas, señaló su autor, porque en aquellas erróneas visiones se olvida que la reforma de 1912 introdujo cambios importantes en el sistema político que el PS logró aprovechar luego de una dinámica de incesante implantación social y cultural en la ciudad.<sup>32</sup>

Respecto al análisis de las grandes líneas y cambios de posición de los partidos, es importante la producción referida al PS durante los

---

<sup>31</sup> S. Berensztein, *Un partido para la Argentina moderna. Organización e identidad del Partido Socialista (1896-1916)*, Buenos Aires, Documento CEDES 60, 1991.

<sup>32</sup> E. Garguin, "La marea roja. El triunfo socialista en las elecciones porteñas de 1913", *Sociohistórica*, La Plata, n° 6, 1999.

años treinta-cuarenta. En contra de visiones establecidas, varios trabajos muestran a un partido con capacidad de reacción para comprender que el país vivía nuevos tiempos a partir de la gran crisis del capitalismo mundial. Auscultando al grupo que en aquél tiempo impulsó la *Revista Socialista*, se detectó una reformulación del tradicional reformismo partidario; esta corriente se volvió a plantear la cuestión del poder y la superación de la dicotomía reforma/revolución a través de la línea de la "revolución constructiva", que se sostenía sobre la necesidad de la intervención del Estado para enfrentar la crisis económica y eludir el peligro fascista.<sup>33</sup> Pero también se demostró el escaso consenso que existía en el PS en torno a las propuestas concretas de política económica y de las tácticas de Frente Popular que debía desarrollarse.<sup>34</sup> El examen de las reformulaciones del PS se prolongó al período siguiente, signado por la Segunda Guerra Mundial y el avance del totalitarismo, durante el cual, el partido ensayó la línea del "civismo antifascista".<sup>35</sup> Para el caso del PC, se avanzó con algunos trabajos que analizaron los cambios de estrategias que aplicó el partido durante los años veinte y treinta, mostrando las consecuencias de dichas aplicaciones pero también sus reversos y contradicciones.<sup>36</sup> Uno de los ámbitos de análisis más recientes sobre la izquierda es el referido a dos etapas que habían sido muy poco transitadas: la del peronismo y la del primer posperonismo. Nuevamente, el actor privilegiado fue el PS por parte de varios trabajos que analizaron las posiciones de dicho partido tanto ante el advenimiento del fenómeno liderado por el coronel Perón y la instauración del régimen 1946-55, como ante la "Revolución Libertadora" y el gobierno de Frondizi, un

<sup>33</sup> M. C. Tortti, "Crisis, capitalismo organizado y socialismo", en W. Ansaldi, A. Pucciarelli y J. C. Villarruel, eds., *Representaciones inconclusas. Las clases, los actores y los discursos de la memoria, 1912-1946*, Buenos Aires, Biblos, 1995.

<sup>34</sup> M. Luzzi, "El viraje de la ola. Las primeras discusiones sobre la intervención del Estado en el socialismo argentino", en *Estudios Sociales*, Santa Fe, año XI, n° 20, 2001; J. C. Portantiero, "Imágenes de la crisis: el socialismo argentino en la década de 1930", en *Prismas*, n° 6, Quilmes, 2002.

<sup>35</sup> A. Bisso, "De *Acción Democrática* a la *Unión Democrática*. El civismo antifascista como prédica política y estrategia partidaria del Socialismo Argentino (1940-1946)", en *Prismas*, n° 6, Quilmes, 2002.

<sup>36</sup> D. Lvovich y M. Fonticelli, "Clase contra clase. Política e historia en el Partido Comunista argentino (1928-1935)", en *Desmemorias*, año VI, n° 23/24, 1999. H. Camarero: "La experiencia comunista en el mundo de los trabajadores, 1925-1935", en *Prismas*, n° 6, Quilmes, 2002.

período, este último, que se inició con esperanzas y se cerró con la frustración de esas expectativas, la división interna de 1958 y el desgranamiento siguiente.<sup>37</sup>

Otro tópico que ha sido frecuentado en estos últimos años fue el de la densa experiencia cultural que desarrollaron socialistas y comunistas, en especial, hasta los años cuarenta. En la reconstrucción de la experiencia socialista, había un lejano antecedente, los trabajos de Á. M. Giménez, quien había publicado algunos textos en los que se analizaba la labor educativa, artística y moralizadora emprendida por el PS desde sus inicios. Allí se reconstruyó la existencia de centenares de bibliotecas obreras, centros de estudios, escuelas, ateneos de divulgación científica, universidades populares (como la Sociedad Luz), agrupamientos musicales y conjuntos teatrales.<sup>38</sup> D. Barrancos se destacó por rehabilitar el tema, retomando las descripciones de Giménez pero sometiénolas a un análisis más sofisticado.<sup>39</sup> Sobre la necesidad de ocuparse de esta empresa cultural ya habían alertado Aricó (en su trabajo sobre Justo) y Portantiero a inicios de los años ochenta, quienes esbozaron algunas líneas de análisis, al tiempo que Leandro Gutiérrez-Luis A. Romero se refirieron a ella en sus investigaciones sobre los sectores populares porteños.<sup>40</sup> En todas estas elaboraciones, se señaló la presencia de una verdadera estrategia del PS en el tema, ambiciosa y sistemática,

---

<sup>37</sup> C. Altamirano, *Peronismo y cultura de izquierda*, Buenos Aires, Temas, 2001; M. García Sebastiani, *Los antiperonistas en la Argentina peronista. Radicales y socialistas en la política argentina entre 1943 y 1951*, Buenos Aires, Prometeo Libros, 2005; C. M. Herrera, "El Partido Socialista ante el peronismo, 1950. El debate González-Ghioldi", en *Taller*, vol. 7, n° 21, 2004; C. Blanco, "El Partido Socialista en los 60: enfrentamiento, reagrupamientos y rupturas", en *Sociohistórica*, La Plata, n° 7, 2000; M. C. Tortti, "Debates y rupturas en los partidos Comunista y Socialista durante el frondismo", en *Prismas*, n° 6, Quilmes, 2002.

<sup>38</sup> Á. M. Giménez, *Treinta años de acción cultural*, Buenos Aires, La Vanguardia, 1926; Id., *Nuestras bibliotecas obreras*, Buenos Aires, Sociedad Luz, 1932.

<sup>39</sup> D. Barrancos, *Educación, cultura y trabajadores (1890-1930)*, Buenos Aires, CEAL, 1991; Id., *La escena iluminada. Ciencias para Trabajadores, 1890-1930*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1996.

<sup>40</sup> J. C. Portantiero, "Nación y democracia en la Argentina del novecientos", *Punto de Vista*, año IV, n° 14, 1982; L. H. Gutiérrez y L. A. Romero, *Sectores populares, cultura y política. Buenos Aires en la entreguerra*, Buenos Aires, Sudamericana, 1995.

pero afectada por un carácter abstractamente pedagógico, moralizador y portador de una confianza ciega en el progreso. En los últimos años se viene trabajando de modo más específico el tema de la educación, explorándose cómo el modelo de integración nacional a través de la educación estatal generó tensiones en la fase constitutiva del PS, o examinando la relación entre el PS (en especial, sus intelectuales) y la universidad.<sup>41</sup> Frente a toda esta producción, los avances que se dieron en la investigación del caso comunista son mucho más modestos pero están en pleno desarrollo. En todo este tema hay dos visiones en pugna: encasillar a estas experiencias socio-culturales de la izquierda de la primera mitad del siglo XX como parte de una cultura popular reformista y policlasista propia de una sociedad abierta, móvil e integradora, o comprenderlas como expresión de una cultura obrera superviviente hasta los años cuarenta.

¿Cómo se desplegó la izquierda en el interior del país y cuánto se resignificó a partir de la experiencia local? Algunos investigadores vienen incursionando sobre la historia del PS en Córdoba hasta los años treinta, desde el examen del comportamiento institucional de dicha fuerza o desde el modo en que conformó una peculiar identidad política y un distintivo posicionamiento ideológico dentro del *campo político* provincial. Si el PS viene siendo entendido como un "partido moderno" en la Argentina de comienzos del siglo XX, según una caracterización en boga en el campo historiográfico, ahora se viene a demostrar la persistencia de ciertas prácticas tradicionales por parte del PS en Mar del Plata, un escenario en donde logró una implantación fuerte y sostenida. Como temática próxima, puede ubicarse un estudio referido al modo en que el PS abordó la cuestión de la etnicidad y, más específicamente, el problema indígena en el interior del país, desmitificando que el Partido haya tenido una posición extranjerizante y etnocéntrica.<sup>42</sup> Para el caso del comunismo, la producción ha sido

---

<sup>41</sup> M. Becerra, "¿Fiestas patrias o fiestas socialistas? Rituales escolares e identidad socialista a principios del siglo XX" y O. Graciano, "Los proyectos científicos y las propuestas legislativas de los intelectuales socialistas para la renovación de la universidad argentina, 1918-1945", en H. Camarero y C. M. Herrera, eds., *El Partido Socialista...*, op. cit.

<sup>42</sup> M. A. Dujovne, *El Partido Socialista de la Provincia de Córdoba, 1933-1936: una lectura política desde el periódico Tribuna Socialista*, Córdoba, CEA-UNC, 2003. E. Chanaguir, "El PS y la Convención Reformadora de la Provincia

menor. Sólo se destacan los que estudiaron la relación entre el PC y el movimiento obrero preperonista en Rosario y Mar del Plata, y las problemáticas de la identidad y la vida privada en la militancia comunista en Tandil.<sup>43</sup> Siguiendo en el ámbito espacial, pero con un sentido opuesto, aún es mucho lo que falta indagar acerca de las relaciones del socialismo y el comunismo locales con la Segunda y la Tercera Internacional respectivamente. Algunos textos se han referido a la relación entre el PC, la Comintern y Moscú, viendo el modo en el que el partido nativo se adaptó a los lineamientos de la IC, pero sin examinar en profundidad la naturaleza del vínculo.<sup>44</sup>

No estaba todo dicho acerca de Justo, y por ello su figura fue vuelta a visitar. El caso atípico fue el de Portantiero, quien encaró un nuevo texto global y sintético sobre el "padre fundador" del socialismo argentino. Lo más característico, en cambio, fue reacerarse al líder del PS con estudios más focalizados en algunos pliegos de su concepción ideológica, teórica e intelectual: el modo como entendió y discutió la teoría del valor y la idea de la historia de Marx; su visión de la política y la nación; la influencia del liberalismo y del positivis-

---

de Córdoba de 1923", *Estudios*, Córdoba, CEA-UNC, n° 3, 1994; M. L. Da Orden, "¿Prácticas tradicionales en un partido moderno? Socialismo y poder local. Mar del Plata, 1916-1929", en F. Devoto y M. Ferrari, eds., *La construcción de las democracias rioplatenses: proyectos institucionales y prácticas políticas, 1900-1930*, Buenos Aires, Biblos, 1994; P. Lacoste, *El socialismo en Mendoza y en la Argentina*, Buenos Aires, CEAL, 1993; D. de Lucía, *Socialismo y cuestión indígena en la Argentina (1889-1943)*, Buenos Aires, Grupo Editor Universitario, 1997.

<sup>43</sup> G. Aguila: "Los comunistas y el movimiento obrero en Rosario, 1943-1946", en *Anuario Escuela de Historia, Facultad de Humanidades y Artes, UNR, segunda época, n° 14, 1991-1992*; E. Pastoriza, *Los trabajadores de Mar del Plata en vísperas del peronismo*. Buenos Aires, CEAL, 1993; R. Pasolini, "Comunistas argentinos. Identidades políticas, tópicos ideológicos y vida privada, 1950-1970", en M. E. Spinelli y otros, comps., *La conformación de las identidades políticas en la Argentina del siglo XX*. Córdoba, UNC/UNCPBA/UNMdP, 2000.

<sup>44</sup> A. J. Plá, "El Partido Comunista de Argentina (1918-1928) y la Internacional Comunista", en *Anuario Escuela de Historia, Facultad de Humanidades y Artes, UNR, segunda época, n° 12, 1986-1987*; S. Schenkolewski-Kroll, "El Partido Comunista en la Argentina ante Moscú: deberes y realidades, 1930-1941", en *EIAL*, año X, n° 2, Tel Aviv University, 1999.

mo en su ideario.<sup>45</sup> En contraposición a esta prolífica bibliografía, ni Codovilla ni Ghioldi merecieron retratos biográficos específicos desde la investigación académica.

Una entrada muy novedosa al estudio del socialismo y comunismo fue hacerlo sorteando a sus figuras centrales y a las ortodoxias que éstas encarnaron. Precisamente, el ángulo que interesó en muchos casos fue el de las disidencias y las escisiones, las posiciones heterodoxas, los dirigentes e intelectuales que pudieron sostener una línea propia. Por ejemplo, Pla reformuló la evolución del PS desde sus orígenes hasta la ruptura de los "internacionalistas", reconstruyéndola a partir de una permanente tensión entre el marxismo y el reformismo socialdemócrata (prosiguiendo en una línea abierta por Ratzer y Falcón).<sup>46</sup> Del Valle Iberlucea fue identificado como parte de una tradición marxista revolucionaria, abierta y antipositivista, que habría matizado la influencia del justismo dentro del PS.<sup>47</sup> Algunos trabajos sobre las experiencias de Avé-Lallemant y el periódico *El Obrero*, profundizaron el examen del período previo a la fundación del PS, mostrando el carácter plural y complejo de la génesis del socialismo.<sup>48</sup> Algunas de las escisiones que hirieron a ambos partidos, como la que dio vida al PS Independiente en 1927 o al PC Obrero ("chispista") en 1925, han sido tratadas en algunos

<sup>45</sup> J. C. Portantiero, *Juan B. Justo. Un fundador de la Argentina moderna*, Buenos Aires, FCE, 1999; J. E. Dotti, *Las vetas del texto. Una lectura filosófica de Alberdi, los positivistas, Juan B. Justo*, Buenos Aires, Puntosur, 1990; J. Franzé, *El concepto de política en Juan B. Justo*, Buenos Aires, CEAL, 1993; M. L. Da Orden, "Entre internacionalismo y nacionalismo: el enfoque de la nación en Juan B. Justo", en *Estudios Sociales*, Santa Fe, año IV, n° 6, 1994; P. Geli-L. Prislei, "Una estrategia socialista para el laberinto argentino. Apuntes sobre el pensamiento político de Juan B. Justo", en *Entrepasados*, Buenos Aires, año III, n° 4-5, 1993.

<sup>46</sup> A. J. Plá, "Marxismo y socialdemocracia en los orígenes del Partido Socialista argentino", en A. J. Pla y S. Malpica, eds., *Socialismo y sindicalismo en los orígenes del movimiento obrero latinoamericano*, Puebla, Cuadernos del CIHMO, 1985.

<sup>47</sup> E. J. Corbière, *El marxismo de Enrique del Valle Iberlucea*, Buenos Aires, CEAL, 1987.

<sup>48</sup> H. Tarcus, "¿Un marxismo sin sujeto? El naturalista Germán Avé-Lallemant y su recepción de Karl Marx en la década de 1890" y R. H. Martínez Mazzola, "Campeones del proletariado. *El Obrero* y los comienzos del socialismo en la Argentina", *Políticas de la memoria*, n° 4, 2003/2004.

ensayos.<sup>49</sup> Pero la mayoría de las rupturas aún quedan por profundizar. Asimismo, están siendo indagadas algunas figuras políticas e intelectuales del PS pos 1930, no justistas o autónomas de tal identidad (como C. Sánchez Viamonte, Julio V. González o J. L. Romero).<sup>50</sup> En el caso del comunismo, los perfiles de Puiggrós, Giudici, Agosti, Aricó y la experiencia de las revistas *Pasado y Presente* y *La Rosa Blindada*, han sido auscultados en sus complejos vínculos con el comunismo.<sup>51</sup>

## A manera de conclusión

Hemos visto que no sólo no existe hasta el momento ninguna "Historia de la izquierda argentina" en términos globales, sino que aún tampoco se han escrito completas y verdaderas historias generales del PS y del PC en términos de amplitud espacial y temporal. En ausencia de esto, contamos con una masa densa y heterogénea de obras que se han abocado a aspectos más puntuales de la historia de estos partidos. En este texto dimos cuenta de esa bibliografía, enmarcándola en sus respectivos campos de elaboración.

El aporte de las historias militantes oficiales estuvo en el plano descriptivo, logrando presentar buena parte de las caracterizaciones y prácticas desarrolladas por ambos partidos, pero sin poder expli-

---

<sup>49</sup> H. Sanguinetti, *Los socialistas independientes*, Buenos Aires, CEAL, 1987; L. Prislei, "Periplos intelectuales, revisionismos y algunas reflexiones sobre el Partido Socialista Independiente", en H. Camarero y C. M. Herrera, eds., *El Partido Socialista...*, op. cit.; H. Tarcus, "Historia de una pasión revolucionaria. Hipólito Etchebehere y Mika Felman. De la reforma universitaria a la guerra civil española", en *El Rodaballo*, año VI, n° 11/12, 2000.

<sup>50</sup> C. M. Herrera, "Carlos Sánchez Viamonte o el destino político de un jurista socialista", en *Taller*, Buenos Aires, vol. 6, n° 17, 2001; O. Acha, *La trama profunda. Historia y vida en José Luis Romero*, Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 2005.

<sup>51</sup> O. Acha, "Nación, peronismo y revolución en Rodolfo Puiggrós", en *Periferias*, año 6, n° 9, 2001 y año 8, n° 11, 2003; N. Kohan, "Herejes y ortodoxos. Ernesto Giudici y las diversas tradiciones culturales del comunismo argentino", en *Periferias*, año 2, n° 2 y 3, 1997; Id., comp., *La Rosa Blindada, una pasión de los '60*, Buenos Aires, La Rosa Blindada, 1999; Raúl Burgos, *Los gramscianos argentinos: cultura y política en la experiencia de Pasado y Presente*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2004.

car rigurosamente el significado de aquellas, y encorsetándolas en un relato que se sostuvo sobre una irreductible visión apologética y autoproclamatoria del sujeto en cuestión. El ensayo militante crítico tuvo el mérito de introducir con fuerza otra dimensión: la de las carencias, deficiencias y yerros que pueden encontrarse en la acción del socialismo y comunismo. Sin embargo, por estar erigido a partir de elaboraciones misticadas con escasa base empírica, tendió a derivar en una visión esencialista de estos actores. Esta construcción ontológica entregó una mera caricatura de ambas culturas políticas, en donde los juicios unilaterales y desproporcionados fueron moneda corriente. Si en una visión se mostraba la infalibilidad de la línea partidaria, aquí se señalaría su error perpetuo y genético. En estos relatos el PS y el PC son estudiados como la pura historia de un fracaso, de una serie permanente de equivocaciones, de una desesperante navegación en la insignificancia. La producción académica se mostró rezagada frente al tema, llegando tardíamente a él y a través de rodeos. Pero en los últimos años se está evidenciando un vuelco notable hacia éste. No es aventurado decirlo, asistimos a la consolidación de un nuevo campo de estudios sobre la izquierda argentina, y sobre el socialismo y el comunismo en particular.

Aún no están claramente definidos los principios teórico e historiográficos dominantes sobre los que se está operando en este último campo. Aparecen elementos nuevos en el escenario: una mayor posibilidad de consultar las fuentes (en la que la apertura de archivos no oficiales, como el CeDInCI, cumplió un papel inestimable), está conduciendo a una creciente rigurosidad y especificidad en el análisis; la cantidad y la disparidad de investigadores que se están acercando al tema (desde disciplinas científicas y enfoques teóricos diversos) pluralizaron las temáticas y las miradas, lo que condujo a plantear preguntas nuevas, habilitar áreas inexploradas, reformular los viejos tópicos tratados y arribar a conclusiones más complejas y matizadas; también se viene avanzando, a través de encuentros y jornadas, en el intercambio y confrontación de los distintos aportes.

Las acechanzas no son menores. Sólo adelantamos dos. Primero, que esta elaboración derive en una exclusiva orientación hacia la hiperespecialización temática, lo que puede conducir a la disolución del objeto de análisis en fragmentos desafectados de una empresa global de reconstrucción. Las historias militantes, explícita o implícitamente, habían trabajado con la idea de que estas corrientes repre-

saban una tradición, lo que permitía entender la coherencia, serialidad y continuidad de ciertas ideas y prácticas. Segundo, que se olvide la imbricación absoluta de las dimensiones económicas, sociales, políticas, ideológicas, culturales y discursivas que están presentes en todo fenómeno histórico, y que, precisamente, en este caso, mostró una riqueza y complejidad enormes en cada uno de aquellas pero, sobre todo, en su mutua interrelación. Afrontando estos desafíos, aún es mucho el camino a recorrer en el estudio del socialismo y el comunismo, y de la izquierda toda. Sin duda, los frutos de esta labor seguirán contribuyendo a una mejor reconstrucción global de la historia argentina contemporánea.



## ALGUNAS CONSIDERACIONES ACERCA DE LA RELACIÓN ENTRE HISTORIA DE LAS MUJERES Y GÉNERO EN ARGENTINA

ADRIANA MARÍA VALOBRA\*

*una mirada desde la alcantarilla  
puede ser una visión del mundo.*

Alejandra Pizarnik

### Introducción

**L**os estudios históricos sobre la condición de la mujer o los que indician la perspectiva genérica han tenido un desarrollo importante y de gran riqueza analítica en los últimos años. Se cuenta con una notable producción aunque, en más de un sentido, el camino está todavía por hacerse, lo cual es particularmente cierto en Argentina.

Aquí intento realizar algunas observaciones acerca de las relaciones de la historia de mujeres y de género en la Argentina. La tarea ya ha desvelado a varias investigadoras y sin duda este trabajo es deudor de sus aportes en más de un sentido.<sup>1</sup> Éste, como otros ordenamientos que llamamos "estados del arte", "estados de la cuestión" o "balances", resulta ser provisorio pues constituye una "fotografía" que ilusiona con un cierto orden de las cosas, con una mirada que intenta observar desde donde se supone que antes no se miró.

---

\* Universidad Nacional de La Plata. Email: indivalobra@hotmail.com Quiero agradecer a Dora Barrancos, Graciela Queirolo, Sol Peláez y el equipo de esta revista –especialmente a Omar Acha, Agustín Santella, Karina Ramacciotti y Hernán Camarero– la lectura, comentarios, críticas y espacios para la discusión en el proceso de elaboración de este artículo. A Irma Antognazzi y Andrea Andújar agradezco el material facilitado.

<sup>1</sup> Valeria Pita, "Estudios de Género e Historia: Situación y perspectivas", en *Revista Mora*, n° 4, octubre, 1998; Beatriz Garrido, "Historia de las Mujeres, Historia del Género en la Historiografía Argentina", *IX Jornadas Interescuelas y Departamentales de Historia*, UNCórdoba, Córdoba, 24 al 26 de septiembre de 2003; Dora Barrancos, "Historia, historiografía y género. Notas para la memoria de sus vínculos en la Argentina", en *La Aljaba*, La Pampa, en prensa.

Entiendo que este ejercicio no es más que una representación que sólo desordena de otra manera...

A continuación señalaré brevemente el modo en que la historia de las mujeres y la historia de género han ido recorriendo los ámbitos académicos.<sup>2</sup> Luego, focalizando en las producciones recientes, menos indagadas, reflexionaré sobre ellas tratando de señalar el aporte de las perspectivas teóricas y metodológicas así como proponiendo los problemas comunes y confrontaciones que presentan.

### Un sendero que no se bifurca

Como señala Dora Barrancos existen numerosos ejemplos de "relatos precursores" de historias de mujeres que aportan "signos orientadores, mapean circunstancias y rescatan acontecimientos, en fin, fluyen hacia el terreno de la historia todavía con minúscula, de cualquier modo un atajo hacia la Historia".<sup>3</sup> En especial a través de los escritos de militantes que sumaron la investigación al compromiso político, los estudios sobre mujeres comienzan a sobresalir entre los '60 y '80, aunque el terrorismo de estado post '76 constituyó un cerco para muchas de esas producciones.

Al calor de la primavera democrática que vivió la Argentina luego de 1983, apareció un número cada vez mayor de publicaciones que daban cuenta del rol de las mujeres en el tiempo. La organización de las Jornadas de Historia de las Mujeres (JHM) señala la importancia del tema en ese momento.<sup>4</sup> Los libros publicados en este período remiten a nombres de mujeres destacadas donde lo importante era la singularidad de sus trayectorias.<sup>5</sup> Al mismo tiempo, en este período los artículos encontraron difusión en revistas como *Todo es Historia* –con un

---

<sup>2</sup> El objetivo de este artículo no es hacer un detalle exhaustivo de la bibliografía existente en los temas. Remito para un recorrido exhaustivo al trabajo de Dora Barrancos citado. Si esto no justifica las omisiones, al menos reconoce las modestas pretensiones de este balance.

<sup>3</sup> Barrancos, D. "Historia, historiografía y género...", cit.

<sup>4</sup> Los trabajos que se abordaron allí se encuentran compilados en las Actas de las Primeras JHM, 1991 y fueron editados por la División de Historia de la Universidad Nacional de Luján donde se realizó el encuentro en agosto de ese año.

espacio dedicado a la mujer- y *La Aljaba y Feminaria* –destinada exclusivamente a estudios de mujeres y el debate feminista.

Las direcciones de la historia social y económica se renovaron en los '80 y la mirada sobre la política creció mientras "la gente invadía las calles", interviniendo en el ámbito público. Esto se reflejó en las tres primeras JHM en las que pesan las exposiciones sobre división sexual del trabajo al tiempo que se analizan espacios "feminizados" como la educación –uno de los más transitados incluso hasta hoy.<sup>6</sup> En las V Jornadas ocupan un lugar destacado la ciudadanía y el Estado así como la salud e, incontestablemente, los estudios de cultura y representaciones crecen exponencialmente.<sup>7</sup> La historia de mujeres en Argentina no inflexionó en áreas distintas a las existentes. En buena medida, esta historia de las mujeres tuvo –y tiene– como preocupación visibilizar a las mujeres en lo que se ha llamado una "historia contributivista". Sin duda, su mayor aporte, ha sido la crítica –más o menos explícita– al tono universalista con que se había escrito la historia hasta entonces.

Si algunos aventuraron un fin de la historia en los '80, lo que se presentó fue una nueva historia o, más pertinentemente, múltiples historias escritas con otras cadencias... A la saga de lo que sucedía en ámbitos intelectuales mundiales, se difundió en nuestro país la obra de Michel Foucault la cual resultó reveladora y conllevó, aún para quienes no adhirieran a su perspectiva, una revisión de los problemas a tratar.<sup>8</sup> El autor amplió el sentido de lo político y problematizó las relaciones de poder enraizadas en lo público y en la cotidianidad. Sexo, sexualidad y las construcciones sociales que se tejían en torno a ellas adquirieron un cariz preeminente en las indagaciones. Judith

---

<sup>5</sup> Entre otros, Estela Dos Santos, *Las mujeres peronistas*, Buenos Aires, CEAL, 1983; Julia Guivant, *La visible Eva Perón y el invisible rol político femenino*, Santa Catarina, Universidade de Santa Catarina, 1984.

<sup>6</sup> Las II Jornadas se realizaron en 1992 en la UBA y compiladas por Lidia Knecher y Marta Panaia, *La mitad del país. La mujer en la sociedad argentina*, Buenos Aires, CEAL, 1994. Las III JHM, Rosario, 1994, compiladas en AAVV, *Espacios de Género*, Rosario, UNR, 1995. Las IV JHM, La Pampa en 1998, compiladas en AAVV, *Mujeres en Escena*, La Pampa, UNLPa, 1998.

<sup>7</sup> Las VI Jornadas de Historia de las Mujeres y Estudios de Género, Buenos Aires 2001, compiladas en AAVV, "Voces en conflicto, espacios de disputa", Buenos Aires, FFyLL, UBA, 2001.

<sup>8</sup> Michel Foucault, *Vigilar y castigar*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1989. M. Foucault, *Historia de la sexualidad*, Siglo XXI, Buenos Aires, 1990.

Butler y Joan Scott propiciaron repensar el sentido político de estos temas.<sup>9</sup> En los '90, el "género" se expandió como categoría analítica relevante para analizar la cuestión del cuerpo, el multiculturalismo, la hegemonía y las políticas públicas.

El concepto de género hizo tambalear las nociones tranquilizantes de sexo como biológico, natural y dado, y lo propuso como un constructo social en torno a las diferencias sexuales que efectivamente eran culturales. Fue la historiadora Joan Scott una de las que más contribuyó en la definición y difusión de los problemas y posibilidades del género.<sup>10</sup> El impacto de la perspectiva de género fue tal que puede registrarse un estallido de esa nominación en institutos y centros de investigación.

No obstante, si bien entre historiadores/as se intentó conocer qué era esta nueva perspectiva, en general existió, como señalaron Dubois y Cangiano, un enmascaramiento en la apropiación de la categoría pues se reemplazó con "género" donde antes decía "mujer".<sup>11</sup> Es decir, se incorporó formalmente el concepto pero sin quebrar la lógica contributivista de la historia de las mujeres.

La aparición de la revista *Mora* (IEGE-UBA) intentó plasmar estos cambios e influencias. Algunos trabajos fundacionales en la adopción de esta categoría fueron las compilaciones de Mary Nash y James Amelang<sup>12</sup> y las de Duby y Perrot que impulsaron homónimos nacionales.<sup>13</sup> Otros ensayos inaugurales autóctonos fueron la recopilación de artículos del IEHS<sup>14</sup> o *Historia y Género*.<sup>15</sup>

<sup>9</sup> Judith Butler, *Gender Trouble. Feminism and the Subversion of Identity*, New York, Routledge, 1990; J. Butler, *Cuerpos que importan. Sobre el límite material y discursivo del sexo*. Buenos Aires, Paidós, 2002; Joan Scott, "Deconstruir igualdad-diferencia: usos de la teoría postestructuralista para el feminismo" en *Feminaria*, n° 13, Buenos Aires, noviembre 1994; J. Scott, *Gender and the Politics of History*, Columbia, Columbia University Press, 1988.

<sup>10</sup> J. Scott, "El género: una categoría útil para el análisis histórico", en James Amelang y Mary Nash *Historia y Género. Las mujeres en la Europa Moderna y Contemporánea*, Valencia, Alfons el Magñanim, 1990; J. Scott, "El problema de la invisibilidad" en Carmen Ramos Escandón, comp., *Género e historia*, México, Instituto Mora, 1992.

<sup>11</sup> María Celia Cangiano y Lindsay Dubois, *De mujer a Género, teoría, interpretación y práctica feminista en las ciencias sociales*, Buenos Aires, CEAL, 1993.

<sup>12</sup> J. Amelang y M. Nash, *Historia y género...* cit.

En nuestro país, buena parte de quienes tomaron la posta e impulsaron la revisión que proponían los estudios de género fueron académicas comprometidas, además, con la acción política y la reivindicación de los derechos humanos<sup>16</sup> que al mismo tiempo acompañaron y apoyaron a una nueva generación de historiadoras e historiadores que reivindicaban las posibilidades del género, que abrogaban por lecturas interdisciplinarias y que no menospreciaban la teoría.<sup>17</sup>

Marginales en los '80, quienes historiaron a las mujeres se posicionaron en los '90 a través de centros de investigación, cátedras, maestrías y doctorados. Además de la labor de las investigadoras (y pocos investigadores) contribuyó a ese despegue el hecho de que el *establishment* intelectual advirtió –luego del primer cimbronazo por el atentado a la historia “unisex”– la escasa peligrosidad que esta línea presentaba para los cánones disciplinares. En el peor de los casos, aceptó/permitió su existencia como símbolo de una amplitud de criterio mejor adaptada a un ideal “progresista” que pretendía representar. Quienes adoptaron la perspectiva de género montaron buena parte de su estructura sobre los logros de la historia de las mujeres. Así se observa un “concubinato” institucional entre ambas perspectivas. En cierto modo, se cosecha lo sembrado por la historia de las mujeres. Ejemplo de ello son la realización conjunta de las JHM y el Congreso Iberoamericano de Estudios de Género o la heterogeneidad de los capítulos de la compilación de Historia de las Mujeres en la Argentina.

Esta conveniente convivencia institucional al tiempo que permite fortalecer los pasos en el plano académico retrasa algunas discusiones. Mientras en el ámbito internacional actual se confronta,

<sup>13</sup> Michelle Perrot y Georges Duby, dirs., *Historia de las Mujeres*, Tomo I al V, Madrid, Taurus, 1993.

<sup>14</sup> *Anuario del IEHS*, n° 5, Tandil, 1990.

<sup>15</sup> D. Barrancos, comp., *Historia y Género*, Buenos Aires, CEAL, 1993.

<sup>16</sup> Entre ellas Mabel Belucci, Fernanda Gil Lozano y Dora Barrancos quienes con diversas matrices político ideológicas aunaron actividad académica y política.

<sup>17</sup> Entre quienes propiciaron una renovación generacional: Paula Halperin, Débora D'Antonio, Pablo Ben y Omar Acha. Un primer trabajo que compiló sus producciones, entre otras, en Omar Acha y Paula Halperin, comps., *Cuerpos, géneros e identidades. Estudios de historia de género en Argentina*, Buenos Aires, Ediciones del Signo, 2000.

irreconciliablemente, al género como concepto invisibilizador de la discriminación de las mujeres y a los estudios de mujeres como excluyentes de otras diferenciaciones en razón del género; esta discusión no se ha dado en nuestro país en nombre de una "estratégica política de posicionamiento" en la que historia, mujeres y género confluyen institucionalmente.<sup>18</sup>

A continuación se analizarán la producción nacional recientes teniendo en cuenta lo que entendemos son dos grandes líneas de investigación que a los fines expositivos pueden denominarse normativa y disruptiva.

## Normar

La línea normativa atiende el modo en que diversos dispositivos de poder, preferentemente las instituciones estatales, modelaron las subjetividades de mujer y varón como femenina y masculina. Esta vertiente creció sensiblemente bajo el influjo teórico de las pulsiones hegemónicas -analizadas por Ernesto Laclau y Chantal Mouffe<sup>19</sup> y luego Slavoj Žižek y Judith Butler<sup>20</sup>-, la preocupación por las "políticas para mujeres" -Nancy Fraser<sup>21</sup>- y del concepto de "habitus" de Pierre Bourdieu como "estructura estructurante" de las prácticas de los actores sociales.<sup>22</sup> El Estado como un gran constructor de discursos modelizantes -y las políticas públicas como el brazo ejecutor- han sido tema de varios abordajes. Asimismo, junto con la creciente importancia de la historia intelec-

---

<sup>18</sup> Desde la filosofía esta disputa es referida en María Luisa Femenías, *Sobre Sujeto y Género. Lecturas feministas desde Beauvoir a Butler*, Buenos Aires, Catálogos, 2000.

<sup>19</sup> Ernesto Laclau y Chantal Mouffe, *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*, Siglo XXI, Madrid, 1987.

<sup>20</sup> E. Laclau, J. Butler y Slavoj Žižek, *Contingencia, hegemonía y universalidad*, Buenos Aires, FCE, 2003.

<sup>21</sup> Nancy Fraser, *Iustitia Interrupta. Reflexiones críticas desde la posición "postsocialista"*, Bogotá, Siglo del Hombre, 1997.

<sup>22</sup> De Pierre Bourdieu, entre otros estudios: *El sentido práctico*, Buenos Aires, Editorial Taurus, 1997; *Razones prácticas: sobre la teoría de la acción*, Barcelona, Editorial Anagrama, 1997; *La distinción. Criterio y bases sociales del gusto*, Taurus, Buenos Aires, 1988; con J.C. Passeron, *La reproducción*, Barcelona, LAIA, 1972.

tual, amplios sectores profesionales –en especial de la medicina– son escrutadas para comprender cómo coadyuvaron a esta modelización. La historia de las mujeres y la de género contribuyeron a marcar cómo el “Estado neutral” y la “objetiva disciplina médica” jerarquizaron a las personas a partir de la diferencia sexual como relación de subordinación.

Algunos trabajos fueron inaugurales. Una contribución pionera desde la historia de las mujeres fue el ensayo de Susana Novick que esbozó el recorrido del Estado argentino en relación a la mujer.<sup>23</sup> Donna Guy señaló la relación entre marginalidad de la prostitución, condición femenina, raza y clase refiriendo el carácter cultural y político de esa conexión y subrayando el rol del Estado en ello.<sup>24</sup> Fue Guy quien abonó el terreno para una historia de género desde esta perspectiva.

En esta tónica, dos estudios se destacan a partir del análisis de discursos médicos de fines del siglo XIX y principio del XX, cuestionando los cánones más conspicuos de la historiografía positivista en nuestro país y abriendo un debate que tuvo como centro las nociones normales de sexo y género que en los exámenes históricos sobre la especialidad médica aparecían oscurecidos o naturalizados –tal como habían pretendido construirlos los sujetos que indagaban-. Uno, referente obligado en historia de género, es el de Jorge Salessi quien puntualiza cómo los médicos del Estado se preocuparon acerca de la feminización de los varones y la masculinización de las mujeres, mutaciones devenidas del proceso de modernización del período.

Pablo Ben, otro autor insoslayable, cuestiona la naturalidad normativa del dimorfismo sexual biologizado y señala que la historiografía ha insistido en investigar cómo éste se construye socialmente sin superar tal biologización como naturalizada. La existencia de cuerpos abyectos –por ejemplo, hermafroditas- condena(ba) a lo terato-

---

<sup>23</sup> Susana Novick, *Mujeres, Estado y políticas sociales*, Buenos Aires, CEAL, 1993. En esta línea contributiva, Plotkin intentó evidenciar el modo en que el peronismo había “domesticado” a las mujeres. Mariano Plotkin, *Mañana es San Perón. Propaganda, rituales políticos y educación en el régimen peronista (1946-1955)*, Buenos Aires, Ariel, 1994.

<sup>24</sup> Donna Guy, *El sexo peligroso. La prostitución legal en Buenos Aires. 1875-1955*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1994.

lógico por no adaptarse a patrones “científicos” de sexualidad genitalizada.<sup>25</sup>

Sin duda Marcela Nari colocó como tema central de discusión la cuestión de la maternidad, la contracepción y el aborto en las iniciativas surgidas tanto en el Estado como en el campo médico. La autora trascendió la mera visibilización de las mujeres y socavó la lectura androcéntrica revelando la singularidad con que se atendió a la población femenina.<sup>26</sup>

La exploración de las políticas de maternidad fue continuada por Di Liscia para el período peronista sosteniendo que el gobierno peronista fue pronatalista; es decir, que propició que la mujer tuviera hijos.<sup>27</sup> Dora Barrancos ha originado un interesante debate –uno de los pocos– al marcar que esa interpretación homologa el pronatalismo al promaternalismo (una política que incentiva el cuidado de la prole y no a aumentarla).<sup>28</sup>

Analizando las modelizaciones en los primeros gobiernos peronistas, Omar Acha retoma críticamente la perspectiva lacaniana y relaciona el vínculo libidinal homoerótico latente en el fútbol como espectáculo deportivo, la captación del mismo por parte de la cinematografía y el poder político como espacios donde se proyectan y resimbolizan los significados implícitos de la masculinidad. En este sentido, el autor ofrece una mirada teórica estimulante para nuevas intelecciones que involucren la afectividad y lo emocional como tópicos de relevancia para el análisis histórico.

Finalmente, los artículos compilados por Mirta Lobato analizan –de modo relativamente heterogéneo– la relación entre política y belle-

<sup>25</sup> Pablo Ben, “Cuerpos femeninos y cuerpos abyectos. La construcción anatómica de la feminidad en la medicina argentina”, en V. Pita, F. Gil Lozano y G. Ini, comps., *Historia de las Mujeres en la Argentina*, vol. II, cit.

<sup>26</sup> Marcela Nari, *La política maternalista y el maternalismo político. Buenos Aires 1890-1940*, Buenos Aires, Editorial Biblos, 2004.

<sup>27</sup> María Herminia Di Liscia et. al., *Maternidad y discurso maternal en la política sanitaria peronista*, La Plata, UNLP, 1997.

<sup>28</sup> D. Barrancos, *Iniciativas y debates en materia de reproducción durante el primer peronismo (1946-1952)*, Salta, SEPOSAL, 2002. Una observación sobre este debate en Karina Ramacciotti y Adriana Valobra, comps., *Generando el peronismo. Estudios de cultura, política y género (1946-1955)*, Buenos Aires, Proyecto Editorial, 2004. Omar Acha, “Masculinidad futbolística y homoerotismo en el cine durante el primer peronismo”, en K. Ramacciotti y A. Valobra, cit.

za especialmente durante el peronismo intentando señalar la construcción política en torno a un ideal de mujer cuya belleza aunaba diversos caracteres según la ideología política dominante. Este trabajo, centrado en fuentes visuales y secundariamente en fuentes orales ensaya, junto con el de Acha, una renovación metodológica relacionada a un enriquecimiento al tipo de fuentes donde la imagen ha adquirido una proyección sin igual (fotografías, pinturas, afiches, entre otros). Obligan, en cierto sentido, a problematizar la política de archivos, el descuido sobre las colecciones y la escasa democratización de las fuentes que suponen los elevados costos de las mismas.<sup>29</sup>

En conjunto, estos abordajes merecen algunos comentarios. Centrados en las normativas impuestas socialmente descuidan el modo en que las personas construyeron su subjetividad más allá de estas normativas. Ello en tanto muchos privilegian discursos oficiales o de ciertos campos para explicar la interrelación mujer = maternidad = domesticidad/privado. Así, la insistencia en el modo en que fueron interpeladas las mujeres a diferencia de los varones desde los discursos institucionales se convierte en una letanía recurrente. La pregunta por el cómo no debe hacer olvidar la pregunta por el por qué, aún cuando no estemos en condiciones de contestarla.

En segundo lugar, estas exploraciones no logran quebrar ciertas lógicas binarias. Los trabajos sobre homosexualismo, hermafroditismo, travestismo (y todos los "-ismos" tranquilizantes de un supuesta normalidad) no logran quebrar la idea de "otredad" de estas identidades. En cada momento histórico podemos delimitar "-ismos" y si hay violencia y discriminación hacia ellos también existe convivencia. Al hacer hincapié en la extrañeza y en cómo lo extraño es segregado estas investigaciones corren el riesgo de acentuar la marca de extrañeza y acompañar un sentido político bastante opuesto al pretendido. No se observa una inclinación a la restitución de las vivencias cotidianas en una perspectiva integradora en la que las identidades sexuales fueron aceptadas de algún modo que desconocemos.

En tercer lugar, hay una recuperación casi exclusiva de la mirada de ciertos actores privilegiados: médicos, instituciones estatales, damas de la alta sociedad, discursos "prescriptivos" de diarios y revistas, libros de lectura, entre otros. Sin embargo, no es el tipo de

---

<sup>29</sup> Mirta Lobato, ed., *Cuando las mujeres reinaban, Belleza, virtud y poder en la Argentina del siglo XX*, Buenos Aires, Editorial Biblos, 2005.

fuentes la que silencia otras voces si no la ausencia de preguntas a esas mismas fuentes por parte de quien estudia. Se presupone que las prácticas de las personas reproducen las disposiciones sociales tal cual se indica y no pueden señalar líneas de fuga o algunos apenas las sugieren sin acompañarlas de fuentes que las apoyen. Incluso, en los abordajes que habilitan la historia oral, la misma se ha utilizado para confirmar que las personas hicieron lo que se les dijo que hicieran, para confirmar lo que dicen las fuentes escritas o con fines anecdóticos o ilustrativos. Es decir, una metodología esgrimida generalmente para referir lo no dicho en las fuentes tradicionales es utilizada aquí para reforzar lo que ellas sostienen: la normativización de los subjetividades genéricamente condicionadas.

Metodológicamente, aparecen varios problemas en común. En algunos casos se seleccionan muestras con escasa representatividad y se universaliza a partir de un caso. La falta de recaudos o advertencias sobre este tipo de situaciones hace más endebles los resultados. Respecto a la lectura de las imágenes se encuentra que la más de las veces la misma puede ser ingenua o carente de sistematicidad apelando a un sentido intuitivo que da por tierra extensas referencias a la mirada interdisciplinaria desde la que debe realizarse la imagen. Todo ello contribuye a simplificar los análisis.

Relacionado al uso de la teoría, es necesario lograr que ella sea útil para mirar el tema. Cuando los supuestos teóricos no dan cuenta de lo que estamos indagando, parecería necesario reformular la utilidad del concepto o reformularlo en función de sus limitaciones en relación al tema convocante. Sin embargo, en los trabajos con más herramental teórico existe una tendencia a "enmarcar" la investigación. Así, los artículos cuentan una introducción con densas descripciones de las teorías de las que se parte, luego se describen los principales hallazgos donde escasamente se refiere esa teoría y, finalmente, se retoma la teoría en las conclusiones. Asimismo, en estos casos, es más común encontrar desfasajes en relación a los niveles de anclaje en el que se está trabajando con lo cual se hacen ciertas extrapolaciones o no quedan del todo claras las conexiones.<sup>30</sup>

Estos señalamientos pueden resultar estimulante para enriquecer las intelecciones de quienes se centran en la normativización identitaria de

---

<sup>30</sup> Juan Samaja, *Epistemología y metodología. Elementos para una teoría de la investigación científica*, Buenos Aires, Eudeba, 1994.

género. Además, no obstan estas observaciones para reconocer en esta línea harto transitada el significativo aporte a la producción histórica.

### Estrategias disruptivas, resistencia y oposición

Así como algunos estudios abordan las disposiciones sociales, hay otros que entreven el agenciamiento de diversas identidades. Esta línea disruptiva recupera la agencia, la acción de resistencia de los "agentes" –ya no sujetos de o sujetos a- de la mano de la mirada de Jacques Derrida<sup>31</sup>, entre las posturas postestructuralistas más extremas, pero también Bourdieu así como Foucault y Anthony Giddens, quienes destacaron la posibilidad de plasmar estrategias de subversión y resistencia –más o menos activa.<sup>32</sup> Ahora bien, debe resaltarse que en términos teóricos todos estos autores avanzaron más en la visibilización y explicación de los mecanismos reproductivos que funcionan socialmente y no en el modo en que se produce el cambio social –Giddens es quizás el que lo retoma con mayor ahínco.<sup>33</sup>

Esta dificultad de dar cuenta de estrategias de subversión social persiste en las investigaciones históricas y se evidencia en una menor producción sobre el particular (en temáticas como en períodos) y en pretensiones menos ampulosas respecto de una construcción de formulaciones generales.

Una primera faz de visibilización de estrategias disruptivas ha sido la acción colectiva de las trabajadoras: no sólo eran mujeres que no se adaptaban al cánon de mujer/madre/maternalismo y trabajaban si no que además actuaban en la acción político sindical.<sup>34</sup> Este es un campo profuso en indagaciones que recorren desde los pioneros trabajos de Lobato –en los que los cruces de clase, etnia e ideología son pincelados con la mirada de género, la que por momentos no logra quebrar aquellas otras lógicas– hasta los recientes de Débora

---

<sup>31</sup> Jacques Derrida, *Posiciones*, Valencia, Pre-textos, 1977.

<sup>32</sup> Anthony Giddens, *Profiles and Critiques in Social Theory*, Londres, Macmillan, 1982.

<sup>33</sup> A. Giddens, *La constitución de la sociedad. Bases para la teoría de la estructuración*, Buenos Aires, Amorrortu editores, 1995.

<sup>34</sup> Mirta Lobato, *La vida en las fábricas. Trabajo, protesta y política en una comunidad obrera, Berisso (1904-1970)*, Buenos Aires, Prometeo/Entrepassados, 2001; Daniel James, *Doña María. Historia de vida, memoria e identidad política*, Buenos Aires, Manantial, 2004.

D'Antonio<sup>35</sup> y Silvana Palermo<sup>36</sup> analizando la acción femenina en gremios "masculinizados" como la construcción y los ferroviarios.

En orden de evidenciar subjetividades, y en el extremo opuesto de la escala social, deben referenciarse los estudios sobre mujeres de la elite. Aquí hay notables huecos. Se ha dado poco lugar tanto a figuras destacadas en las artes y las letras<sup>37</sup> como a colectivos como las "damas de la elite". Recientemente, Valeria Pita se ha ocupado en mostrar a las mujeres de la Sociedad de Beneficencia como depositarias de una subjetividad de confrontación rebelada especialmente contra los médicos<sup>38</sup> y Alejandra Vasallo ha recorrido los pasos del Consejo Nacional de Mujeres rescatando los agenciamientos de las mujeres de la elite.<sup>39</sup> Sandra Mc Gee Deutsh fue precursora al explorar a las mujeres en las derechas del cono sur, pero no ha generado tradición.<sup>40</sup>

En el campo político hay un importante vacío en la indagación de las estructuras partidarias femeninas a principios de siglo,<sup>41</sup> más bien se da una inclinación a relevar a dirigentes destacadas -Alicia Moreau, Carolina Muzzilli o Julieta Lanteri- que además conjugan acciones en el movimiento sufragista.<sup>42</sup> Esta producción es la de mayor volumen

<sup>35</sup> Débora D' Antonio, "Representaciones de género en la huelga de la construcción, Buenos Aires, 1935-36", en F. Gil Lozano, C. Pita y G. Ini, comps., *Historia de las Mujeres en la Argentina*, cit.

<sup>36</sup> Silvana Palermo, "¿Trabajo masculino, protesta femenina? La participación de las mujeres en la gran huelga ferroviaria de 1917", mimeo.

<sup>37</sup> Pueden mencionarse Graciela Queirolo, "La mujer en la sociedad moderna a través de los escritos de Victoria Ocampo (1935-1951)", en *Zona Franca* n° 14, Centro de Estudios Interdisciplinarios sobre las Mujeres, Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional de Rosario, mayo 2005; Hebe Clementi, *María Rosa Oliver*, Buenos Aires, Planeta, 1992.

<sup>38</sup> V. Pita, "Damas, locas y médicos. La locura expropiada" en F. Gil Lozano, V. Pita y G. Ini, Comps., *Historia de las Mujeres en la Argentina*, cit.

<sup>39</sup> Alejandra Vasallo, "Entre el conflicto y la negociación. Los feminismos argentinos en los inicios del Consejo Nacional de Mujeres (1900-1910)", en F. Gil Lozano, V. Pita y G. Ini, comps., *Historia de las Mujeres en la Argentina*, cit.

<sup>40</sup> Sandra Mc Gee Deutsch, "La mujer y la derecha en Argentina, Brasil y Chile, 1900-1940", en D. Barrancos, *Historia y género*, cit.

<sup>41</sup> Un bosquejo en Edit Gallo, *Las mujeres en el radicalismo argentino. 1890-1991*, Buenos Aires, Eudeba, 2001.

<sup>42</sup> Se citan sólo algunos trabajos entre la numerosa bibliografía existente. Asunción Lavrín, *The Ideology of Feminism in the Southern Cone, 1900-1940*. Washington, D.C., Wilson Center, 1986. José A. Cosentino, *Carolina Muzzilli*,

en cuanto a sujetos disruptivos. A posteriori, las producciones enflaquecen en relación a los primeros gobiernos peronistas. Los trabajos que se lanzan sobre ese período enfatizaron sobre el Partido Peronista Femenino (PPF) como ejemplo de organización y movilización política dirigida.<sup>43</sup> El libro de Norma Sanchís y Susana Bianchi sigue siendo un referente que permitió dar cuenta no sólo de la verticalidad del PPF y de las normativas centralizadas si no también del impacto biográfico del PPF en las militantes.<sup>44</sup> Un debate implícito en estos recorridos es el que busca dar cuenta de la envergadura de la acción del feminismo a principios del siglo XX, discutiendo la idea de elitismo clasista con que fue asociado. Esta postura cuestiona además la originalidad de la acción peronista/evitista en los '40 y '50. Los capítulos sobre mujeres de la elite parecen orientarse en este sentido. Frente a ellos, otras exploraciones recuperan ese carácter novedoso de Evita y el peronismo e, incluso, plantean que el peronismo no sólo se nutrió de las clases trabajadoras si no que eligió para su dirigencia mujeres de sectores medios y altos<sup>45</sup>, lo cual complejiza el panorama a la hora de analizar las correlaciones entre elecciones políticas y clases sociales.

Los abordajes sobre fines del siglo XX se centran en la representación femenina en bloques legislativos, funciones estatales y, en menor medida, partidos políticos; remitiendo a las paradojas de la participación<sup>46</sup>: notable contribución y escasa representación femenina, tensión entre roles modélicos y asumidos, la cúpula de cristal, la representación paritaria, el cupo, los modos de interpelación y las estrategias de ascenso en la estructura partidaria. Pero cabe destacar que pocos análisis se realizan desde la perspectiva histórica: en su mayoría se posicionan desde otras ciencias sociales.<sup>47</sup>

---

Buenos Aires, CEAL, 1984. Marta Cichero, *Alicia Moreau de Justo. La historia privada y pública de una legendaria y auténtica militante*, Planeta, Buenos Aires, 1994. Mirtha Henault, *Alicia Moreau de Justo*, CEAL, Buenos Aires, 1983. D. Barrancos, *Inclusión/Exclusión. Historia con mujeres*, Buenos Aires, FCE, 2001.

<sup>43</sup> J. Guivant, *La visible Eva Perón...*, cit.

<sup>44</sup> Susana Bianchi y Norma Sanchís, *El partido peronista femenino. (1949-1955)*, Buenos Aires, CEAL, 1988.

<sup>45</sup> Carolina Barry, *El partido peronista femenino. La organización total. 1949-1955*, Buenos Aires, INIHEP, 2001.

<sup>46</sup> Anne Phillips, *Género y teoría democrática*, México, UNAM, 1996.

<sup>47</sup> Un esbozo histórico descriptivo en Lidia Henales y Josefina del Solar, *Mujer y política: participación y exclusión (1955-1966)*, Buenos Aires, CEAL,

Entre los pocos enfoques historiográficos recientes sobre el tema pueden mencionarse los de Vasallo, Grammático y D'Antonio. La primera escudriña la Unión Femenina Argentina (UFA) de los '60 dando cuenta de los problemas de constitución de un movimiento social femenino, las tensiones entre militantes y no militantes, partido y movimiento, clase y género.<sup>48</sup> Grammático analiza la Agrupación Evita como un espacio en el que las montoneras, relegadas de los cuadros por sus compañeros, gestan una experiencia de base revolucionaria.<sup>49</sup> D'Antonio ensaya sobre el modo en que las Madres de Plaza de Mayo fueron mutando de una actitud de resistencia a una de oposición desde sus orígenes hasta nuestros días.<sup>50</sup> Estas exploraciones, todavía iniciales, prometen inaugurar vías de investigación historiográfica acerca de los alcances del feminismo en los '60, los mecanismos de discriminación internos en los partidos y movimientos más revolucionarios y, por último, volver a discutir el rol de la maternidad como instrumento legitimador de la intervención política femenina.

Finalmente, el tema de la homosexualidad encontró en la obra de Osvaldo Bazán un intento de visibilización del tema, anecdótico de personajes de la cultura y política en un pretensioso periplo temporal.<sup>51</sup> En esta línea, Rapisardi y Modarelli enfocan la homosexualidad

1993. Desde otras perspectivas: Jutta Marx, *Mujeres y partidos políticos: de una masiva participación a una escasa representación. El caso de la Unión Cívica Radical de la Capital Federal*, Buenos Aires, FLACSO, 1991; Diana Maffía y Clara Kuschnir, comps. *Capacitación Política para mujeres, género y cambio social en la Argentina actual*, Buenos Aires, Ed. Feminaria, 1994; D. Maffía, "Ciudadanía sexual" en *Feminaria*, Año XIV, n° 26/27, Julio 2001.

<sup>48</sup> A. Vasallo, "Las mujeres dicen basta: movilización, política y orígenes del feminismo argentino en los '70" en *I Jornadas de reflexión: historia, género y política en los '70*, Buenos Aires, IIEGE-FFyL-UBA/Museo Roca, 15 y 16 de octubre 2004.

<sup>49</sup> Karin Grammático, "La Agrupación Evita: una experiencia política femenina en el peronismo montonero", en VII JHM y II Congreso Iberoamericano de Estudios de Género, Salta, 2001.

<sup>50</sup> D. D'Antonio, "Las Madres de Plaza de Mayo y la maternidad como potencialidad para el ejercicio de la política", en *I Jornadas de reflexión: historia, género y política en los '70*, cit.

<sup>51</sup> Osvaldo Bazán, *Historia de la homosexualidad en la Argentina. De la Conquista de América al siglo XXI*, Buenos Aires, Editorial Marea, 2004.

masculina en la última dictadura. Visibilizan figuras y modos de expresividad sexual en espacios públicos como modo de contestación al autoritarismo y recuperan la socialización de los homosexuales no como "extraños".<sup>52</sup>

Sintetizando las consideraciones de este apartado, los estudios pivotean sobre cómo se abren líneas de fuga a las imposiciones normativas e introducen modificaciones en las estructuraciones del habitus conformado en ese proceso, por un lado, y cómo aparecen nuevas subjetivaciones y prácticas.

Algunas reflexiones parecen pertinentes. A diferencia de lo que acontece en el caso de las investigaciones realizadas hasta el momento en la línea normativa, quienes buscan dar cuenta de la disrupción enfocaron temas más acotados, poco pretenciosos en las temporalidades que abarcan y menos generales en las explicaciones históricas.

Primero, los trabajos se inclinan por rescatar abrumadoramente a las mujeres y por momentos terminan esencializándolas y acentuando la biologización de la femineidad. Así, incluso cuando reconocen signos diferenciales, no recuperan diferencias en profundidad y terminan homogeneizando un conjunto.

Al resaltar el carácter disruptivo de las prácticas, estos abordajes tienden a sobredimensionar los alcances de las diferencias de género y obliteran las marcas de clase o exageran la extensión de la participación política femenina al centrarse en dirigentes, bastante excepcionales, o sobrevaluar el peso de movilización de ciertas agrupaciones que hoy son referente simbólico pero en el pasado no lo fueron.

Los investigaciones sobre homosexualidad, aún con los recaudos que señalan, la presentan deshistorizada y con una mirada anacrónica sobre los sujetos pues confunden la persistencia de una denominación, como por ejemplo, "homosexualidad" con la persistencia de un significado y los referentes de los mismos. Con todo, el campo de la historia podría preguntarse por qué los ensayos sobre líneas disruptivas en el campo de la homosexualidad no han venido de los/las profesionales de este arte.

---

<sup>52</sup> Flavio Rapisardi y Alejandro Modarelli, *Fiestas, baños y exilios. Los gays porteños en la última dictadura*, Buenos Aires, Sudamericana, 2001.

Finalmente, las resistencias y confrontaciones pueden a veces ser tan sutiles que ameritarían la pregunta de si uno se encuentra frente a prácticas disruptivas o frente a acciones reproductivas de las modelizaciones sociales singularmente apropiadas por cada individualidad.

En cuanto al diseño metodológico, vuelve a aparecer la confusión de niveles de análisis, en este caso generalizando la singularidad y realizando una observación tan preciosa sobre los testimonios que se confunde con una entrevista psicoanalítica.

Asimismo, se apela mayoritariamente –y en relación directa con los períodos que más se han examinado desde la línea disruptiva- a fuentes “tradicionales” pero realizando nuevas preguntas. Ello constituye uno de los fuertes de estas investigaciones respecto de los oscurecimientos en la historiografía.

Quienes indagan períodos más recientes incorporan fundamentalmente la historia oral como estrategia de aproximación. Sin embargo, aquí hay aún menores reflexiones teórico metodológicas sobre este uso, lo que lleva a ciertas flaquezas acerca del rol de este tipo de abordaje en la investigación.

Por último, entre las obras que tratan la línea disruptiva es más frecuente encontrar densas descripciones acontecimentales y menos referencia a problemas que ya han sido planteados en términos teóricos, vale decir, estas teorizaciones no fueron recuperadas para abrir la interpretación de los procesos temporales que se analizan.

Sobre la línea disruptiva no se ha avanzado, aún cuando los procesos revolucionarios han sido temas clásicos de la historia. Ello ameritaría una reflexión sobre las causas de esta limitación.

### **Problemas en común**

A la luz de lo expuesto parece interesante resaltar algunos nudos problemáticos que comparten los trabajos referidos en conjunto o individualmente.

En primer lugar, se evidenciaron arraigadas posiciones de la historia, discutiendo sus supuestos androcéntricos y demostrando que éstos terminaban ofreciendo interpretaciones excluyentes que empobrecían las comprensiones de los procesos temporales. No obstante, pocas polémicas se han generado explícitamente entre quie-

nes adscriben una historiografía más tradicional y quienes adhieren a posturas de género. Ello parece obedecer a que la historiografía tradicional no debate y apenas si reconoce la existencia de estas miradas sobre "sus objetos de estudio". Por otro lado, al interior mismo de los estudios de mujeres y género se registran pocas polémicas. Ello podría explicarse pues las investigaciones son en muchos casos fragmentarias o iniciales. Además, cuando se encuentran obras de gran envergadura (Nari, Salessi o Ben son buenos ejemplos) parecería que su impacto, la particular originalidad de los temas y cierto aura fundacional requieren de un tiempo de decantación y la decisión de quienes investigan de visitar el tema ofreciendo refutaciones o confirmaciones a las hipótesis que aquellos/as realizaron.

En segundo término, existen vacíos en los recorridos históricos propuestos. Hay una tendencia a concentrarse en el período anterior a 1955 y excepcionalmente se han abordado épocas posteriores. Ello parecería remitir al viejo adagio relacionado con la distancia que supuestamente debe mantener quien trabaja históricamente en relación al tiempo transcurrido entre el momento de investigación y el pasado a investigar. Muy tímidamente algunos análisis apenas si superan esa distancia. De igual forma, algunos debates en ciencias sociales intentan dirimir estas cuestiones en una falsa dicotomía que confronta historia = pasado y memoria = pasado reciente/presente. La historia no está habilitada a hablar del pasado reciente y mucho menos del presente que parecen ser materia exclusiva de la sociología o la antropología. Sólo tímidamente, la historia (no, LA HISTORIA), ha comenzado a habilitarse como interlocutora. Además de los conflictos de poder internos al propio campo disciplinar, entonces, la acendrada idea en el sentido común académico de que LA HISTORIA es la historia, tal vez en plural pues aquí no hay homogeneidad, también dificulta la inserción temática.

Asimismo, hay temas que no encuentran continuidad. Por ejemplo, para el período peronista, las comunistas y socialistas o los movimientos sociales no han merecido atención mientras que fueron temáticas que nutrieron las indagaciones de períodos anteriores. Tampoco se ha problematizado por qué y cómo las mujeres se integraban en los partidos políticos tanto antes como después de la obtención de los derechos políticos. Del mismo modo, cabe preguntarse, entre otras cosas, cuál era la integración y el tipo de actividad

de las llamadas "ramas femeninas" y de qué modo convivieron varones y mujeres en la dirección y conformación de cuadros. Por último, no hay preguntas abiertas sobre cómo algunos agenciamientos, los "-ismos" referidos, fueron excluidos o no de la ciudadanía.

Se observan, también, acentos diferentes en los temas. Los trabajos sobre homosexualidad no cuentan con la difusión de los estudios sobre mujeres –espacio ganado, sin duda, a fuerza de insistencia-. Como contracara, en nuestro país pocos abordan la cuestión de la masculinidad, visible en las últimas JHM y II Iberoamericanas de Género<sup>53</sup> en la que estos temas fueron presentados por extranjeros y centrados en el tiempo presente. Otras subjetividades han despertado menos interés como la homosexualidad femenina lo que resulta una deuda de la historia de género y señala las limitaciones que incluso desde esta perspectiva tenemos para trabajar ciertos temas.

Atendiendo a cuestiones de metodología, se desataca que desde los '80, la historia oral hace eclosión en Argentina y los estudios de mujeres y género la utilizan. No obstante, también aquí hay importantes limitaciones y la falta de reflexión sobre estos tópicos en las JHM puede ser ejemplo de ello.<sup>54</sup> Como se señaló, se confunden niveles de análisis, seleccionando muestras con escasa representatividad, sin justificar las unidades seleccionadas. La dificultad radica, en síntesis, en plantear e intentar resolver la vieja disyuntiva acerca de cómo se conectan lo individual y lo social.

Otras dificultades se conectan con el modo en que se opera con los datos cualitativos. En general, se olvida la especificidad que presentan en el momento de analizarlos –pues en teoría, los apartados metodológicos dan muestras de conocerlas- y persisten varias características de la historia más tradicional. El análisis de la información obtenida a partir del uso de fuentes orales o icónicas ha sido uno de los puntos más débiles en los trabajos cualitativos en general.<sup>55</sup> En el caso de las fuentes orales, hay abundantes ejemplos que

---

<sup>53</sup> Realizadas en Salta en julio de 2003 y publicadas las ponencias en formato CD, bajo ese título, por la UNSa.

<sup>54</sup> Si bien la V JHM incluyó un espacio de reflexión denominado Teoría y Metodología las ponencias se centraron más en cuestiones teóricas que metodológicas.

<sup>55</sup> Daniel Bertaux, "De la perspectiva de la historia de vida a la transformación de la práctica sociológica" en José Marina y Cristina, Santamarina, comps., *La historia oral: métodos y experiencias*, Madrid, Debate, 1993.

van desde exposiciones que en ningún momento incluyen la voz de los entrevistados (y a lo sumo colocan las entrevistas realizadas en un anexo) a los que directamente se reducen a una transcripción de las entrevistas sin ningún comentario. Asimismo, la utilización de los datos aportados por las entrevistas como si fueran escritos. Finalmente, es nulo el uso de recursos más refinados que ayudarían a sistematizar tanto materiales orales como visuales.<sup>56</sup> El tema presenta una doble tensión. Por un lado, es como si el problema se redujera a una conexión entre la cantidad de entrevista y la objetividad de quien investiga. Por el otro, la visualización de cualquier "asistente" en la sistematización sigue prefigurando un/a cientista omnipotente y autosuficiente ampliamente criticado.<sup>57</sup>

Si bien estas cuestiones tiñen las investigaciones de historia oral en conjunto, en el caso de su uso para enfoques de historia de mujeres y de género propicia el señalamiento de las deficiencias de la metodología, la temática y la categoría, respectivamente; y tiende a justificarlas como pseudociencias. Sin duda, aquí aparece una puja político ideológica en torno al estatuto de cientificidad, los espacios de interpretación y un supuesto sobre qué es lo que vale la pena analizar.<sup>58</sup> Urge en este sentido una práctica de reflexión sobre la propia intervención abandonando las recetas meramente prescriptivas.<sup>59</sup>

Un comentario metodológico final. La preferencia por enfoques cualitativos permite afirmar la pertinencia de los mismos para rescatar procesos de subjetivación, visibilizando mujeres, homosexuales, etc. Pero vale preguntarse si los enfoques cuantitativos son menos pertinentes para dar cuenta de las prácticas de mujeres o menos explorados. La metodología también presenta las marcas del género naturalizando una correspondencia entre cualitativo-estudios sobre mujeres-irracionales-precientíficos.

---

<sup>56</sup> Melina Alexa y Cornelia Zuell, "Text Analysis Software: commonalities, Differences and Limitations: The Results of a Review", en *Quality & Quantity*, 34, 2000, p. 300- 301.

<sup>57</sup> Haraway, Donna, "Saberes situados: el problema de la ciencia en el feminismo y el privilegio de una mirada parcial", en L. Dubois y M. C. Cangiano, comps., *De mujer a género*, cit.

<sup>58</sup> Jennifer Mason, *Qualitative Researching*, London, Sage Publications, 1996.

<sup>59</sup> A falta de trabajos de este tipo en Argentina, remito a Karen Ramsay. "Emotional labour and qualitative research: how I learned not to laugh or cry in the field" en E. Stina Lyon and Joan Busfield, *Methodological Imaginations*, London, Macmillan Press Ltd, 1996.

Asimismo, aún persiste una escritura descriptiva que se resiste a interrelaciones teóricas más amplias y dispensan analíticas interdisciplinarias, aún cuando no desconocen esas producciones. Al molde densamente prescripto de la narrativa histórica se le anexaron formalmente -y como reconocimiento, sin duda- el "marco teórico" y las "consideraciones metodológicas". Sin embargo, de este modo, los conceptos no han sido pensados para abrir los problemas historiográficos si no para cerrarlos.<sup>60</sup> Acorralados/as entre el supuesto "rigor científico" de raigambre positivista y el reconocimiento de la subjetividad de quienes investigan y la discrecionalidad misma de esos cánones impuestos, estudiosos y estudiosas del género no han podido resolver originalmente su producción y han caído -salvo honrosas excepciones- en vicios no ya de eclecticismo si no en contradictorias narrativas históricas que prometen aperturas para practicar malas suturas.

### Reflexiones finales

Tal vez concluir este trabajo con el señalamiento de los problemas que la historia de género y de las mujeres presentan en común implique pensar que estas no aportaron nada a la historiografía.

La historia de las mujeres se instala en el campo con dificultades que abarcan no sólo el escaso reconocimiento de su aporte historiográfico si no también la marginación material y presupuestaria -y podríamos decir que esto es, con mayor ahínco, extensible a los estudios de género-. Lenta y trabajosamente se encuentran espacios en las universidades a través de los centros e institutos de investigación. La UBA, La Pampa, Rosario y Córdoba muestran singular apoyo a estas iniciativas que demás está decir dependen de los gobiernos universitarios de turno. Otro tanto puede decirse de la aprobación de materias curriculares para conformar programas universitarios donde la temática de mujeres y género sean centrales. Además, es difícil encontrar programas que incluyan este tipo de historia como parte de LA HISTORIA.

---

<sup>60</sup> Homero R. Saltalamacchia, *Los datos y su creación*, Caguas (Puerto Rico), Kryteria, 1997.

Asimismo, persiste una minimización del aporte de esta historiografía en la medida en que se sigue considerando a LA HISTORIA unívoca y homogénea. Un indicador de esta situación es que aún cuando en las JHM crece significativamente el número de participaciones, en las Jornadas Interescuelas y Departamentos de Historia sólo recientemente logró quebrarse la existencia de una mesa que, aislada en el *ghetto* del género, intentaba dar cuenta de la temática (con la dificultad de aglutinar períodos históricos tan disímiles que se perdía la temporalidad, el contexto histórico en el que se centraban). Escasamente se apuesta a la historia de las mujeres, y menos aún de género, en mesas que convocan otras temáticas ancladas en una temporalidad específica.

Por otro lado, la inexistencia de políticas de interrelación universitaria en la materia aísla a quienes investigan y dificulta la constitución de espacios de intercambio. A su vez, ello implica que los centros con más tradición en esta área concentren información, recursos, investigadores/as con categorías para dirigir proyectos y obtenerlos. De igual modo, quienes investigamos en universidades "periféricas" —si se me permite la comparación— dependemos de las "centrales" y de su buena voluntad para generalizar el acceso a esos bienes. Salvo loables excepciones, el canibalismo también se instala entre quienes propician la democratización de la historia desde el género.

No obstante, estos estudios conjunta o separadamente han obtenido notables logros. Por un lado, definir áreas de preocupación en relación a la historia de las mujeres y, por otro, esbozar una batería conceptual cuyos términos se incorporaron a las categorías analíticas de las ciencias sociales.

Por otro lado, quiero insistir en que el cuestionamiento de la historia de mujeres y de género, con las limitaciones referidas, cuestionó las enraizadas posiciones de las y los historiadores en una postura falogocéntrica. En este sentido se dio una inflexión no permitida: cuestionaron el universalismo de LA HISTORIA<sup>61</sup>, con mayúsculas,

---

<sup>61</sup> La existencia de grupos de poder político académico en el campo historiográfico, grupos sumamente heterogéneos que confrontan y delimitan espacios continuamente, pero que rechazan la idea de quebrar con el patrón universalizante con el que se ha escrito la historia y suponen que la heterogeneidad y quiebres que se proponen desde la historia de mujeres, y sobre todo desde la de género, hacen imposible un relato de LA HISTORIA.

y revelaron la existencia de singularidades identitarias que fragmentaron ese discurso homogéneo que desde el prisma de la acción masculina se derrama al conjunto. Fue este carácter el que permite comprender por qué este tipo de historia se desarrolla en los márgenes de la historia oficial y académicamente correcta.

Considero que los estudios históricos aún no han explotado las potencialidades de la perspectiva de género, incluso, tampoco el afán visibilizador de las mujeres. Muy difícil, pero tal vez por ello más estimulante, es proponer que quienes adoptamos una perspectiva de género comprendamos las profundas implicancias democratizantes que la misma conlleva y la necesidad de un ejercicio solidario de la práctica de investigación como modo de contrarrestar el canibalismo académico a que las exigencias de los tiempos intentan someternos, lamentablemente con notable éxito. Asimismo, la continuidad de estos abordajes resulta estimulante y compromete a nuevos desafíos donde la imaginación metodológica ayude a desmontar las conceptualizaciones enraizadas en nuestra narrativa histórica, donde la rigurosidad no desconozca el papel de la subjetividad de quienes investigamos y en la que el compromiso político sea asumido como constituyente de nuestra propia perspectiva de investigación.

# UNA MIRADA SOBRE EL ESTUDIO DE LA POLÍTICA SOCIAL EN LA ARGENTINA

KARINA INÉS RAMACCIOTTI\*

## Introducción

**L**a debacle social acentuada a partir de las reformas neoliberales implementadas en la década del noventa introdujeron una mirada nostálgica del papel del Estado en tanto su capacidad de diseñar e implementar políticas sociales. El desolador panorama introdujo preocupaciones y inquietudes que condujeron hacia la historia con el objetivo de encontrar alguna clave que permitiera desatar el nudo gordiano que impedía la esperada democratización social. Es decir, la sociedad en la cual el trabajo constituía el eje central de la identidad y del acceso a los derechos se había venido abajo y por lo tanto era necesario reconstruir alguna legitimidad que pudiera sostener al edificio social.

El punto de partida de nuestras observaciones es una cierta comprensión de las políticas sociales. En efecto, cuando hablamos de política social remitimos al conjunto de acciones, concepciones ideológicas e intervenciones destinadas a obtener el histórico significado atribuido al llamado bienestar de la población. A partir de la consolidación de los Estados modernos la educación, la previsión social, la salud y la vivienda fueron las cuestiones consideradas prioritarias para lograr la integración social y así evitar que “el progreso económico condujera a una disociación social”.<sup>1</sup>

Este artículo tiene como objetivo recorrer la producción existente sobre el lugar que ocupó la política social en la Argentina y revisar cómo se estudió el origen de las iniciativas que la hicieron posible desde la reflexión historiográfica. La construcción de este campo de estudio presenta una serie de dificultades por varios motivos. En

---

\* Universidad de Buenos Aires. E-mail: rama@vianw.com.ar Este trabajo hubiera sido imposible de escribir sin la paciencia y las sugerencias de Adriana Valobra, Omar Acha, Elena Scirica, Carolina Biernat y Juan Hernández.

<sup>1</sup> Robert Castel, *La metamorfosis de la cuestión social. Una crónica del salariado*, Buenos Aires, Paidós, 1997, pp. 230.

primer lugar es un interés nuevo para la producción historiográfica. Los aportes más enriquecedores se rastrean a partir de la restauración democrática de 1983. En segundo lugar existen por lo menos dos tradiciones que ayudaron a definir y a construir los difusos límites de esta área de investigación. La sociología y la ciencia política colaboraron en el esclarecimiento analítico de conceptos claves tales como Estado y política social. Si bien en estas comprensiones existe una enunciación de la importancia de dar cuenta de la matriz histórica de los procesos sociales, carecen de una mayor profundización analítica dado que el interés central está concentrado en la toma de decisiones acerca del diseño y la gestión de la política.<sup>2</sup>

Otra de las tradiciones está constituida por los estudios provenientes de la historia social que llaman la atención sobre las condiciones sociales de los sectores populares y de los trabajadores a fines del siglo XIX y principios del siglo XX. Estas indagaciones permiten introducirnos tanto en las diferentes estrategias que tenían los grupos más postergados para sobrevivir, como en las reacciones del Estado ante las dificultades que traía la modernización.

En este recorte analítico reseñaremos los estudios que miraron las intervenciones sociales desde la organización del Estado nacional hasta el peronismo, ya que es este período el que ha merecido mayor atención por los/las historiadores/as. No obstante, es necesario aclarar que existen algunos recientes aportes que dan cuenta de un complejo arco de intervenciones sociales comandadas por las instituciones benéficas y/religiosas, antes de la consolidación del Estado nacional.

### **La política social entre el cruce de diferentes espacios académicos**

La promesa incumplida del presidente radical Raúl Alfonsín (1983-1989) de que con la democracia se come y se educa fue un estímulo para que los/las científicos sociales se abocaran al diseño de planes sociales.

---

<sup>2</sup> La excepción a esta observación está representada por los trabajos de Guillermo O'Donnell, *El Estado Burocrático autoritario: triunfos, derrotas y crisis*, Buenos Aires, Editorial Belgrano, 1982 y Oscar Osziak, *La formación del estado argentino: orden, progreso y organización nacional*, Buenos Aires, Editorial Belgrano, 1982.

Este interés por la coyuntura llevó a mirar en el pasado con el fin de encontrar alguna pista que permitiera tanto la comprensión como la solución a las demandas sociales. En este sentido son claras las afirmaciones de la socióloga Laura Golbert sobre la pertinencia de recurrir a la historia para tomar decisiones acerca de las políticas sociales. Sostiene que: “la mirada del historiador permite capturar indicios, elementos que pueden orientar la acción de aquellos que están en el quehacer cotidiano de las políticas sociales”.<sup>3</sup>

Estas contribuciones se concentraron en las diferentes formas que el Estado había intentado resolver las problemáticas sociales. Partían por lo menos de dos hipótesis. La primera de ellas es que a partir de la conformación del Estado nacional se moderniza la intervención social y se plasma en derechos y en instituciones. En un devenir progresivo primero aparece la educación, la vivienda, la salud y por último el ámbito de la previsión social. Se supone que tanto la ampliación de los derechos y la modernización administrativa influye en la superación de las anteriores formas basadas en la beneficencia pública. Este esquema interpretativo, basado en la dicotomía entre tradicionalismo y modernidad, analiza al peronismo como el momento de mayor expansión en la intervención social.

El segundo supuesto es la traslación del debate teórico y político sobre el auge del Estado de Bienestar europeo en la segunda posguerra (y su decadencia) al contexto argentino. Sabido es que este concepto remite tanto a la ampliación de servicios sociales que prestaron algunos de los Estados europeos como a la consolidación del sistema democrático-partidario de participación política. Ambos procesos se estimularon mutuamente en el período comprendido entre 1950 y 1970. El uso de “Estado de Bienestar” como categoría analítica se generalizó, aún más, a partir de la sensación de fracaso que percibieron los grupos técnicos y políticos.<sup>4</sup>

---

<sup>3</sup> Laura Golbert, “Notas sobre la situación de la historiografía sobre la política social en Argentina”, en Julián Bertranou, Juan Manuel Palacio y Gerardo Serrano, comps., *En el país del no me acuerdo*, Buenos Aires, Prometeo, 2004, pp. 25-32.

<sup>4</sup> Existe una amplia producción sobre el estudio del Estado de Bienestar en los países centrales. Solo a modo de ejemplo véase: Gosta, Esping-Andersen, *Los tres mundos del Estado de Bienestar*, Valencia, Alfons el Magnánim, 1993; Claus Offe, *Contradicciones en el Estado de Bienestar*, Madrid, Alianza editorial, 1990; Joseph Pico, *Teorías del estado de bienestar*, México, Siglo XXI;

En este contexto, el peronismo se asemejaría a un ejemplo de Estado de Bienestar. Esta comparación, que obvia el debate sobre las características que asume el Estado en la Argentina y sin que sus efectos redistributivos hayan alcanzado un piso mínimo sostenible a lo largo del tiempo, trata de saldar la ausencia de discusión remitiendo a la adjetivación del concepto o el entrecomillado. Así, surgen palabras como "seudo Estado de Bienestar", "Estado de Bienestar imperfecto", "Estado de Bienestar a la sudamericana". Estas soluciones de compromiso no resuelven el debate pendiente ya que, como toda traslación teórica, el uso de este esquema escapa a la evidencia empírica y a las relaciones históricas específicamente conformadas. Más allá de las semejanzas existentes entre los servicios ofrecidos por otros Estados existen tradiciones, actores, y un sistema político partidario condicionados por un transcurso histórico particular que es preciso dar a luz.<sup>5</sup>

A fines de los años ochenta la socióloga Adriana Marshall advirtió sobre los riesgos que se corre al asociar al peronismo con los Estados de Bienestar surgidos en los países capitalistas centrales. Según ella, en la Argentina no se estableció el "acuerdo social" que posibilitó en los países capitalistas avanzados la emergencia de un Estado que cumpliera un rol de aparente benefactor, y que garantizara transferencias del capital al trabajo vía las contribuciones del primero al financiamiento de servicios sociales para los asalariados. Por cierto, brindó una sugerente hipótesis sobre el llamado "modelo histórico de intervención social del Estado en la Argentina". Para Marshall, desde 1940, tanto los gobiernos civiles como militares y los gobiernos más o menos populistas mantuvieron el énfasis sobre el papel subordinado que debía desempeñar el Estado frente a la actividad privada. Su aporte fue importante ya que por medio de la idea del rol subsidiario del Estado introdujo algunos elementos para pensar que tanto los gobiernos democráticos como los militares es-

---

Ramón Casilda Béjar y José María Tolosa, eds., *Pros y contras del Estado de Bienestar*, Madrid, Tecnos, 1996.

<sup>5</sup> Esta línea de análisis se puede consultar en: Emilio Tenti Fanfani, *Estado y pobreza: estrategias típicas de intervención*, Buenos Aires, CEAL, 1989; Ernesto Isuani y E. Tenti Fanfani, *Estado Democrático y política social*, Buenos Aires, Eudeba, 1989; E. Isuani, "Bismarck o Keynes: ¿quién es el culpable?"; en E. Isuani y otros, comps., *El Estado Benefactor. Un paradigma en crisis*; Buenos Aires, Miño y Dávila/CIEPP, 1991.

timularon las iniciativas privadas y que no se podía asociar las medidas sociales sólo a la existencia de gobiernos democráticos. La necesidad de lograr bases consensuales más firmes llevó a las dictaduras militares a mantener las partidas presupuestarias destinadas a ciertos programas sociales. Paralelamente, sin embargo, las protecciones laborales decayeron y se abandonó la oferta pública de servicios sociales.<sup>6</sup>

Ahora bien, hasta acá rastreamos someramente cómo la sociología y la ciencia política, en función de pensar sobre la coyuntura de los años ochenta, introducen el interés por el Estado, las instituciones y las normativas. A continuación nos detendremos en los aportes provenientes desde el campo historiográfico al estudio de la política social.

A partir del impulso dado por Leandro Gutiérrez surgen una serie de trabajos centrados especialmente en el déficit de las viviendas en la ciudad de Buenos Aires a fines del siglo XIX. La llegada de inmigrantes agudizó las carencias habitacionales en Buenos Aires y en Rosario dando lugar a un complejo conjunto de demandas sociales y al surgimiento de conflictos que requirieron la injerencia del Estado para elaborar diagnósticos y plantear soluciones.<sup>7</sup>

Asociado al tema de la vivienda surge el interés por las condiciones de salubridad. Los temas recorridos fueron las consecuencias del hacinamiento y la falta de infraestructura sanitaria, las percepciones sociales asociadas a las epidemias, los efectos de las enfermedades relacionadas al mundo del trabajo, las respuestas del Esta-

---

<sup>6</sup> Adriana Marshall, *Políticas Sociales: El modelo Neoliberal*, Buenos Aires, Legasa, 1988.

<sup>7</sup> Leandro Gutiérrez, "Los trabajadores y sus luchas", en Luis Alberto Romero y José Luis Romero, *Historia de cuatro siglos*, Buenos Aires, Editorial Abril, 1983; Diego Armus y Jorge Enrique Hardoy, "Conventillos, ranchos y casa propia en el mundo urbano", en D. Armus, comp., *Mundo Urbano y Cultura de los sectores populares*, Buenos Aires, Sudamericana, 1990; Anahí Ballent, "La Iglesia y la vivienda popular: la gran colecta Nacional de 1919", en D. Armus, op. cit., pp. 195-219; Oscar Yujnovsky, "Políticas de vivienda en la ciudad de Buenos Aires", en *Desarrollo Económico*, vol. 14, N°54, julio-septiembre de 1974, pp. 327-372; Francis Korn y Lidia de la Torre, "La vivienda en Buenos Aires. 1882-1914", en *Desarrollo Económico*, vol. 25, N° 98, julio-septiembre 1985; pp. 245-258; Juan Suriano, "La huelga de Inquilinos de 1907 en Buenos Aires", en D. Armus, comp., *Sectores populares y vida urbana*, Buenos Aires, Clacso, 1984.

do frente a las urgencias epidémicas y las propuestas técnicas y políticas de los médicos higienistas.<sup>8</sup>

Estas dos perspectivas –la historia de la vivienda y la historia de la salud y la enfermedad– no se agotan en los años ochenta y pareciera ser que a mediados de los años noventa cobraron mayor impulso. En los trabajos de Adrián Gorelik y Anahí Ballent encontramos observaciones acerca de los estilos arquitectónicos, las influencias internacionales, la constitución de espacios institucionales y las demandas de los grupos profesionales y su relación cambiante con los políticos.<sup>9</sup> Ana María Rigotti introduce en el análisis de las cuestiones urbanas las diferentes instancias de negociación y de competencia desigual entre el poder político y la sociedad, mostrando de esta forma una pluralidad de iniciativas, de intereses económicos y de proyectos urbanos y sociales en tensión.<sup>10</sup> Rosa Aboy, centrada especialmente en la política de vivienda colectiva construida durante el peronismo, indaga la relación entre las prescripciones estatales y las apropiaciones individuales o sociofamiliares que las personas realizaron de esos espacios que intentaban modelar de una manera y fueron usados y modelados por ellos mismos.<sup>11</sup>

---

<sup>8</sup> L. Gutiérrez y Ricardo González Leandri, "Las condiciones de la vida material de los sectores populares en Buenos Aires. 1880-1914. La cuestión de la salud", en *Il Jornadas de Historia de la Ciudad de Buenos Aires*, 1988, pp. 13-58, D. Armus, "Enfermedad, ambiente urbano e higiene social entre fines del siglo XIX y comienzos del XX", en D. Armus, *Sectores populares...*, op. cit., pp. 251-258; Hector Recalde, *La salud de los trabajadores en Buenos Aires (1870-1910)*, Buenos Aires, Grupo Editor Universitario, 1988. También Alfredo Khon Loncarica y Abel Agüero, "El contexto médico", en Hugo Biagini, editor, *El movimiento positivista argentino*, Buenos Aires, Editorial Belgrano, 1985.

<sup>9</sup> A. Ballent, *Las huellas de la política. Arquitectura, vivienda y ciudad en las propuestas del peronismo. Buenos Aires, 1946-1955*, Tesis de Doctorado, Universidad de Buenos Aires, 1997; Adrián Gorelik, *La grilla y el parque. Espacios públicos y cultura urbana en Buenos Aires, 1887-1936*, Buenos Aires, Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes, 1998.

<sup>10</sup> Ana María Rigotti, "La ciudad y la vivienda como ámbitos de la política y la práctica profesional", en Ricardo Falcón, dir., *Democracia, conflicto social y renovación de ideas (1916-1930)*, Buenos Aires, Sudamericana, 2000.

<sup>11</sup> Rosa Aboy, *Viviendas para el pueblo. Espacio urbano y sociabilidad en el barrio Los Perales. 1946-1995*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2005.

La llamada historia de la salud y la enfermedad retoma las líneas inauguradas en los años ochenta. Esto es, el estudio sobre las políticas de salud, la conformación y consolidación de grupos profesionales, la complejidad institucional en el ámbito sanitario, las representaciones socioculturales asociadas a las enfermedades. Los aportes existentes se centran en Buenos Aires, en Rosario, en Córdoba, en La Pampa y en Tucumán. Si bien pareciera ser que en esta área de estudio las problemáticas del Interior están siendo objeto de análisis, predominan los esquemas descriptivos centrados en lo local que no permiten explotar las relaciones conflictivas entre los distintos niveles jurisdiccionales y los asimétricos vínculos de poder político-económico.<sup>12</sup> A partir de estos estudios locales sería interesante buscar nudos comparativos más amplios. Recientemente, otro eje que está cobrando cada vez más interés es el rastillaje sobre el peso de las ideas eugenésicas en la delimitación de las políticas públicas a pesar de las consecuencias que dejó el horror del nazismo.<sup>13</sup>

Como tópicos que esperan ser visitados podemos sugerir por lo menos dos. Por un lado faltan estudios empíricos que se aboquen en la segunda mitad del siglo XX. Por otro lado, el énfasis puesto en el avance del Estado en torno al reconocimiento de los derechos sanitarios y al proceso de complejización estatal limitó el estudio del impacto de las medidas sanitarias sobre la vida real de las personas y la convivencia, conflictiva o no, con otras prácticas de curación durante el siglo XX. El estudio de las cuestiones vinculadas con las estrate-

---

<sup>12</sup> Los artículos que integran las siguientes compilación son un buen ejemplo de los aportes vinculados a la historia de la salud y la enfermedad: Mirta Lobato, edit., *Política, médicos y enfermedades. Lecturas de Historia de la salud en la Argentina*, Buenos Aires, Biblos, 1996; Adriana Alvarez, Irene Molinari y Daniel Reynoso, eds., *Historias de enfermedades salud y medicina en la Argentina de los siglos XIX-XX*, Mar del Plata, Universidad Nacional de Mar del Plata, 2004.

<sup>13</sup> Para el estudio del peso de la eugenesia en la delimitación de la política pública a lo largo del siglo XX véase los aportes que se encuentran en Marisa Miranda y Gustavo Vallejo, comps., *Darwinismo social y eugenesia en el mundo latino*, Siglo XXI Argentina-España, Buenos Aires, Siglo XXI, 2005; Karina Ramacciotti y Adriana Valobra, "Plasmar la raza fuerte. Relaciones de género en la campaña sanitaria de la Secretaría de Salud Pública de la Argentina (1946-1949)", en Karina Ramacciotti y Adriana Valobra, comps., *Generando el peronismo. Estudios de Cultura, Política y género (1946-1955)*, Buenos Aires, Proyecto Editorial, 2004, pp. 19-64.

gias de resistencia al encierro y el complejo proceso de disciplinamiento estatal espera más estudios empíricos. Cabe ser subrayado que el esquema de exploración basado en la idea unilateral de la existencia de un polo de poder omnímodo y sin fisuras que implementa diferentes "dispositivos" para lograr el encarrilamiento de las "conductas desviadas" deja afuera del análisis cómo desde el lugar de los "dominados" también existen "poderes" que cuestionan el *status quo* de las relaciones sociales y políticas y que en ciertas oportunidades apelan a una resignificación del discurso dominante.<sup>14</sup>

Como sostuvimos, en los años ochenta se constituye un panorama incipiente pero novedoso sobre las diferentes problemáticas sociales, las ideas y los proyectos políticos que intentaron dar respuesta a los dilemas asociados a la modernización. Estas ventanas para mirar la relación entre Estado y sociedad, probablemente sin pretendérselo, llevó a pensar cómo desde la propia constitución del Estado existían políticas sociales. Esto matiza la tradicional asociación que vincula la ampliación de la ciudadanía social solo a partir de 1943 con las reformas introducidas por Perón. Coincidimos con Juan Suriano cuando sostiene que los historiadores y los científicos sociales estuvieron influenciados por el paradigma creado por T.H. Marshall que determinaba la conquista de diversos derechos en sucesivas etapas para la sociedad argentina. En el caso argentino ese esquema se reproducía desfasado en el tiempo ya que se sostenía la consagración de los derechos civiles con la sanción de la Constitución en 1853, los derechos políticos con la aprobación de la Ley Sáenz Peña en 1912 y los derechos sociales a partir de 1943.<sup>15</sup>

En los años noventa, en un claro intento de matizar esta asociación mecánica y acumulativa, surgen investigaciones que indagaron sobre la política social en la primera mitad del siglo XX. En efecto aparecieron trabajos que abordaron la mayor complejidad institucional.

---

<sup>14</sup> Las excepciones a este aspecto están constituidas por Hugo Vezzetti, *La Locura en la Argentina*, Buenos Aires, Paidós, 1985; María Silvia Di Liscia y Daniela Bassa, "Tiempos y espacios de reclusión. Sobre marginación, locura y prácticas jurídicos-médicas en el interior argentino. La Pampa, 1884-1946", en A. Alvarez, op. cit., pp. 47-79 y M. S. Di Liscia, *Saberes, terapias y prácticas indígena, populares y científicas en Argentina, 1750-1910*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2003.

<sup>15</sup> J. Suriano, "Los historiadores y el proceso de construcción del Estado social", en J. Bertranou, op. cit., pp. 45.

Si bien primaron prácticas políticas fraudulentas, el Estado asumió un papel arbitral ante los conflictos sociales lo que llevó a ampliar sus capacidades, su entramado normativo y su legado institucional. En el ámbito sanitario Diego Armus y Susana Belmartino demuestran cómo el proceso de modernización –plasmado en la instalación de hospitales en la ciudad de Buenos Aires, y en la erradicación de ciertas endemias y epidemias– colaboró en el reconocimiento de los derechos sociales y en la ampliación de los contenidos de la ciudadanía social. En el ámbito urbano, Anahí Ballent y Adrián Gorelik dan cuenta de las políticas de transformación territorial motorizadas a partir de la acción estatal. Según ellos, esta activa presencia del Estado permitió un paisaje de renovación y de cohesión nacional previo al peronismo.<sup>16</sup>

Estas indagaciones dieron paso al entendimiento de una arena estatal más compleja e interventora durante las primeras cuatro décadas del siglo XX. El supuesto de la existencia de un Estado moderno, eficaz, que sentó las bases para el reconocimiento de los derechos sociales de las personas, condicionó la mirada que se tuvo sobre la intervención social del peronismo. Esto es: en la lógica de continuidad y cambio eran pocas las novedades de la política social del peronismo. Es decir, se pasó de interpretar al peronismo como el inaugurador de la ciudadanía social a comprenderlo como el último eslabón de una evolución casi naturalizada. Los proyectos sociales y las instituciones surgidas desde fines del siglo XIX fueron entendidos como la guía de la integración social de las masas. Solo era menester marcar la notoria expansión del alcance de las anteriores ideas durante la experiencia peronista y las trabas políticas reinantes entre el presidente, su esposa y los sindicatos. Las mismas fueron entendidas como obstáculos que limitaron la supuesta racionalidad subyacente en los planes técnicos y políticos diseñados en los años previos.

Este paradigma si bien matiza y problematiza la traslación del esquema de Marshall a la realidad argentina, ya que queda claro que no se puede asociar la obtención de la ciudadanía social sólo a las reformas sociales iniciadas en 1943, aún mantiene un problema: cómo dar cuenta de la particularidad de la política social peronista.

---

<sup>16</sup> D. Armus y Susana Belmartino, "Enfermedades, médicos y cultura higiénica", en Alejandro Cattaruzza, dir., *Crisis económica, avance del estado e incertidumbre política (1930- 1943)*, Buenos Aires, Sudamericana, 2001, pp. 283-330; A. Ballent y A. Gorelik, "País urbano o país rural", en Alejandro Cattaruzza, op. cit., pp. 143-200.

Se dieron algunas hipótesis tentativas que no llegaron a saldar el problema. Loris Zanata marca la influencia de la tradición católica en la inspiración de la política social. Juan Carlos Torre sostiene que el programa social del peronismo estuvo signado por el pragmatismo político, y según él no existió ninguna influencia notoria en las ideas que inspiraron a la política social del primer peronismo. Ambas posturas, al intentar generalizar, perdieron de vista las diferencias existentes en los distintos sectores de la política social y al no avanzar en la propia dinámica de la política perdieron de vista tanto los efectos y los conflictos de intereses que pudo haber generado su implementación. Esto es, el análisis no debería agotarse en la enunciación de los aspectos programáticos de una política y en la enumeración de sus equipos técnicos, sería provechoso rastrear los efectos de esas políticas, las demandas en torno a ella, las modificaciones sobre las agendas públicas y los cambios de rumbos que ésta genera una vez que se pone en práctica.<sup>17</sup>

Ahora bien, es necesario marcar dos aportes que enriquecieron el campo en los años noventa. El primero de ellos fue el representado por Marcela Nari y Mirta Lobato, quienes señalan la necesidad de recorrer el diseño de la política social teniendo en cuenta la diferenciación realizada, en el pensamiento político y social de una época, sobre los roles, las funciones y el poder determinado por las diferencias biológicas. Esto significa la entrada de marcas genéricas como un elemento preformativo y constitutivo de toda política social. Además, permiten pensar a la política social como un campo que, si bien tiende a la inclusión, lleva consigo al mismo tiempo una lógica de exclusión, marginación y subordinación para las mujeres. Ambas autoras demuestran cómo a partir del naturalizado rol de madres las mujeres aprendieron a luchar por sus derechos civiles, sociales y políticos e influyeron en las reformas sociales.<sup>18</sup>

---

<sup>17</sup> Loris Zanata, *El Mito de la Nación Católica*, Buenos Aires, Sudamericana, 1999, pp. 123 y Juan Carlos Torre, *La vieja guardia sindical*, Buenos Aires, Sudamericana, 1990, pp. 90-91.

<sup>18</sup> M. Lobato, "Entre la protección y la exclusión: Discurso maternal y protección de la mujer obrera, argentina 1890-1934", en J. Suriano, comp., *La cuestión social en Argentina 1870-1943*, Buenos Aires, La Colmena, 2000. También Marcela, Nari, *Políticas de maternidad y maternalismo político, Buenos Aires, 1890-1940*, Buenos Aires, Biblos, 2004.

En el transcurso del siglo XX y con diferentes temporalidades se les reconocieron los derechos laborales, civiles y políticos a las mujeres. Este desfase genérico da cuenta de los límites existentes a la hora de pensar en el principio de igualdad en la llamada república democrática. Estos diferentes tiempos en la adquisición de los derechos se combina con la existencia de una gran demora entre la legislación y el mejoramiento real en la vida de las personas. Esto es, la declaración de los derechos laborales o los vinculados a la defensa de los derechos que protegen la maternidad no implicaron una inmediata aplicación. En este sentido, coincidimos con Luciano Andrenacci cuando sostiene que cada expansión de la capacidad política así como cada neutralización de las desigualdades socioeconómicas es fruto de un conflicto que la coagulación jurídica no cierra del todo.<sup>19</sup> En función de esto creemos necesario analizar cómo se traslada el conflicto al campo de su efectiva aplicación y cómo incide la aplicación (o su ausencia) de una política social en las modificaciones institucionales y normativas a partir de los cuales se procesan los siguientes cambios.

El segundo aporte es el constituido por los diferentes artículos compilados por José Luis Moreno en *La política social antes de la política social*. Dos temas recorren este libro: la protección de la infancia y de la madre entre los finales del siglo XVII y mediados del siglo XX. Los ejes centrales de atención son las instituciones benéficas y/o religiosas que, en ciertas oportunidades, tenían fronteras difusas y cambiantes con el Estado. Este trabajo colectivo permite visualizar el conjunto de acciones y concepciones ideológicas destinadas a obtener el cambiante significado atribuido al llamado bienestar de la población. Además ilumina sobre los mecanismos de integración de los sectores excluidos antes de la consolidación del Estado. No obstante, se cae en el mismo problema que observamos para el caso de la sociología y la ciencia política. El peronismo es visto como el inicio de la "verdadera" política social y como el punto final de la intervención social del Estado.<sup>20</sup> Asumir esta perspectiva

<sup>19</sup> Luciano Andrenacci, "Imparis Civitatis. Elementos para una teoría de la ciudadanía desde una perspectiva histórica", en *Sociohistórica* N° 13-14, 2003, pp. 79-108.

<sup>20</sup> José Luis Moreno, *La política social antes de la política social. Caridad beneficencia y política social en Buenos Aires, siglos XVII a XX*, Buenos Aires, Trama Editorial/ Prometeo Libros, 2000 y J. Moreno, "Dos Siglos de política social en el Río de la Plata: un panorama de su construcción", en J. Bertranou, op. cit., pp. 69-81, 2004.

empobrece la indagación histórica y deja afuera del análisis a las ideas, los debates y los significados políticos presentes tanto en los gobiernos peronistas como en los años posteriores.

### **Perspectivas para analizar el origen de la política social**

En el cambio de siglo un debate tomó cuerpo y generó una división en el campo académico. El mismo se vincula con la existencia de diferentes miradas sobre el origen de las iniciativas que hicieron posible la política social a fines del siglo XIX.

Una de estas posturas es la sustentada por Juan Suriano quien demostró que el conflicto social fue el que motorizó la conformación de instituciones estatales y de políticas. Es decir, la acción de los sindicatos, el estallido de huelgas, la presencia de grupos socialistas y anarquistas en el espacio público llamó la atención y preocupó a los políticos y al gobierno poniendo en evidencia las falencias de la organización del trabajo así como la ausencia de instituciones. Según esta perspectiva, la movilización social condujo al Estado hacia el camino de la construcción de políticas sociales.

La presión de las protestas sociales influyó en la formulación de diagnósticos y en la elaboración de aparatos administrativos - el Departamento Nacional del Trabajo (1907)- y de políticas que intentaron integrar a los sectores proclives a demandar en los marcos del sistema. Dentro de esta lógica debe entenderse la sanción de las leyes vinculadas con la reglamentación del trabajo y con la seguridad social. Sabido es que este conjunto de reformas parciales no pudieron sistematizarse en la pretendida Ley Nacional del Trabajo, promovida por Joaquín V. González (1904). El proyecto fue atacado por distintos ángulos políticos y como consecuencia no fue sancionado. Pese a que el Estado respondió ante la llamada "cuestión social" elaborando una incipiente legislación social, la falta de decisión política y las exiguas partidas presupuestarias condujeron a que estas normas fueran retóricas. En efecto, no existía capacidad de sancionar por parte de las autoridades estatales y la constante apelación a la represión erosionaba la legitimidad.

Estas prácticas que apuntaban a la integración de los trabajadores no invalidó el uso de la represión como mecanismo de erradica-

ción de los elementos contestatarios del movimiento obrero. La ley de Residencia (1902), la ley de Defensa Social (1910) y la reorganización de la Policía de la Capital Federal se encaminaron a regular y a combatir los comportamientos que atentaran al orden social y de esta forma eliminar el conflicto social. En esta perspectiva las políticas sociales se incorporaron definitivamente en el centro de la agenda de lo estatal cuando los problemas planteados por las relaciones de tipo capitalistas amenazaban la cohesión social y la legitimidad política.<sup>21</sup>

La otra perspectiva es la de Eduardo Zimmermann, quien sostiene que fue el clima de ideas imperante a principios del siglo XX, guiado por el desarrollo de las ciencias sociales, el que introdujo en los proyectos legislativos y en los debates parlamentarios la necesidad de que el Estado intervenga en la resolución de los problemas sociales. Los denominados "liberales reformistas" o "reformistas sociales" apostaban a un camino intermedio entre el liberalismo a ultranza y el estatismo. Estos intelectuales propusieron, desde diferentes orientaciones ideológicas, canalizar las demandas laborales por vía parlamentaria así como diseñar políticas para frenar los efectos no deseados de la modernización del país. La ley y sus instituciones se convertían en un instrumento idóneo para recrear un sentido de comunidad nacional por encima de las tensiones sociales y particularidades étnicas de la sociedad argentina en el cambio de siglo. Esta tradición liberal reformista no habría prosperado tras la Primera Guerra Mundial ya que la "Semana Trágica" (1919) constituye un punto de inflexión a partir del cual el "corporativismo" creció en las diversas opciones ideológicas del arco político.<sup>22</sup>

---

<sup>21</sup> J. Suriano, "Niños trabajadores. Una aproximación al trabajo infantil en la industria porteña de comienzos del siglo" en D. Armus, op. cit., pp. 251-279. Véase también J. Suriano, "Una aproximación a la definición de la cuestión social en argentina" en J. Suriano, comp., op. cit., pp. 1-29. Esta hipótesis es compartida por Ricardo Falcón, "Políticas Laborales y relación Estado- sindicatos en el gobierno de Hipólito Yrigoyen", en J. Suriano, op. cit., pp. 111-122.

<sup>22</sup> Eduardo Zimmermann, *Los liberales reformistas. La cuestión social en la Argentina. 1890-1916*, Sudamericana, Buenos Aires, 1995. Silvana Palermo realiza un sugerente estudio sobre las ideas reformistas de Biale Massé. Véase Silvana Palermo, "Ciencia, reformismo y los derechos del trabajador-ciudadano: la regulación estatal del trabajo ferroviario según Biale Massé", en *Entrepasados*, Año XIII, N° 26, 2004, pp. 31-52.

En sintonía con esta línea, Ricardo González Leandri aborda el proceso de profesionalización de los médicos en el Buenos Aires de la segunda mitad del siglo XIX. Según él, los médicos fueron los responsables de ocuparse de proponer soluciones técnicas y morales a los efectos sociales producidos tanto por las epidemias como por el hacinamiento, la marginalidad, la prostitución y las llamadas "enfermedades sociales". Por ello afirma que el proceso de construcción histórica de la higiene resultó paralelo al proceso de profesionalización médica. En esta trayectoria contaron con el apoyo y la legitimación del Estado ya que esta "reducida pero influyente elite" fue la que tuvo una gran incumbencia en el diseño de la política estatal y en la consolidación de instituciones públicas.<sup>23</sup> Según Diego Armus, los médicos higienistas tuvieron mayor legitimidad para intervenir luego de la sensación de pánico generada por los azotes epidémicos de fines del siglo XIX. Esto es, más allá de que existía un clima de ideas que apuntaba sobre la necesidad de que el Estado interviniera para mitigar los efectos de las enfermedades infectocontagiosas. La participación estatal se organizó tímidamente a partir de la percepción de caos producido por los altos niveles de mortalidad ocasionado por los reiterados brotes epidémicos. Es precisamente esta sensación sobre la enfermedad la que la convierten en un problema social. De esta confluencia se fue forjando una nueva concepción de la salud, ya no sólo como una responsabilidad individual sino también como un derecho y un deber. Un derecho de los ciudadanos, y un deber y una responsabilidad del Estado.

Estos dos últimos aportes, centrados en el área de la salud, introducen la posibilidad de pensar la relación entre la idea vigente de enfermedad y de pobreza con la creación del entramado institucional y la definición de políticas públicas hacia fines del siglo XIX y principios del XX. Asimismo ponen en el tapete la relación cambiante, ambigua y difusa entre el rol profesional y las necesidades del Estado. En ese último sentido, y más centrado en el siglo XX, Belmartino, Bloch, Persello y Carmino estudiaron el papel que asumió la corporación médica y la presión que ejercieron para que el Estado impulsara medidas sanitarias.<sup>24</sup>

---

<sup>23</sup> R. González Leandri, "Notas acerca de la profesionalización médica en Buenos Aires", en J. Suriano, op. cit., pp. 217-242.

<sup>24</sup> R. González Leandri, *Curar, persuadir, gobernar. La construcción histórica de la profesión médica en Buenos Aires, 1852-1886*, Madrid, CSIC, 1999.

Lo antedicho da cuenta del notorio interés sobre el estudio de la relación entre los profesionales y el Estado. Muestra de ello es la compilación de artículos realizada por Mariano Plotkin y Federico Neiburg, *Intelectuales y Expertos*. En la introducción sostienen que además de mirar la conformación de las ciencias sociales y las propuestas de los intelectuales en torno de cómo pensar la sociedad es menester profundizar sobre la conformación del conocimiento social a partir de la confluencia entre los saberes de la sociedad producidos en el ámbito académico y las demandas del Estado. Afirman, pues, que la constitución de las ciencias sociales es parte de un proceso fuertemente vinculado al desarrollo de las necesidades y las demandas del Estado rápidamente modernizado y burocratizado de finales del siglo XIX y primeras décadas del XX. El eje de su preocupación está puesto en la relación entre los recursos creados por los especialistas para ordenar el mundo social y cómo éstos pueden sustentar las acciones del Estado, legitimando el diagnóstico de problemas sociales y la formulación de soluciones. El reconocimiento de esos saberes por parte de las instituciones estatales contribuye a legitimar socialmente a esos especialistas. Como vemos, esta propuesta se centra en subrayar los pasajes y la circulación de individuos, ideas, modelos institucionales y formas de intervención entre el mundo académico y el Estado.<sup>25</sup>

Sin lugar a dudas, posicionarse desde la sociedad para visualizar la presión que ésta ejerció para la creación de políticas e institucio-

---

También D. Armus, "El descubrimiento de la enfermedad como problema social", en M. Lobato, direc., *El Progreso, la modernización y sus límites (1880-1916)*, Buenos Aires, Sudamericana, 2000, pp. 510 y S. Belmartino; Carlos Bloch, María Isabel Carmino y Ana Virginia Persello, *Fundamentos históricos de la construcción de relaciones de poder en el sector salud, Argentina, 1940-1960*, Rosario, Organización Panamericana de la salud, 1988.

<sup>25</sup> Federico Neiburg y Mariano Plotkin, "Intelectuales y Expertos. Hacia una sociología histórica de la producción del conocimiento sobre la sociedad en la Argentina", en Federico Neiburg y Mariano Plotkin, *Intelectuales y expertos*, Buenos Aires, Paidós, 2004, pp. 15-30. En esta misma línea se inscribe la producción de Hernán González Bollo, "La cuestión obrera en números: la estadística socio-laboral argentina y su impacto en la política y la sociedad, 1895-1943", en Hernán Otero, dir., *El mosaico argentino. Modelos y representaciones del espacio y de la población siglo XIX-XX*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2004, pp. 300-331.

nes, desde la construcción del discurso dominante o desde la relación entre los profesionales y el Estado permiten ver diferentes aspectos del Estado y de las políticas sociales. Conjugar estas perspectivas según el momento histórico permitiría conocer el entramado de intereses que se juegan en la delimitación de una política social.

A nuestro entender los conflictos sociales y las demandas realizadas desde diferentes actores sociales y políticos pueden motorizar la implementación de modificaciones en la legislación y en el armado institucional. No obstante, la relación entre las demandas del Estado y los conocimientos ofrecidos desde los ámbitos profesionales no constituye un tema menor. Aunque escoger esta última línea de análisis corre el riesgo de pasar por alto a las demandas sociales y perder de vista cómo éstas influyen en los cambios de rumbo de las políticas. Profundizar en el complejo abanico de los reclamos posibilitaría analizar a la política social como el resultado o la síntesis de los intereses de distintos actores que procuran brindar respuestas sobre cuestiones consideradas prioritarias en un momento determinado.

Si bien pareciera ser que ciertas burocracias altamente profesionalizadas se ven impedidas de cumplir sus objetivos "técnicos" dada la prioridad otorgada a las decisiones políticas, habría que profundizar en los proyectos políticos de los profesionales en el Estado y en cómo éstos se engarzan con el desenvolvimiento de la política social.<sup>26</sup> Las propuestas "científicas" de formulación de medidas sociales dan cuenta de una mirada política, que encierra un diagnóstico de la sociedad actual, propuestas y deseos que apuntan a construir una sociedad futura mejor. Es necesario integrar al análisis el alto contenido de alianzas y negociaciones que muchas veces se distancian de lo técnicamente deseable. Esto es, las "corruptelas" no son sólo producto del ámbito legislativo; los "técnicos" en tanto responsables del diseño y la implementación de la política también poseen y despliegan intereses y alianzas que se plasman en el dise-

---

<sup>26</sup> Ballent demuestra como durante los años treinta del siglo XX los ingenieros del Ministerio de Obras Públicas incorporaron en sus agendas obras aprobadas por ley en el Congreso que no siempre poseían sustentos técnicos. A. Ballent, "Ingenieros y Arquitectos: la burocracia técnica del Ministerio de Obras Públicas de la Nación", en *Jornadas de Trabajo Políticos y Técnicos. El Estado y la burocracia en el siglo XX*, 8 y 9 de junio de 2005, mimeo.

ño y en la puesta en práctica de la política. El anhelo incumplido de los "técnicos" de construir una institución autárquica, profesionalizada y sin favoritismos no es sólo atribuible a las responsabilidades de los políticos. En sus ámbitos administrativos se juegan espacios de poder que limitan la construcción de la política social.

Esto introduce en el análisis el alto contenido de subjetividad en el interior de lo "técnico". El hecho de apelar a los modernos conocimientos de "la Medicina", "la Sociología", "la Economía" y la existencia de un cuerpo altamente profesionalizado y reconocido dentro del ámbito académico no garantiza la mejor política social, ya que dichos espacios están atravesados por disputas profesionales, sociales y políticas que son llevadas a la arena del Estado.

### **En la búsqueda de un campo historiográfico**

Como vimos, el estudio de la historia de la política social en la Argentina es un interés reciente dentro de la historiografía. Sin lugar a dudas esta temática intenta obtener su especificidad a partir del cruce entre los aportes del ámbito de las ciencias sociales y los aportes de la historia social. Ambos espacios académicos presentan diferencias ya que las ciencias sociales están pensando en la coyuntura, no sólo en la enunciación de la política sino en la puesta en práctica de un conjunto de dispositivos que permitan implementar un determinado diseño. La historia social se acerca a esta temática a partir de la descripción de las condiciones de vida de los sectores populares en los inicios del Estado nacional. Si bien existen contribuciones que intentaron recorrer este largo camino existen limitaciones que es necesario saldar.

La primera de ellas es la escasez de trabajos vinculados a la segunda mitad del siglo XX. Faltan investigaciones que pasen de la descripción de situaciones regionales a la búsqueda de nudos problemáticos más amplios. Probablemente ésta sería una vía para comenzar a realizar trabajos comparativos no sólo en el ámbito nacional sino también con otros países. Pese a que hay un notorio interés por las políticas de salud y de vivienda, existen áreas que aún no han sido recorridas desde la historiografía tales como la educación y la previsión social.

Si bien creemos en la necesidad de ahondar en el estudio de los diferentes sectores que conforman la política social, sería enrique-

cedor -una vez que se cuente con estudios empíricos– introducir hipótesis que permitan dar cuenta de la dinámica de la política social en la Argentina desde una perspectiva de largo plazo.

Como sostuvimos, centrarse en las demandas sociales o en los discursos y en las prácticas de las elites estatales son dos vías complementarias que deben ser aplicadas para el estudio de la política social según el momento histórico. Dar un panorama más complejo a partir de la relación y el complemento entre ambas perspectivas es una tarea pendiente para las nuevas generaciones de historiadores/historiadoras.

Asimismo es menester pensar el proceso complejo y cambiante de centralización estatal a partir de otro tipo de periodización. Es necesario incluir las diferentes temporalidades genéricas en la ampliación de la ciudadanía social. Asimismo, si bien el peronismo retomó ideas y tradiciones ideológicas previas es imprescindible avanzar en la fluidez de ideas y prácticas durante los primeros años del peronismo. Profundizar en este aspecto nos llevaría a pensar al peronismo no como un fenómeno unívoco y homogéneo sino como un proceso mucho más rico en experiencias y en la convivencia de diferentes tradiciones.

El estudio de la política social espera nuevas preguntas para recorrer fuentes ya visitadas o bien para examinar documentos aún no explorados. Además, queda aún por escudriñar las tensiones y los significados políticos presentes en la modernización de los sesenta implementada por gobiernos militares. Etapa en la que, también desde la ciencia política y la sociología, se intentan dar algunas respuestas, pero que desde la historia no existen trabajos de base empírica que hayan profundizado en el estudio de ese período.

## REFLEXIONES SOBRE LA HISTORIOGRAFÍA ARGENTINA Y LA HISTORIA RECIENTE DE LOS AÑOS '70

MARINA FRANCO\*

**L**a historia de la dictadura militar y de la militancia política de los años '70 parecería estar de moda en la historiografía argentina. Hace unos años casi nadie hablaba del tema, al menos no desde el campo profesional y la investigación sistemática, excepto unos pocos que lo hacían desde un espacio estigmatizado como "historiografía militante". Las explicaciones de este pasaje del silencio a la "explosión" son múltiples y responden a lógicas colectivas vinculadas a la evolución del problema en la esfera pública argentina, a los momentos sociales de "recuerdo" y a los avatares del proceso político argentino. Pero también responden a otras lógicas que son propias de la dinámica del campo intelectual de las ciencias sociales y de la historiografía –no sólo argentinas–, como es el actual interés por los temas de las memorias traumáticas o cierto recambio generacional en el campo historiográfico local.

A partir de una selección no exhaustiva de ciertos enfoques y algunos autores recientes, este artículo ofrece algunas reflexiones y una interpretación de esas dinámicas múltiples de la historiografía local referida a los años '70. A pesar de la provisoriedad de todo análisis sobre un espacio temático en permanente transformación, creemos que el momento actual se caracteriza por un movimiento pendular –del olvido al recuerdo, del silencio a la toma de la palabra, del vacío a la explosión historiográfica– y por una serie de desplazamientos temáticos, cronológicos y generacionales cuyas raíces parecerían ser tanto profesionales como políticas.

### La palabra testimonial

Para comprender los avatares de la historiografía sobre este tema es imprescindible situar el marco en el que se enuncian y toman sentido nuestras narrativas profesionales. La evolución de las memorias

---

\* Universidad de Buenos Aires - Universidad de París 7. E-mail: marinafranco@free.fr

sociales y de las representaciones del pasado en el espacio social han condicionado el vínculo y hasta la posibilidad misma de emergencia del pasado reciente como un objeto de estudio especializado. Sin embargo, una parte de esos condicionamientos no parecen haber funcionado igual para las ciencias sociales y para la historiografía y eso estaría vinculado a las relaciones específicas que esta última disciplina mantiene con sus objetos de estudio, o con lo que define como tales. En la Argentina –como en Alemania frente al nazismo o Francia frente al vichyismo– se verifica una fuerte concordancia entre las condiciones sociales de producción del recuerdo, su evolución en el tiempo y la evolución del campo intelectual y profesional con respecto a ese “pasado traumático”.<sup>1</sup>

Lejos de ser un proceso meramente local y más cerca de los fenómenos globalizados, en los últimos años, esta “pasión memorialista” se ha instalado en el discurso político y en las esferas públicas de los países occidentales. También es el caso argentino, donde este discurso promemorialista ha sido apropiado por buena parte de la sociedad civil y comienza a orientar un cierto caudal de políticas públicas bajo el imperativo de “no olvidar”. Como señala Hugo Vezzetti, la apropiación política del tema por parte del Estado –en cualquiera de los sentidos posibles y siempre sujeta a los avatares de los sectores políticos en el poder– ha sido central para instalar un “nuevo régimen de memoria” postautoritario, custodiado por el valor de la “democracia” como horizonte colectivo.<sup>2</sup> Sin embargo, este nuevo régimen ha atravesado momentos muy diversos –marcados

---

<sup>1</sup> Sobre la correlación entre instancias sociales del recuerdo e historiografía, Enzo Traverso, “Histoire et mémoire. L’interprétation du passé comme enjeu politique”, en prensa.

El concepto de “trauma” se ha generalizado y banalizado a partir de los estudios sobre la Shoá. Sin embargo, como recuerda Hugo Vezzetti, su uso generalizado corre el riesgo de imponer la idea de una “interrupción externa”, una ruptura total y violenta que se le impone desde afuera a una sociedad pasiva ante esa situación. En el caso argentino, ello ocultaría la conflictividad social y política preexistente y de larga data (*Pasado y presente*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2002, pp. 60-61). Por ello, usaremos “pasado traumático” entrecomillado para referirnos al discurso de los actores; o por su expresividad para referirse al período, pero no como concepto ni categoría de análisis.

<sup>2</sup> Hugo Vezzetti, “Conflictos de la memoria en la Argentina”, *Lucha Armada*, Año 1, N° 1, dic-feb, 2005, pp. 46-63.

en buena medida por esas mismas políticas estatales frente al pasado— y sólo recientemente se puede hablar de una auténtica “pasión memorialista”. En este sentido, recordemos que en 1985, el primer gobierno democrático de Raúl Alfonsín juzgó y condenó a las Juntas Militares por su actuación represiva; luego, ese mismo gobierno sancionó las leyes de Punto Final (1987) y Obediencia Debida (1987). Más tarde, el gobierno de Carlos Menem sancionó los decretos de Indulto (1989). En años recientes, varias instancias jurídicas modificaron la situación progresivamente: desde mediados de los ‘90, la aparición de causas por la apropiación ilegal de niños —crímenes no afectados por las leyes mencionadas—; los “Juicios por la Verdad y la Justicia” como instancias jurídicas para el establecimiento de la verdad, aunque no permitían establecer condenas debido a las leyes existentes; las recientes nulidad y anticonstitucionalidad de las citadas leyes de Punto Final y Obediencia Debida y, finalmente, las múltiples causas internacionales para la extradición y juzgamiento en el exterior de los responsables de los crímenes.

Más allá de estas instancias político-jurídicas, los años ‘80 y ‘90 se caracterizaron por oscilaciones entre la “voluntad de olvidar y la voluntad de recordar”<sup>3</sup> y las luchas constantes por la representación del “pasado traumático” entre las esferas públicas y oficiales, los organismos de derechos humanos y los distintos grupos sociales implicados. Esta lucha de “memorias en conflicto” ha sido visible en los medios masivos de comunicación, en las discusiones sobre las instancias públicas de recuerdo y en las discusiones sobre los cambios del marco jurídico en vigencia.<sup>4</sup> A pesar de estas tensiones, el rechazo de la violencia, del terrorismo de Estado y la necesidad de la

---

<sup>3</sup> María Sonderegger, “Promesas de la memoria: justicia y justicia instaurativa en la Argentina de hoy”, en Bruno Groppo y Patricia Flier, comps., *La imposibilidad del olvido. Recorridos de la memoria en Argentina, Chile y Uruguay*, La Plata, Ediciones al Margen, 2001, p. 100.

<sup>4</sup> *Ibíd.* Cfr. Claudia Feld, *Del estrado a la pantalla: las imágenes del juicio a los ex comandantes en Argentina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2002; Virginia Vecchioli, “Políticas de la memoria y formas de clasificación social. ¿Quiénes son las “víctimas del terrorismo de Estado en la Argentina?”, en Groppo y Flier, comps., *op.cit.*, pp. 83-102; Elizabeth Jelin, comp., *Las conmemoraciones: Las disputas en las fechas “in-felices”*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2002. Sobre el concepto de “memorias en conflicto”: Elizabeth Jelin, *Los trabajos de la memoria*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2002; Vezzetti, 2002.

memoria y el reconocimiento de las víctimas como tales se han instalado como lugares de un amplio consenso social.

I. Como ya han mostrado numerosos analistas, en la primera etapa pos-autoritaria y hasta inicios de los '90, eran predominantes las imágenes del pasado como "una guerra sucia", simbolizada en la metáfora de los "dos demonios".<sup>5</sup> Mientras el Juicio a las Juntas y el *Nunca Más*, el informe producido por la CONADEP, se transformaban en actos fundacionales de la democracia argentina, la visión de "los dos demonios" se transformó en la interpretación hegemónica del pasado, en vigencia durante largos años, aunque sus orígenes fueran bastante anteriores.<sup>6</sup> Esta matriz interpretativa proponía dos enemigos enfrentados en igualdad de condiciones e igualmente responsables de la violencia y del "horror". Esto tenía como efecto último la desculpabilización de la sociedad, su puesta al margen de cualquier responsabilidad social y su transformación en una víctima inocente entre esas dos fuerzas enfrentadas. Fue también esta misma visión la que fundó la categoría del "desaparecido", "en su carácter puro de víctima lesionada en su condición humana, afectada por una impunidad estatal que había transgredido todos los límites éticos".<sup>7</sup> Así, este consenso básico en torno a la memoria de los "desaparecidos" implicaba una "despolitización de las víctimas que borraba u ocultaba el sentido político de los conflictos en la Argentina".<sup>8</sup>

El ejemplo más claro es el mismo *Nunca Más*, pero obras cinematográficas tan difundidas como "La Historia Oficial" (Olivera, 1985) o "La Noche de los Lápices" (Olivera, 1986) resultan íconos de esta misma interpretación del pasado. Una interpretación que conducía a

<sup>5</sup> En particular, Gabriela Cerruti, "La historia de la memoria", *Puentes*, n° 3, marzo 2001; Jelin, 2002, Vezzetti, 2002 y 2005.

<sup>6</sup> Vezzetti, 2002.

<sup>7</sup> Vezzetti, 2002, p. 116. Sobre la "teoría de los dos demonios", Carlos Acuña y Catalina Smulovitz, "Militares en la transición argentina: del gobierno a la subordinación constitucional", en Acuña et al., *Juicio, castigos y memorias. Derechos Humanos y justicia en la política argentina*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1995, pp. 19-99; Inés González Bombal, "'Nunca Más'. El Juicio más allá de los estrados", en Acuña et al., cit., pp. 193-215; Vezzetti, 2002, pp. 109-146.

<sup>8</sup> Elizabeth Jelin, "Historia, memoria social y testimonio o la legitimidad de la palabra", *Iberoamérica. América Latina - España - Portugal*, Volumen 1, N° 1 (nueva época), Vervuert-Madrid, 2001, p. 96.

separar "víctimas inocentes" de "victimarios salvajes" en una matriz de lectura centrada en el funcionamiento de la maquinaria represiva, donde la política estaba ausente, la sociedad exonerada y las luchas sociales y políticas de entonces quedaban reducidas a demandas ingenuas y digeribles (como "el boleto estudiantil") para una sociedad cuya horizonte de expectativas había quedado limitado, a mitad de los '80, a una democracia ordenada. Por esto mismo, durante aquellos años el centro del consenso y de la legitimidad social para expresar "la memoria" del "pasado traumático" pareció ser asignado, primordialmente, a quienes habían sufrido en "carne propia", a los "desaparecidos" y sus familiares. Así, el centro de esa legitimidad se centró en emblemas como las "Madres de Plaza de Mayo"; no sólo porque fueron ellas quienes llevaron adelante la lucha más fuerte y perdurable contra las violaciones a los derechos humanos y la dictadura, sino porque, además, su condición de madres y familiares las desproveía de cualquier contenido político y remitía al espacio privado de su vínculo con las víctimas directas.<sup>9</sup>

Sin embargo, ese primer momento de recuerdo estuvo también acompañado por un primer momento de "toma de la palabra", que parece tener dos características opuestas. Por un lado, para la gran mayoría de las víctimas, la posibilidad de hablar parece haber estado limitada por el miedo —que para muchos condicionó la posibilidad de declarar en los Juicios—, por lo doloroso y cercano del recuerdo y también por la mirada sancionadora y sospechosa que pendió sobre sobrevivientes y ex militantes. Por otro lado, a la vez y a pesar del marco de despolitización general y creciente sobre el pasado cercano, durante un breve momento eso parece haber convivido con algunas intervenciones testimoniales que emergieron con una fuerte carga polémica y denunciante. Es el caso, por ejemplo, de *Recuerdos de la muerte* (1984) de Miguel Bonasso; *Montoneros, la soberbia armada*, de Pablo Giussani (1984) o *El exilio es el nuestro* de Carlos Brocato (1986), entre otros. En estos textos convergía tanto la voluntad de testimoniar y "no olvidar" como la intención de denunciar, a veces muy virulentamente, algún aspecto del pasado inmediato. Así, Pablo Giussani, envuelto en el dolor por la muerte de su hija mientras preparaba una bomba para una acción de Montoneros, de-

---

<sup>9</sup> Cfr. Judith Filc, *Entre el parentesco y la política. Familia y dictadura, 1976-1983*, Buenos Aires, Biblos, 1997; Jelin, 2001.

nunciaba la cultura política del peronismo, y de Montoneros en particular, como una religión “del heroísmo, de la violencia sacramentalizada, de la muerte purificadora, ingredientes de un elitismo militar convertido en fuente de una conducción política estratificante”. Y concluía, aceptando su propia participación en esa cultura: “si lo que describo es horroroso, para mí lo es doblemente por tratarse de un horror que en cierto modo germina de mis propias raíces”.<sup>10</sup>

No obstante, ese momento inicial de discusión política, de negativa a aceptar el silencio otorgante y de discusión de responsabilidades, parece haber sido rápidamente sustituido por un discurso ampliamente despolitizado y un silencio pacificante, ambos en nombre de una democracia necesitada de consensos y un “cerrar filas” frente a una justicia que rápidamente empezaba a dudar de sus veredictos.

II. Más tarde, un segundo momento estuvo marcado por un largo período de silenciamiento –que algunos estudiosos de la memoria denominan “olvido”–, entre fines de los 80 y mediados de los 90. Durante este período, los indultos oficiales y el vaciamiento ético de todo el entramado político y social de la etapa menemista fueron restando espacio público a los portadores de las memorias del pasado reciente. Se registró entonces un cierto “retroceso” de la memoria hacia el espacio social privado –o directamente hacia al silencio– y un cierto aislamiento de los organismos de derechos humanos en su búsqueda de interlocutores públicos. Suponiendo que había llegado el momento de la “reconciliación”, la exigencia de memoria y de justicia parecían demandas casi “anacrónicas”. Las memorias de los exiliados durante este período son un buen ejemplo de ello: en los años 90, estas memorias se caracterizaron tanto por su escasez como por la voluntad de testimoniar a partir de la experiencia más privada. Su rasgo distintivo era un cierto “borramiento” de la dimensión del destierro vinculada a la historia político-colectiva de la Argentina, que había sido característica de los testimonios y debates precedentes. De esta forma, en estas memorias se observaba un cierto deslizamiento de la historia del terrorismo de Estado –como historia colectiva– hacia un segundo plano, en favor de la rememoración de las vivencias individuales y cotidianas, dando paso a un yo

---

<sup>10</sup> Pablo Giussani, *Montoneros. La soberbia armada*, Buenos Aires, Sudamericana, 1984, pp. 123 y 254.

privado e íntimo que narraba el exilio, sólo consigo mismo y con su experiencia.

III. Sin embargo, en torno a 1995 se suele delimitar un tercer momento de la memoria, jalonado por ciertos hechos claves: el discurso autocrítico del Jefe del Ejército, Martín Balza, en el que se reconocían los crímenes cometidos por las Fuerzas Armadas; las confesiones públicas de Adolfo Scilingo sobre la forma en que se mataron e hicieron desaparecer los cuerpos de los secuestrados y, finalmente, la aparición de la organización HIJOS como la nueva protagonista de la exigencia de justicia.<sup>11</sup> HIJOS no sólo significó un relevo generacional de Madres y Abuelas de Plaza de Mayo, sino una reactualización de las demandas de memoria y justicia, reincorporando –al menos un sector de ellos– la reivindicación de la lucha política y de los ideales de sus padres desaparecidos.

Estos hechos fueron dando espacio para algunos cambios en los discursos y representaciones sociales, el menos en los sectores más sensibles al tema del pasado reciente: “el desaparecido” como figura moral de la víctima comenzó a ser revisada y empezó a recuperarse la identidad de esas víctimas en tanto actores políticos y, en particular, como militantes políticos revolucionarios. Esta ruptura con la ficción de “inocencia” se vio también estimulada por el surgimiento de una nueva serie de memorias y testimonios de víctimas de la represión que recuperaban esa experiencia represiva junto con su historia de militancia, como dos elementos indisolubles.<sup>12</sup>

IV. Hoy, ese lento proceso iniciado en los '90 parece manifestarse en un auténtica “explosión” de las memorias de la militancia po-

<sup>11</sup> Vezzetti, 2005. Sobre Scilingo: Horacio Verbitsky, *El vuelo*, Buenos Aires, Planeta, 1995; sobre Balza: Feld, op.cit.

<sup>12</sup> Sobre este nuevo momento histórico de la memoria: Sondéguer, op.cit.; Vezzetti, 2002, pp. 191-228 y 2005.

Por ejemplo: en el testimonio de las sobrevivientes de de la ESMA se relata la experiencia de militancia política como instancia determinante de la experiencia represiva vivida (Manu Actis et al., *Ese infierno*, 2001). Otros: Eduardo Anguita y Martín Caparrós, *La voluntad*, Buenos Aires, Norma, 1998; Jorge Berneti y Mempo Giardinielli, *México. El exilio que hemos vivido*, Buenos Aires, Universidad de Quilmes, 2003. Entre la filmografía reciente: *Cazadores de utopías* (David Blaustein, 1995); *Papá Iván* (María Inés Roqué, 2000); *Los rubios* (Valentina Carri, 2003); *Trelew* (Mariana Arruti, 2003).

lítica. Si el fenómeno no es nuevo, sus dimensiones actuales sí lo son. Por un lado, esto puede entenderse como una continuación del proceso de "recuerdo" que se está efectuando desde hace diez años; por el otro, también pueden verse en ello fuertes marcas de la reciente crisis del 2001 y del ciclo de la política actual. En ese sentido, la crisis del 2001 abrió no sólo un nuevo ciclo de la militancia con la aparición de nuevos actores y luchas sociales desafiando el poder político, sino que también inició una nueva reflexión sobre el lugar de la política en la sociedad. De ser un símbolo de la violencia y el desorden, para una cierta franja de la sociedad la política fue redescubierta como un espacio de transformación y un campo efectivo de la acción popular legítima. Así, en cierta medida, el conflicto violento y la falta de legitimidad política pudieron ser redescubiertos como rasgos constitutivos de la vida social y política argentina.

Por último, el cambio también parece estar vinculado con el lugar social que, material y simbólicamente, se abrió a las víctimas y protagonistas del pasado reciente desde el mismo aparato estatal, a partir del gobierno de Néstor Kirchner. La inconstitucionalidad y nulidad de las leyes previas al Indulto, el reconocimiento de la responsabilidad del Estado en la represión ilegal; la participación en altas funciones públicas de una gran cantidad de antiguos militantes políticos de los años '70 y la transformación de la ESMA en un Museo de la Memoria son políticas estatales que otorgaron otra legitimidad para que ciertas memorias fuesen escuchadas.<sup>13</sup>

Así, el contenido de las memorias en circulación parece presentar, hoy, un fuerte desplazamiento temático y temporal desde el testimonio de la experiencia represiva como eje central de lo que "debía" ser transmitido –rasgo propio de los momentos anteriores– hacia la memoria de la experiencia previa de militancia política en sí misma, como fin y como objeto del acto de recordar.<sup>14</sup> Desde posi-

---

<sup>13</sup> En su discurso de asunción el presidente Kirchner señalaba que él mismo formaba parte "de una generación diezmada, castigada con numerosas ausencias" (*Página 12*, 26/5/2003).

<sup>14</sup> Por ejemplo: Carlos Flaskamp, *Organizaciones político-militares. Testimonio de la lucha armada en la Argentina, 1968-1976*, Buenos Aires, Nuevos Tiempos, 2002; Juan Gasparini, *Montoneros. Final de cuentas*, Buenos Aires, de la Campana, 1999; Patricia Zuker, *El tren de la victoria*, Buenos Aires, Sudamericana, 2003; Adriana Robles, *Perejiles. Los otros montoneros*, Buenos Aires, Colihue, 2004; la revista *Lucha Armada*, cit.

ciones muy variables, este retorno hacia la experiencia militante como eje de lo que "debe" ser recordado se inscribe también en un proceso más vasto de redescubrimiento de la legitimidad de la política militante, transgresora y desafiante del poder constituido. Por eso, en este estallido de memorias se intuye también una voluntad de traspaso generacional que se da a nivel de la experiencia vivida y con un fuerte componente reivindicativo que establece puentes inocultables entre el ciclo político de los 70 y la situación actual:

"Y la [generación] nuestra, aquella que se ha dado en llamar, en nuestro país, '*los setentistas*' ha marcado un rumbo y tal vez, es muy difícil saberlo hoy, ha marcado un camino.

¿Qué hemos tenido para que así sea? ¿En que nos hemos distinguido para ser así?

Somos una generación de barricada y de combate.

(...)

Y somos grandes en muchos sentidos.

Grandes porque ya somos, biológicamente, maduros.

Grandes porque quisimos, supimos y pudimos dejar buena parte de nuestra generación y de nosotros mismos en el camino por lograr nuestros objetivos.

(...)

Creímos y creemos que un mundo mejor es posible, que un país maravilloso está al alcance de la mano todos los días, lo trasmitimos a nuestra sociedad y se lo hemos inculcado a nuestros hijos.

(...)

Nuestras vivencias, nuestra experiencia **debe** incorporarse al patrimonio cultural e histórico de nuestro país.

Es uno de los deberes que aun nos quedan por cumplir.

Que la amorosa gilada que nos ve como unos viejos chotos, tenga a su disposición lo que hemos vivido, para que les sirva cuando les plazca mirarlo, si algún día lo hacen."<sup>15</sup>

---

<sup>15</sup> Carta abierta de Mario Ricci a Susana Gabanelli, miembros de la Comisión de Exiliados Políticos de la República Argentina, 27/4/2005, resaltado en el original.

## La palabra interpretante

La producción intelectual y científico-académica local parece haber acompañado fuertemente estos ciclos colectivos del recuerdo y el silencio. Sin embargo, la historiografía –amparada en pruritos profesionales y en límites “técnicos”– ha estado mucho más ausente que las ciencias sociales de las discusiones sobre el pasado reciente. Sin pensar demasiado la legitimidad del tema, dejó el campo de la historia reciente en manos de las ciencias sociales y, aún antes que ellas, en manos del periodismo.

En realidad, fue justamente este último el que pudo ocupar un espacio y responder a una demanda social concreta y creciente que –a pesar de las fluctuaciones de interés– siempre se mostró curiosa del pasado. Del *Todo o nada* de María Seoane (1990) al *Galimberti* de Marcelo Larraquy y Roberto Caballero (2001), todo el período postautoritario está marcado por la aparición de obras de investigación periodística que han respondido a ciertos “¿qué?”, “¿quién?” y “¿cómo?”, mucho antes que las ciencias sociales o que la historiografía se plantearan el pasado reciente como objeto legítimo de su interés.<sup>16</sup> Si la calidad interpretativa de estas obras es variable, el interés por la reconstrucción minuciosa y la investigación documentada es característico de la mayoría y han sido un importante aporte al conocimiento de ciertos temas. El periodismo de investigación, liberado a media distancia de las exigencias de la prueba y la demostración propias del aparato formal de las ciencias sociales y la historiografía, pudo satisfacer, así, una curiosidad centrada fundamental –aunque no exclusivamente– en los “grandes hombres” y los “grandes hechos” de la historia reciente (si se nos

---

<sup>16</sup> Entre otros: Oscar Raúl Cardoso, Ricardo Kirschbaum y Eduardo Van Der Kooy, *Malvinas. La trama secreta*, Planeta, 1983; María Seoane y Héctor Ruiz Núñez, *La noche de los lápices*, Buenos Aires, Contrapunto, 1986; María Seoane, *Todo o nada*, Buenos Aires, Planeta, 1990; Claudio Uriarte, *Almirante Cero*, Buenos Aires, Planeta, 1991; Horacio Verbitsky, *Malvinas. La Tercera guerra mundial*, Buenos Aires, Planeta, 1995; Uki Goñi, *Judas: La Verdadera Historia de Alfredo Astiz, El Infiltrado*, Buenos Aires, Sudamericana, 1996; María Seoane y Vicente Muleiro, *El dictador*, Buenos Aires, Sudamericana, 2001; Marcelo Larraquy y Roberto Caballero, *Galimberti. Crónica negra de la historia reciente argentina*, Madrid, Aguilar-El País, 2001 (Norma, 2003).

permite el eufemismo...). Aspectos que, en general, la historiografía profesional –normalmente avocada a los grandes procesos y explicaciones– no supo satisfacer, dejando esa tarea para la historia de divulgación.

Aunque la correspondencia entre la producción periodística y los momentos de la producción testimonial parecen ser menores, la investigación periodística exhibe una similar preocupación por aquellos elementos íconos de la visión clásica del tema: la guerrilla, los militares, “las víctimas inocentes”. Esto puede tener una primera explicación propia del mercado editorial: la “espectacularidad” de trayectorias como las de Galimberti y Astiz o lo conmovedor de historias como “la Noche de los Lápices”. Pero puede tener también otra explicación social: en una amplia gama de esa producción el recorte parece responder fuertemente al modelo bipolar de los dos demonios, largo tiempo hegemónico para pensar el pasado reciente argentino.

En los últimos años, junto con el cambio en el espacio social, esta producción periodística dejó de estar concentrada en ciertos autores para dar lugar a una nueva explosión editorial, autoral y temáticamente más diversa. Además, el rol del periodismo ha sido innegable en la apertura de una brecha de legitimidad para la discusión pública (e incluso jurídica) de ciertos aspectos –es el caso de *El vuelo* de Horacio Verbitsky (1995)–. En ese sentido, el periodismo de investigación ha ocupado y ocupa un espacio que trasciende ampliamente la satisfacción de una demanda, antes que ello, también la modela y estimula, contribuyendo a ampliar un debate que en sus inicios se suponía preocupación exclusiva de los grupos “afectados”.

Ahora bien, si la presencia de la palabra mediática ha sido permanente, las ciencias sociales, por su parte, parecen haber efectuado un recorrido propio que respondería a intereses y lógicas específicos. Probablemente, su marca fundamental es haber acompañado el primer estallido de demandas y preocupaciones de la inmediata apertura democrática de 1983. Sin embargo, luego se observó un cierto y relativo silencio que se condice con lo observado sobre las memorias sociales en circulación y una buena parte del arco intelectual. Así, el entusiasmo democrático, junto con el contexto institucional y económico endeble de la segunda parte de los años 80, marcaron las preocupaciones contemporáneas de ciertas líneas de las ciencias sociales, volcadas a reflexionar sobre la reconstitución postautoritaria

de la sociedades argentina y latinoamericanas, la herencia de las transformaciones económicas de las dictaduras militares y el lastre profundo de las deudas externas.<sup>17</sup> Pero podría señalarse otro segundo eje de intervención clásico de estas disciplinas: los derechos humanos. Tras algunos trabajos pioneros sobre la cuestión, el tema se hizo realmente central en los '90, con el estallido de la preocupación académica por "la memoria" de los "pasados traumáticos".<sup>18</sup> De esta manera, las ciencias sociales, las humanidades y un vasto espectro de la reflexión intelectual —que incluye a algunos historiadores interviniendo como intelectuales y no específicamente como representantes de su disciplina— fueron tomando los problemas del presente vinculados a las formas del recuerdo y el olvido como temas centrales de la Argentina de los años '80 y '90. Así, proyectos de gran envergadura como el Programa "Memoria colectiva y represión" patrocinado por el *Social Science Research Council*, dirigido por Elizabeth Jelin, y algunos de los emprendimientos de la Comisión Provincial por la Memoria de la Provincia de Buenos Aires serán ejemplos centrales de esta nueva preocupación dominante. Más centrada en el análisis del presente que en las preguntas concretas por el pasado, esta eclosión de la preocupación por los procesos de la memoria y las luchas por los derechos humanos fue, y es, un problema propio de una esfera pública como la argentina, atravesada por la impunidad y por las demandas crecientes de buena parte de la sociedad. Pero la explosión de esa problemática en las ciencias so-

---

<sup>17</sup> Sobre la transición democrática: Oscar Oszlak, *"Proceso", crisis y transición democrática*, 2 vol. Buenos Aires, CEAL, 1984; Eduardo Jozami, Pedro Paz y Juan Villarreal, *Crisis de la dictadura argentina: política económica y cambio social*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1985; Saúl Sosnowski, comp., *Represión y reconstrucción de una cultura: El caso argentino*, Buenos Aires, Eudeba, 1988; José Nun y Juan Carlos Portantiero, comp., *Ensayos sobre la transición democrática en la Argentina*, Buenos Aires, Puntosur, 1987.

Sobre las transformaciones económicas: Daniel Azpiazu, Eduardo Basualdo y Miguel Khavisse, *El nuevo poder económico en la Argentina de los ochenta*, Buenos Aires, Legasa, 1986; Eduardo Basualdo, *Deuda externa y poder económico en la Argentina*, Buenos Aires, Nueva América, 1987; Jorge Schvarzer, *Martínez de Hoz: La lógica política de la política económica*, Buenos Aires, CISEA, N° 4, 1983.

<sup>18</sup> Sobre derechos humanos: María Sonderéguer, "Aparición con vida: el movimiento de derechos humanos en Argentina", en Jelin, comp., *Los nuevos movimientos sociales*, CEAL, 1985; Acuña et al., cit.

ciales también puede adjudicarse a un movimiento interno al campo intelectual. Así es clave el fuertísimo impulso dado por la explosión mundial del tema de la memoria. También con ciertas características de "moda", a nivel mundial se manifestó en nuevas políticas públicas y especialmente en la creación de sostenes y vectores de esa memoria en torno a la Shoá,<sup>19</sup> y en un enorme flujo de producción intelectual, especialmente en Alemania, Estados Unidos y Francia.<sup>20</sup> Reconocer este impulso externo dado a las investigación sobre el pasado reciente en la Argentina parece imprescindible para inscribir nuestras propias preocupaciones en problemáticas y momentos mundiales del pensamiento político y académico, evitando ciertas lecturas reduccionistas o autocentradas.<sup>21</sup>

Los tardíos años 90 en la Argentina resultan así caracterizados por la explosión de una palabra testimonial rememorante y la irrupción paralela de una palabra interpretante que comenzó a hacer de ese fenómeno contemporáneo su propio objeto de estudio. Mientras este ciclo parecería alcanzar su apogeo, la preocupación por la memoria tenía como efecto colateral relegar y ocultar la pregunta por el pasado concreto que los actores y movimientos estudiados insistían en recordar. Pero es ahora, desde mediados de los 2000, que el ciclo de la memoria que monopolizó las preocupaciones intelectuales parece estar dejando paso a las preguntas específicas sobre el pasado. Con ello, nuevas investigaciones, publicaciones y espacios institucionales en todos los ámbitos disciplinares empiezan a reconocer el pasado reciente (el período dictatorial y los años previos) como un objeto de estudio legítimo.

Por su parte, a grandes líneas, la historiografía ha estado hasta ahora bastante ausente del problema, ignorando –en su mayor par-

---

<sup>19</sup> Por ejemplo, la profusión mundial de museos y memoriales o el Proyecto "Survivors of the Shoá" de Steven Spielberg.

<sup>20</sup> Son obras centrales, entre otras: Dominick LaCapra, *History and Memory after Auschwitz*, Ithaca y London, Cornell University Press, 1998; Pierre Nora, dir., *Les lieux de mémoire*, París, Gallimard, 1984-1992; Paul Ricoeur, *La mémoire, l'histoire, l'oubli*, París, Éditions du Seuil, 2000; Tzvetan Todorov, *Les abus de la mémoire*, París, Arlea, 1995.

<sup>21</sup> Por ejemplo, Vezzetti (2005, p. 49) explica que la militancia de los '70 en la Argentina pensaba en términos de ideología y no de memoria. Es importante no olvidar que la memoria era una preocupación que no existía en el mundo en aquellas décadas. Se trata de un fenómeno absolutamente nuevo y propio de este fin de siglo carente de otros proyectos a futuro.

te— ese pasado inmediato como horizonte de problemas históricos y considerando que éstos sólo llegaban hasta el peronismo o, en el mejor de los casos, hasta los golpes de Estado de los '60. Si bien algunas narrativas historiográficas ya habían intentado dar cuenta del terrorismo de Estado o del ciclo de violencia política y social de los '70,<sup>22</sup> para la corporación historiográfica el pasado reciente fue, en general, considerado “técnicamente” no abordable. Los argumentos iban desde la falta de una distancia histórica suficiente —“no han pasado aún 30 años” se solía escuchar en los ámbitos profesionales—, al “recalentamiento” de esa historia en la Argentina actual, la falta de fuentes escritas y la poca confiabilidad de las fuentes orales. Así, una serie de restricciones metodológicas cercanas a una concepción positivista de la disciplina se ponían por delante de dificultades más profundas, cuyas raíces parecen ser tanto emocionales como políticas. Si las dificultades de las fuentes existen —no se trata de transformar a la historia oral en sustituto de todo otro método historiográfico—, si el “recalentamiento” del tema en la sociedad actual también —no se trata de sostener el modelo de un historiador frío capaz de congelar su objeto—, la cuestión debería ser cómo el investigador se enfrenta a estas dificultades, sin anteponerlas como obstáculos “científicos” imposibles de franquear.

A pesar de ello, la actual explosión de la preocupación por el pasado reciente parece estar llegando fuertemente a la historia, que comienza a abordarlo en tanto objeto de estudio sistemático, en un movimiento veloz cuyas explicaciones son tanto macro como micropolíticas, sociales como académicas. Este se produce cuando, a nivel general, puede apreciarse un doble deslizamiento, temporal y temático, en el abordaje de la cuestión. En su conjunto, las ciencias sociales, la historia, el periodismo y el interés público se han ido deslizando de las preguntas por la memoria a la historia misma del pasado reciente, del período represivo al ciclo de la militancia políti-

---

<sup>22</sup> Por largo tiempo el único relato historiográfico que integraba el período dictatorial fue el de Luis Alberto Romero, *Breve Historia de la Argentina contemporánea*, Buenos Aires, FCE, 1993; y para el período inmediato anterior Tulio Halperin Dongui, *La larga agonía de la Argentina peronista*, Buenos Aires, Ariel, 1994. Recientemente dos cientistas sociales han escrito el primer relato específico sobre el tema: Marcos Novaro y Vicente Palermo, *La dictadura militar 1976-1983. Del golpe de estado a la restauración democrática*, Historia Argentina Tomo 9, Buenos Aires, Paidós, 2003.

ca de los años '60-'70, de sujetos pasivos estudiados como víctimas del aparato represivo a sujetos concebidos como actores políticos y sociales. Por eso, tanto las preocupaciones de orden ideológico vinculadas a la aparición de nuevos sujetos sociales portadores de reivindicaciones de cambio en la Argentina de hoy, como el paralelo e interconectado estallido de las memorias de la militancia de ayer en la esfera pública argentina de hoy, han ido reorientando las preocupaciones de buena parte de los historiadores jóvenes.

Por otra parte, en términos de la micropolítica de la corporación historiadora, el cambio es también generacional: son en general quienes hoy tienen entre 25 y 35 años –y menos jóvenes también– los más volcados sobre este objeto de estudio. Pero con el aditivo de que ellos –nosotros– inician su vida profesional descubriendo un momento histórico que una gran parte de sus predecesores evitaron en tanto objeto de estudio sistemático, y que ahora pueden esgrimirlo como una preocupación propia y nueva que legitima su propia lucha dentro del campo historiográfico. Por otra parte, es innegable –y es necesario decirlo– para ellos –para nosotros–, por muy reciente y candente que pueda ser, esa historia forma parte de un tiempo experiencialmente *pasado*, aunque no por ello menos propio. Así, también puede intuirse en la renovación temática de las nuevas generaciones, un movimiento que responde a una lógica interna del campo académico, marcada por la percepción de un cierto agotamiento de las miradas y prácticas de los sectores historiográficos hegemónicos de las últimas décadas.

Por su parte, para estos últimos –los protagonistas de la profesionalización de la historiografía argentina de los años '80 y '90–, esa historia reciente fue su *presente*. Hoy, este sector historiográfico comienza a interesarse mucho más activamente en ese *pasado-presente* porque el problema interpela desde el espacio público y resulta ineludible. Pero sus intervenciones se hacen mayoritariamente a partir de reflexiones intelectuales, epocales y generacionales –a veces muy incisivas– que, sin embargo, no abordan el tema como objeto de estudio profesionalizado. Así, proyectadas un siglo hacia atrás en el tiempo, las preguntas por la construcción del Estado-Nación, la ciudadanía, la violencia, la institucionalidad democrática, respondieron por largo tiempo a interrogantes que, hechos al presente cercano, resultaban imposibles de saldar.<sup>23</sup>

Sin caer en los lugares conocidos –y no por eso menos ciertos– de que toda historia es historia presente, esta situación generacional nos remite a antiguas preguntas: ¿se puede hacer historia del propio pasado? ¿se puede mirar distanciadamente la propia historia, las propias opciones y compromisos? La historiografía, siempre tan reñida de los pruritos de objetividad, respondió largamente que no. Sin embargo, trabajos brillantes como el de la socióloga Pilar Calveiro o tan estimulantes como el de Tulio Halperin Donghi sobre la Argentina del último peronismo parecen mostrar que la respuesta no se salda fácilmente recurriendo a las lógicas disciplinares. Antes, más bien, parecería que las dificultades se originan en las características de ese pasado y en el tipo de interpelaciones que eso plantea para quienes ese pasado fue también su presente. La misma dificultad de revisar lo actuado que muestra la izquierda argentina, junto con las secuelas del dolor de una generación diezmada, parecen manifestarse en el relativo silencio profesional y académico de buena parte del campo historiográfico hasta años recientes. No creemos que esto pueda explicarse sólo a partir de interpretaciones fáciles en clave de conspiración política que gustan a cierta izquierda vernácula, antes que eso creemos que las dificultades generacionales derivadas del marco experiencial son un factor determinante en la dificultad de hacer del pasado reciente un objeto de estudio. Y este límite no debería ser omitido en nuestro análisis de la situación historiográfica.

### **El momento actual: temas, interpretaciones, agendas pendientes**

Dos preocupaciones caracterizan, a nuestro entender, el actual redescubrimiento del pasado cercano por las ciencias sociales y la historiografía: la militancia de los años '70 y el problema del consenso y de la responsabilidad civil frente a la dictadura. En ambos casos se trata de inquietudes antiguas, ya planteadas por otros científicos sociales en la inmediata apertura democrática. Es el caso, por ejemplo, de los trabajos incisivos de Claudia Hilb y Daniel Lutzky (1984) sobre la nueva izquierda de los años 60 a 80 (algunos de cuyos

---

<sup>23</sup> Sobre este tema en la historiografía argentina: Hilda Sabato, "La historia en fragmentos. Fragmentos para una historia", *Punto de Vista*, n° 70, 2001, pp. 4-48.

elementos se venían discutiendo en *Controversia*, la revista del exilio intelectual en México) o de Juan Corradi (1982) y Guillermo O'Donnell (1987) sobre el miedo y el consenso.<sup>24</sup>

Sobre la militancia, tema fácil de materializar como objeto de investigación a través de fuentes escritas y testimonios orales, se observa hoy una explosión del estudio de las diversas corrientes de la izquierda, del peronismo y de otros actores sociales del movimiento contestatario de aquellos años. Si el movimiento general, concentrado en historiadores jóvenes, puede observarse en la multiplicación de instancias específicas de discusión de estos temas, las aproximaciones varían entre los intentos de abordaje crítico –con distintos grados de empatía con el objeto– hasta las narrativas de carácter heroizante que adolecen de una cierta pobreza analítica o una mirada fuertemente sesgada por el propio vínculo con el tema, ideológico y emotivo a la vez. Por otra parte, es necesario señalar que hay una serie de trabajos historiográficos pioneros, que antecedieron fuertemente la explosión actual, pero que siempre fueron relegados como “historiografía militante”. El problema no es su alineamiento ideológico, sino que buena parte de ellos se caracteriza –a pesar de sus intenciones de crítica explícitas– por la misma falta de distancia con el objeto y una narrativa de tono épico que termina confundiendo las propias interpretaciones del historiador con el discurso de los actores.<sup>25</sup>

---

<sup>24</sup> Juan Corradi, “La cultura del miedo en la sociedad civil: reflexiones y propuestas”, en Isidoro Cheresky y Jacques Chonchol, comps., op.cit.; Guillermo O'Donnell, “Democracia en la Argentina: *micro y macro*”, en Oscar Oszlak, comp., “Proceso”, crisis y transición democrática/1, Buenos Aires, CEAL, 1987; Claudia Hilb y Daniel Lutzky, *La nueva izquierda argentina: 1960-1980*, Buenos Aires, CEAL, 1984. En *Controversia*, n° 1 al 6, 1979-1981, México.

<sup>25</sup> Por ejemplo: “El PRT-ERP fue una experiencia excepcional que desafió al capitalismo en la Argentina.

(...) No sólo generó una simpatía en amplios sectores de la población, sino que en este intento obligó a todos los sectores políticos a definirse en torno a la cuestión del poder y del socialismo. Por primera vez en la historia argentina se intentó una alternativa de poder revolucionario para la clase obrera. (...) La inmadurez del movimiento y del salvajismo del terrorismo de estado se combinaron para ahogar en sangre este esfuerzo, pero no antes de dejar asentada en la conciencia histórica de la clase obrera argentina numerosas experiencias y en la conciencia de la burguesía argentina la sensación de que la revolución social había estado cercana.” En Pablo Pozzi, *Por las sendas argentinas. El PRT ERP, la guerrilla marxista*, Buenos Aires, Eudeba, 2001, p.19 y

Otro sector de la historiografía, de formación reciente y mirada menos complaciente, también se ha abocado a los problemas de la militancia política recogiendo las nuevas líneas temáticas y epistemológicas de la crisis postestructuralista de las ciencias sociales y las preocupaciones políticas heredadas de la crisis de los paradigmas políticos tradicionales. Así, esta línea estudia críticamente las representaciones de época, las subjetividades militantes y los paradigmas ideológicos –el imaginario revolucionario y bélico, el valor de la violencia y el voluntarismo, el foquismo– y, en algunos casos, el problema de la responsabilidad por el desencadenamiento del terrorismo de Estado.<sup>26</sup> El grado de apertura de este arco es grande y en progresión, sin embargo, la incomodidad que plantean ciertas preguntas se advierte claramente cuando la pregunta por la responsabilidad puede ser percibida por ciertos sectores militantes, o cercanos a los organismos de derechos humanos o aún de investigadores, como una puesta en duda de la condición de víctimas de los militantes frente al terrorismo de Estado y se responde enarbolando el sufrimiento como único valor y límite de todo análisis. O cuando las observaciones sobre cierta “pobreza política” de las organizaciones, su nivel de desconocimiento, de improvisación o de descuido frente a la vida de sus militantes son respondidas con el descargo por “la juventud de la militancia argentina” o la defensa de la utopía y de los ideales revolucionarios como únicos valores trascendentes.<sup>27</sup>

---

pp. 414-415. Desde un ejercicio intelectual opuesto, también el trabajo pionero de Richard Gillespie, *Soldados de Perón. Los montoneros*, Buenos Aires, Grijalbo, 1987.

<sup>26</sup> Por ejemplo, Vera Carnovale, “El concepto del enemigo en el PRT-ERP”, *Lucha armada*, op.cit., pp. 4-11; o los trabajos de Alejandra Oberti y Eva Rodríguez en el dossier “Militancia y vida cotidiana en los 60/70”, *Políticas de la memoria*, n° 5, 2004-2005, CEDINCI.

<sup>27</sup> A modo de ejemplo, como justificación parcial del militarismo de *Poder Obrero* (OCPO) en un artículo reciente se lee: “No fue en 1973 cuando esa impotencia nos arrastró al holocausto, sino hacia finales de 1975, cuando toda nuestra inexperiencia y nuestro tremendismo revolucionario quedaron al desnudo a un costo terrible. En nuestro descargo, cabe alegar que poquísimos dirigentes superaban los 30 años de edad. Ni la izquierda revolucionaria socialista (...) pudo procesar acabadamente una nueva concepción de la construcción política.” (Dardo Castro y Juan Iturburu, “Organización Comunista Poder Obrero”, *Lucha Armada*, cit., p.109.)

Sobre el problema del consenso y la responsabilidad de la sociedad civil, historiadores y científicos sociales han señalado repetidamente la necesidad imperiosa de su abordaje, pero sólo ahora el tema comienza a plasmarse en investigaciones sistemáticas. Esta demora se debe, en cierta medida, a la dificultad de asir en objetos empíricos un problema tan complejo; pero, también, a lo difícil de enfrentarse empíricamente a la pregunta por la responsabilidad, cuando eso podría ser visto como un desplazamiento del rol del investigador hacia el de juez. Además, cuando el tema aparece referido a la responsabilidad de la militancia, para muchos investigadores menos jóvenes las preguntas interpelan directamente la propia experiencia vivida, el propio sufrimiento, las sensaciones de "fracaso", "derrota" o, incluso, de rechazo frente a lo actuado. Así, el tema puede generar interpelaciones profundas que no siempre hay disposición para hacerse, privada o públicamente. El problema puede resultar, entonces, imposible de abordar.

Un ejemplo de la complejidad de esta cuestión es el polémico ensayo de H. Vezzetti, *Pasado y presente*. El autor discute el problema de la responsabilidad cuestionando la representación bipolar clásica del terrorismo de Estado y la posición cómoda de una sociedad refugiada tras la "teoría de los dos demonios".<sup>28</sup> Tal vez uno de los objetivos claves del libro sea mostrar los imaginarios bélicos, antidemocráticos y violentos como un universo compartido por la militancia revolucionaria y las fuerzas armadas y cómo la primera fue reduciendo su accionar político a una forma de terrorismo. El problema es esencial y debe ser discutido; sin embargo, el planteo puede producir el efecto de volver sobre viejas imágenes demonizantes o sobre una nueva bipolarización analítica que coloque a ambos actores colectivos por encima de la sociedad civil –aunque ahora sea una sociedad redescubierta y responsable–. Ello puede derivar, en última instancia, en la responsabilización de la militancia política por el desencadenamiento de la masacre. A pesar de la dificultad para el abordaje del tema, el planteo de Vezzetti ha dado espacio a preguntas de trabajo esenciales y hay varias investigacio-

---

<sup>28</sup> Vezzetti, 2002. También: Pilar Calveiro, *Poder y desaparición*, Buenos Aires, Colihue, 1998; Eduardo L. Duhalde, *El Estado Terrorista Argentino. Quince años después, una mirada crítica*, Buenos Aires, Eudeba, 1999. Desde otro ángulo: Hugo Quiroga, *El 'Proceso': confluencias entre civiles y militares 1976-1983*, Rosario, Fundación Ross, 1989.

nes en curso que están abordando el problema de los imaginarios bélicos de los grupos armados o las representaciones de la violencia en la sociedad argentina en general. De cualquier manera, el problema es delicadísimo y los límites son extremadamente delgados para todo investigador que aborde la cuestión críticamente.

Si desde nuestra óptica este es el panorama actual y si la nueva eclosión del tema en el campo historiográfico es bienvenida, resta la sensación de que los marcos temáticos y las agendas de problemas siguen estando algo constreñidas por los límites del universo explicativo del pasado reciente forjados en los primeros años post-autoritarios. Así, las actuales líneas de investigación, siguiendo la curva del movimiento en la esfera pública, parecen conservar un interés polarizado por ciertos emblemas del pasado traumático, aunque sea un interés ampliado, desplazado en el tiempo y políticamente transformado. Así, se ha agrandado el listado de víctimas para incorporar presos políticos y exiliados; se los ha descubierto a todos ellos –crítica o épicamente– como actores políticos y militantes; se han incorporado otros tramos de la historia represiva como la Triple A y la represión durante el último peronismo; se están estudiando las matrices del pensamiento y acción militares; se están repensando los imaginarios previos, compartidos y de larga data que explican la acción de unos y otros... pero son siempre "unos" y "otros".

Esto no significa que esos marcos estén caducos o agotados, por el contrario conservan toda su vigencia y la mayoría de sus aspectos están aún por estudiarse, pero creemos que esta polarización entre el análisis del Estado dictatorial (y casi exclusivamente en torno a sus prácticas represivas e ideologías) y las organizaciones políticas (y casi exclusivamente en torno a la historia de los grupos, imaginarios y acciones) puede llevarnos a olvidar otros aspectos también necesarios de profundizar –aunque algunos hayan sido abordados parcialmente– para construir una imagen compleja del período. En este sentido, varios autores ha planteado la necesidad de investigar el universo de los trabajadores durante la dictadura militar;<sup>29</sup> a ello se suman otros temas como las relaciones entre trabajadores y organizaciones revolucionarias desde los años '60; el "Rodrigazo" y las políticas socio-económicas del período; las estra-

---

<sup>29</sup> Por ejemplo, Federico Lorenz, "Pensar los setenta desde los trabajadores", *Políticas de la memoria*, cit., p.19-24.

tegas empresariales frente a los trabajadores; las continuidades entre el período represivo peronista y el período dictatorial; la participación civil y de ciertos grupos de intereses –no sólo económicos– en el proyecto militar; el funcionamiento del aparato administrativo estatal bajo el gobierno militar; el funcionamiento de ciertas esferas como el sistema educativo y judicial bajo la represión; la guerra de Malvinas; las relaciones internacionales de la dictadura; las posiciones y estrategias de los partidos y sindicatos tradicionales y la reestructuración en torno a la Multipartidaria; la transición postautoritaria; enfoques comparativos según regiones del país y sectores sociales. La lista podría ser mucho más extensa y creemos que se irá completando en la medida en que el pasado reciente como objeto de estudio encuentre su propio espacio de legitimidad fuera de ocasionales “modas” y pueda plantearse sus propios y específicos problemas éticos, metodológicos y políticos.

Por otra parte, más allá de la ampliación temática y focal, creemos que hay al menos dos problemas distintos, pero interconectados, que también merecerían ser considerados. En términos generales, se trata de la necesidad de aceptar profesional y políticamente el lugar en el que, como historiadores, *inevitablemente* nos pone este nuevo objeto de estudio, y con ello, aceptar la necesidad de escapar a la complacencia (cualquiera sea su signo ideológico) que atraviesa buena parte de nuestra investigación actual. Por un lado, y exceptuando algunas intervenciones aisladas, creemos que sigue faltando una reflexión sobre la especificidad del objeto y sobre el rol del investigador frente a ello. No se trata de reflexionar sobre la especificidad de la dictadura o de su memoria, sino qué significa trabajar esos temas y en qué posición coloca eso al historiador como el productor de conocimiento que es. Cualquiera sea su edad y posición en el campo profesional, el historiador no debería escapar a la reflexión sobre las condiciones que hacen posible su discurso y el lugar desde donde éste es emitido, asumiendo que su lugar no es el de sus testigos, ni el de un rescatador de memorias, ni tampoco el de un juez; su lugar es el de la interpretación y eso implica, necesariamente, la toma de distancia frente al objeto y los riesgos de establecer esta distancia. No hay relato histórico que pueda devolver la singularidad de la experiencia o del sufrimiento vivido por cada uno de nuestros testigos, y esa tampoco es la función específica de la historia.<sup>30</sup> Sólo hay historia cuando no se teme a la polémica –aún si

eso confronta con la memoria de las víctimas— y se aceptan los riesgos políticos que eso implique. Porque aceptar ese lugar profesional no es despolitizar nuestro rol, ni volverlo a la torre de marfil, sino aceptar lo político del propio trabajo. A su vez, eso sólo puede hacerse mientras se conserve el absoluto respeto por quienes esa historia es su propia vida y, en muchos casos, llevan décadas de dolor o silencio. Si la vigilancia epistemológica es necesaria ante cualquier objeto de estudio, en el caso de la historia reciente es una condición de posibilidad. Creemos que mientras no se asuma lo político de la posición de producir conocimiento en este campo, mientras no se parta de una posición ética definida —una ética humana pero también una *ética profesional*— frente al pasado doloroso y sus testigos, no hay conocimiento crítico posible.<sup>31</sup>

En ese sentido, como segundo problema específico, creemos que a la producción profesional sobre el pasado reciente le faltaría mirar sin tanta complacencia algunos temas “sagrados”. Es el caso, por ejemplo, de los derechos humanos y, en menor medida, la democracia. Siendo el primero el valor más perdurable que sostuvo las luchas contra el autoritarismo militar y que simboliza el sufrimiento de un lado y la barbarie del otro, es entendible la dificultad para correr el velo y mirar detrás del símbolo. Hacerlo no significa relativizar su valor o el de los actores sociales que sostuvieron esas luchas. Se trata más bien de no permitir que el peso simbólico y material que tienen en la sociedad argentina los derechos humanos —y en toda la sociedad occidental— funcione como un velo que impida hacerse otras preguntas más incómodas y menos complacientes. ¿Los sectores militantes dejan de ser víctimas del terrorismo de Estado si nos interpelamos sobre el sentido trascendente que la política de derechos humanos adquirió para ellos, obstaculizando muchas veces toda discusión política? ¿Ponemos en cuestión su rol de resistencia a la dictadura o el enorme rol jugado en las dos décadas posteriores en la lucha contra la impunidad si damos cuenta de las luchas internas entre las organizaciones de derechos humanos o las mezquindades de algunas de ellas?

Un problema similar se plantea con la democracia. Como eje en el que se anudaron todas las esperanzas y aspiraciones del proceso

<sup>30</sup> Traverso, op.cit..

<sup>31</sup> Sobre el lugar político del historiador, Federico Lorenz, “La memoria de los historiadores”, *Lucha Armada*, cit., pp. 64-70.

postautoritario, la democracia se transformó, en buena medida, en la grilla de interpretación y condena del pasado reciente, tanto del militar como del militante y, en ese sentido, también se transformó en una grilla de carácter hasta prescriptivo para el análisis profesional, a partir de la búsqueda y caracterización del funcionamiento del sistema político y de los movimientos políticos según su ajuste o no al modelo democrático. Por ejemplo, L. A. Romero, en su *Breve historia de la argentina contemporánea*, haciendo referencia a la movilización social de los años '60, señala: "Convertida en parte de una máquina de guerra, la movilización popular fue apartada de la alternativa democrática y llevada a dar en otro terreno el combate final".<sup>32</sup> En esta interpretación la determinación de *a priori* ideológicos sobre las sendas "correctas" conduce el análisis por vías que impiden la comprensión de ciertos fenómenos: ¿qué valor previo tenía la democracia y el juego cívico-institucional como experiencia y forma de conciencia política en la sociedad argentina? Así, en ciertos casos, la transformación de la democracia en un valor absoluto impide la evaluación del peso de la experiencia concreta de su relativa ausencia durante muchas décadas y, a la vez, prefigura la dificultad de comprensión del peso de los imaginarios y proyectos concretos de transformación revolucionaria para los movimientos políticos de aquellos años.

Hay que señalar que esto tampoco es un movimiento estrictamente local: la desaparición de propuestas colectivas transformadoras que sufrió el progresismo mundial redundó en un "redescubrimiento" de la democracia, como panacea política para unos o el mejor consuelo para otros. Más que una clave de interpretación argentina, el problema tiene envergadura mundial, pero eso no debiera relajar nuestra atención al respecto ni nuestros propios enfoques analíticos. No obstante, esto debería matizarse señalando que en el caso argentino, hoy, como resultado de la evidencia catastrófica de todo aquello que la democracia no pudo resolver y de la deriva global que no pudo evitar, comienzan a escucharse matizaciones y puestas en cuestión de ese "valor supremo".<sup>33</sup>

Para quienes exigen la politización de la historia o la intelectualización de la figura del historiador, es evidente que el actual "mo-

---

<sup>32</sup> Romero, op.cit., p. 268.

<sup>33</sup> Cfr., por ejemplo, Duhalde, 1999; Vezzetti, 2005.

mento presentista"<sup>34</sup> de las sociedades occidentales y la asunción de nuestra historia reciente como objeto de estudio nos está imponiendo ese giro forzosamente. Creemos que la verdadera politización consiste en no escabullir la responsabilidad frente a la sociedad y sus preguntas, interrogarse lo que todavía resulta incómodo de escuchar y hacerlo desde la profesionalidad de la tarea, no desde la politización complaciente, que es siempre la más sencilla.

<sup>34</sup> Según François Hartog, *Régimes d'historicité. Présentisme et expériences du temps*, París, Seuil, 2003.

## PERFILES

---

### JEAN-PAUL SARTRE (1905-1980)

OMAR ACHA Y HERNÁN CAMARERO

**E**xisten buenas razones para iniciar con este intelectual francés la serie "Perfiles" de nuestra revista: 2005 es un año de aniversarios sartrianos. Nos hallamos a un siglo de su nacimiento, ocurrido en París un 21 de junio, y a 25 años de su muerte, sobrevenida en la misma ciudad un 15 de abril. Asimismo, resulta interesante recordarlo, estamos a seis décadas desde que, en octubre de 1945 y también en París, pronunciara su famosa conferencia "El existencialismo es un humanismo", mientras lanzaba el primer número de *Les Temps Modernes*, acontecimientos que lo catapultarían desde los cafés de Saint-Germain-des-Près al conocimiento masivo de su figura y de sus posiciones filosóficas, políticas y literarias. Esas tres fechas, 1905, 1945 y 1980, constituyen los límites e hitos que enhebran una vida compleja y fascinante, hasta cierto punto, difícil de capturar como objeto de análisis.

### Siluetas de un hombre de ideas, de letras y de acción militante

Lo primero que seduce de Sartre es esa multiplicidad tan vasta de asuntos y campos de interés en los que discurrió desde su oficio de escritor, una labor frenética en la que casi disolvería su vida de animal pensante. En efecto, desde que hacia fines de los años veinte y principios de los treinta el joven filósofo egresara de la prestigiosa École Normale Supérieure y comenzara su experiencia como profesor de liceos (época en la que se vincularía con una camada de destacados intelectuales como P. Nizan, R. Aron, D. Lagache, G. Canguilhem, M. Merleau-Ponty y S. de Beauvoir), y hasta poco antes de su muerte, medio siglo después, Sartre fue afectado por una verdadera compulsión por escribir. Del mismo modo que desde su infancia había sido capturado por la obsesión de la lectura, tal como evocara en 1963 en su obra autobiográfica *Las palabras*. El resultado fue un corpus disperso y polifónico de textos que, alcanzando una difusión pública extraordinaria, pudieron navegar por las más diversas aguas: la filosofía, el psicoanálisis, la crítica literaria, la estética, la teoría social, el ensayo sociológi-

co e histórico, la novela, el teatro dramático, la crónica periodística y el texto político. La ambición era conocer todo lo atinente al hombre, y en su totalidad.

Un examen de sus escritos revela esta vastedad de temáticas y disciplinas, que derivó en una hibridez y heterogeneidad de objetos de análisis. En búsqueda de una precisión sobre el concepto de contingencia y profundamente impactado por la fenomenología de Edmund Husserl, se instaló durante casi un año en Berlín, para luego escribir sus primeros textos filosóficos. Así, desde *La imaginación*, *La trascendencia del ego*, *Bosquejo de una teoría de las emociones* y *Lo imaginario. Psicología fenomenológica de la imaginación* (obras publicadas entre 1936 y 1940), definió sus herramientas y argumentaciones teóricas que sostendrán su visión del mundo. Allí reconocía su deuda en la perspectiva fenomenológica por haber "devuelto el hombre al mundo", por haber "devuelto todo su peso a sus angustias y a sus sufrimientos, también a sus rebeldías", al tiempo que desde una lectura de M. Heidegger descubriría los conceptos de historicidad y autenticidad. En 1943 publicaba su primera gran obra filosófica (que no dejaba de contener formas literarias), *El ser y la nada. Ensayo de ontología fenomenológica*, cuyas posiciones llegaron en 1946 a un público más extenso con *El existencialismo es un humanismo*. Las tesis allí expuestas marcarían toda una época, y girarían en torno a la idea de libertad humana: el ser humano debe crearse su propia esencia, arrojándose al mundo y luchando en él, y así es como se va definiendo poco a poco, y por ello, la angustia es la condición y no un obstáculo a la acción; el ser humano no puede contar con nada más que consigo mismo, pues está sólo y abandonado en la tierra en medio de sus infinitas responsabilidades, sin otra meta y otro destino que las que se dará a sí mismo. En otros términos, está condenado a ser libre. Desde entonces, el existencialismo se presentó como una doctrina de acción, pues venía a decirle al sujeto que es sólo en ella donde debe fundar todas sus esperanzas. Resulta imposible separar estas concepciones del concepto de compromiso y de la experiencia militante que Sartre asumiría hasta sus últimos días. Recién en la posguerra se operó en Sartre un descubrimiento más pleno de Hegel y de Marx. La voluminosa y monumental *Crítica de la razón dialéctica*, aparecida en 1960 (su segunda parte se publicaría póstumamente, en 1985) fue la obra más relevante en donde Sartre pudo ajustar su visión del marxismo, al que concebe como la filosofía insuperable de nuestra época. Allí fundamenta por qué es el existencialismo el que puede sacar al marxismo de su estado reificado y rehacerlo dialéctico. En pos de establecer la legitimidad de la Razón dialéctica, estudiando al objeto humano en la totalidad sintética de sus significados, ofrece un tratado de sociología en donde esboza una teoría de los conjuntos prácticos e intenta una teoría de la historia.

Por otra parte, en paralelo con la filosofía, Sartre comenzó tempranamente a incursionar en la literatura, bajo la ambición de restaurarla en su contexto histórico y su función social, sintonizando con la tradición de Hugo y Zola. Ya desde poco antes de la guerra mundial sus primeras "novelas filosóficas" escandalizaron a la opinión pública conservadora con sus motivos marginales y "moralmente licenciosos", y le confirieron un nombre en el campo de la narrativa francesa con su figura de escritor bohemio, solitario y "maldito". En efecto, mientras incursionaba en artículos de crítica literaria referidos a la obra de Faulkner, Dos Passos, V. Woolf, Joyce y Huxley (que lo influenciaron en su técnica del monólogo interior y del descubrimiento del inconsciente), pudo editar, entre 1938 y 1939, *La náusea* y *El muro*, al tiempo que daba vida a las páginas que unos años más tarde constituirían los tres volúmenes de su novela en serie titulada *Los caminos de la libertad*, que se sumarían a otras dos publicadas en la inmediata posguerra: *La suerte está echada* y *El engranaje*. En tanto, sus originales e incitantes obras y adaptaciones teatrales se fueron sucediendo una tras otra, especialmente durante las décadas del cuarenta y cincuenta; así, *Las moscas*, *A puerta cerrada*, *Muertos sin sepultura*, *La puta respetuosa*, *Las manos sucias*, *El Diablo y Dios*, *Kean*, *Nekrassov*, *Los secuestrados de Altona* y *Las troyanas*, lo proyectaron como un intelectual de inédita repercusión en el mundo del arte, siempre desde una perspectiva crítica, antiburguesa y antiautoritaria que pretendía arrasar las convenciones sociales y las jerarquías artificiales. Asimismo, tanto sus breves como increíblemente voluminosos escritos sobre Ch. Baudelaire, J. Genet, S. Mallarmé, F. Kafka, P. Nizan, A. Gide, A. Camus o G. Flaubert, entre tantos otros, fueron ofreciendo ejemplos posibles de cómo hacer biografía y crítica literaria. Terreno, este último, sobre el que ofreció un modelo de análisis en *¿Qué es la literatura?*, un texto sostenido sobre una pregunta hoy considerada imposible, pero que tanta influencia ejerció durante los años cincuenta; por ejemplo, en el proyecto de la revista argentina *Contorno*, especialmente en la idea de "literatura comprometida".

Pero la producción escrita de Sartre también una enorme cantidad de prólogos y prefacios a obras de otros autores, reseñas de libros, artículos sobre música y artes plásticas, conferencias, reportajes, cuadernos de notas personales, cartas, relatos de sus innumerables viajes por el mundo. Los diez tomos de *Situaciones* (mayoritariamente destinados a temas de literatura y política), dan cuenta de algunas de éstas y de otras elaboraciones dispersas. Más allá del aporte puntual de cada texto, esas varias miles de páginas (que, sintomáticamente, sólo pudieron escribirse por alguien que estaba situado afuera del sistema académico) nos resultan interesantes por

lo que expresan como proyecto intelectual. De tantas otras posibles formas este proyecto puede ser entendido como un intento de diálogo entre las disciplinas, en contra de la parcialización, la fragmentación y la especialización abusiva del conocimiento, es decir, un pensamiento hostil a compartimentar las formas de estudiar el hombre y la sociedad, siempre a partir de colocar la mirada en el sujeto y desde el sujeto. Por supuesto, señalar esto no significa ignorar que su edificio conceptual e interpretativo contenía muchas debilidades, aporías y limitaciones. Por ejemplo, esa creatividad literaria y esa imaginación filosófica tan extraordinarias terminaron alejándolo de lecturas, investigaciones y estudios más rigurosos y metódicos. El estructuralismo comenzó a apuntar hacia esas falencias desde los años sesenta y, por cierto, Sartre se mostró desinteresado y/o impotente para refutar esos señalamientos. Ese agotamiento teórico sería contestado con la acción y el compromiso militante.

Por ello, resulta útil explorar las dimensiones del Sartre político. Sin duda, sus posiciones discurrieron sobre cierta inclasificación: un izquierdista militante que se colocaba como autónomo de las organizaciones partidarias (y, en buena medida, también del movimiento obrero); un socialista que no homologaba completamente esa condición a la del marxismo, con quien mantuvo relaciones complejas, de atracción y de distanciamiento. Su evolución política fue permanente a lo largo de medio siglo, aunque ésta nunca dejó de enmarcarse en un socialismo anticapitalista. En los años treinta, adhirió a posturas genéricamente libertarias pero reacias a un compromiso militante activo. Tras el inicio de la guerra y durante la ocupación alemana, encaró experimentos organizativos propios, que resultaron tan creativos como efímeros e inconducentes. El primero de ellos fue el grupo *Socialisme et Liberté*, en 1941, que cumplió un pequeño papel en la historia de la resistencia parisina al nazismo; el segundo fue el proyecto de partido denominado *Rassemblement Démocratique Révolutionnaire*, en 1946. Fracasados estos intentos, su mayor y más exitosa apuesta política desde aquellos años fue *Les Temps Modernes*, que fundó y dirigió durante más de treinta años. Verdadero acontecimiento periodístico, teórico y cultural, esta revista mensual (cuya experiencia nos inspira en tantos sentidos) pudo proyectarse como laboratorio y difusor de ideas y posicionamientos en todos los campos. Un lugar en donde el filósofo existencialista logró agrupar a decenas de intelectuales y discípulos. Quizás, se trató del auténtico "partido Sartre", que comenzó su derrotero en Francia abriéndose espacio entre las culturas católica y marxista (como enemigo del gaullismo y adversario del PCF), para luego ubicarse como una usina que pretendía complementar teóricamente el accionar de la izquierda política y social.

Durante los primeros años cincuenta, con el objetivo de apoyar y acercarse a la clase obrera francesa, que era mayoritariamente comunista y estaba siendo hostigada por el Estado y el Capital en el marco de la guerra fría, Sartre dio un paso inesperado. Nos referimos a su conversión en "compañero de ruta" del PCF (que históricamente había condenado al existencialismo sartriano, acusándolo de sostener un mero "quietismo de la angustia"), mientras realizaba una no muy velada justificación de la URSS burocrática. Esos posicionamientos, expresados en sus trabajos *L'Affaire Henri Martin* y *Los comunistas y la paz*, lo condujeron a sostener agrias polémicas con Merleau-Ponty, los trotskistas y otros sectores de la izquierda antiestalinista. El tropiezo duró poco pues con la invasión soviética a Hungría en 1956, Sartre volvió a romper públicamente con el PCF (como lo había hecho una década atrás ante el "caso Nizan") y a denunciar al estalinismo como enemigo del socialismo. En los años sesenta, encontramos a Sartre colocándose voluntariamente el traje de "embajador" que llevaba su solidaridad activa, y no sólo de palabra, a los pueblos del Tercer Mundo que luchaban por su liberación nacional y social. Apoyó entusiastamente a la Revolución Cubana, a la guerra de independencia de los argelinos y al combate de las masas vietnamitas contra el imperialismo yanqui, entre tantas otras causas, mientras rechazaba el Premio Nobel de Literatura que se le había conferido, para no convalidar el juego de la guerra fría. En mayo de 1968 expresó su solidaridad con la juventud estudiantil que se insurreccionaba en las calles de París y con los que hacían lo mismo en Praga. En los años setenta, se puso al frente de una campaña en su país contra la represión a los grupos juveniles de extrema izquierda, construyendo una relación de especial afinidad con los maoístas. En síntesis, Sartre encarnó enteramente la figura del intelectual comprometido con las luchas de su tiempo, y que mantuvo su independencia y libertad frente a todas las formas de poder instituido. Si su espíritu permanentemente crítico puede recrearse como inspiración es, precisamente, porque expresa un repudio a toda cesura entre las ideas, las conductas públicas y los compromisos individuales.

## Teoría e historia en la empresa sartriana

En la compleja relación de Sartre con el marxismo se estrecha una densa madeja de temas útiles para la reflexión historiográfica. El filósofo reprochaba al marxismo (y entendía por éste sobre todo al *marxismo soviético*) el rescindir el problema fundamental de la historia: comprender cómo la acción humana individual y colectiva produce cambios históricos a pesar de

que éstos no sean los pretendidos. Al reducir la explicación de la historia a "leyes fundamentales" o "de movimiento", el marxismo aspiraría a suturar la difícil trama que anuda condiciones socio-económico-políticas con la contingencia de la acción y la irreductibilidad de la intención. Justamente, la virtud de clavar la saeta del existencialismo en el corazón del marxismo tendría la virtud de hacer manar la sangre de la historia viva de una teoría que, a pesar de ser "el horizonte insuperable" de la época, yacía como un peso yerto, incapaz de interpretar adecuadamente la realidad.

He allí la faena acometida en la *Critica de la razón dialéctica* (1960), que fue el objeto de escarnio sobre el que se abatió la corriente estructuralista que dominaría el panorama intelectual francés durante esa década en cuestionamiento abierto de la filosofía de la conciencia, la dialéctica, la subjetividad y la historia. Dos años más tarde aparecía *El pensamiento salvaje* de Cl. Lévi-Strauss, cuyo último capítulo estaba destinado a quebrar la espina del ensayo sartriano. El etnólogo francés invertía la supremacía teorizada por Sartre entre la "razón dialéctica" y la "razón analítica". Si en Sartre aquella enhebraba la tarea diseccionadora, clasificante y causalista de la razón analítica en el complejo tinglado temporal y múltiple de una historia inexplicable sin la consideración de la acción humana, subjetiva, para Lévi-Strauss la defensa de la subjetividad dejaba en la sombra precisamente lo que convertía a las "humanidades" en una mitología. Pues la tarea de las ciencias humanas no era defender la torre inquebrantable del sujeto, sino disolverlo, estudiarlo sin privilegios, examinándolo como a una hormiga.

El ataque de Lévi-Strauss inauguró una serie de impugnaciones estructuralistas para las cuales el pensamiento de Sartre estaba preñado de una insanable ingenuidad. L. Althusser planteó sin rodeos su posición, dictaminando que "el marxismo no es un humanismo". Las censuras teóricas fueron respondidas sólo parcialmente. Por lo demás, desde fines de los años sesenta los tiempos de la hegemonía de Sartre en el mundo intelectual parecían idos, y su breve réplica relativa al olvido de la agencia humana por el estructuralismo no concitó grandes entusiasmos. No obstante la reivindicación de la acción humana condicionada en la historia siguió marcando el paso del pensamiento sartriano. Su extensísima obra de tres tomos sobre Flaubert, *El idiota de la familia* (publicada en Francia en 1971-1972), intentó ofrecer una respuesta interpretativa al desafío estructuralista. Hoy, cuando las aspiraciones científicas del estructuralismo son explicadas como ideas situadas y no como derechos teóricos incontrovertibles, la indicación básica de Sartre recupera validez, aun si varias de las recusaciones dirigidas a la *Critica de la razón dialéctica* son certeras.

Para una revista de vocación histórica como *Nuevo Topo*, existe una enseñanza a destilar del empeño teórico sartriano. Entre una multitud de dis-

cusiones de relevancia inocultable, como lo revela su título de impronta kantiana, la *Crítica* vertebraba una pretensión de explicación conceptual de la historia. Su norte era constituir una suerte de fenomenología posthegeliana de la historia humana. Ese proyecto nos parece imposible. No por la defensa de la "contingencia de la historia", concepto sobre cuya vaciedad Sartre y Althusser estarían de acuerdo. La reflexión teórica es un aspecto capital del conocimiento social. Pero de allí a elaborar una "teoría de la historia" existe un paso que nos parece cuestionable. Por eso la investigación histórica, fatigada sobre documentos que suelen desafiar las aproximaciones iniciales, desajustados de nuestras prevenciones teóricas, son el complemento imprescindible de una vocación teórica que vindicamos.

El tema es generalizable: así como el mejor M. Foucault no sea el de la *Arqueología del saber*, sino el de *Vigilar y castigar*, el mejor Sartre no sea el de la *Crítica*, sino el de las *Reflexiones sobre la cuestión judía* (1946), el de *El idiota de la familia*, el de los otros retratos biográficos o de los ensayos histórico-concretos que emprendió. ¿Se pueden pensar unas obras sin las otras? Sin duda que no. Pues bien, en el intervalo entre teoría e historiografía, entre el concepto y la investigación, es donde el Sartre tardío quiso inscribir su proyecto. La tarea que se propuso fue, precisamente, la de articular el marxismo a la historiografía. Esa fue parte de su respuesta a Lévi-Strauss; como vimos la otra respuesta sería la acción revolucionaria.

## Una presencia política e intelectual

Hemos indicado por qué Sartre constituye un buen inicio de la sección "Perfiles" de nuestra revista. Su silueta política e intelectual nos sigue convocando. Sugiere que el saber puede coexistir con la identificación con el movimiento social en sus múltiples expresiones. De su "compromiso" Sartre no extrajo el anzuelo para su consagración, sino que lo vivió como un desgarramiento. Porque no se trataba de un lazo meramente literario. Significaba volver una y otra vez, interminablemente, a la "cuestión del partido" (que en la Francia de su época era el PCF). Toda su obra de posguerra es una extensa tramitación sobre la política y lo intelectual. Para ello movilizó una amplia gama de discursos, lo que también nos atrae, sobre todos en nuestros días de estanques disciplinares poco permeables. Como ensayista se atrevió a traducir perspectivas filosófico-políticas en los más diversos campos, mutilando en algún caso sus objetos, pero las más de las veces iluminándolos con la frescura de su estilo.

Hay una espinilla que, no obstante, nos inquieta. Sartre era un individuo genial, el epítome del *héroe intelectual*. En este sentido, aparece como

ideal de estrellato individualista. Nuestra imagen del saber comprometido, que tanto debe a Sartre, la erguimos como aspiración colectiva, donde incontables individuos y grupos colaboren en una obra epocal. Queremos que se "abran mil flores", y no recortar un liderazgo letrado entre la masa de la intelectualidad de izquierda. Aspiramos a construir otra relación entre conocimiento y praxis, que sea la obra de una comunidad intelectual. Calada con esa prevención, la múltiple e irredenta figura de Sartre continúa inspirando e inquietando nuestro deseo de conocimiento y emancipación.

## CRÍTICA DE LIBROS

---

Juan Carlos Torre, *El gigante invertebrado. Los sindicatos en el gobierno, Argentina 1973-1976*, Buenos Aires, Siglo XXI Argentina editores, 2004.

**AGUSTÍN SANTELLA**

(Universidad de Buenos Aires)

El prólogo de esta reedición ampliada de "Los sindicatos en el gobierno 1973-1976" (originalmente escrito en el exterior entre 1978 y 1979) habla de los cambios que definen la actual situación de los sindicatos. Desde 1983, el régimen constitucional habría trastocado la función que tenía el sindicalismo como organizador del peronismo en la oposición. El movimiento peronista pasó a estructurarse a través de la representación política electoral, con recursos propios del estado y, como consecuencia del debilitamiento de la fuerza estructural de los sindicatos, sobre bases territoriales electorales y no, como antes, sobre los recursos organizativos y capacidad de movilización obrera. Posteriormente, las reformas de mercado desequilibraron las relaciones laborales que sostuvieron la acción sindical. En la actualidad, concluye Torre, el sindicalismo se encuentra en una posición defensiva, preocupado por mantener el control de las obras sociales y de las negociaciones colectivas. El prólogo sin embargo apenas sugiere el sentido de una autocrítica, en el sentido de que el texto original "no captura cabalmente la situación del movimiento obrero en las vísperas del retorno del peronismo al poder en 1973" (p.XVIII). ¿Que situación y que conflictos del movimiento obrero no se captaron cabalmente? ¿Cómo se relacionaron estos con el desenlace político y represivo de 1975-1976?

Como menciona el autor, este texto es una crónica histórica de los conflictos del movimiento obrero en 1955-1976. A diferencia de otros textos del mismo autor (cf. "Interpretando (una vez más) los orígenes del peronismo", *Desarrollo Económico*, n° 112, 1989), éste no plantea explícitamente una discusión con otros argumentos teóricos. Se sigue principalmente la línea temporal de los acontecimientos, agrupados en grandes períodos de acuerdo a la relación del sindicalismo, las movilizaciones de masas, los conflictos en torno al poder político y la relación con Perón y el movimiento. El libro se remonta al resurgimiento del movimiento obrero después de 1955 para centrarse en el retorno del peronismo entre 1973-1976. Los sindicatos se reorganizamos primero a partir de una confrontación directa en 1956-1959,

rearticulándose políticamente más allá de reivindicaciones inmediatas, en torno a la identidad peronista y el retorno del líder. Después el movimiento obrero siguió un camino conflictivo de fortalecimiento económico y negociaciones con los gobiernos, una vez que éstos aceptaron la imposibilidad de la gobernabilidad sin acuerdos, aunque siempre interrumpidos por giros represivos. De este fortalecimiento surge el vandomismo, que apelará a la movilización para mantener su fuerza de negociación al mismo tiempo que desarrollará los rasgos burocráticos del sindicalismo. Las bases del vandomismo cruzaron una crisis en sus fundamentos con el golpe cabal recibido de manos del gobierno de Onganía-Krieger Vasena de 1966, en quien depositaran su confianza inicial. Esta política dejó a los sindicatos prácticamente en la ilegalidad, empujándolos a la línea de la confrontación, para enfrentar la racionalización económica que apuntaba directamente contra los asalariados en nombre de la eficientización y la productividad. Esta polarización abrió un espacio para nuevas estrategias obreras que interpretaron la situación como confirmatoria de la incompatibilidad entre intereses de clase y cambios dentro del sistema. Torre registra este proceso de radicalización que deviene del Cordobazo hasta las rebeliones antiburocráticas y los estallidos sociales en el interior del país entre 1969-1973. Pero el tema del relato estará puesto precisamente en la forma en que, después de 1973, el Pacto Social, el retorno de Perón y el reestablecimiento de las relaciones entre éste y el movimiento sindical, actuarán infructuosamente en dar una salida a la movilización abierta en 1969.

Estamos ante el punto central de esta historia, la caracterización de la política sindical que se formó en las luchas económicas y políticas que lo vincularon al peronismo. Para Torre, esta es básicamente económico-reivindicativa y más particularmente dirigida a la lucha por el salario y los servicios sociales que proveen los mismos sindicatos sin dejar de enmarcarse en la ideología nacionalista y reformista impresa por el peronismo en los primeros gobiernos. Pero este economicismo inhabilitó a los sindicatos a la hora de la gestión y participación como oficialismo. La incorporación en el gobierno de 1973 le fue más problemática que permanecer en la oposición. Con la presión de las bases movilizándose, los sindicatos empujaron al fracaso del Pacto Social, haciendo imposible su cumplimiento, lo cual llevó a la crisis del propio gobierno peronista. Ausente Perón de la dirección del proceso político, el gobierno estuvo librado a la relación de fuerzas entre los sindicatos, a su vez empujados desde abajo, y el sector político de Isabel, igualmente cerrado a los compromisos. La profundización de esta disputa, empujada por las luchas reivindicativas y la falta de apoyo de los militares y el empresariado en los momentos cruciales de la huelga general

de junio y julio de 1975, dejó al gobierno desprovisto de una base social que lo respalde e incapaz de llevar una política en un contexto político que llegó a la lucha armada. "Un gigante invertebrado": el sindicalismo como fuerza social central pero incapaz de tornarse gobierno, por su propio economicismo sectorial. ("Gigante ambivalente" será la síntesis que titula su artículo en la compilación de James Brennan, *Peronism and Argentina*, SR Books, 1998).

El autor traza un relato cuidadoso y complejo, por la gama de acontecimientos y relaciones incluidas en la narración, en una forma resumida y comprehensiva. Pero ha habido un recorte. La parte final aclara que dejó de lado el "fenómeno de la violencia política" y esto se hizo así dado que el interés recayó en explicar la conflictividad laboral. (p.132). Sin embargo, esto posiblemente no tenga en cuenta en toda su complejidad la manera en que las luchas políticas -de las que surgieron la violencia política- influyeron en los conflictos y la movilización obrera.

El texto menciona que las rebeliones antiburocráticas fueron impulsadas por activistas de izquierda, aunque parece que ello fuera secundario por lo menos en la dinámica interna de los conflictos (p.74). Aquí se especifican las relaciones entre izquierda y movilizaciones obreras. Para Torre el control de estas luchas estuvo en los obreros mismos, a través de las asambleas, y la izquierda fue externa a este proceso. Por el contrario, el estudio de casos podría mostrar, al explorar dimensiones internas de la protesta, que las asambleas son parte de un proceso de organización y tácticas de lucha por parte de fuerzas en disputa por la dirección de los sindicatos. Esto es, que aún las asambleas, como sujeto visible de la participación activa y masiva de las bases, son resultante y parte de una actividad de organización de quienes se encuentran en una lucha por la dirección del movimiento. Esto se seguiría de la hipótesis de que las protestas y movilizaciones expresan cierta capacidad de organización, y que es a través de ésta que toman forma la oposición a los intereses afectados, las amenazas dadas por los cambios económicos, políticas determinadas o represiones de las fuerzas opuestas. Esto que puede ser aceptado en general, podría verse también como parte de la dinámica interna que opone a las bases con las conducciones sindicales. Según este argumento, las protestas de las bases fueron parte de una lucha política desarrollada por estrategias que buscaban dar una orientación revolucionaria a la movilización popular. Aunque no sea directa, la relación entre protesta y lucha política puede encontrarse en la forma en que en distintos niveles se relacionan los conflictos laborales con los enfrentamientos políticos y armados, en las organizaciones vinculadas a los conflictos y en los resultados que éstos tienen sobre la dinámica de los alineamientos en el proceso político (de polarización entre fuerzas).

Esta mirada sobre los conflictos económicos de los trabajadores pondera su influencia sobre la lucha política. No solo en la relación como presión de bases canalizada por el sindicalismo, factor importante al hablar de su incapacidad de mantener el acuerdo social y dejar los intereses corporativos de lado en pos de la gobernabilidad. Las luchas económicas laborales, las protestas de las bases, tuvieron una potencialidad disruptiva que influyó en la polarización misma de la situación política, la cual se manifestó a su vez en la intensidad de los enfrentamientos armados.

El cuadro descrito por Torre quizás deba completarse o interrogarse acerca de la relación entre conflicto social y violencia política, como un proceso central de la coyuntura. Que los enfrentamientos armados hayan sido conducidos hacia el aniquilamiento estatal —es decir, que en la guerra armada el estado haya mantenido una aplastante superioridad— no le quita peso a la interpretación que busca vincular la particularidad de la política represiva de 1976 con la intensificación de las luchas sociales y políticas de las clases. Desde la caída del primer gobierno peronista, la ingobernabilidad recurrente producida por la dependencia del sistema política sobre el sindicalismo como fuerza central devino en sucesivas intervenciones militares represivas. Pero surge la pregunta de porque la salida militar de 1976 se diferenció de todas las anteriores por el tipo y el nivel de la represión hacia la clase trabajadora y los movimientos populares, es decir, la pregunta por la relación del grado de violencia con la lucha de clases misma. El debate acerca de si esta represión es explicable en forma satisfactoria como respuesta directa a la movilización social previa o de que manera históricamente concreta se concatenaron procesos económicos y políticos en la respuesta de la clase dominante, no ha sido cerrado aún en investigaciones concluyentes. El estudio de Juan Carlos Torre, y el conjunto de su obra sobre movimiento obrero y peronismo, son piezas importantes del debate sobre la constante reelaboración de este proceso histórico. Sin dudas, es un exigente punto de partida.

Daniel Kersffeld, *Georges Sorel: apóstol de la violencia*, Buenos Aires, Del Signo, 2004.

ALEJANDRO BELKIN

(Universidad de Buenos Aires)

Daniel Kersffeld nos invita a recorrer el zigzagante e inquietante universo soreliano. Nos propone indagar en las causas que motivaron en Sorel la creación de una auténtica teoría de la violencia. El libro se encuentra dividido en dos partes bien diferenciadas. En la primera de ellas, el autor se aboca a la tarea de analizar conceptualmente la obra de Sorel *Reflexiones sobre la violencia*, publicada en 1906. Pues es allí, asegura el autor, donde mejor se encuentran expuestos los componentes de la teoría soreliana. En la segunda parte, estudia el impacto de las ideas sorelianas sobre el movimiento obrero argentino, y en ese marco examina el surgimiento del sindicalismo revolucionario, desde su constitución como corriente interna del Partido Socialista hasta su expulsión en 1906.

Como es bien sabido, Sorel atravesó a lo largo de su vida por diversas posiciones políticas. El contradictorio camino que recorrió, torna difícil su encasillamiento dentro de las principales corrientes del pensamiento. Como señala Isaiah Berlin: "solamente Sorel sigue sin clasificar, como lo estuviera en vida: reclamado tanto por las derechas como por las izquierdas". Con su libro, Kersffeld trata de incidir sobre éste reclamo ambivalente que menciona Isaiah Berlin. La disputa, en torno a la apropiación del legado soreliano sigue abierta. El autor, se propone con su obra, rescatar a Sorel de la marginación y hasta del olvido, para ubicarlo dentro de la historia del pensamiento socialista, si bien no como una de sus principales figuras, pero sí como alguien que en momentos en que muchos anunciaban –y en algunos casos deseaban– la *crisis del marxismo*, Sorel se propuso rescatar de la obra de Marx sus aspectos más revolucionarios. Además, según entiende el autor, éste rescate de Sorel se vuelve más apremiante en el presente, por las posibilidades abiertas en la actualidad para lograr una transformación que favorezca a toda la humanidad. Por lo tanto, estamos en presencia de una obra que no sólo trata de exhumar el pensamiento de Sorel con fines exclusivamente académicos, sino que pretende, así mismo, intervenir en la realidad actual.

Aunque es una obra donde el hincapié está puesto en el análisis del derrotero *intelectual* de Sorel, el autor no deja de mencionar y relacionar sus ideas con el *contexto de producción* de las mismas. En este sentido, el autor señala dos elementos importantes para entender las elaboraciones teóricas de Sorel. Por un lado –recordemos que nos encontramos hacia fi-

nes del siglo XIX y principios del XX— el capitalismo daba muestras de una enorme vitalidad. Lejos de todos los pronósticos catastrofistas, el sistema se encontraba en expansión y posibilitaba que grandes masas de la población europea obtengan importantes beneficios materiales, mejorando su calidad de vida. Es decir, el capitalismo no parecía, por sí solo, estar encaminándose hacia su crisis definitiva, sino todo lo contrario. Al mismo tiempo, la política de los grandes partidos socialistas se encontraba cada vez más alejada de sus originales postulados revolucionarios. El reformismo parlamentario estaba carcomiendo las aspiraciones de cambio radical de los principales partidos socialdemócratas.

Si bien es cierto que a lo largo de éste período se registran importantes luchas por parte del movimiento obrero, las mismas adquieren cada vez más un carácter limitado, son conflictos intensos, pero donde los objetivos se reducen a la obtención de mejoras parciales é inmediatas, en muchos casos a través de la obtención de leyes sociales protectoras del trabajo. Es decir, la combatividad de la clase obrera sigue siendo elevada, pero sus metas se distancian cada vez más de los objetivos revolucionarios, de la pelea global contra el conjunto del sistema capitalista. Al mismo tiempo, las principales organizaciones que llevan adelante esos reclamos, son los sindicatos obreros, pero quienes obtienen los réditos políticos son los partidos socialistas, inclinados de manera creciente hacia una política de conciliación de clases.

Ante esta situación, Sorel se interroga sobre como impulsar el proceso revolucionario cuando ningún elemento de la realidad parece encaminarse en ese sentido. Y es aquí donde surge su apelación a la violencia y al mito de la huelga general revolucionaria, como forma de impulsar artificialmente el proceso revolucionario, ante una realidad que naturalmente no lo generaba. En definitiva, el autor realiza una interesante, clara y ordenada exposición de las ideas desarrolladas por Sorel y las relaciona acertadamente con el contexto social en el cual fueron elaboradas.

La segunda parte de la obra, como ya hemos mencionado, trata acerca de los orígenes del sindicalismo revolucionario en la Argentina. La teoría sindicalista se difunde en el país a comienzos de siglo a través de una obra anterior de Sorel, *El porvenir socialista de los sindicatos*, escrita en 1896. Las tesis principales que guiaron a los *sindicalistas* argentinos fueron similares en algunos aspectos a las desarrolladas en el caso francés. Se parte de una crítica al reformismo del PS, entendiendo por lo tanto, que corresponde a los sindicatos el papel de actuar como arma principal en el proceso revolucionario. También aquí los sindicalistas encontrarán una clase obrera fuertemente movilizadada pero en busca de beneficios sociales a través de la sanción de leyes laborales.

Sin embargo, y a pesar de compartir problemas similares a los que Sorel encuentra en Francia, el autor señala que existía una diferencia importante. La crítica que desarrolla Sorel a la democracia burguesa, en el caso de Francia, se desenvuelve en un contexto donde el régimen democrático burgués se encuentra plenamente asentado, por el contrario, en la Argentina de comienzos del siglo XX, la crítica soreliana a la democracia burguesa implicaba la superación de experiencias aún no consumadas. Consecuentemente, la crítica principal que desarrollarán los sindicalistas argentinos hacia el PS, estará centrada en su estrategia parlamentaria, en este sentido, la política del partido de priorizar la lucha electoral, será duramente censurada. Así mismo, y de manera semejante al *sindicalismo* europeo, denostarán a los intelectuales y a los políticos profesionales. En su lugar, defenderán la acción directa, entendida ésta como la acción desarrollada por la clase obrera sin intermediarios.

Cuando se estudia el surgimiento de la tendencia *sindicalista* en nuestro país, aparece como un hecho llamativo, su rápida difusión en las filas del PS y su vertiginosa conformación como corriente autónoma. Kerssfield también se interroga sobre esta cuestión. Encuentra sus razones en la previa existencia dentro del PS de sectores inclinados hacia una política más radicalizada. El autor sostiene que la existencia de un sector más moderado —claramente representado por Juan B. Justo— y otro de carácter más combativo, se relaciona con un problema que arrastra el PS desde su propia constitución como partido, éste consiste en su pretensión de querer representar a dos clases de manera simultánea.

Por un lado, el PS procura encarnar los intereses de la clase obrera, pero al mismo tiempo aspira a defender los intereses de la pequeña burguesía progresista. Por eso, desde sus comienzos, advertimos la presencia de un sector más radicalizado que propone como eje de acción del partido la participación en el movimiento obrero y sus luchas, y por otra parte, encontramos un sector más conciliador, para el cual la labor parlamentaria debe ser el centro de la lucha política partidaria. Esta doble representación, que estaría en el origen de las tendencias internas del PS, el autor la remonta a la propia constitución del *Verein Vorwärts*. Aquí, entiende Kerssfield, ya se encontraba esta doble estrategia política.

Sin embargo, antes de la aparición de la corriente sindicalista, el PS atravesó por divisiones internas, pero ninguna de ellas logró permanecer en el tiempo. ¿Por qué los sindicalistas revolucionarios sí lo consiguieron? Porque obtuvieron de la obra de Sorel el sustento necesario para articular las críticas dispersas que realizaban a la conducción partidaria. Las contribuciones teóricas de Sorel —y la práctica del sindicalismo revolucionario francés— brindaron un sólido armazón, tanto teórico como práctico, a los disidentes socialistas.

Como podemos apreciar, en su segunda parte, el libro no deja de despertar interés en el lector. Sin embargo, y a pesar de que el relato se encuentra muy bien logrado, notamos cierta carencia en el uso de fuentes historiográficas directas, que si bien no invalidan el texto, sí representa un punto de cierta debilidad a la hora de hacer un balance.

Lila Caimari, *Apenas un delincuente. Crimen, castigo y cultura en la Argentina, 1880-1955*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores Argentina, 2004.

JUAN PABLO FASANO

En *Apenas un delincuente*, Lila Caimari decide abordar la problemática de la administración de la práctica del castigo estatal. Se propone hacerlo a partir del estudio de las representaciones sobre las prácticas punitivas entre las últimas décadas del siglo XIX, es decir, el período correspondiente a la consolidación del Estado Nacional en la Argentina, y la experiencia de los dos primeros gobiernos peronistas en las décadas de 1940 y 1950.

En la primera parte del libro, la autora acomete, con prosa amena y accesible, la tarea de dar cuenta de las perspectivas de juristas, criminólogos y testigos privilegiados sobre las formas debidas del castigo en una sociedad "civilizada". El análisis de las que llama *representaciones profesionales* da comienzo con los debates jurídicos alimentados por la caída del Rosismo y la instalación de un nuevo consenso ideológico liberal. El momento inicial de la aparición del *reformismo* penal lo constituyen en esta lógica los debates sobre la legitimidad de la pena de muerte. El progresivo descrédito del castigo capital, hasta su desaparición del Código Penal en 1922, crea un terreno propicio para la aparición de unos debates en torno de la capacidad de la tecnología punitiva para recuperar al delincuente y permitir su reinserción en la sociedad que Caimari lee también en clave *reformista*.

Un primer momento de este pensamiento lo constituye la instalación del modelo *penitenciario*, de raíz anglosajona, basado en la creencia de la punición rehabilitadora; el segundo, coincide con el ingreso al reformismo vernáculo de una criminología positivista centrada en el concepto de "defensa social". Ambos parecen cristalizar en sendos proyectos institucionales. Al primero corresponde a la inauguración de la Penitenciaría de Buenos Aires en 1877, considerado por Caimari como una institución-faro de la "modernidad punitiva"; al segundo, la instalación de gabinetes criminológicos en las instituciones penitenciarias y neuropsiquiátricas, dedicados a analizar y determinar las posibilidades de reinserción de los internos en el tejido social del que la potestad punitiva del Estado los excluyera precautoriamente. Entre ambos, se halla la construcción del Penal de Ushuaia (otro faro), a medio camino entre proyecto rehabilitador y dispositivo de exclusión definitiva de criminales irrecuperables.

Mención especial merece el contraste entre las instituciones-faro y los "pantanos punitivos" en los que se hallan depositados el 80% de los sujetos

del sistema penal a nivel nacional. Para ello resulta interesante el aprovechamiento de un conjunto de fuentes, diverso del estrictamente profesional, pero diferente también de aquellas representaciones que denominará *profanas*. Éste está constituido por los relatos críticos que algunos presos políticos dejaron de su paso por las instituciones del sistema penitenciario (tanto las modélicas como las marginales).

Si bien la autora en todo momento marca las idas y vueltas a que se vieron sometidas todas las iniciativas modernizantes, así como la distancia que medió entre la prédica de los proyectos y la práctica del castigo, las razones que permiten explicar este conjunto de desajustes no aparecen indagadas con la profundidad que el lector esperaría. El estilo de iluminaciones de núcleos temáticos que resulta por una parte tan atractivo, se torna en ocasiones insatisfactorio a la hora problematizar algunas de las cuestiones presentadas. También es cierto que, de algún modo, el tono de la primera parte hace pensar que el interés de la autora se centra en los capítulos de la segunda mitad del libro.

Estos últimos se dedican al estudio de las *representaciones profanas* sobre el sistema penal, de las miradas externas, las que proyectan (y consumen) los legos. Su producción es rastreada en la prensa periódica, entre 1870 y 1940 aproximadamente, y más tarde también en algunas audiciones radiales y producciones cinematográficas.

Conservando siempre la amenidad del estilo, Caimari traza un arco desde la aparición de las primeras secciones policiales en la prensa tradicional en la década de 1870 hasta la sistematización de la crónica roja con *Crítica* en los años 1920 y '30 y la vertiente popular de las ansiedades propias del crecimiento urbano que se reflejan en *Caras y Caretas* o *Fray Mocho*. Llegados a este punto, el análisis se densifica y apunta a elucidar, en el campo de la cultura popular, una tensión antagónica entre dos imágenes del delincuente. Por una parte, la "oficial" producida por la criminología positivista y reproducida por los órganos de prensa que le son más afines. En este grupo revistan tanto *Caras y Caretas*, hacia comienzos de los '30, la audición radial *Ronda Policial*. Frente a esta imagen, se levanta la del delincuente como víctima de un sistema social y político injusto que, tras empujarlo al mundo del crimen, lo aísla y castiga, en una sucesión que parece heredera del criollismo de los años '80 y '90 del siglo anterior. Esta visión es más propia de *Crítica*.

El antagonismo simbólico entre una y otra imagen del delincuente, no está exento de contaminaciones. Si bien las perspectivas oficialista y crítica se diferencian netamente en cuanto a su evaluación de accionar policial y del sistema de punición estatal, la primera no es ajena a cierta conmisericordia del delincuente desgraciado y se distancia así del discurso médico

legal que, hacia los '20, de acuerdo con lo visto en la primera parte, había alcanzado un alto grado de burocratización. Nuevamente, en el tratamiento de estas ambigüedades, Caimari ilumina las tensiones con más eficacia de la que aplica a su explicación o al menos a su puesta en cuestión tras haberlas enunciado.

La resolución de la contradicción entre mirada crítica (decidida o matizada por el oficialismo) y práctica estatal es presentada con la aparición, de la mano del Peronismo, de un proyecto de reforma penal asociado a la figura de Roberto Pettinato, antiguo gobernador de la Penitenciaría de Buenos Aires y luego director general de Institutos Penales. El proyecto encargado por este hijo dilecto de la burocracia penitenciaria representa la llegada de la "nueva Argentina" a las cárceles y la reivindicación de aquellos criminales que, si habían caído en el mundo del hampa, era más bien porque la sociedad injusta creada por la oligarquía hasta allí los había empujado. El reformismo penal "profesional", parece encarnar por primera vez con un proyecto de reestructuración social más amplio, que excede la escala microsocia de la prisión y la integra en una obra de redención social más amplia.

Aún cuando está lleno de atractivas sugerencias sobre el proyecto penitenciario peronista, el capítulo dedicado a la llegada de la "revolución" a las cárceles, parece cruzado de un tono casi embelesado que arriesga perder sentido crítico. La reforma peronista es retratada en base al discurso oficial exclusivamente, y la anulación de la distancia entre éste y el discurso profano opera, no sólo como estrategia de lectura del discurso de Pettinato, sino que parece ser apropiada por Caimari, quien concluye aquí el análisis de las miradas profanas, bajo el supuesto de su identidad con las oficiales.

A los riesgos que de por sí supone limitar las fuentes sobre el reformismo penal peronista a los documentales cinematográficos o las declaraciones oficiales, se agrega una tensión extra. El título del libro es extraído de una película de 1949 que, en la introducción, la propia autora presenta como iniciadora de una serie de policiales negros críticos de los efectos de la punición estatal. Uno no puede dejar de preguntarse si la persistencia del discurso de denuncia de las injusticias propias del sistema penal en el ámbito cinematográfico, no debería más bien llamar a cuestionar la eliminación de las tensiones entre el castigo penal y sus lecturas profanas.



## NORMAS DE PUBLICACIÓN

El envío de trabajos con pedido de publicación debe ser remitido por vía postal a: Montgolfier 3215. (CP 1757) La Matanza, Provincia de Buenos Aires, Argentina. Los mismos deben ser acompañados por una nota dirigida al Consejo Editorial de *Nuevo Topo*. El envío supone el conocimiento de las siguientes normas:

1. Los trabajos recibidos serán considerados por dos o más integrantes del Consejo Editorial locales o externos quienes podrán officar como evaluadores o designar a especialistas que consideren pertinentes para el referato, el cual será estrictamente anónimo.
2. La presentación del texto deberá realizarse respetando estas pautas:  
Se remitirán dos copias impresas, en papel tamaño A4, interlineado doble, en letras Times New Roman 12. Se adjuntará una copia en diskette, en formato RTF. Una copia electrónica deberá ser enviada a [revistanuevotopo@yahoo.com.ar](mailto:revistanuevotopo@yahoo.com.ar). El texto deberá incluir una dirección electrónica.  
La extensión máxima en caracteres con espacio (incluyendo notas y gráficos) será: 55.000 para "Artículos"; 40.000 para "Ensayos" y "Entrevistas", 20.000 para "Perfiles" y 8.000 para "Crítica de libros".  
Cada artículo debe estar acompañado por un resumen de su contenido en español y, si es posible, en inglés. El resumen no puede superar las cien palabras.
3. Los trabajos deben ser inéditos en castellano.
4. Los textos no deberán ser presentados a otras revistas. *Nuevo Topo* acusará recibo del trabajo en un plazo máximo de un mes y de la evaluación de referato en un lapso no mayor a cuatro meses.
5. Los originales no serán devueltos.
6. Las referencias bibliográficas se realizarán a pie de página, respetando las siguientes convenciones:

### *Ejemplos de libros:*

- Daniel James, *Resistencia e integración. El peronismo y la clase trabajadora argentina, 1946-1976*, Buenos Aires, Sudamericana, 1990.
- Eric H. Hobsbawm y Terence Ranger, comps., *The Invention of Tradition*, Londres, Cambridge University Press, 1983. Lo mismo para el caso de coordinación, edición o dirección.

### *Ejemplos de artículos:*

- Ernesto Laclau, "Modos de producción, sistemas económicos y población excedente. Aproximación histórica a los casos argentino y chileno", en Marcos Giménez Zapiola, comp., *El régimen oligárquico. Materiales para el estudio de la realidad argentina (hasta 1930)*, Buenos Aires, Amorrortu, 1975, pp. 19-57.
- Juan Carlos Torre, "Interpretando (una vez más) los orígenes del peronismo", en *Desarrollo Económico. Revista de Ciencias Sociales*, vol. 28, n° 112, enero-marzo 1989, pp. 525-548.

Se terminó de imprimir en  
Av. H. Yrigoyen 1625, 1870 Avellaneda,  
Pcia. de Buenos Aires, Rep. Argentina